Afganistán

Pilar Requena

EDITORIAL SÍNTESIS

Afganistán

Colección:
ESCENARIO INTERNACIONAL

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad Intelectual. La Infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Pilar Requena

Afganistán

EDITORIAL
SINTESIS

Consulte nuestra página web: **www.sintesis.com**
En ella encontrará el catálogo completo y comentado

Fotografía de cubierta: Pilar Requena

© Pilar Requena

© EDITORIAL SÍNTESIS, S. A.
Vallehermoso, 34. 28015 Madrid
Teléfono: 91 593 20 98
http://www.sintesis.com

ISBN:978-84-995862-6-7

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil previstos en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente, por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin la autorización previa por escrito de Editorial Síntesis, S. A.

Índice

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO 1
Afganistán, el mito

1.1. Aproximación histórica
1.1.1. Invasiones tempranas
1.1.2. El reinado de Ahmad Shah Durrani
1.1.3. Disputas de poder
1.2. El "Gran Juego" de las potencias
1.2.1. La primera guerra anglo-afgana
1.2.2. La segunda guerra anglo-afgana
1.2.3. La polémica línea Durand
1.2.4. La reunificación del país
1.3. Hacia la creación de un Estado
1.3.1. Habibullah y "los jóvenes afganos"
1.3.2. La tercera guerra anglo-afgana
1.3.3. El reinado de Amanullah
1.4. Zahir Shah, el "padre de la patria": el experimento de la democracia
1.4.1. El programa de modernización de Daud (1953-1963)
1.4.2. La "era dorada"
1.5. El puzle étnico

1.5.1. La mayoría pastún

Capítulo 2
Campo de batalla de la Guerra Fría

2.1. El final de la monarquía
2.1.1. El deterioro de los poderes
2.1.2. La situación económica
2.1.3. Los partidos políticos
2.2. El golpe de Estado de Daud
2.2.1. El régimen de Daud
2.2.2. La injerencia pakistani
2.2.3. La caída de Daud
2.3. El régimen prosoviético
2.3.1. La invasión soviética
2.3.2. El régimen de ocupación
2.3.3. La resistencia a la ocupación
2.4. Osama bin Laden y Al Qaeda
2.5. Oleada de refugiados

Capítulo 3
La guerra interafgana

3.1. El final de la ocupación
3.1.1. Los Acuerdos de Ginebra
3.1.2. La retirada soviética
3.2. El régimen de Najibullah
3.2.1. La estrategia política de Najibullah
3.2.2. La caída de Najibullah
3.3. La fragmentación de Afganistán
3.3.1. El Acuerdo de Peshawar
3.3.2. La guerra civil
3.3.3. Las injerencias externas

Capítulo 4
Los talibanes

4.1. Orígenes y nacimiento
4.1.1. Los talibanes durante la resistencia
4.1.2. Los justicieros
4.2. Las madrazas y los talibanes
4.3. La ofensiva talibana

4.4. Características del régimen talibán
4.4.1. Interpretación del islam
4.4.2. Apoyo externo
4.5. La represión de las mujeres
4.6. El mulá Omar y sus huestes
4.7. La resistencia y el 11-S
4.8. Los talibanes y el opio
4.9. Los talibanes y Al Qaeda
4.9.1. La llegada de Bin Laden
4.9.2. Campo de operaciones de Al Qaeda
4.10. Consecuencias del 11-S
4.11. Relaciones exteriores de los talibanes
4.11.1. India
4.11.2. Pakistán y el ISI
4.11.3. Las Naciones Unidas

CAPÍTULO 5
El 11-S y sus consecuencias para Afganistán

5.1. La respuesta de Estados Unidos
5.1.1. Operación "Libertad Duradera"
5.1.2. Errores en la estrategia de la operación
5.1.3. La huida de Bin Laden
5.2. Las Naciones Unidas
5.2.1. La Conferencia de Bonn
5.3. La intervención internacional
5.3.1. Errores y problemas
5.3.2. La misión de la ISAF
5.3.3. Los PRT (equipos de reconstrucción provincial)
5.3.4. La conferencia de Londres: el *Afghanistan Compact*
5.4. El compromiso de España
5.4.1. El PRT de Badghis
5.4.2. La labor del ejército
5.4.3. Actual contribución de España

CAPÍTULO 6
Hamid Karzai y la construcción de un Estado

6.1. Karzai, la sorpresa de Bonn
6.1.1. La lucha contra los talibanes

6.1.2. Un presidente débil: el "alcalde de Kabul"
6.2. La construcción del Estado
6.2.1. La *Loya Jirga* y la nueva Constitución
6.2.2. Elecciones presidenciales y parlamentarias
6.3. La creación de la seguridad y la defensa
6.3.1. El problemático proceso de desarme
6.3.2. El Ejército Nacional Afgano
6.3.3. La formación de las Fuerzas de Seguridad
6.3.4. El "baile" de cifras
6.4. La corrupción
6.5. Las mujeres: las costumbres por encima de la ley
6.6. Los medios de comunicación
6.7. La economía
6.7.1. Una economía de subsistencia
6.7.2. El cultivo de opio
6.8. La educación
6.9. La sanidad
6.10. La reconstrucción

CAPÍTULO 7
El descenso al abismo

7.1. ISAF-EEUU: errores y divisiones
7.2. Reconstruir la seguridad
7.2.1. La guerra de Irak
7.2.2. Violación de los derechos humanos
7.2.3. El opio y la insurgencia
7.3. El enemigo infravalorado
7.3.1. Los talibanes y otras insurgencias
7.4. Los medios y los *neotalibanes*
7.5. ¿Es posible la negociación con los talibanes?
7.6. La reconciliación
7.7. Los señores de la guerra
7.8. Los intereses de los vecinos
7.8.1. Pakistán y AFPAK
7.8.2. Pakistán e India
7.8.3. Asia Central
7.8.4. Los intereses de otros países

CAPÍTULO 8
Un futuro incierto

8.1. Promesas incumplidas
8.2. La nueva estrategia de Barack Obama
8.2.1. La estrategia militar: McChrystal y Petraeus
8.2.2. La estrategia civil
8.3. Las elecciones presidenciales de 2009 y las legislativas de 2010
8.4. El control del narcotráfico
8.5. Negociaciones con los talibanes
8.6. La afganización
8.7. La retirada de las tropas internacionales
8.8. Los "secretos" de Wikileaks
8.9. La muerte de Osama bin Laden
8.10. Una mirada hacia el futuro

BIBLIOGRAFÍA
Entrevistas personales
Informes y documentos
Páginas webs

INTRODUCCIÓN

El 7 de octubre de 2001, Estados Unidos atacaba Afganistán, como represalia por los atentados del 11-S y para acabar con la organización terrorista Al Qaeda, liderada por Osama bin Laden y autora de los mismos. Es muy probable que fuera en ese contexto en el que mucha gente supiera por primera vez de la existencia del opresor régimen talibán que ejercía el poder en Afganistán y protegía a Bin Laden. Desde entonces, especialmente en los últimos años, raro es el día en que no nos llega alguna noticia del país asiático. Más de 40 países, entre ellos España, tienen desplegadas tropas allí, en el marco de una resolución de la ONU de 2001.

Afganistán sigue luchando por su supervivencia, por acabar con décadas de conflicto, por construir un Estado de Derecho. Es, además, escenario de la "guerra contra el terrorismo" y, también, de las luchas regionales por el poder entre sus vecinos. Se encuentra en una encrucijada con un pedregoso camino ante sí que podría conducirla a una guerra civil, al regreso de los talibanes al poder o, quizás lo menos probable, aunque sí lo más deseable, a la paz y la estabilidad.

A los afganos no les falta sentido del humor. Incluso se toman a broma su situación geográfica, que marca al país. De forma divertida, como recoge Ahmed Rashid en *Los Talibán*, recuerdan una historia mítica de la creación divina de Afganistán: "Cuando Alá hizo el resto del mundo, vio que había quedado un montón de desechos, fragmentos, trozos y restos que no encajaban en ninguna otra parte. Tras reunirlos, los arrojó a la tierra y eso fue Afganistán". Pero Afganistán es mucho más que esos desechos, fragmentos y restos. Ir más allá de los tópicos es el objetivo de este libro, explicar el pasado y

el presente del país asiático, bucear en su historia e intentar vislumbrar cuál puede ser la salida a la encrucijada en que se encuentra, al borde del abismo.

Como los jardines de Babur de Kabul, los afganos han mostrado una habilidad misteriosa para regenerarse, pero lo hacen a su "tempo". "Vosotros tenéis los relojes", le dijo un detenido talibán a sus interrogadores americanos, "pero nosotros tenemos el tiempo".

Los cuatro primeros capítulos del libro están dedicados a la historia del país. El primero de ellos recoge esa historia desde las invasiones tempranas de que fue objeto hasta el experimento de la democracia del rey Zahir Shah, a mediados del siglo xx. En un apartado especial se explica su riqueza étnica y se diseccionan las características de la mayoría pastún, cuyo conocimiento será fundamental para poder entender el desarrollo del país asiático.

A partir del segundo capítulo nos adentraremos en la historia afgana más reciente, partiendo del final de la monarquía para, pasando por el golpe de estado de Daud, familiar del propio rey, llegar hasta la invasión soviética. Los afganos lucharán de nuevo frente a un enemigo común, los soviéticos. Esta vez, contarán con el apoyo de Estados Unidos que, en el marco de la Guerra Fría, financiará y armará, a través de los Servicios Secretos de Pakistán, a la resistencia muyahidín. Entre los muyahidines se encontraba también Osama bin Laden, que acabaría creando Al Qaeda. Pero la retirada de los soviéticos, en 1989, y el posterior desentendimiento de Estados Unidos de Afganistán, una vez finalizada la Guerra Fría, condujo a una sangrienta guerra civil entre las diferentes facciones y milicias de muyahidines (guerreros islámicos).

Los talibanes, como veremos en el capítulo 4, llegaron con la promesa de la ley y el orden, pero también con el Corán en la mano y un régimen islámico restrictivo, especialmente para las mujeres. Bajo el régimen talibán no existían, eran meros bultos bajo el "burka", condenadas en público a la nada, a la inexistencia.

Expulsados los talibanes, fue la comunidad internacional la que entró en Afganistán, con la intención de ayudar a su reconstrucción, invirtiendo enormes recursos. Las consecuencias del 11-S para Afganistán son analizadas en el capítulo 5. Los siguientes capítulos, entre ellos el 6, están dedicados al desarrollo de la intervención internacional y a su intento de poner en marcha un Estado de Derecho y sus instituciones en unas condiciones todavía de conflicto. Se podrá encontrar también un repaso a la situación de la economía, la sanidad, las mujeres, los medios de comunicación, la corrupción, etc. Existe miedo de que Afganistán acabe convirtiéndose en un narco-estado, si es que no lo es ya. El 93% de la producción mundial de opio procede de este país, según datos de la ONU, que calcula que los talibanes

obtienen entre 200 y 340 millones de euros anuales gracias a los impuestos sobre la producción de amapolas, el procesamiento y el tráfico de opio.

Aunque se han hecho avances, el resultado es desalentador. La comunidad internacional sigue atrapada en el país asiático sin que la situación haya dejado de empeorar y con el temor de que el caos acabe haciéndose definitivamente con Afganistán y contagie a otros países de la inestable región, en la que el vecino oriental es una potencia nuclear y el occidental está camino de serlo.

Karla Schefter —una enfermera alemana que a finales de los 80 lo dejó todo para ayudar a los afganos— destacaba el hecho de "cómo lo terrible se ha convertido en normalidad, y de repente pertenece a lo cotidiano. La larga guerra ha cansado y desgastado a las personas. El corazón se hunde cada vez más, en la medida en que esto todavía sea posible". Albert Einstein recordaba también que "la paz no puede mantenerse por la fuerza. Sólo puede lograrse mediante la comprensión". Es lo que anhelan los afganos, que no pierden la esperanza, aunque cada día están más desesperanzados y desesperados.

En mantillas está todavía la cuestión de la "justicia transicional" que debería de ser responsabilidad del gobierno afgano. Pero hemos de reconocer que actualmente no existe voluntad política para abordar estos temas, ni siquiera para empezar a hacerlo, como veremos en el capítulo 7. Los señores de la guerra siguen en el gobierno y en el parlamento afganos, ocupan incluso posiciones claves. Y no tienen ningún interés en una justicia que podría castigarles y retirarles del circuito del poder. Muchos cometieron graves violaciones de los derechos humanos e incluso crímenes de guerra durante los sucesivos conflictos.

Hasta mediados de 2011, las tropas internacionales habían sufrido en 2010 su año más mortífero, con 711 soldados muertos. Más de 2.280 sumaban en septiembre de 2011 los militares fallecidos desde el inicio de la intervención. En 2010, con respecto a 2009, hubo un incremento del 34%. También han aumentado las bajas civiles. Según un informe de la ONU, entre enero y octubre de 2010 murieron 2.412 civiles y 3.803 resultaron heridos, un 20% más respecto al mismo período del año anterior. La mayor parte de estas bajas las causó la insurgencia.

El discurrir de la intervención en Afganistán ha puesto en evidencia que Estados Unidos no pensó con seriedad qué ocurriría después de derrocar al régimen de los talibanes. No se hicieron planes para recomponer el puzle. Ahora la salida no es fácil. El conflicto afgano tiene implicaciones globales. Si Estados Unidos y la comunidad internacional son derrotados por los insurgentes, el mundo islámico

podría pensar que la yihad funciona y ha salido victoriosa y las consecuencias podrían ser imprevisibles.

El último capítulo es un repaso a lo acontecido en los meses más recientes en Afganistán. Es un capítulo abierto. Se refiere al incierto futuro al que se enfrenta el país, un futuro completamente abierto porque los acontecimientos se suceden a velocidad de vértigo. Es un futuro que depende no tanto de una población ávida de paz y harta de guerras, sino de factores y actores más allá de la misma, como los talibanes y unas posibles negociaciones con ellos y el vecino Pakistán, donde se encuentran los santuarios de los insurgentes.

Escribir sobre este país no es fácil, cuando es más que posible que lo que se diga hoy puede no ser ya válido mañana. La información que nos llega desde allí se centra sobre todo en el aspecto militar y en el conflicto. Justamente contextualizar, buscar "el más allá" de la "rabiosa" actualidad es uno de los fines fundamentales de este libro, sin olvidar que la propia actualidad me ha forzado hasta el momento mismo de terminar el libro a añadir nuevos datos en uno u otro de los capítulos.

Las traducciones de los libros y documentos han sido realizadas por la propia autora. Por lo tanto, la responsabilidad de cualquier error u omisión sólo a ella le corresponde. Las entrevistas para este libro se llevaron a cabo fundamentalmente en 2009 y 2010, en Kabul. Algunas de las personas entrevistadas pidieron permanecer en el anonimato.

Por último, quisiera mostrar mi agradecimiento a Ahmed Rashid, por compartir conmigo, en múltiples ocasiones, sus conocimientos y, sobre todo, por su amistad. Su pasión por Afganistán se ha convertido también en mi pasión. Gracias también a Ana Ballesteros, por pensar en mí para escribir este libro, a Gonzalo Caretti, por las correcciones, y a Yolanda Sobero, por la elaboración de los mapas. A mi familia y amigos por todo su apoyo. Quisiera dedicar este libro a mi hija, Luna, por su amor al conocimiento y a la vida.

CAPITULO 1

Afganistán, el mito

Desde la Antigüedad, Afganistán ha sido un territorio inhóspito, habitado por pueblos belicosos que se han resistido siempre con éxito a la dominación extranjera. Desde el nacimiento del Afganistán moderno, hace 350 años, los conflictos y las guerras se han sucedido, alternando con breves periodos de estabilidad. En los últimos 30 años el país ha sido asolado por guerras y conflictos sin fin que lo han llevado a un estado de ruina de difícil parangón en la historia moderna. Los soviéticos dejaron tras de sí una estela de dolor y destrucción, que se precipitó en una cruenta y salvaje guerra civil que acabó cuando se entregaron a los delirios fundamentalistas de un grupo radical islamista, los talibanes, que hizo retroceder al país a tiempos medievales.

1.1. Aproximación histórica

La posición estratégica de Afganistán ha sido un factor determinante en su desarrollo histórico y ha convertido al país en el centro de acontecimientos internacionales como una *zona-colchón (buffer zone)* entre imperios rivales. Situado durante siglos en la encrucijada entre las grandes civilizaciones del Viejo Mundo y en el punto de encuentro de áreas culturales y geográficas como Oriente Medio, Asia Central y el Subcontinente Indio, fue lugar de paso fundamental de la famosa Ruta de la Seda. En realidad, "un mapa geográfico más que uno político es el que mejor explica la importancia de Afganistán a lo largo

de los siglos" (S. Tanner, 2002: 2).

La naturaleza ha marcado, sin duda, al país y su historia. Sin salida al mar, es atravesado por el macizo del Hindu Kush, de una extensión aproximada de 1.000 km y con montañas que alcanzan hasta una altitud de 7.000 metros. Las estribaciones suroccidentales del Hindu Kush se encuentran en la zona fronteriza entre Afganistán y Pakistán, una región considerada especialmente inaccesible. Aquí está el legendario paso Khyber, la puerta hacia la India para muchas migraciones pasadas. Durante el siglo XIX fue el símbolo de los conflictos entre la India británica y Afganistán.

Las montañas ofrecen a las fuerzas de la oposición espacios de retaguardia apenas controlables y laberínticos desde los que se puede mantener una guerra de guerrillas durante años (C. Schetter, 2007: 20). Eso lo han podido comprobar muchos ejércitos a lo largo de la historia:

> Entre las regiones montañosas más remotas hay tribus todavía gobernadas bajo una base feudal, que nunca han sido conquistadas. Tampoco han sido completamente subyugadas por un gobierno nacional (S. Tanner, 2002: 3).

En los últimos 2.500 años, al menos veinticinco dinastías diferentes han gobernado Afganistán. Las hubo persas, griegas, indias, turcas. Hubo grandes aunque breves imperios que se extendieron desde el Mediterráneo al Subcontinente Indio o desde la India a las estepas de Asia Central. Fue también la tierra donde florecieron antiguas religiones como el zoroastrismo, el maniqueísmo y el budismo.

Por eso, es necesario tener muy presente el devenir histórico de esta trágica tierra para entender el actual Afganistán. El país ha sufrido multitud de conquistas e invasiones. Algunos invasores se integraron en la población local, otros llegaron y se fueron. Por eso, ha recibido diferentes calificativos, desde "campo de batalla de Asia" a "camino de conquista", pasando por "cruce de conquistadores" o "país de paso militar o económico". Para el poeta Iqbal se trata del "corazón de Asia".

De hecho, una gran parte de lo que tradicionalmente se destaca en los estudios como historia persa e incluso india envuelve a ciudades y principados de lo que hoy es Afganistán. Antiguas ciudades como Kandahar, Bamiyán, Mazar, Herat, Kabul, Bagram y Balkh desempeñaron un papel destacado en la evolución de la historia de la región y del mundo civilizado. En un principio, el término Afganistán, "tierra de los afganos", hacía referencia a las zonas tribales pastunes situadas en el sur y el este del país y en el noroeste de Pakistán. En la

segunda mitad del siglo XIX es cuando se impone Afganistán como nombre del país (C. Schetter, 2007: 10).

Afganistán comparte fronteras con seis países: Turkmenistán, al noroeste, Tayikistán y Uzbekistán, al norte, China, al este, Pakistán, al este y al sur, e Irán, al oeste. El trazado de las fronteras fue motivado por intereses geopolíticos de las potencias dominantes en la zona.

1.1.1. Invasiones tempranas

Hasta el siglo XVI la historia de Afganistán está determinada por la llegada de distintos pueblos desde Asia Central. Desde aquí continuaban su expedición hacia otro lugar o eran repelidos. Se crearon imperios que pocas veces duraban más de unas pocas generaciones y, frecuentemente, eran destruidos por otro pueblo nómada.

Uno de los invasores más conocidos fue Alejandro Magno, en el siglo IV antes de Cristo (327 a.C.). Pese a las dificultades geográficas, el deseo de expandir su Imperio hacia los reinos de la India llevó a Alejandro Magno a Afganistán, donde permaneció un par de años para después seguir su victoriosa campaña hacia la India. Pero no le resultó fácil. Al atravesar las duras tierras de Sogdiana (parte del actual Tayikistán y Uzbekistán) y Bactriana (norte de Afganistán), mantuvo encarnizadas luchas con los asvakas, pueblos guerreros del norte del actual Afganistán, venciéndoles con serias dificultades. Así, alcanzó los valles afganos y prosiguió su camino hacia la India a través del tortuoso paso Khyber (A. Vinuesa, 2002: 37).

Hacia finales del siglo VII irrumpió el islam. Los ejércitos árabes llegaron hasta el río Amu Darya, frontera natural entre Afganistán, Tayikistán, Turkmenistán y Uzbekistán, con el mensaje del islam. Pero, hasta finales del siglo IX, los musulmanes no penetraron definitivamente en la zona. Si en los siglos anteriores las conquistas habían venido desde las estepas de Asia Central, la conquista árabe de Persia y Asia Central significó un cambio radical profundo, ya que se realizó desde el suroeste:

> El islam se expandió a un ritmo rápido en toda la región y las influencias árabes (especialmente la escritura y el idioma) la marcaron para siempre. Se sucedieron diversas dinastías islámicas: tahérida, safárida, samánida, gaznávida o ghorida, bajo las que adquirieron un significado importante ciudades como Balkh, Herat, Kandahar o Ghazni en la Ruta de la Seda (C. Schetter, 2007: 37).

La fatídica aparición de Genghis Khan y su devastadora invasión

en el siglo XI I determinaron el devenir de la región. El ejército mongol descendió sobre Afganistán como la "bomba atómica de su tiempo", en palabras del historiador Louis Dupree. El imperio mongol que Genghis Khan creó se extendía desde la costa china hasta el mar Caspio. Le gustaba llamarse "azote de Dios" o "abrasador sol de Satán". Redujo a cenizas oasis, poblaciones enteras y ciudades como Ghazni, Herat o Balkh. En muchos lugares eliminó a toda la población. Los hombres fueron esclavizados para su maquinaria de guerra. A su muerte, en 1227, su reino fue dividido entre sus sucesores y los siguientes cien años fueron años de reconstrucción y recuperación económica.

Durante los 200 años posteriores, Afganistán desempeñó un curioso papel en la historia militar del sur de Asia. No era un estado, ni siquiera un territorio que reflejase su moderna definición. Sin embargo, era una fuente de guerreros indígenas que podían inclinar la balanza del poder entre imperios de fuera.

1.1.2. El reinado de Ahmad Shah Durrani

El tribalismo era característico de la región afgana. Existían centenares de unidades tribales distintas hasta que a mediados del siglo XVI I en las regiones montañosas entre Afganistán y Pakistán empezaron a emerger como fuerzas unificadoras las tribus pastunes de los Ghilzai y Durrani. Surgió un líder, Ahmad Shah Durrani (1747-1772), que fundó un imperio dinástico, que la historiografía afgana considera como el nacimiento del estado nacional afgano.

Ahmad Shah Abdali —ése era su nombre— pertenecía a la rama de la tribu pastún de los Abdali. Fue elegido emir de los afganos en una asamblea de notables o *jirga* que le puso el apodo de *durr-i daran* ("perla de la época"). Él lo cambió por el título de *durr-i durran* ("la perla entre las perlas") para destacar su posición humilde como primus inter pares. Así, los Abdali se renombraron en Durrani. A partir de ese momento la *jirga* se convirtió en el procedimiento legal para la elección de los nuevos monarcas. Se trataba de acabar con las guerras tribales y, al mismo tiempo, evitar la monarquía hereditaria (A. Vinuesa, 2002: 67).

El reinado de Ahmad Shah se basó en una cierta centralización y en el compromiso de respetar las tradiciones. Concedió un considerable grado de autonomía a las tribus. Él mismo se constituyó como ejemplo de la identidad afgana. Se caracterizó por sus cualidades políticas y militares, su liderazgo fue brillante y consiguió en su reinado de 25 años la expansión de su imperio. La capital era

Kandahar. Llegó hasta el este de Irán, el noreste de la India —Cachemira y Punjab— y Baluchistán.

Hay que considerar a Ahmad Shah como "el primer gobernante afgano que tenía apoyo de la mayoría de los líderes tribales, incluyendo a sus enemigos tradicionales, los Ghilzai. Unificó la nación mientras procedía a extender su control" (P Fitzgerald y E. Gould, 2009: 29). Pero este reino no se llamó Afganistán, ni creó instituciones de un Estado moderno, y la administración era rudimentaria:

> La confederación de 1747 dirigida por los Abdali no era de ninguna manera un estado. Era una alianza frágil de tribus que compartían una fuerte identidad cultural pastún. Su objetivo común era la conquista, el pillaje y la obtención de tributos de las personas y los territorios conquistados (A. Rasanayagam, 2005: XIII).

En realidad, el poder de Ahmad Shah se limitaba al lugar en el que se encontraba con su ejército, factor esencial de estabilidad en su reino. Se componía de soldados de distintas procedencias, a los que mantenía unidos la perspectiva de la recompensa. De hecho, su imperio no le sobrevivió.

1.1.3. Disputas de poder

Cuando, en 1772, muere Ahmad Shah, su imperio empieza a desmoronarse. El poder pasó a su hijo Timur Shah (1773-1793), que tuvo que enfrentarse por el trono a miembros de la familia y a clanes opositores. Trasladó la corte a Kabul. Así podía controlar mejor los nuevos territorios, las posesiones indias, pero también liberarse de las presiones de los Durrani, cuyo poder se fue debilitando y sobrevino una época de anarquía. Afganistán perdió la soberanía del norte de la India y el control de las diferentes tribus, que se enzarzaron en una guerra civil. Los pastunes perdieron poder en la corte, donde se impuso el persa como idioma.

Con la muerte de Timur Shah quedó patente que seguían dominando los intereses particulares. En las siguientes décadas los enfrentamientos por el trono hicieron temblar a Kabul. El país tuvo varios dirigentes. El poder de los Durrani no sólo fue puesto en duda por sus oponentes Ghilzai. También los Sadozai de la tribu de los Popalzai y los Mohammadzai de la tribu de los Barokzai les disputaron el liderazgo. Y, además, había grandes rivalidades entre los hermanos de las familias dirigentes.

Por eso, el comienzo del siglo XIX es conocido como el capítulo oscuro de las guerras de hermanos y descrito como una época de

descomposición, caos y anarquía:

> El otrora poderoso Imperio Durrani yacía en ruinas. En 1818, se desintegró en tres principados importantes: Kabul, Kandahar y Herat y en cantidad de principados menores (A. Saikal, 2006: 26).

A veces, los dominios de un dirigente estaban confinados a Kabul o a otra ciudad grande. Esto dio lugar a las ciudades-estado. Así, sobre todo en los siglos XIX y XX, se pueden reconocer cinco rasgos básicos en el desarrollo del país:

a) *El duro entorno natural era una condición desfavorable para el establecimiento de un poder*. Debido a los escasos ingresos agrícolas sólo el comercio terrestre entre China, India y Persia era una economía próspera. Por eso, desde el siglo XIX, cada gobernante dependía de la ayuda extranjera para mantenerse en el poder. En el XIX, fue el apoyo financiero de los británicos, en el XX, la ayuda al desarrollo de Estados Unidos, la Unión Soviética y Alemania.

b) *El enorme contraste entre la ciudad y el campo*. Las ciudades formaban parte de la ruta de las caravanas, de la antigua red comercial y cosmopolita. Las regiones rurales, mientras, estaban en gran medida abandonadas y sólo mantenían pequeños intercambios con los centros urbanos. Esta contraposición se convirtió en el siglo XX en la causa principal de los conflictos. Las ciudades, sobre todo Kabul, eran los motores del desarrollo y de la modernización. En las zonas rurales persistían estructuras sociales tradicionales.

c) *La sociedad afgana se caracteriza por un particularismo extremo*. Aldeas, valles, clanes, grupos tribales y comunidades religiosas representaban los principales rasgos de identidad, sobre los que se formaba el sistema de mecenazgo y clientela. Se deduce que el prestigio social y las jerarquías políticas siempre se ponían en duda y se competía por ellas. En muchos períodos de la historia de Afganistán, las alianzas políticas se vinieron abajo por rivalidades personales. Las disputas por el trono fueron sangrientas. Es sintomático que, en los últimos 200 años, a excepción de Dost Mohamed y Abdur Rahman, todos los gobernantes fueran derrocados o murieran de muerte no natural.

d) *La fuerte fisura cultural sirvió siempre a la movilización política*. No sólo en el aspecto lingüístico y étnico, sino también en el religioso, Afganistán conforma un país extraordinariamente diverso. Esta diversidad cultural fue utilizada por los

gobernantes y los políticos para sus intereses. En el proceso hacia un estado nacional este mosaico cultural era un obstáculo especial.

e)Es sorprendente que Afganistán hiciese historia una y otra vez en la política mundial. En el siglo XIX, el "Gran Juego" entre Gran Bretaña y Rusia fue el punto culminante de la era del imperialismo. En 1979, se produjo la invasión soviética que llevó a la caída de la Unión Soviética. Finalmente, las huellas del 11-S llevan a Afganistán. Con frecuencia se tomaron y se toman decisiones de enorme calado para el país en centros de poder lejanos como Londres, Moscú o Washington (C. Schetter, 2007: 11-13).

El general de división británico, Sir Henry Rawlinson, describe así la situación de Afganistán a finales del XIX:

> Afganistán nunca ha tenido y nunca podrá tener la cohesión y consistencia de un gobierno monárquico regular. La nación consiste en una mera suma de tribus, de poder desigual y con hábitos divergentes, que se mantienen unidas, más o menos estrechamente, de acuerdo al carácter personal del jefe que las dirige. El sentimiento de patriotismo, como se conoce en Europa, no puede existir entre los afganos, ya que no hay un país común (A. Saikal, 2006: 30).

1.2. El "Gran Juego" de las potencias

Afganistán simboliza uno de los puntos en el mapa que de forma más persistente huye de todo control colonial. Aquí colisionaron, en el XIX, los intereses de las dos potencias de la época, Inglaterra y Rusia, lo que Rudyard Kipling llamó en su novela *Kim* el "Gran Juego". Inglaterra quería proteger sus posesiones en la India. Rusia buscaba el acceso a un mar caliente e intentaba expandirse hacia Persia y el Golfo Arábigo, lo que chocaba con las pretensiones británicas.

Los persas intentaron, ante las ruinas de los Durrani, eliminar el control afgano de parte de Persia y de Herat. Los sijs se sacudieron también la dominación afgana y rápidamente expandieron su influencia en tierras tradicionalmente afganas:

> En la evolución de la carrera anglo-rusa, los británicos apoyaron a los sijs y los rusos animaron y ayudaron a los persas a actuar contra los afganos como parte de una más amplia rivalidad entre los dos poderes imperiales, situando a Afganistán en medio de las intensas presiones de los poderes alrededor suyo (A. Saikal, 2006: 26).

Esto puso en marcha procesos que provocaron que Rusia y Gran

Bretaña consideraran a Afganistán como estratégicamente vital en su confrontación. Para los británicos era una línea de defensa de sus intereses coloniales, para los rusos, una puerta de acceso a los intereses británicos más allá de Turkestán —la gran zona de Asia Central poblada por pueblos túrquicos de tradición mayormente islámica—. Era la lucha por el control político de Asia Central. Las conquistas de la gran potencia rusa en Asia Central y el avance del imperio marítimo y comercial británico en la India en el primer tercio del siglo XIX no sólo se debieron a la búsqueda de la gloria militar. Los gobiernos de ambos países estaban interesados en nuevos mercados, en la consecución de materias primas y en asegurar rutas comerciales (B. Chiari, 2009: 27).

Los británicos siempre trataron de instalar un gobernante-títere en Kabul para que protegiese sus intereses y controlase Afganistán. Pero valoraciones erróneas de los británicos, problemas de comunicación entre ellos y los emires afganos, cambios de gobierno en Londres, así como la particular distribución de poder en Afganistán hicieron que los británicos experimentaran en el Hindu Kush los límites de su política colonial. Se temía una confrontación militar entre las dos grandes potencias:

> Aquí reside el significado real que tanto el imperialismo británico como el ruso daban a Afganistán. Se convirtió con el paso de los años en una zona neutral, en un estado o *zona colchón*, que separaba los dominios rusos imperiales de las posesiones coloniales británicas. Para los dirigentes afganos esto les confería ventajas estratégicas. Podían colocar frente a frente a los gobiernos de los imperios, instrumentalizarlos para sus fines y al mismo tiempo aislarse de ellos (A. Saikal, 2006: 26).

Esa lucha entre los dos poderes convirtió a Afganistán en sujeto de la política internacional. Era un territorio atrasado económica y militarmente con fronteras abiertas y una población de nómadas y guerreros tribales que no conocían ni respetaban fronteras estatales. Esta realidad de no-estado era considerada una amenaza por las potencias coloniales.

1.2.1. La primera guerra anglo-afgana

El emir Dost Mohamed Khan (1826-1839 y 1843-1863) consiguió reunificar de nuevo Afganistán, pero tuvo problemas porque no llegó a un acuerdo con Gran Bretaña sobre sus territorios en Punjab. Y solicitó el apoyo de Rusia. Eso motivó la primera guerra anglo-afgana, que duraría desde 1838 hasta 1842.

En 1834, Dost Mohamed tuvo que superar su primera prueba. El antiguo emir Shah Shuja (1803-1809 y 1839-1842), animado por los británicos, regresó de su exilio para reconquistar su trono. En Kandahar fue derrotado por las fuerzas de Dost Mohamed. Estas disputas interafganas fueron aprovechadas por el maharajá Ranjit Singh para hacerse en 1835 con Peshawar y colocarlo bajo el reino de los sijs. Aunque Dost Mohamed enseguida declaró una 'yihad' (guerra santa) contra los sijs, contra los impíos, para recuperar la "capital secreta" de los pastunes, los intentos militares fracasaron.

Tomó el título de *amir-al muminin* (dirigente de los creyentes) e intentó movilizar a todos los musulmanes de su reino, más allá de fronteras tribales y étnicas. Los británicos apoyaron a la confederación sij en la disputa y pidieron a Dost Mohamed que se sometiese:

> La subsiguiente invasión británica de 1939 experimentaría un éxito breve, pero establecería un patrón de los trágicos errores británicos que sentarían la base de siglo y medio de conflicto (P. Fitzgerald y E. Gould, 2009: 33).

Gran Bretaña tenía miedo a una expansión del imperio ruso, que había convertido a Persia en una especie de protectorado. Pidió que el representante ruso fuera expulsado de Kabul. Afganistán no lo hizo y Londres utilizó este pretexto para invadir y ocupar el país, en marzo de 1838. Se dio como razón, en el Manifiesto de Simla, de octubre de 1838, que Dost Mohamed se había apropiado de forma ilícita del trono de Kabul. Los británicos consiguieron la complicidad de Shah Shuja, que permanecía en el exilio indio, y lo colocaron como gobernante legítimo de Afganistán. Querían un emir títere. Dost Mohamed huyó hacia el norte.

En Kabul, se impuso un sentimiento antibritánico. Los afganos, liderados por Mohamed Akbar, hijo de Dost Mohamed, se levantaron contra los británicos. En el invierno de 1842, la posición británica era desesperanzadora y la guarnición se vio obligada a huir. Pocos días después de salir de Kabul, el 6 de enero de 1942, unos 17.000 soldados y sus acompañantes yacían en la nieve entre la capital y Jalalabad. Fueron asaltados y diezmados. Sólo llegó al fuerte de los británicos en Jalalabad una persona, el Dr. Brydon. Para el Imperio Británico fue la peor derrota de su historia colonial. Los británicos, sedientos de venganza emprendieron una gran ofensiva. En abril de 1842, Shah Shuja fue asesinado. Dost Mohamed regresó a Kabul en 1843.

> La derrota militar fue la consecuencia menos importante del primer fracaso de Gran Bretaña en Afganistán. Además de proporcionar una vergüenza militar duradera, la primera guerra anglo-afgana provocó un

sentimiento afgano contra otra invasión británica más y condujo a los afganos hacia una alianza con los rusos (P. Fitzgerald y E. Gould, 2009: 34).

1.2.2. La segunda guerra anglo-afgana

Como resultado directo de la ocupación previa, los intentos británicos para establecer una legación en Kabul fueron rechazados de forma repetida. En Londres, la política británica hacia Afganistán se convirtió en un asunto que causaba cada vez más división. Buscando proteger la frontera noroccidental del imperio ante la expansión rusa, se llegó al Tratado de Peshawar de 1855. Éste garantizaba la cooperación anglo-afgana y proclamaba el respeto a la integridad territorial de cada parte.

En 1874, Benjamin Disraeli se convirtió en primer ministro de Gran Bretaña. Y acabó con la política de no intervención en los asuntos internos de Afganistán. La inactividad de la década anterior cambió a la llamada *política hacia delante* u ofensiva. El secretario de Estado para India, Lord Salisbury, ordenó al virrey, Lord Northbrook, exigir al entonces emir Sher Ali (1863-1866 y 1868-1879) que aceptase una misión británica en Herat para observar los movimientos rusos en Asia Central. Pero ya existían misiones similares en Persia y el virrey no vio ninguna razón para enemistarse más con Sher Ali. Dimitió en noviembre de 1875. La ocupación de Quetta por los británicos y su conversión en una base militar en 1876 presagiaban el advenimiento de una nueva política en Asia Central.

Entonces, se produjo el acontecimiento que precipitaría la segunda guerra anglo-afgana. En el verano de 1878, los rusos, sin recibir el permiso de Sher Ali, enviaron una misión diplomática al mando del general Stoletov de Samarkanda a Kabul. El emir trató de detener la misión, pero ya era demasiado tarde. Stoletov llegó a Kabul el 22 de julio. La decisión de Rusia obviamente estaba relacionada con la política expansionista británica en India y las maniobras exitosas de Gran Bretaña en Europa (L. Dupree, 1997: 408).

El 14 de agosto de 1878, el virrey exigió al emir que aceptase una misión británica para contrarrestar la misión de Rusia. El juego por Afganistán se aceleró. Mientras el emir vacilaba, Abdullah Khan, su hijo favorito y heredero, moría el 17 de agosto de 1878. El emir entró en el tradicional y largo periodo de duelo y pidió a los británicos que esperasen hasta que éste concluyese. Estos se negaron y, mostrando muy poca comprensión y ninguna sensibilidad, acusaron al emir de dilación. Enviaron sin acuerdo una misión a Kabul. Cuando ésta fue rechazada en la frontera afgana, el 21 de septiembre, el virrey Lord

Lytton se vio tan desairado que Inglaterra declaró por segunda vez la guerra a Afganistán.

El 21 de noviembre de 1878, las tropas británicas atacaron territorio afgano por tres frentes. Sher Ali reconoció su situación desesperada y abdicó en favor de Yaqub Khan. Huyó con la misión de Stoletov hacia el norte. Murió en Mazari Sharif, el 21 de febrero de 1879. Un malentendido siguió a otro. Yaqub Khan, previamente liberado de la cárcel, actuaba como regente en Kabul, en ausencia de su padre. A fin de evitar nuevos avances británicos, Yaqub, bajo presión, firmó el Tratado de Gandamak, el 26 de mayo de 1879. Este pacto convertía a Afganistán en un protectorado británico. Los afganos lo consideran el acuerdo más lamentable firmado nunca.

En justicia, sin embargo, es preciso señalar que, en aquel momento, existía poca unidad entre los líderes tribales y la resistencia estaba desorganizada. Según el Tratado de Gandamak, los británicos podían controlar los asuntos extranjeros de Afganistán, los representantes ingleses residirían en Kabul y otras zonas bajo la protección de los afganos y el emir les cedía varias zonas estratégicas y el control de los pasos de Khyber y de Michni. A cambio, el emir recibiría 60.000 libras al año y ciertas garantías de ayuda en caso de una agresión externa. Yaqub aceptó las exigencias británicas de tener una misión permanente en Kabul.

> Más importante que ganar territorio, el objetivo británico, perseguido durante años, era tener una residencia permanente en Kabul desde la que se pudiesen vigilar los avances rusos y reforzar la conformidad afgana con la política británica (S. Tanner, 2002: 209).

Una presencia británica tan cerca de las recientes adquisiciones de Rusia en Asia Central era una invitación al enfrentamiento. Londres se retiró al Hindú Kush después de su segunda invasión afgana, lo que reflejaba la sumisión de Gran Bretaña a la realidad de Asia Central y a la mayor influencia de Rusia:

> Colocar a Afganistán como un *estado colchón* beneficiaba a los dos imperios y fue aceptado en principio por ambas capitales durante la mayor parte del siglo siguiente. Pero perjudicó gravemente el desarrollo de la nación afgana (P. Fitzgerald y E. Gould, 2009: 46).

Los británicos pronto encontraron dificultades con los afganos exaltados. Yakub Khan, que cayó en descrédito y vio peligrar su vida, huyó a la India británica. Abdur Rahman regresó del exilio en la primavera de 1880.

1.2.3. La polémica línea Durand

La delimitación de las fronteras del territorio afgano se llevó a cabo entre 1887 y 1895. Pero el tratado Durand, acordado el 12 de noviembre de 1893 entre la India británica —representada por el secretario de Relaciones Exteriores, Sir Mortimer Durand— y Afganistán, fue y es el más polémico. Regula el curso de la frontera sur y este del país. Ninguna división de fronteras en la historia del colonialismo podría igualar las consecuencias que plantea hoy la llamada línea Durand. Sus 2.400 km constituyen una frontera arbitraria a través de territorios y pueblos separados, considerados desde tiempos inmemoriales como parte de la patria y la nación afganas.

Estos territorios afganos indígenas permanecerán siempre sin ley, fuera del control británico y siendo una fuente constante de fricción. En la práctica, la línea Durand vendrá a marcar los límites occidentales del Imperio Británico y posteriormente del estado de Pakistán. Destinada por el Imperio Británico a ser un paso hacia la pacificación de las zonas tribales pastunes con la idea de absorberlas, ignora la topografía, la demografía e incluso la estrategia militar. Al final, logró exactamente lo contrario: sentar las bases para el derramamiento de sangre.

Mientras inflamaba el nacionalismo afgano, el conflicto transfronterizo resultante de la separación arbitraria de las tribus, familias y recursos, encendería tensiones y rivalidades. Esto llevaría a un estado constante de guerra de baja intensidad, infiltraciones a través de las fronteras e inestabilidad política. En ningún momento se pretendió por ninguna de las partes convertirla en una frontera nacional permanente.

En su reveladora autobiografía, el emir Abdur Rahman afirma repetidamente que nunca consideró las zonas pastunes como cedidas de forma permanente a los británicos. El emir insistió en que la frontera delineaba zonas de responsabilidad y no establecía una frontera internacional. La línea Durand, diseñada para traer estabilidad a las regiones fronterizas, se comprobó en realidad insostenible política, geográfica y estratégicamente (L. Dupree, 1997: 428).

La línea Durand atraviesa en su mayor parte una zona montañosa de intrincado relieve con muy pocos pasos utilizables. El principal es el Khyber, en la carretera que une Islamabad y Kabul, la vía de paso entre Pakistán y Afganistán. Hoy es la principal vía terrestre de suministros para las tropas internacionales en Afganistán. Discurre por angostos y tortuosos valles y es el lugar predilecto de la insurgencia para hostigar a los convoyes que la atraviesan. El otro paso utilizable

es el de Chaman, más al sur. Une Quetta, en el Baluchistán pakistaní, con la ciudad afgana de Kandahar. Constituye una puerta muy utilizada por la insurgencia de ambos lados de la frontera y por ella transita una parte de la droga de Afganistán.

1.2.4. La reunificación del país

El emir Dost Mohamed (1843-1863) aseguró el poder, como era típico en el contexto afgano, a través de alianzas matrimoniales. Durante su regencia se casó con 16 mujeres de familias dirigentes. Otro medio para el mantenimiento del poder fue dar las posiciones de poder a sus hijos. Consiguió unificar Afganistán pero avanzó poco en el proceso de crear una nación, de modernizar la economía o el propio gobierno. Se abandonó la educación y la salud, la industria y la agricultura. Su administración era rudimentaria. En cierta medida, consiguió formar un ejército regular y parece haber desviado muchos de los ingresos para sí mismo, a expensas de la administración civil (M. Ewans, 2002: 78).

En 1863, Dost Mohamed murió. Tras su muerte, sus hijos lucharon violentamente por el trono durante cinco años. Sher Ali, al que Dost Mohamed había situado como su sucesor, se impuso. Bajo su reinado, se vivió un primer empuje modernizador. Convirtió las asambleas tribales informales en una especie de gabinete. El objetivo era sustituir las estructuras tribales por estructuras de mando centralizadas. Una pieza clave de sus reformas fue la modernización militar.

1.3. Hacia la creación de un Estado

Desde la muerte de Timur Shah hasta el ascenso de Abdur Rahman (1880-1901), dos asuntos dominaron el Afganistán del siglo XIX: el desorden interno con sus guerras fratricidas y la intrusión del imperialismo europeo, con sus invasiones y presiones externas. Friedrich Engels llegó, en 1857, a la siguiente conclusión sobre los afganos:

> Sólo su odio indomable a la norma y su amor a la independencia individual les previenen de convertirse en una nación poderosa; pero esta irregularidad e incertidumbre en su actuación les hace vecinos peligrosos (citado en P. Fitzgerald y E. Gould, 2009: 50).

La creación de un Afganistán moderno comenzó durante el reinado de Abdur Rahman, que era sobrino de Sher Ali. Cruzó el río Amu Darya a principios de febrero de 1880 con un centenar de seguidores. El 20 de julio, se proclamó emir. Fue un líder carismático, con poder militar, con intrigas y matrimonios arreglados, y unió, bajo el islam suní, a varias tribus en una confederación que se extendió tanto como su poder permitió. El llamado "emir de hierro" supo mantener el control de las tribus.

Pero antes de ser proclamado emir había renunciado a Herat y a Kandahar y a las relaciones exteriores. Los británicos ejercían así el control en política exterior y recortaban su soberanía. Abdur Rahman reconoció el estatus de Afganistán como un semiprotectorado autónomo. Y, a cambio, consiguió la retirada total de las tropas y de los diplomáticos británicos de Kabul.

Inicialmente, controlaba sólo Kabul y los territorios adyacentes, pero, antes de su muerte en 1901, había extendido su influencia —aunque no el control real— a la mayor parte de lo que conocemos como el Afganistán moderno. Describió así su tarea:

> Se trataba de poner en orden a todos los cientos de pequeños jefes, saqueadores, ladrones y degolladores. Para ello era necesario romper el sistema feudal y tribal y sustituirlo por una gran comunidad bajo la ley (L. Dupree, 1997: 419).

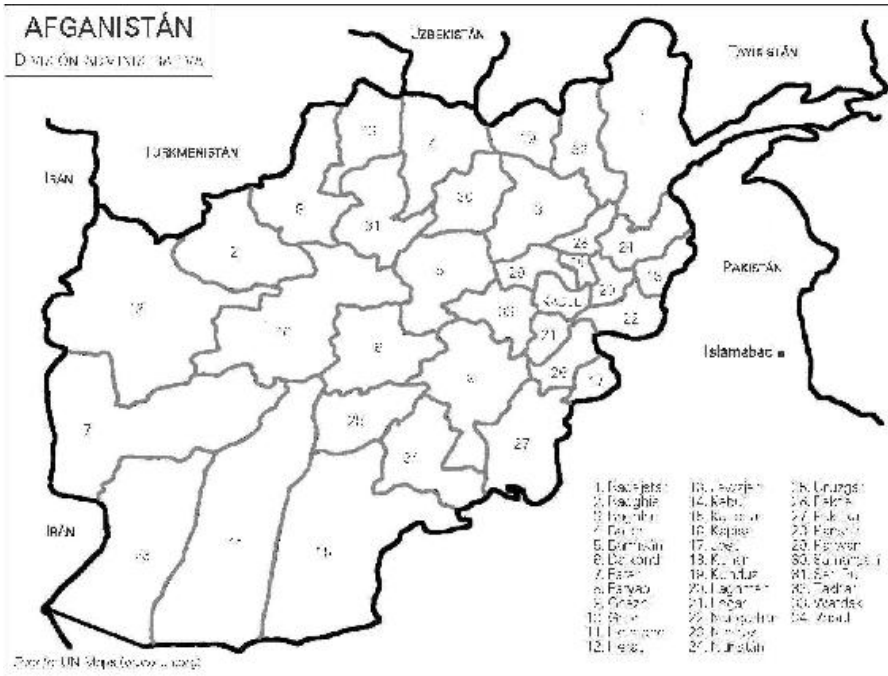
Aunque era un autócrata, Abdur Rahman creó un Consejo Supremo, similar a un gabinete moderno, y designó una Asamblea General *(Loya Jirga)*. Incluía la representación de tres grupos: miembros de la familia real, los janatos tribales (la élite del poder rural) más importantes y líderes religiosos.

Estableció un sistema de gobernadores provinciales que contribuyeron en gran medida a la ruptura del sistema territorial de la tribu. Muchas tribus se dividieron entre dos o más provincias o subprovincias. Abdur Rahman consiguió centralizar y fortalecer el reino. Invistió de gran poder a los mulás de la etnia pastún. Hizo suprimir el tradicional papel de la *Loya Jirga* en la elección de los monarcas, alegando la procedencia divina del poder y teocratizando al Estado (A. Vinuesa, 2002: 70). La fuente última del poder, el pilar básico de la dominación, era el ejército.

Abdur Rahman suprimió la disensión. Hubo una represión absoluta de los hazaras y los uzbekos. Y repobló el norte del país con pastunes. Reprimió las corrientes modernizadoras y todas las tendencias prooccidentales. La burocracia allanó el camino para la emergencia de una influyente clase media, pequeña pero bien formada. A su muerte, en 1901, Abdur Rahman había unificado

políticamente Afganistán y había establecido un régimen centralizado.

> Los fundamentos para una burocracia de Estado habían sido puestos por Abdur Rahman a través de su política de colocar a gobernadores provinciales y otros altos funcionarios sobre la base de su lealtad personal (A. Rasanayagam, 2005: 14).



1.3.1. Habibullah y "los jóvenes afganos"

El nuevo emir, Habibullah (1901-1919), hijo y sucesor de Abdur Rahman, siguiendo la tradición paterna, también gobernó con mano firme. Y trabajó por el desarrollo intelectual de su pueblo. Fundó centros de segunda enseñanza. Antes sólo había escuelas coránicas. Esto no gustó a los mulás pastunes. La aparición de movimientos nacionalistas y culturales impulsó una cierta modernización de la vida social.

Habibullah consiguió el poder sin peleas por el trono. Declaró una amnistía general para todos los afganos que, bajo Abdur Rahman, se hubiesen exiliado. Impuso una política realista. Nació el Movimiento Nacional Afgano, "los jóvenes afganos", un pequeño círculo de intelectuales urbanos fuertemente influenciados por las ideas panislamistas del siglo XIX y las reformas de Mustafá Kemal Atatürk,

fundador de la Turquía moderna. Su máximo dirigente era Mohamed Khan Tarzi. Defendían un nacionalismo que combinaba los valores fundamentales del islam y la modernización en sentido occidental.

Se consiguió la integración interna, obstaculizada por una plétora de unidades étnicas y lingüísticas independientes y semiindependientes. Afganistán entró en un siglo XX en el que se sucederán los enfrentamientos internos y difícilmente habrá un relevo pacífico de los líderes del país. La mayoría acabó en el exilio o asesinado.

Habibullah continuó la tradición de su padre de utilizar los intereses de un imperio contra el otro. Gran Bretaña trató de modificar los puntos más débiles de los tratados anteriores para atar más estrechamente Afganistán a Gran Bretaña. Ésta quería la apertura al comercio y una presencia militar permanente. Habibullah respondió pidiendo renegociar la línea Durand.

En la Primera Guerra Mundial, Afganistán mantuvo una estricta neutralidad. Era el momento más vulnerable para Gran Bretaña y el emir esperaba, al no haber aprovechado esa debilidad, ser recompensado por los británicos con la total independencia o concesiones territoriales. Pero Londres retornó a su acostumbrado enfoque colonial.

1.3.2. La tercera guerra anglo-afgana

En febrero de 1919, Habibullah fue asesinado. Le sucedió su hijo Amanullah (1919-1929). Cambió el título de emir por el de rey y, en su discurso inaugural, declaró la independencia. Desde esa posición de fuerza, junto a informes sobre la debilidad británica por una creciente protesta en India, Amanullah atacó con su ejército al Imperio Británico y lanzó la tercera guerra anglo-afgana. Cuando Amanullah declaró la guerra en un mitin en la Mezquita Idgah en Kabul, la multitud gritó: ¡Ya Margh Istiqbal ya! (¡Muerte o Libertad!) (L. Dupree, 1973: 442). Muchos pastunes de las fuerzas paramilitares británicas desertaron para luchar con el ejército afgano.

Los británicos, temerosos de que Rusia decidiera prestar su apoyo al joven rey, decidieron firmar un armisticio y posteriormente el Tratado de Rawalpindi, el 8 de agosto de 1919. En él se concede la total independencia a Afganistán. A cambio, Amanullah tuvo que reconocer la línea Durand como frontera. La fecha de la firma de este tratado se considera como la del nacimiento del Estado afgano moderno. Realmente, Amanullah fue el primer gobernante afgano decidido a situar a su país en el siglo XX a cualquier precio.

Se produjo también una apertura al exterior. Se firmaron sucesivamente tratados de reconocimiento y amistad con países vecinos como la Unión Soviética —el primer acuerdo que firmó tras la declaración de independencia—, Irán o Turquía. Y estableció relaciones diplomáticas con otros países.

1.3.3. El reinado de Amanullah

La actuación más importante y controvertida de Amanullah fue su amplio programa de reformas y modernización. Atacó las raíces del islam conservador,eliminando el velo de las mujeres, abriendo escuelas mixtas y tratando de obligar a todos los afganos a vestir ropa occidental en Kabul. El resentimiento creció entre los líderes religiosos conservadores, las tribus y los miembros disidentes de la familia real. Mahmud Tarzi comentó: "Amanullah ha construido un hermoso monumento sin fundamento. Quita un ladrillo y se derrumbará" (L. Dupree, 1997: 452).

El rey empeñó su reinado en conseguir una progresiva modernización social. El 10 de abril de 1923 se promulgó la primera Constitución de Afganistán. Seguía el modelo de la Turquía secular de Atatürk, reconocía el islam suní como la religión de Afganistán, pero aseguraba la protección de minorías religiosas como la chií, la sij y la hindú. Y enfatizaba la separación de religión y Estado (R. J. Blancarte, 2001: 136).

El monarca estableció también derechos civiles, la abolición de la esclavitud y de los trabajos forzados, la introducción de la enseñanza obligatoria y la convocatoria de una Asamblea Nacional *(Shura-i-meli)*. Su objetivo final era la total secularización.

> Puso especial énfasis en la educación, estableció colegios de enseñanza secundaria y otros, incluyendo algunos para niñas, y empezó a enviar a jóvenes afganos fuera para realizar estudios superiores (M. Ewans, 2002: 128).

Al inaugurar la *Loya Jirga* en 1928, inspirado por Atatürk, sorprendió a los delegados defendiendo la escolarización general obligatoria y el servicio militar, la separación de religión y Estado y la supresión del velo, de la poligamia y del encierro de la mujer *(purdah)*.

Llevó también a cabo una profunda reforma de las estructuras administrativa, legislativa y judicial. Intentó crear un sistema de jurisprudencia secular, pero sin contar con un solo abogado civil (R. J. Blancarte, 2001: 137). Si Tarzi, el pensador, y Amanullah, el activista,

hubiesen combinado sus recursos intelectuales, respaldados por un ejército leal entrenado por los turcos, Afganistán podría estar hoy muy avanzado en el camino de la modernización, en lugar de estar al comienzo del mismo (L. Dupree, 1997: 457).

Algunas de sus reformas sociales, en particular aquellas que afectaban a los derechos de la mujer y a la educación, resultaban tan repugnantes para la rígida sociedad conservadora que, por sí mismas, fueron la causa directa de su pérdida del trono. Las reformas en educación y en justicia minaban la posición del liderazgo religioso, incluyendo significativamente la de los mulás, cuyo poder derivaba de la influencia que poseían en las tribus y en los pueblos.

El levantamiento de la tribu pastún de Schinwari, en 1929, fue el signo para un levantamiento general y para la caída de Amanullah. Huyó a la India y luego se exilió en Europa. Su hermano Inayatullah asumió el poder, pero su falta de liderazgo condujo a que en pocos días Kabul cayese en manos de una tribu tayika. Su líder, Bacha i Saqqao, en un claro contraste con Amanullah, entendió su reinado como un deseo de Dios. El 16 de enero de 1929, rodeado de una cierta aura religiosa, se dejó coronar como Habibullah II, el nuevo emir de Afganistán. Estuvo al frente del gobierno nueve meses. Decretó el cierre de los colegios de niñas e introdujo de nuevo la obligatoriedad del velo. Eran reacciones islámicas a las reformas de su antecesor. Con Habibullah II, por primera vez en casi 200 años, el poder de Kabul estaba en manos de un no pastún. Su reinado fue caótico e ineficiente.

El general Nadir Khan (1929-1933), perteneciente a la familia Musahibán —de una rama del clan real—, había regresado del exilio para luchar contra el poder, cada vez más evidente, de los tayikos. Tras una sangrienta revuelta, tomó Kabul, en octubre de 1929, y ejecutó a Habibullah II y a la mayoría de los líderes tayikos del gobierno. Se proclamó rey como Nadir Shah y dedicó especial atención a mejorar las Fuerzas Armadas. En 1931, se promulgó una nueva Constitución. Y se establecieron nuevos centros de enseñanza secundaria. También se abrieron nuevos periódicos.

Mantuvo una política exterior aperturista hacia Europa y Estados Unidos para profundizar en la modernización del país y guardó una estricta neutralidad en sus relaciones exteriores (A. Vinuesa, 2002: 73). Continuaron las buenas relaciones con Gran Bretaña y la URSS y se establecieron con Alemania, Italia y Japón. Se adoptó el pastún como lengua oficial. Esto incrementó los sentimientos nacionalistas de la etnia mayoritaria.

Pero el advenimiento al poder de la familia Musahibán supuso una seria división, cuando los afganos vieron que no se reponía en el poder a Amanullah, que estaba en el exilio. Se produjo una nueva revuelta popular en la que se asesinó a varios miembros de la familia

Musahibán, entre ellos a Nadir Shah y a su hermano Aziz.

1.4. Zahir Shah, el "padre de la patria": el experimento de la democracia

Tras la muerte de Nadir Shah, ocupó el trono su único descendiente, Zahir Shah (1933-1973), de 19 años. Sus tíos actuaron como tutores y primeros ministros hasta que el nuevo rey tomó las riendas del poder. Según marcan los patrones culturales, cuando el padre de un hombre joven muere (o es asesinado), su tío o tíos paternos reemplazan al padre en los derechos y obligaciones padre-hijo. Por eso, el rey Zahir Shah reinó pero no gobernó durante 20 años. Mientras sus tíos gobernaban, al rey le dio tiempo a estudiar la nación, su papel y sus responsabilidades y a asegurar su futuro político (L. Dupree, 1997: 477).

Al estallar la Segunda Guerra Mundial, el rey Zahir Shah declaró la neutralidad del país. Carecía de apoyo exterior para la financiación y culminación de los necesarios programas de modernización. Había escasez de divisas. Esta situación provocó un descontento generalizado y nuevas revueltas. A su tío Hashim le sucede como primer ministro su hermano, Shah Mahmud.

La partición del Imperio Británico de la India supuso un cambio en el esquema de las relaciones exteriores de Afganistán. La pérdida de protagonismo político de Gran Bretaña en la zona motivó que Kabul cayera bajo la órbita de Moscú. Con el final de la Segunda Guerra Mundial, llegó para Afganistán la primera experiencia de una democracia parlamentaria. Un movimiento llamado "Despertar de la Juventud" comenzó a organizar manifestaciones y actos reclamando reformas socioeconómicas. Consiguió que, en 1949, se celebraran en el país unas elecciones en las que se garantizó cierta libertad y, finalmente, en las sesiones parlamentarias se permitió que surgieran voces disidentes y críticas hacia el gobierno y las instituciones más tradicionales del país.

En esa legislatura se adoptaron algunas reformas de carácter liberal, como la autorización de una prensa libre. Un fuerte sentido de orgullo nacional emergió y empezó un debate público a nivel nacional sobre temas largamente silenciados.

1.4.1. El programa de modernización de Daud (1953-1963)

Inspirado por el ascenso de nacionalistas musulmanes fuertes e independientes, como Mohamed Mossadeq en el vecino Irán y Gamal Abdel Nasser en Egipto, en 1953, el rey Zahir Shah colocó a su primo y cuñado Mohamed Daud como primer ministro. Educado a la occidental y autoritario, el autócrata Daud inmediatamente reprimió la disensión y la apertura política. Daud era un nacionalista convencido y un modernizador frustrado porque el ritmo del desarrollo económico había sido muy lento durante los gobiernos de sus predecesores.

El gobierno del general Daud, influenciado por el modelo soviético, tuvo un carácter centralizador y moderado. Perseguía la modernización del país a través de un fortalecimiento del Estado. Se introdujeron reformas sociales, entre las que destaca la mejora del estatus de la mujer. Esto condujo a un enfrentamiento con los mulás:

> No todos los líderes religiosos aceptaron la abolición voluntaria del velo y otras reformas, porque cada intrusión en su poder consuetudinario erosionaba su influencia secular. Se oponían a la educación secular, porque, en el pasado, ellos controlaban las instituciones educativas,… y se oponían a una separación constitucional de la iglesia y el Estado porque un movimiento así disminuía su poder temporal (L. Dupree, 1997: 533).

> En tiempos del rey Shah, por primera vez, las mujeres obtuvieron el derecho de voto. Muchas mujeres participaron en las elecciones en aquella época. Cuatro consiguieron entrar en el parlamento. Eran de tres provincias distintas: Kabul, Herat y Kandahar. En general, no había educación en todo Afganistán. El burka fue prohibido en los colegios, universidades y lugares de trabajo, pero no en las calles. A las mujeres en las ciudades se les sugería que no lo vistiesen. En los años 60 los fundamentalistas propusieron una ley para que las mujeres no fuesen solas, sin la presencia de un hombre. Pero no se aprobó (S. Perlika, 2010).

Se expandió también el sistema escolar estatal. El gobierno estableció colegios de primaria en muchos pueblos y colegios secundarios a nivel provincial e internados en Kabul. Hubo una explosión de la población estudiantil que tuvo consecuencias sociales, económicas y políticas en un país socialmente atrasado y pobre en recursos, que el norteamericano Barnett Rubin describe así:

> El crecimiento del sistema educativo, financiado con ayuda externa, multiplicó rápidamente el número de jóvenes de las aldeas con educación o semi-educación, a pesar de que siguió siendo una minoría aislada en un país donde menos del 10% de la población y del 2% de las mujeres sabían leer y escribir (citado en A. Rasanayagam, 2005: 43).

Los acontecimientos más importantes en política exterior fueron el

acercamiento al régimen soviético y el deterioro de las relaciones con Pakistán. Daud hizo de la cuestión del "Pastunistán", de la solución del problema pastún, una prioridad, y denunció el tratado que fijaba la línea fronteriza. Esto determinará las relaciones con Pakistán.

El hecho de que Estados Unidos ayudase más a Pakistán provocó que Daud pidiese ayuda a los rusos. Estos incluso facilitaron la entrada de productos básicos a través de la Unión Soviética. Esta nueva situación condujo a que a la postre la primera víctima fuese la neutralidad afgana y la segunda, su independencia (A. Rasanayagam, 2005: 29). La modernización se llevó a cabo con ayuda al desarrollo de EE UU y de la URSS. De este último país recibió importante ayuda militar, armamento y entrenamiento de personal especializado que sirvieron para potenciar el ejército.

1.4.2. La "era dorada"

Muchos afganos recuerdan de forma nostálgica los años de 1963 a 1978 como la "era dorada" de Afganistán. Pero, si bien fue una época de despertar político y democrático, lo fue también de inestabilidad y de estancamiento económico ya que se redujo la ayuda extranjera al desarrollo (C. Schetter, 2007: 87).

El 9 marzo de 1963, el rey Zahir Shah rechazó la propuesta de Constitución de Daud y éste dimitió. Hasta entonces, el primer ministro siempre había sido de sangre real, pero, tras la dimisión de Daud, se nombró como máximo responsable político a Mohamed Yusuf, el primer plebeyo en ocupar la jefatura del gobierno. Con el respaldo del ejecutivo iraní consiguió la normalización de las relaciones con Pakistán y se reabrió la frontera. Y se mantuvieron las buenas relaciones con la URSS.

Pero lo más destacado en los primeros años 60 fue, sin duda, la elaboración de una Constitución, una nueva Carta Magna, aprobada en septiembre de 1964 por una *Loya Jirga*. Fue promulgada el 1 de octubre, contenía las bases para un parlamentarismo occidental, una monarquía parlamentaria. Contemplaba la división de poderes, con derechos civiles y un sistema judicial secular, aunque también incluía la *sharía*. El territorio se dividió en provincias, lo que debilitó el poder tribal.

Era una constitución moderna para su tiempo. Dio origen a manifestaciones políticas más amplias, a la prensa o a nuevas organizaciones de distintas tendencias, incluyendo a las marxistas, que obtuvieron cuatro escaños en el parlamento en 1965 (R. J. Blancarte, 2001: 47). El término *afgano* se extendió a todos los habitantes del

país. En 1965 y 1969, hubo elecciones a la *wolesijirga* (cámara baja), en las que por primera vez se reconoció el derecho de la mujer a votar.

En las dos cámaras dominaban los representantes del orden establecido conservador, sobre todo dignatarios religiosos y líderes tribales. Y había un problema fundamental: los diputados —aparte de los pocos intelectuales urbanos— se regían más por sus propios intereses y su clientela que por el objetivo de construir un Estado o nación. Una de las cuestiones principales fue que Zahir Shah no ratificó la ley de partidos incluida en la Constitución. De esta forma todos los partidos eran ilegales. Fue un error clave del rey. Mal asesorado, al no promulgar una ley de partidos, no se canalizaron las energías políticas del país, ni se sometieron al voto de la población sus diferentes tendencias (B. Chiari, 2009: 42).

En octubre de 1965, se produjeron de nuevo revueltas. El primer ministro dimitió. Le sustituyó Mohamed Hassim Maiwandwal, cuyo gobierno apenas duró dos años. Hubo una apreciable acción en política interior y una mejora de la administración, reformas legislativas y una mayor libertad de prensa que llevó a la creación de nuevos periódicos. Pero las protestas continuaron.

Otro foco de tensión en los 60 fue la aparición de una élite en Kabul compuesta de licenciados de la universidad y de los cuatro colegios impulsados desde el extranjero —alemán, americano, francés e inglés—. Eran las fuerzas de los movimientos políticos radicales que se rebelaban contra el poder tradicional. Eran instituciones puramente urbanas. Por un lado, los comunistas fueron apoyados y recibieron ayuda de la embajada soviética. Por otro, los islamistas tenían contacto con Pakistán y Arabia Saudí.

La oposición más radical a las reformas en aquel momento se concentraba en un grupo de profesores de la Universidad de Kabul: Rasul Sayyaf, Burhanuddin Rabbani —futuro presidente del país— o Muhammad Niyazi. Hubo un intento de derrocar al monarca y establecer un califato musulmán. Los reclutas de Rabbani eran los más ambiciosos y duros. Dos de sus más destacados seguidores, el panshir Ahmed Shah Masud y el pastún Gulbuddin Hekmatyar, se convertirían con el tiempo, como "feroces luchadores religiosos por la libertad", en los chicos de los medios americanos durante la guerra encubierta de Estados Unidos contra la URSS (P. Fitzgerald y E. Gould, 2009: 113).

A finales de los 60 se habían ganado en la Universidad de Kabul la reputación de fanáticos peligrosos que castigaban a las mujeres desfigurándolas y a los oponentes políticos con palizas y la muerte. Fueron miembros fundadores de la Yamiati Islami (Asamblea Islámica). Sus seguidores eran misóginos violentos que echaban ácido en las caras de las mujeres que no llevaban velo.

En noviembre de 1967, se nombró un nuevo primer ministro, Nur Ahmed Etemadi. No sirvió para solucionar la situación. El enfrentamiento entre los radicales ubicados en Kabul y la élite tradicional afgana continuó. En junio de 1971, se sustituyó el gobierno de Etemadi por el de Abdaz Zahir que permaneció hasta diciembre de 1972. Una seria hambruna, provocada por la sequía que se padecía desde hacía tres años, afectó a gran parte del país. Hubo un gran descontento entre la población que emigró en gran número a Irán y Pakistán y que se veía de nuevo dependiente de potencias exteriores cuyos intereses estaban enfrentados entre sí. La hambruna sólo pudo ser aliviada por la ayuda internacional de Estados Unidos, la Unión Soviética y China. Hubo un nuevo cambio de gobierno con Mohammed Musa Shafiq, pero los problemas siguieron.

El 17 de julio de 1973, un amplio sector del estamento militar, con el apoyo del partido comunista —llamado Partido Democrático Popular de Afganistán (PDPA)— dio un golpe de Estado. El rey Shah fue depuesto. Se instauró la república, liderada por el anteriormente dimitido Mohamed Daud. Y la transformó en una dictadura. Los "años dorados" acabaron de forma sombría. Entre los intelectuales de Kabul aumentaron las críticas a la corrupción o a los grandes proyectos sobrevalorados y no rentables de empresas extranjeras. La dependencia del país de la URSS creció.

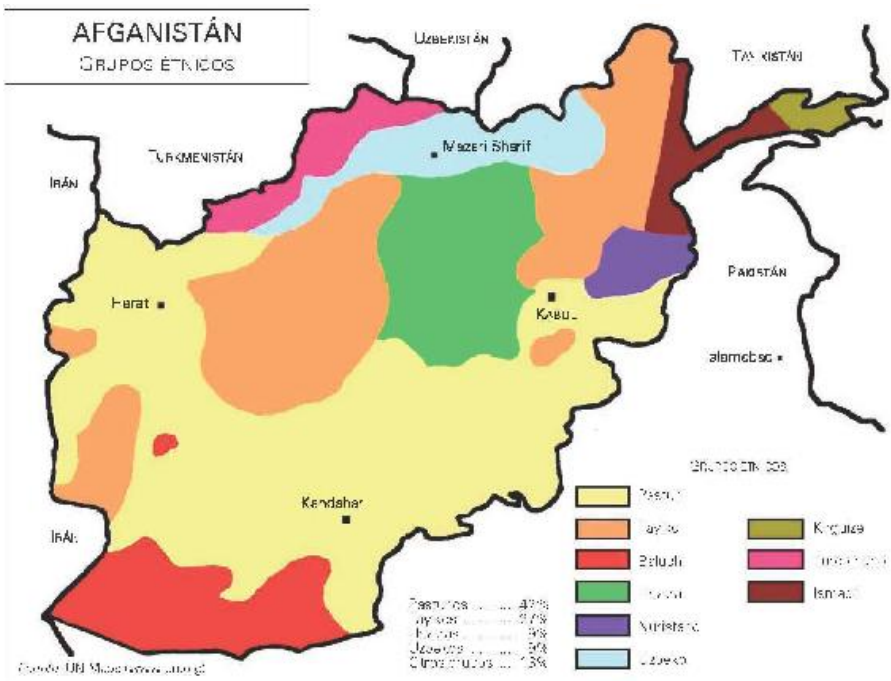
1.5. El puzle étnico

Cada nueva invasión o migración a Afganistán dejaba tras de sí sus propios colonos. Se creó así a lo largo de los siglos un mosaico étnico de desconcertante complejidad. Una encrucijada de culturas —persa, hindú, china, turcomana, rusa, mongol— hace que la composición étnica sea extremadamente variada, pero dominada por los pastunes.

> Desde que Ahmad Shah Durrani se posesionó del reino afgano, los no pastunes se han resentido de la dominación pastún, de la hegemonía pastún. Han tenido lugar revueltas armadas e insurrecciones entre los hazaras, uzbekos e incluso los tayikos. Para muchas tribus no pastunes, el mero término denotando ciudadanía nacional "afgana" ha sido sinónimo de "pastún". Este sentido de alienación tribal ha golpeado a las mismas raíces de todos los esfuerzos para construir un Estado-nación unido (R. J. Blancarte, 2001: 31).

En Afganistán, se puede encontrar una enorme variedad de lenguas, etnias, religiones y otros modelos culturales. Incluso el islam, al que pertenece el 99% de la población, no es un factor de unión,

sino que está definido por una variedad de corrientes heterogéneas. Además de una mayoría de musulmanes suníes (80%), hay una cantidad considerable de chiíes, que pertenecen mayoritariamente a la tribu hazara. La minoría chií ha estado económicamente en desventaja y ha sido objeto de discriminación.



A menudo, las fronteras entre etnias apenas se pueden trazar y muchos afganos no saben ni el nombre de su grupo étnico. Por lo tanto, es difícil calcular cuántos grupos étnicos hay y cómo son de extensos (C. Schetter, 2007: 23). Las cifras varían entre 50 y 200. No hay censos de población. El último, de relativa Habilidad, data de 1979 y no se llegó a terminar. Por eso, hay que considerar las cifras con mucha cautela. Los principales grupos étnicos son: pastunes, tayikos, nuristanos, uzbecos, turcomanos, aimaqs, hazaras, baluchis. El grupo nómada más amplio son los kuchis, alrededor de un millón y medio, que son pastunes.

Otro problema es que muchos grupos étnicos no se dejan agrupar geográficamente. A menudo, en un valle o en una zona, viven varios grupos étnicos distintos. Para la mayoría de los afganos, las conexiones locales, tribales y familiares son más importantes que una identidad étnica común. El matrimonio de los propios hijos plantea, en un país en el que la procedencia es vista como una cualificación personal importante, la estrategia principal para controlar los recursos

políticos y económicos.

Afganistán no es por tanto una unidad étnica y su cultura nacional no es uniforme. Pocos de sus grupos étnicos son indígenas. No todos los pastunes, por ejemplo, son ciudadanos afganos. En realidad, un número igual vive en las áreas tribales y en la provincia del noroeste de Pakistán. Tayikos, uzbecos, turcomanos y kirguizes tienen su propia república en la antigua URSS. La mayor parte de los habitantes del extremo occidental de Afganistán son, geográfica y culturalmente, una extensión iraní, son simples agricultores farsiwan que hablan persa. Los baluchis también viven en Pakistán y en Irán.

Su configuración geográfica favorece el cantonalismo y la separación tribal. El modelo social es el tribal y de clanes autóctonos. Afganistán no se puede encuadrar en un claro y determinado espacio cultural. Se engloba tanto en el oriente islámico como en Asia del Sur y Central. Es un lugar de encuentro de culturas, tradiciones y pueblos.

Los idiomas oficialmente reconocidos son de origen indoeuropeo: el pasto —la lengua de los pastunes— y el farsi —variante afgana del persa—. Su grafía es árabe. En el aspecto lingüístico, hay más de 30 lenguas distintas. La variedad más grande se da en el Hindu Kush, donde la lengua cambia con frecuencia de un valle a otro.

En Afganistán hay tres tipos de físico:

*a)*Caucásico: pastún, tayiko, baluchi, nuristano.
*b)*Mongoloide: hazara, aimaq, turcomano, uzbeco, kirguize.
*c)*Australoide: brahui.

A excepción de las áreas pastunes del sur y el este, pocos grupos afganos mantienen una homogeneidad racial. Pero incluso allí se producen rupturas, si se analiza más detenidamente. La población se puede clasificar en las categorías étnicas siguientes:

*a)*Pastunes: 42%
*b)*Tayikos: 27%
*c)*Hazaras: 9%
*d)*Uzbecos: 9%
*e)*Otros grupos: 13%

Hay unos 32 millones de habitantes. Pero nadie sabe con certeza la dimensión precisa y real de cada grupo. Los pastunes viven en el sur y el este del país y a caballo de la frontera afgano-pakistaní. Los tayikos habitan principalmente en el Valle del Panshir, en el centro y en el norte. Mantienen tensas relaciones que pueden acabar en confrontación. Su rivalidad e incapacidad para compartir el poder han

sido unos de los condicionantes de la política nacional y causa de buena parte de los conflictos en el país.

Desde su creación por Ahmad Shah Durrani, en 1747, el estado afgano ha sido gobernado por dirigentes pastunes. Fueron una excepción los nueve meses de gobierno tayiko en 1929 y el control de Kabul en 1992-1996 por parte de los muyahidines. Aunque el poder político ha estado en manos pastunes, los tayikos han desempeñado un papel destacado en el aparato estatal y en la vida cultural del país.

Los tayikos constituyen la segunda etnia del país. El término *tayikos* se utiliza para las personas que no pueden ser asignadas a ningún grupo étnico, por tanto quiere decir no pastún, no hazara. Los tayikos forman una gran parte de la inteligencia y hasta la guerra determinaban la vida económica. Ahmad Shah Masud, hoy considerado un héroe por muchos en Afganistán — posiblemente hubiese sido el primer presidente del país después del régimen de los talibanes, de no haber sido asesinado por Al Qaeda— era tayiko. Los tayikos siempre han controlado el Valle del Panshir, que jamás pudo ser conquistado por ningún invasor. Ha sido su centro neurálgico. Entre pastunes y tayikos hay una amplia proporción de matrimonios interétnicos (más comunes en las zonas urbanas, entre círculos educados y entre refugiados).

Los hazaras, de origen mongol, habitan en la zona montañosa central de Harazadat, alrededor de la provincia de Bamiyán. Hasta los años 50 del siglo XX vivieron concentrados ahí. También hay muchos en Kabul, llegando a representar hasta el 30% de sus habitantes. Algunos, apoyándose en sus rasgos faciales, creían a los hazaras originarios del imperio mongol de Genghis Khan. Tienen aspecto turco mongoloide, son de confesión chií. Su lengua es el hazaragi, un idioma del persa con tono mongol.

Tradicionalmente, se han enfrentado a los gobiernos centrales en defensa del control de su territorio y han sufrido discriminación y exclusión por parte de los otros grupos. Han destacado durante más de un siglo por constituir una subclase étnica. En el ejército, por ejemplo, solían trabajar como sirvientes de los oficiales de otras etnias. Sobre todo, a raíz del exilio, han descubierto la educación como forma de ascenso social y hoy por hoy constituyen probablemente el grupo étnico con el mayor número de miembros en escuelas y universidades por porcentaje de población.

> La educación es la salida a la discriminación. Si estamos educados, nunca nos podrán vencer. Los hazaras no tienen tierras, ni dinero y no pueden mantenerse a sí mismos. La única salida es la educación. La idea surgió a mitad de la guerra civil. Ese sentimiento vino de la emigración, antes estaban en el centro del país, en las montañas y no conocían otra cosa. Durante la emigración fue la primera vez que abrieron los ojos. Y los

hazaras empezaron a cambiar y a enviar a sus hijos a las escuelas y a las universidades (Z. Rajabi, 2010).

A los uzbecos y otros grupos más pequeños como los turcomanos les ha ido algo mejor que a los hazaras. No han sido discriminados tan activamente, pero su presencia en el aparato estatal ha sido muy modesta. Los uzbecos son el cuarto grupo étnico. Se asientan en las provincias del norte, en la parte septentrional, próxima a la frontera con Uzbekistán. Una minoría sigue siendo nómada. Son de naturaleza independiente, lo que les mantiene normalmente enfrentados a los pastunes y a cualquier intento de centralización desde Kabul. Originarios de Asia Central, muchas de sus comunidades están mezcladas con los tayikos.

En el norte, se encuentran también los turcomanos, suníes. Su organización es tribal y hablan una lengua que se parece mucho al turco. Muchos uzbecos y turcomanos, y también tayikos, emigraron a Afganistán en los años 20, a raíz de la sovietización de Asia Central. Estos inmigrantes se llaman hasta hoy *muhajerin* (refugiado).

En el suroeste del país, especialmente a lo largo del río Helmand, viven varios centenares de miles de baluchis, organizados en tribus. Luego están los nuristanos, que apenas constituyen un 5%. Bajo el término de *Nuristán* se incluyen diferentes etnias que viven a lo largo de la ladera sur de la región del Hindu Kush. Nuristanos significa "habitantes del país de la luz". Esta designación se refiere a la tardía islamización. Anteriormente, esta región se llamaba Kafiristán, "tierra de los infieles", ya que los habitantes se aferraban a religiones preislámicas (C. Schetter, 2007: 27).

Los qizilbasch son una etnia chií. Se les denomina "cabezas rojas". Son los descendientes de las tribus turcas de Azerbaiyán, que en el siglo XVI I fueron colocados por Nadir Shah como tropas de ocupación en ciudades afganas. Hablan persa y viven en los centros urbanos y ocupan posiciones clave en la administración.

El Hindu Kush está habitado también por grupos locales que hablan idiomas diferentes y que en su mayoría pertenecen a la fe ismaelí, seguidores del Aga Khan. Otros grupos son árabes, cosacos, tártaros y mongoles o brahui. Históricamente, los indios desempeñan un papel importante, especialmente en zonas del sur y el este. Los sijs constituyen la mayoría de los ciudadanos afganos de origen indio.

También hay movimientos sufíes y están los *pirs*, con frecuencia reverenciados como guías espirituales, y los *sayyed*, que reclaman ser descendientes del Profeta. A los *sayyed* y *pirs* les falta en la sociedad afgana una posición clave para situaciones de crisis, en las que ellos pueden estar por encima de divisiones étnicas, tribales y locales y promover coaliciones. Pese a tanta disparidad y continuas luchas, muy

pocas veces se ha planteado la necesidad de escindirse del tronco nacional —excepción hecha del Pastunistán—. El principal componente de ese sentimiento nacional es el islam.

La intervención comunista en 1978 acabó con 230 años de monarquía pastún. La guerra civil, de 1992 a 1996, fue entre antiguos grupos de muyahidines (combatientes de la yihad contra la ocupación soviética), cada cual con su perfil étnico propio. En el período de 1996 a 2001 gobernaron los talibanes, predominantemente pastunes. En 2001, la expulsión de los talibanes llevó a los tayikos al poder en Kabul. Desde entonces, los aliados han intentado promover una mayor equidad entre los grupos étnicos, especialmente para limitar el aislamiento pastún.

1.5.1. La mayoría pastún

La etnia pastún es la mayoritaria. Pero, además, los pastunes consiguieron durante siglos tener también la supremacía política sobre las otras etnias. Se asientan en el sur, centro y este del país, extendiéndose más allá de sus fronteras a la franja limítrofe con Pakistán. Los pastunes constituyen no sólo el mayor grupo étnico de Afganistán, sino que representan además la sociedad tribal más grande del mundo.

Esta etnia la comparten los Durrani y los Ghilzai. Aunque su religión es el islam, el principal nexo de unión del pueblo pastún es el llamado *pastunwali*, una especie de código moral al que conceden una importancia primordial. El *pastunwali* promueve al respeto, la independencia, la justicia, la hospitalidad, el amor, el perdón, la venganza y la tolerancia hacia todos (especialmente los extranjeros e invitados). Se considera una responsabilidad de cada pastún el descubrir y redescubrir la esencia y el significado del *pastunwali*. Este código contempla varios preceptos principales:

*a)*hospitalidad *(melmestia)*
*b)*venganza, justicia *(badal)*
*c)*asilo, santuario *(nanawatai)*
*d)*el derecho a la defensa del propio honor *(nang)*, honor de las mujeres *(namu)*
*e)*coraje *(tora)*

Ese código de honor y de justicia no escrito regula la existencia de los pastunes, a pesar de que ciertos contenidos varían de una tribu a otra y el *pastunwali* en el siglo XX ha perdido su carácter vinculante

para los pastunes urbanos. La idea básica del *pastunwali* es que la existencia del individuo, del clan, de la tribu y de todos los pastunes está constantemente amenazada. Hay que mencionar, sobre todo, el concepto de honor *(nang)*. Cada pastún ha de mantener su honor por encima de la protección de su propiedad. Bajo propiedad se entienden no sólo los bienes materiales sino también la mujer de la comunidad. El honor de un hombre depende, por lo tanto, del comportamiento de los miembros femeninos de la familia y por ahí es vulnerable. La sola sospecha de adulterio o la muestra de la feminidad se entienden como violaciones de la honra. Si hay sospechas de una violación de la integridad moral, ésta debe ser sancionada. Y siempre se acaba en actos de venganza de sangre.

La posición subordinada de la mujer en la sociedad pastún se basa en valores y conceptos normativos tribales y no es de origen islámico. En realidad, una y otra vez las normas pastunes chocan con los planteamientos islámicos. El islam, por ejemplo, prohíbe la venganza de sangre y los clérigos musulmanes están fuera de la estructura tribal pastún (C. Schetter, 2007: 26).

De esta forma se cruzan en el cinturón tribal pastún del sur y el este de Afganistán códigos de honor y derecho islámico con valores pastunes que proceden de tiempos preislámicos Para los pastunes su código de honor y tribal, así como sus propias formas de organización social *(loya*, por ejemplo), les proporcionan un soporte de unidad. Además, se ven a sí mismos como los afganos de verdad.

La sociedad pastún en general sigue siendo muy parroquiana. Es celosa de su independencia y resistente a la influencia exterior. Hay varias subtribus y clanes. Los pastunes, a veces, comparten las tierras. La autoridad la ejerce el *khan*, pero ésta dependerá de sus cualidades de liderazgo. Con el paso del tiempo, los *khans* adquirieron más poder económico y desarrollaron un sistema más feudal.

> La *jirga* (asamblea tribal) de ancianos decide conjuntamente sobre los principales asuntos: seguir la guerra o hacer la paz. En una sociedad donde lo público es decidido sin la ayuda de la escritura, el hombre tribal aprende a hablar lúcida, persuasiva y con frecuencia graciosamente (V. Schofield, 2010: 116).

La decisión de la *jirga* puede ser implementada a través del *lashkar* (ejército tribal). Lo más importante de todo es que las disputas han de ser resueltas de forma honorable. Sin embargo, los pastunes —segundo grupo étnico en número en el vecino Pakistán— no constituyen un grupo homogéneo. En primer lugar, presentan dos grupos principales: el Durrani y el Ghilzai, con perfiles bastante diferentes. Una buena parte de los Durrani es gente formada y urbana,

mientras los Ghilzai son más conservadores y forman parte de una compleja estructura tribal. Los Durrani suministraron líderes a Afganistán desde 1747 hasta 1978. En cambio, casi todos los líderes afganos de la era soviética (1978-1989) eran Ghilzai. El movimiento talibán era predominantemente Ghilzai aunque tuvo varios dirigentes Durrani. El régimen de Karzai marca el retorno a la influencia de los pastunes Durrani.

De hecho, hasta la guerra de Afganistán, en 1979, los pastunes fueron objeto de un trato preferencial por el estado. La resistencia de las tribus pastunes no se basa tanto en una visión nacional común como en una mezcla de la lucha por la independencia tribal y el fanatismo religioso. El nacionalismo entre los pastunes empezó a aumentar en los años 20 del siglo pasado en el área de Peshawar (Pakistán).

Y, desde 1948, después de la creación de Pakistán, la *cuestión pastún* tomó forma. Afganistán se convirtió en su defensora. En 1949, una *Loya Jirga* declaró nulo y sin valor el tratado de fronteras con los británicos y argumentó que Afganistán tenía derecho a defender la autodeterminación de los pastunes más allá de la línea Durand (C. Schetter, 2007: 82). Esto provocó disputas con Pakistán, aunque las tribus pastunes a uno y otro lado de la fronteriza línea Durand no mostraron mayor interés.

CAPÍTULO 2

Campo de batalla de la Guerra Fría

2.1. El final de la monarquía

La falta de un gobierno centralizado, desórdenes internos, desunión y disputas entre las tribus, luchas interétnicas, intrigas palaciegas, invasiones y presiones externas han marcado de una u otra manera la historia de Afganistán, sobre todo la del siglo XX. Todo esto contribuirá a la caída de la monarquía, convertirá al país en campo de batalla de la Guerra Fría y Afganistán se verá inmerso en varias décadas de guerra y conflicto.

A mediados de los años 50, entre el país asiático y la Unión Soviética existía una cooperación que puede calificarse de coexistencia pacífica. En 1955, la *Loya Jirga* ratificó un acuerdo militar con la URSS y Afganistán recibió una ayuda militar de 32,5 millones de dólares. Y había oficiales afganos formándose en la Unión Soviética, lo que hizo que los militares se convirtiesen en el pilar fundamental de Moscú en el país del Hindu Kush.

Afganistán era también para Estados Unidos una zona de gran importancia estratégica. Cuando vio la ayuda soviética, se alarmó y decidió mirar de nuevo hacia Afganistán. Para no entrar en competencia con los soviéticos, ofreció ayuda al desarrollo en aquellos sectores que los soviéticos no cubrían, como la educación (C. Schetter, 2007: 85). De esta forma se produjo una expansión de la misma, con un mayor acceso de las niñas a la enseñanza. Esto condujo a que las mujeres entrasen en el mundo laboral, aunque en puestos considerados más femeninos, como profesoras, enfermeras,

recepcionistas, administradoras o azafatas de aire. Cada vez fue más común que las mujeres apareciesen sin velo, al menos en Kabul, y, en menor medida, en otras ciudades (P Marsden, 2009: 32-33).

2.1.1. El deterioro de los poderes

El rey era, en general, considerado un hombre decente, bien intencionado y un verdadero patriota. Pero lo único que hizo durante la mayor parte de su reinado fue ocupar el trono, no reinar. No tenía gran capacidad de liderazgo, no fue suficientemente firme en sus reformas y no tuvo coraje para profundizar en la democracia. Sacó adelante una Constitución, pero los cambios no llegaron al poder judicial o a la prensa. Nunca se instituyó una Corte Suprema y la censura y los cierres arbitrarios de periódicos estaban a la orden del día, aunque se aprobó una Ley de Prensa, en 1965. La clave de su fracaso, sin embargo, fue su negativa a una ley de partidos políticos. Parecía que su preocupación era que los partidos políticos podrían abrir la puerta al extremismo y al faccionalismo (M. Ewans, 2002: 177).

La *Wolesi Jirga*, el Legislativo, no funcionaba bien. Sin partidos políticos, ni leyes electorales, el parlamento estaba dominado por los *wakils*, que no tenían cualificación, ni compromiso institucional, pero sí lealtades tribales fuertes. A la mayor parte lo que les interesaba era conseguir beneficios materiales.

> La creación de un Legislativo y un poder judicial independientes no se vio acompañada por el establecimiento de un mecanismo que garantizase la adecuada coordinación entre todas las ramas del poder. La única fuerza que podía hacer que la máquina del Estado funcionase era el monarca que había iniciado la era del constitucionalismo. No pudo conseguirlo. La prioridad de la dinastía Mohammadzai era su supervivencia política que estaba por encima de los intereses de la nación (A. Saikal, 2006: 157).

El 5 de diciembre de 1972, el rey nombró primer ministro a Musa Shafiq, pero ya era demasiado tarde. Shafiq, educado de acuerdo con cánones islámicos así como a occidentales, parecía el hombre adecuado para conseguir estabilizar el proceso de democratización. Era un tecnócrata leal, un solucionador de problemas, enérgico y uno de los diseñadores del nuevo sistema político constitucional en Afganistán.

Shafiq formó un gabinete integrado por ministros jóvenes, con talento, liberales y no corruptos. Se dedicó a aplacar a los opositores más de izquierdas y a los islamistas con un compromiso para

consolidar la democracia de Afganistán. Inició una serie de reformas para hacer el proceso constitucional más eficaz y lograr una mayor estabilidad política y social. Estuvo muy cerca de convertir el proyecto de ley de partidos políticos en una ley que funcionase. Logró revertir las tendencias económicas negativas y se reanudó el crecimiento económico. Las exportaciones crecieron y aumentaron los ingresos por impuestos. En política exterior, reafirmó la postura de neutralidad, de no alineamiento y de relaciones amistosas con la URSS.

2.1.2. La situación económica

Pero fue algo tan elemental como la fuerza de la naturaleza lo que puso fin al experimento democrático. En 1969, hubo una sequía que duró tres años, con efectos catastróficos como una hambruna que, de 1971 a 1972, se estima que pudo llegar a causar hasta medio millón de muertos. Las regiones más pobres fueron las más afectadas. Gran parte de la ayuda se perdió en el camino por el hurto, la especulación y la corrupción. Esto se sumaba al aumento de las tensiones socioeconómicas, especialmente en Kabul. La educación había llegado a un mayor número de jóvenes, incluso de zonas rurales, que estaban insatisfechos con los dirigentes y las élites.

Además, las donaciones extranjeras y los préstamos que habían sostenido el crecimiento de lo que Barnett Rubin llama un "estado rentista" —obtiene sus ingresos de la ayuda exterior— comenzaron a disminuir después de 1965. Esto condujo a un aumento del desempleo y del empleo precario entre graduados superiores y universitarios y a la frustración de sus aspiraciones. Estos jóvenes, con bajos salarios y pocas perspectivas de futuro profesional, engrosarán las filas de organizaciones radicales. El descontento fue aprovechado por los nacientes grupos de diversas ideologías. Los comunistas eran los más activos y gozaban de mayor éxito. Pero aparecieron también el islamismo y el nacionalismo pastún.

Afganistán entró en una época de deterioro. Y, mientras Estados Unidos cortó su apoyo a Kabul, la Unión Soviética fortalece su posición económica. En 1973, sus compromisos financieros triplicaron los de EE UU. La diplomacia americana no estuvo a la altura de las circunstancias. "No se hizo ningún esfuerzo especial para dar apoyo firme y visible a los primeros ministros entre 1963 y 1973" (A. Saikal, 2006: 158).

2.1.3. Los partidos políticos

Dos años después de la promulgación de la Constitución, diversos grupos, liberales y socialdemócratas, nacionalistas irredentos, islamistas, izquierdistas o ultraizquierdistas, surgieron en la escena política. Debido a que no existía una ley de partidos, ni el rey ni ningún primer ministro hicieron intento alguno de formar un partido gubernamental.

> La Constitución no era acorde con las necesidades del país. No había partidos legales, eran clandestinos. El mayor fallo fue no crear partidos políticos, ni libertad de prensa y no respetar los derechos humanos y seguir manteniendo a la población analfabeta. No sólo era una nación pobre, sino una nación pobre de mente (W. Safi, 2010).

Había muchas similitudes entre las formaciones de izquierda y los islamistas. Compartían el mismo tipo de organización en células de activistas, un aspecto muy militante, un pensamiento radical de blanco o negro, la creencia en una revolución para cambiar la sociedad, el concepto de un partido para dirigir a las masas, la idea de Estado y su rechazo a cualquier discriminación étnica (W. Vogelsang, 2008: 299). Lo que para los marxistas era la revolución, era la yihad para los islamistas. Y, desde mediados de los 60, Moscú comenzó a fomentar un partido comunista pro soviético.

> La intelectualidad afgana empezó también a asumir un papel más importante en la política. Era reducida y residía sobre todo en Kabul. Estaba compuesta principalmente por intelectuales, profesionales, burócratas, tecnócratas y oficiales militares laicos, semiseculares y religiosos. Trabajaba en su mayor parte en el sector público (A. Saikal, 2006: 159).

Al final, hubo una polarización de fuerzas. El islam político todavía era un movimiento clandestino, pero los activistas estudiantiles de la Organización de la Juventud Musulmana operaban abiertamente contra los marxistas y ganaron las elecciones de la Universidad de Kabul en 1970.

A) Comunistas

La publicación en la revista marxista *Parcham* de una "Oda a Lenin", en un lenguaje elogioso reservado al Profeta, fue considerada una provocación por los islamistas. La lucha llegó a las calles de Kabul. En 1971, la universidad estuvo cerrada seis meses por los enfrentamientos entre radicales islamistas y de izquierda. La reacción

islamista se tradujo también en ataques a las mujeres que vestían a la occidental o de rociar ácido en sus rostros cuando aparecían en público sin velo. Los islamistas estaban indignados por las campañas de alfabetización femenina y por los derechos de las mujeres.

El 1 de enero de 1965, el año de las primeras elecciones generales, marxistas afganos fundaron el Partido Democrático Popular de Afganistán (PDPA). Celebraron el primer congreso en la clandestinidad. Uno de sus dirigentes era Nur Muhammad Taraki, un pastún Ghilzai, elegido secretario general del Comité Central del partido. Después de 1977 se convirtió en el primer presidente marxista del país. Otro miembro prominente era Babrak Karmal, que se convirtió en su vicesecretario. Fue el último presidente de la ocupación soviética. Y otro más era Hafizullah Amin.

La mayoría de sus pocos cientos de miembros eran profesores y estudiantes. Hicieron un llamamiento a una alianza de trabajadores, campesinos, intelectuales progresistas, artesanos, pequeños agricultores de zonas rurales y burgueses. Su objetivo era provocar la caída de la monarquía. Pero fueron incapaces de mantener la unidad en sus filas. A finales de 1965, Taraki, Karmal y varios de sus partidarios se presentaron a las elecciones para la *Wolesi Jirga*. Mientras Taraki falló, Karmal y algunos de sus partidarios consiguieron entrar en el parlamento. Amin detestaba a Karmal. Lo consideraba un instrumento del clan gobernante y se veía a sí mismo mejor formado, mejor marxista-leninista y más pastún.

> Las diferencias de personalidad e ideológicas, arraigadas principalmente en la hendidura entre los que hablaban pasto y los que hablaban dari y la dicotomía urbano-rural, resurgieron entre las dos partes. A pesar de los esfuerzos frenéticos de la embajada soviética para evitarlo, en 1967, el PDPA se dividió en *parcham* (bandera), bajo Karmal, y *khalq* (masas), liderado por Taraki y Amin (A. Saikal, 2006: 163).

Los *parcham* se concentraron en la intelectualidad que hablaba dari y en estudiantes de la escuela secundaria y de la universidad. Eran moderados. Uno de sus activistas era Najibullah, estudiante de medicina en Kabul. Más tarde, entre 1980 y 1986, fue el jefe de la policía secreta "Khad" en el gobierno comunista, luego líder del PDPA y presidente, desde mayo de 1986 a abril de 1992.

En el *khalq*, Amin se centraba cada vez más en la intelectualidad que hablaba pasto y en hacer de enlace entre distintos grupos políticos. Su objetivo era ganar influencia entre los oficiales militares pastunes, que dominaban las Fuerzas Armadas. Los soviéticos desde el principio tuvieron serias reservas acerca del *khalq*. No se encontraban cómodos con su vulgar orientación ideológica hacia lo rural o su nacionalismo pastún. Percibían una mayor cohesión, lealtad,

flexibilidad ideológica y pragmatismo en los *parcham*. Apreciaban la fuerza intelectual de su liderazgo y, sobre todo, sus vínculos con Daud, viejo amigo de la Unión Soviética.

Las diferencias entre *parcham* y *khalq* eran ya patentes en las propias biografías de sus dirigentes. Babrak Karmal, líder de los *parcham*, era el segundo hijo de un general, pertenecía a la élite del poder y fue elegido, en 1965, para la *Wolesi Jirga*. Su madre hablaba dari y su padre, de procedencia urbana y acomodado, hablaba pasto. Era del clan de los Durrani. Toda su formación, Ciencias Políticas y Derecho, la hizo en la Universidad de Kabul. Se movía en los círculos intelectuales de moda. "Era considerado un elemento de la clase dirigente que representaba el ala más izquierdista de las familias más ricas y poderosas" (C. Schetter, 2007: 90).

Los líderes *khalq* eran Mohammad Taraki y Hafizullah Amin. Taraki era un revolucionario romántico autodidacta. Nació en una familia humilde pastún, nómada, del clan de los Ghilzai. Su tribu perdió el poder a favor del clan rival, los Mohammedzai, de los Durrani, a mediados del siglo XIX. Amin también era pastún y Ghilzai.

No hay que sobrestimar el grado de intervención soviética en la política interna afgana. El Kremlin tenía buenas relaciones con el Rey y no quería ponerlas en peligro. Consideraba a los comunistas afganos una especie de "quinta columna", que podría ser activada en el momento oportuno.

B) Islamistas

Otro movimiento surgido a finales de los 60 fue el de los islamistas. Se basaba en el pensamiento de los Hermanos Musulmanes de Egipto y de la escuela Deobandi del Subcontinente Indio. Lo componían los *ostad* (profesores) y la Sazman-i Jawanan-i Musalman (Organización de la Juventud Musulmana), conectados a través de una *shura* (consejo). Los profesores eran líderes religiosos como Gholam Mohamnmad Niyazi, Burhanuddin Rabbani o Sayed Musa Tawana. En su mayoría habían estudiado en el extranjero y enseñaban en la Facultad de Teología de la Universidad de Kabul.

> Es curioso que sus seguidores no hubiesen estudiado en colegios religiosos, sino en escuelas estatales. Los islamistas defendían la legitimidad islámica del estado. Se oponían a los comunistas y al gobierno. Esto llevaba a menudo a enfrentamientos en el campus de la Universidad (C. Schetter, 2007: 91).

Muchos dirigentes muyahidines que desempeñarían un papel

importante en la guerra contra los soviéticos procedían de este movimiento: Rabbani fue presidente de la *shura* desde 1972, Abdul Rasul Sayyaf era su adjunto. Hekmatyar fue desde 1975 primer secretario y líder de la juventud musulmana.

> La nación afgana no era una nación religiosa, hay elementos del fundamentalismo que fueron fomentados por la intervención comunista. Antes era un país liberal, pero la nación era pobre. Los comunistas querían empobrecerla todavía más (W. Safi, 2010).

Entre 1976 y 1977 los islamistas se dividen en dos facciones: una moderada, Yamiati Islami (Asamblea Islámica), bajo la dirección de Rabbani, y la radical Hizbi Islami (Partido Islámico), liderada por Hekmatyar. La razón fue el desacuerdo sobre cómo realizar la revolución islámica. La división, de forma similar al PDPA, tenía también una componente étnica. La mayoría de los dirigentes de Hizbi Islami eran pastunes, mientras que los de Yamiati Islami eran tayikos.

2.2. El golpe de Estado de Daud

Pero los servicios secretos y el ejército no supieron prever el golpe de Estado de Daud y sus partidarios. Ni el Rey ni su gobierno se habían tomado suficientemente en serio la amenaza subversiva de Daud y del movimiento marxista. Daud alegó que reinaba una situación de anarquía, aunque parece que, en realidad, temía que Musa Shafiq fuese capaz de dar un giro a la situación. Para entonces, "el experimento democrático del Rey se daba por fracasado y Daud fue capaz de reunir suficiente apoyo para su movimiento" (M. Ewans, 2002: 177).

Los sucesivos gobiernos fueron conscientes del obstruccionismo de los *parcham* y los *khalq*, así como de sus vínculos con la Unión Soviética. También sabían de la existencia de la red de Daud y de los lazos emergentes entre sus miembros y los *parcham*. Ninguno creyó que los grupos pro soviéticos estuviesen un día en posición de pujar por el poder, dadas sus hostilidades mutuas y su política inadecuada a las condiciones de Afganistán y, especialmente, las buenas relaciones entre Kabul y Moscú (A. Saikal, 2006: 167).

Fueron incapaces de tomar medidas para contrarrestar la infiltración comunista en el ejército. Todo lo relacionado con los militares era supervisado personalmente por Zahir Shah y por el general Abdul Wali. Cuando se identificó a la red de Daud como la potencialmente más amenazante, se pensó en su relación con el Rey y lo dejaron como una cuestión del monarca. Pero "incluso podían haber

tomado nota del hecho de que, a partir de 1968, la discordia de Daud con el Rey había llegado al punto de no permitir a su esposa visitar a su hermano, el Rey" (A. Saikal, 2006: 168).

El proceso democratizador se limitaba a las zonas urbanas, todavía numéricamente insignificantes. No hubo ninguna presión por la mayor parte de la población para seguir ese camino, pero tampoco hubo un descontento masivo por las reformas liberales. El deterioro de la situación económica y la radicalización de los grupos de oposición, apoyados e ideológicamente guiados por el servicio secreto soviético, jugaron su parte para socavar los avances. Si no hubiera sido por la rivalidad dentro de la familia real y la creciente preocupación de los soviéticos por sus intereses en Afganistán y la región, el experimento democrático podría no haber tomado el curso que tomó.

Con lo mejor con lo que podían contar los soviéticos era con una alianza entre Daud y los *parcham* contra el régimen. Una de las prioridades de Daud durante su anterior mandato como primer ministro había sido crear un ejército moderno, liderado por oficiales capacitados. Daud también creó un cuerpo de oficiales leales a él. Celebraba reuniones en su casa para discutir y analizar la realidad afgana.

La alianza se formalizó en 1971. Oficiales de la Organización Revolucionaria del Ejército, clandestina y de influencia marxista, se reunieron con el hombre de confianza de Daud, Hasan Sharq. Llegaron a un acuerdo para planear un golpe de Estado. El 17 de julio de 1973, estando el Rey Zahir Shah en Europa, fue depuesto por su primo y cuñado Mohammad Daud. El golpe de estado fue casi incruento. "Daud contó con la ayuda de los *parcham* y oficiales que habían sido entrenados en la Unión Soviética. La población lo vio con relativa indiferencia. Zaher Shah había perdido el crédito de la población por su pasividad durante la hambruna" (C. Schetter, 2007: 92). El veterano político había prometido una revolución. Pero la corrupción llegó a su punto más álgido y se perdió totalmente la esperanza en el cambio.

Era necesario llevar a cabo reformas revolucionarias. Dirigiéndose a la nación por radio Kabul a las 07:40 de la mañana del 17 de julio de 1973, Daud anunció: "El pueblo afgano y el mundo exterior sabían del colapso total de las condiciones económicas, sociales, políticas y administrativas, provocadas por el régimen incompetente" (P Fitzgerald y E. Gould, 2009: 122).

Muchos asumieron que el regreso de Daud al poder estaba, si no planeado abiertamente, sí motivado por la Unión Soviética en el contexto de la Guerra Fría. Pero, en realidad, fue producto de la compleja dinámica interna del país, no el producto siniestro de la planificación geoestratégica del Kremlin. El grado de participación de

Moscú en el golpe es más difícil de medir. Existe poca evidencia documental sobre una posible intervención soviética directa. Pero hay muchas evidencias circunstanciales que apoyan la idea de que Moscú tuvo conocimiento previo del golpe y una participación indirecta. Es impensable que Karmal y sus colegas participasen en un golpe de estado sin permiso explícito de la embajada soviética. "A comienzos de los 70, el Kremlin se había asegurado una posición cómoda en la administración afgana y en las Fuerzas Armadas. Sus agentes y simpatizantes, así como los consejeros soviéticos, ocupaban posiciones estratégicas, de forma que las principales decisiones o las grandes operaciones militares no podían ser implementadas sin el conocimiento previo y, en la fuerza aérea, sin permiso, del personal soviético" (A. Saikal, 2006: 173).

2.2.1. El régimen de Daud

Daud declaró la República de Afganistán. Un comité central asumió el poder ejecutivo y le eligió presidente, primer ministro, ministro de Asuntos Exteriores y ministro de Defensa. Decretó el estado de emergencia, disolvió el parlamento, suspendió la Constitución de 1964, prohibió la oposición y la propaganda y cerró todos los periódicos y revistas privados. La libertad de prensa fue derogada y la de movimientos restringida. Fue un cambio político drástico, a un estado autoritario y represivo. La nueva Constitución de 1977 era una mezcla de socialismo y nacionalismo y el islam perdió importancia en la jurisprudencia.

El presidente se dio cuenta de que los *parcham* de Karmal tenían la cohesión y disciplina necesarias para controlar la administración civil y aplicar las reformas. La alianza con ellos no se basaba en la ideología. Fue un reformador ambicioso, autocrático y nacionalista y no estaba dispuesto a compartir el poder. Un mes después del golpe, el 23 agosto de 1973, desveló su programa de modernización, basado en la centralización del poder, una creciente regulación estatal de la economía y reformas sociales, incluyendo igualdad de derechos de hombres, mujeres y minorías nacionales, expansión de la educación, mejora del estado de bienestar y una campaña anticorrupción. Su pieza central era la reforma agraria.

> El compromiso de Daud con las reformas era auténtico, como se muestra en su programa agrario. Se pusieron límites a las explotaciones de la tierra y dio ejemplo con la redistribución de sus tierras ancestrales. Los terratenientes fueron compensados (A. Rasanayagam, 2005: 61).

En política exterior, hubo continuidad en la neutralidad y el no alineamiento. Elogió las relaciones de amistad con la Unión Soviética, destacó que Pakistán era el único país con el que había un conflicto político importante y declaró apoyo pleno al derecho del pueblo pastún a la autodeterminación.

En el primer gabinete de Daud, al menos la mitad de sus 14 ministros eran *parcham*. Daud cooperó inicialmente con el PDPA, pero buscaba también reducir su dependencia de la URSS. Su primera visita como presidente fue a Moscú, en junio de 1974. Sólo obtuvo una moratoria de la deuda, ayuda al desarrollo y mucho asesoramiento. Se le dijo que negociase con Pakistán y que fortaleciese su asociación con los *parcham*. El desencanto con Moscú tuvo efectos inmediatos. Comenzó la retirada de conocidos *parcham* de su círculo de asesores y de su gabinete. Unos 40 oficiales del ejército, entrenados por los soviéticos, fueron apartados de sus puestos, incluyendo a los que le habían ayudado a hacerse con el poder. La purga se completó en 1975. Muchos comunistas escaparon, incluso algunos miembros de su propio servicio de seguridad.

El islam perdió importancia en el sistema que preveía una presidencia fuerte y un sistema de partido único, el Partido Nacional Revolucionario (PNR), fundado en 1975 y dirigido por el propio Daud. Éste fue elegido presidente para un mandato de seis años por la *Loya Jirga*, que él mismo convocó. Su poder se basaba únicamente en el apoyo de los militares.

> El PNR, como único partido legal no dejaba espacio para los comunistas. Su ruptura con Daud fue clara. Los *parcham* rechazaron la nueva Constitución y se negaron a unirse al PNR. Daud se embarcó entonces en una amplia purga de *parcham* y *khalq*, obligando a las dos facciones a desafiar públicamente al régimen (A. Saikal, 2006: 181).

Sus medidas nunca constituyeron una campaña de terror perpetuo, como el del régimen comunista posterior. No hubo desapariciones aunque sí algunas muertes inexplicables que pudieron ser ejecuciones sumarias. Pero las cárceles del país comenzaron a llenarse de presos políticos y de relatos de torturas y ejecuciones. Y Daud retiró pronto de sus puestos a simpatizantes izquierdistas, tanto en el gobierno como en el ejército. También envió a jóvenes *parcham* a puestos administrativos provinciales donde su celo reformista fue sofocado rápidamente por la inercia local y la hostilidad.

2.2.2. La injerencia pakistaní

Daud se vio obligado a sofocar intentos de golpes de Estado y rebeliones. En diciembre de 1973, fue descubierto un complot en el ejército, instigado por el Movimiento de la Juventud Musulmana. Sus principales líderes lograron escapar a Pakistán. En 1974, arrestó al dirigente islamista Mohammad Niyazi y a más de 200 de sus seguidores. Este fue el comienzo de la guerra de Afganistán para islamistas como Hekmatyar y Rabbani, que huyeron a Pakistán para organizar la resistencia. El gobierno pakistaní les dio asilo. Fijaron su residencia en Peshawar y, desde allí, organizaron incursiones a través de la frontera. Muchos de sus partidarios fueron capturados. Pero también entre los islamistas había desavenencias y, de hecho, Hekmatyar acabó separándose de Ahmad Shah Masud, un antiguo estudiante de la Universidad de Kabul, y de Rabbani.

> Desde el principio Masud no estaba con Hekmatyar porque era de la línea dura. Él era un activista islámico. Era el hombre más pacífico que he conocido nunca. Fue pillado por las guerras. Masud estaba en los grupos islamistas de la resistencia de Kabul contra los soviéticos pero no era un radical y la ruptura con Hekmatyar se produjo antes del exilio en Peshawar, cuando empezó la lucha contra la ocupación soviética (A. Abdullah, 2010).

Los pakistaníes vieron una oportunidad de contar con un grupo contra Daud, con quien las relaciones eran tensas por su defensa de la causa del Pastunistán. Lo había destacado incluso en su discurso inaugural como una realidad ineludible. La ayuda financiera y militar de Kabul a los secesionistas pastunes y baluchis aumentó. Las relaciones con Pakistán se deterioraron e incluso llegó a haber escaramuzas fronterizas.

Pero Daud terminó entendiendo que esta política le dañaba. Al final, dejó el conflicto a un lado y, en 1976, abandonó su sueño del Pastunistán. En junio de ese año recibió a la primera ministra pakistaní, Benazir Bhutto, en Kabul, y señaló su disposición a hacer la paz. En agosto, visitó Islamabad y reconoció la línea Durand como la frontera internacional entre los dos Estados, a cambio de que Bhutto liberase a los líderes pastunes encarcelados. Así, las dos partes salvaron la cara.

2.2.3. La caída de Daud

A) El alejamiento de la URSS

Afganistán dependía de la Unión Soviética, y si no se libraba de la

influencia de Moscú, no podía obtener suficiente apoyo de los estados ricos del Golfo Pérsico y de Oriente Próximo. La ayuda estadounidense había continuado disminuyendo. Desde 1975, Daud inició movimientos para romper su alianza con los *parcham*. Buscó atraer inversiones y tecnología avanzada de otras fuentes exteriores a la URSS porque ésta no podía ofrecerlas. Pero se cuidó mucho de no enemistarse con el Kremlin. No tenía como objetivo degradar los vínculos con la Unión Soviética. Aspiraba a ponerlos sobre una base más simétrica con otras relaciones (A. Saikal, 2006: 177).

La Unión Soviética fue retirando su apoyo. En junio de 1977, Daud fue llamado por Leonid Brezhnev. Éste se quejó de que el líder afgano buscase relaciones con Egipto, Arabia Saudí y otros países. Daud contestó que los afganos tomaban sus propias decisiones. Se dice que Brezhnev le miró con furia. Algunos consideran esta reunión como el principio de su caída.

Bajo la presión soviética, las dos facciones enfrentadas del PDPA se unieron. Los progresistas, especialmente en las Fuerzas Armadas, también estaban desencantados con Daud quien, careciendo de una base de poder, recurrió al nepotismo y a la compra de aliados donde podía. Pero El PDPA libró una campaña activa contra él. Movilizó sus recursos, los conocimientos y la ayuda de consejeros soviéticos para desestabilizar su régimen. Esto condujo al golpe de Estado comunista.

En vísperas de su caída, la economía afgana, basada en un 90% en la agricultura y la ganadería, se encontraba al borde del colapso. El tratado de neutralidad y agresión firmado con la Unión Soviética había sido renovado por diez años en 1975. Pero Irán apareció como nuevo aliado. El sha Mohamed Reza Pahlevi prometió 2.000 millones de dólares en ayuda al desarrollo. Se produjo un enfriamiento en las relaciones con la Unión Soviética que veía desaparecer su influencia debido a la pérdida de poder de los *parcham* y la reducción de los asesores militares soviéticos.

B) La "Revolución Saur"

En abril de 1978, un dirigente comunista, Mir Akbar Khyber, profesor universitario y jefe de ideología de los *parcham*, fue asesinado. Su asesinato fue el detonante del golpe de Estado. No estaba claro quién estaba detrás, pero la opinión pública hizo responsable a la CIA y a la embajada de Estados Unidos. Se pensó también que había sido obra de la policía secreta de Daud. El funeral de Khyber se convirtió en una manifestación de 15.000 personas y hubo algunos disturbios. Daud respondió con la detención masiva de los líderes marxistas en la noche del 25 al 26 de abril, incluyendo a

Taraki y a Karmal. Pero su decisión provocó una respuesta todavía más violenta.

> Khyber y yo estábamos muy próximos en el partido, estábamos en contra de los fundamentalistas de izquierdas. No creíamos en la división en *parcham* y *khalq*. Creo que lo asesinó la otra parte del partido, los *khalq*, porque era un hombre muy poderoso. El golpe para entonces ya estaba preparado. En el comienzo del golpe la URSS no tuvo nada que ver. Ayudaron al partido después. La resistencia de Daud fue fuerte y por eso hubo sangre. No estaba pensado para matar a Daud y a su familia, eso lo hicieron oficiales de bajo rango (S. Layek, 2010).

La reacción, la llamada "Revolución Saur" (Revolución de Abril), se produjo el 26 de abril de 1978. Los miembros del comité nacional del partido que no habían sido detenidos movilizaron a unos centenares de seguidores marxistas que atacaron el Palacio Presidencial con unos 40 o 50 tanques. El golpe causó en total unas 2.000 víctimas, entre ellas Daud y su familia. "La 'Revolución Saur' fue en realidad un golpe de estado militar realizado por oficiales izquierdistas de las Fuerzas Armadas bajo el liderazgo del PDPA, sin ninguna participación popular" (A. Rasanayagam, 2005; 67). La participación directa de los soviéticos en el golpe de Estado sigue sin estar clara. Algunos autores especulan con que Moscú tenía conocimiento previo del golpe de Estado y que podría incluso haberlo instigado, pero no hay evidencia documental.

> Si el golpe de estado hubiese sido parte de un 'diseño general' soviético como alegan Zbigniew Brzezinski, asesor de seguridad nacional del presidente Carter, y el sha, es difícil imaginar un candidato menos probable que el encantador Taraki y su despiadado secuaz, Amin. Si los soviéticos hubiesen diseñado el derrocamiento de Daud habrían elegido al *parcham* Babrak Karmal. El dúo Taraki y su mano derecha Hafizullah Amin era un enigma para los rusos (P. Fitzgerald y E. Gould, 2009: 151).

Además, el liderazgo soviético, debido al retraso de Afganistán, no veía los requisitos básicos necesarios para una revolución socialista. Un agente del KGB lo describió así: "Si hay un país en el mundo donde no queremos establecer el socialismo científico, ese es Afganistán" (C. Schetter, 2007: 94). Así, la caída de Daud no habría sido planificada por los soviéticos sino que fue plena responsabilidad de los comunistas afganos.

Daud quería un Afganistán nacionalista, moderno, laico, neutral. Pero fracasó en la forma de llevarlo a cabo, porque no era aceptable para una sociedad predominantemente tradicional e islámica. Quizás su mayor error fue la abolición de la monarquía.

2.3. El régimen prosoviético

Después de la caída de Daud, se formó un Consejo Revolucionario presidido por Nur Mohammad Taraki. Se instauró el primer gobierno socialista de la que pasó a llamarse República Democrática de Afganistán. Taraki pertenecía al sector más radical de la facción *khalq*. Babrak Karmal era el vicepresidente. Eran también vicepresidentes Hafizullah Amin y Mohammad Watanyar. La posición dominante de los *khalq* era incuestionable. Seis semanas después apartaron del gobierno a los *parcham:* Karmal fue enviado a Praga de embajador. Amin quedó como único vicepresidente y con el control sobre las fuerzas de seguridad.

La liquidación del régimen de Daud y su sustitución por el régimen prosoviético del PDPA puso también fin al dominio de los Mohammadzai de la familia real, que habían regido la política afgana durante casi dos siglos. Los nuevos amos de Kabul tuvieron que recurrir al patrocinio de una sola potencia extranjera. Pero el partido carecía de legitimidad, capacidad administrativa y apoyo popular. Para una gran mayoría de afganos, el marxismo-leninismo era una ideología sin Dios y, por tanto, repugnante. Hubo innumerables víctimas, dramáticos cambios en la sociedad y la desintegración de Afganistán como un Estado soberano gobernable.

Hubo represión de los potenciales enemigos. El objetivo era acabar con el poder de la élite tradicional, sobre todo de la religiosa. En las ciudades, las víctimas fueron los religiosos, los intelectuales, los liberales y los maoístas. En el campo, fueron los dirigentes de las órdenes sufíes y personas con influencia. Se calcula que el número de ejecutados o desaparecidos en el campo fue de entre 50.000 y 100.000 personas.

Se abolió la Constitución, se implantó un sistema socialista, se suprimió el velo, se estableció la secularización de la enseñanza, se anuló la dote, se fijó una edad mínima para el matrimonio y se prohibió la usura. Se quería conseguir en un plazo máximo de seis años la completa alfabetización. El llevar a cabo las reformas rápido y a toda costa condujo a un aumento en las filas de los rebeldes. Las reformas se basaron en dos pilares: una reforma agraria y una campaña de alfabetización. La reforma del campo preveía un límite en la propiedad de la tierra y la confiscación sin compensación. La redistribución de la tierra prevista debía acabar con el feudalismo. Pero esto colisionaba con el pensamiento islámico, en el que la propiedad territorial es inviolable. La lucha contra el analfabetismo, junto con el adoctrinamiento político, buscaba arrebatar a los mulás el dominio del conocimiento. Sólo había un 30% de niños y un 5% de niñas escolarizados.

> Cometimos errores, éramos débiles, no podíamos hacer las reformas, aceleramos en lugar de ir despacio. No nos preocupaban nuestras relaciones con Occidente. Cerramos las puertas. La filosofía marxista fue un error. La gente era profundamente musulmana (S. Layek, 2010).

El régimen era vulnerable en muchos frentes. La Unión Soviética observaba la evolución de forma ambivalente. En diciembre de 1978, Taraki y Amin volaron a Moscú para firmar un Tratado de Amistad y Cooperación con la Unión Soviética. Era en principio una especie de renovación rutinaria del tratado de 1921 firmado por el rey Amanullah. Pero había dos enmiendas, introducidas personalmente por Amin: las tropas soviéticas enviadas servirían bajo el mando de oficiales afganos y su posible regreso lo decidiría el gobierno anfitrión. Moscú envió 5.000 expertos militares y civiles.

El PDPA estaba muy lejos de la realidad. Olvidó que, en Afganistán, las personas viven, tradicionalmente, bajo códigos comunales que el PDPA rechazaba. Esto le llevó al uso de la coerción para poder controlar y movilizar a la sociedad y causó confrontaciones masivas violentas. "Más de 7 millones de personas fueron forzadas a buscar refugio en países extranjeros; estas personas formaron la población de refugiados más amplia en el mundo en aquella época" (N. Nojumi, 2002: IX). La resistencia tenía sus raíces en la confrontación entre el PDPA y los códigos sociales tradicionales.

2.3.1. La invasión soviética

A) La desconfianza de la URSS

La doctrina Brezhnev contemplaba que el ejército rojo defendería a regímenes comunistas amigos. La cuestión principal para el liderazgo soviético, sin embargo, no era la lealtad marxista sino la estrategia de la Guerra Fría. Sus oponentes no eran los afganos, sino Estados Unidos. A principios de 1979, Estados Unidos había perdido Irán, después de un levantamiento islamista liderado por el ayatolá Jomeini. La revolución tenía implicaciones para las repúblicas musulmanas del sur de la Unión Soviética. Si el fervor islámico se convertía en una nueva amenaza, era preferible extender la primera línea al Hindu Kush que esperar en territorio soviético un nuevo triunfo del islam en Afganistán (S. Tanner, 2002: 234).

La represión se acentuó en Afganistán. En 1979, el gobierno reconoció que sólo en Kabul había más de doce mil prisioneros. Para julio, Hafizullah Amin había logrado concentrar en su persona los puestos de ministro de Defensa y de Interior, restándole poder a

Taraki y controlando la policía política. Las deserciones y el descontento en el ejército aumentaron. El régimen soviético era muy escéptico. Amin les parecía muy volátil. El Kremlin envió varias delegaciones a Kabul para analizar la situación. Los informes fueron alarmantes. Dominaba la opinión de que Amin tenía que ser apartado del poder. En una visita de Taraki a Moscú, el 10 de septiembre, Brezhnev le instruyó en ese sentido. A su regreso a Kabul, Taraki celebró una reunión con Amin y con el embajador soviético Puzanow. Acabó a tiros y Amin ganó. Con ayuda militar tomó el Palacio Presidencial. Cuando Taraki fue encontrado estrangulado, el 10 de octubre, se dijo oficialmente que se había retirado por razones de salud y que había muerto de una enfermedad.

> Amin era un pastún de la localidad de Paghman, no lejos de Kabul, que tenía un máster en educación de la Universidad de Columbia de Nueva York. Los líderes soviéticos lo consideraban demasiado cercano a Estados Unidos y creían que quería una 'política equilibrada' con Occidente (S. G. Jones, 2009: 16).

En diciembre de 1979, la situación era desastrosa. El ejército controlaba con dificultad las ciudades. Los civiles muertos desde abril de 1978 sumaban más de 100.000. Las ejecuciones y arrestos eran masivos y los refugiados en Pakistán e Irán eran centenares de miles. Había al menos 5.000 asesores soviéticos. La caída de Amin y el triunfo de los rebeldes sólo eran cuestión de tiempo. Moscú decidió reemplazar por la fuerza a Amin. Consideraba que era la única manera de salvar el régimen comunista afgano. Existe también la posibilidad de que fuera el mismo Amin quien pidiera la intervención militar, sin saber que uno de los primeros pasos sería derrocarlo (R. J. Blancarte, 2001: 220).

> Amin convirtió su régimen en un estado de opresión y terror. Era un gran peligro para nuestro partido. Era un hombre simple y pensaba que estaba atado por las promesas hechas a otros países del área de Asia Central. Esa fue la razón por la que la URSS entró en Afganistán, que era el centro de la Guerra Fría. Lo llamamos intervención. No fue bueno para nuestro país, porque, si no hubiese intervenido la URSS, no hubiesen aparecido los fundamentalistas islámicos (S. Layek, 2010).

La errónea política aplicada por los marxistas y sus profundas luchas internas llevaron al levantamiento de la población contra el gobierno central. La URSS tenía tres alternativas. Una de ellas era retirar el apoyo al PDPA, sufrir una derrota política y abandonar el país a los rebeldes islámicos y a la influencia de Occidente o China y exponer a la contaminación a las poblaciones musulmanas en Asia

Central. Otra opción era apoyar a Amin, que era incapaz de adoptar posiciones conciliatorias, y arriesgarse a que el régimen cayera por sus propias contradicciones. O, por último, podía optar por invadir el país y proteger a un nuevo gobierno conciliatorio.

> Para diciembre de 1979, la situación del gobierno se había vuelto insostenible. Fue entonces cuando la URSS decidió incrementar su participación en el aniquilamiento de la rebelión e invadió masivamente el territorio afgano (R. J. Blancarte, 2001: 213).

El acercamiento chino-americano y el deterioro de las relaciones entre la URSS y EE UU habían establecido también el marco para la intervención soviética. Con el fin de salvar su cabeza, Amin había entrado en contacto con Pakistán, Estados Unidos y los islamistas radicales. Esto hizo que las alarmas saltasen en el Kremlin. A ojos de Moscú, Afganistán pertenecía al glacis soviético. La pérdida de un aliado y el temor a un incierto flanco sur hicieron germinar la idea de la intervención militar. Aun así, parece que Estados Unidos nunca pensó que fuera a haber una intervención soviética. Tardó varios meses en recuperarse del impacto.

B) La entrada de las tropas

El 27 de diciembre de 1979, las tropas soviéticas ocuparon el centro de Kabul y atacaron el Palacio de Darulaman, que se encuentra a las afueras de la capital, en el que Amin se había hecho duro. Después de fuertes combates, Amin fue asesinado. Babrak Karmal se puso al frente del gobierno. "El estado había fracasado en el establecimiento de la ley y el orden y de suministrar servicios básicos. La Unión Soviética entró para llenar ese vacío" (S. G. Jones, 2009: 22). La invasión fue concebida como una operación relámpago. La pacificación debía completarse a más tardar en un año. Sin embargo, pocas semanas después de la ocupación, se demostró la incapacidad de entre 90.000 y 130.000 hombres para controlar el país de forma rápida. El ejército afgano demostró ser ineficaz. El mundo denunció la acción soviética como una invasión.

> Los soviéticos intervinieron en Afganistán por razones de seguridad interna. Desde ese punto de vista, la invasión era una medida defensiva, no agresiva. Por lo tanto, el supuesto expansionismo soviético fue sobre todo una utilización ideológica del problema por parte de EE UU y China, cuyo objeto era el desprestigio internacional de la URSS, especialmente ante los países de población musulmana (R. J. Blancarte, 2001: 233).

La explicación oficial fue que la URSS acudía en ayuda del pueblo afgano con el fin de detener la agresión que sufría por parte del imperialismo, en virtud del Tratado de Amistad, Buena Vecindad y Colaboración, concertado entre las dos partes, en diciembre de 1978. Moscú mantenía que había sido en respuesta a una petición de Afganistán y que, de lo contrario, habría caído en manos del imperialismo y habría surgido una seria amenaza a la seguridad del estado soviético.

Bernard Dupaigne sostiene que en realidad el objetivo final de la URSS eran las refinerías y pozos petroleros del Golfo Pérsico: "La invasión de Afganistán va de esa manera a asegurar a los soviéticos un derecho de control sobre el aprovisionamiento de petróleo; y, sin duda, los soviéticos esperan también el control de la totalidad de Irán" (R. J. Blancarte, 2001: 221). También se afirma que la URSS buscaba una salida al mar caliente, el Océano Indico. Sin embargo, Louis Dupree, gran conocedor de Afganistán, descarta esta hipótesis, porque el país no tiene salida al mar e invadirlo no supone ninguna ventaja geoestratégica.

Otra gran corriente interpretativa es la economicista. Sostiene que la razón principal de la invasión fue la de asegurarse la explotación de los recursos del país. "Según Jean-Jose Puig y Jean-Christopher Victor, la Unión Soviética se dedicó desde el final de la Segunda Guerra Mundial a hacer prospecciones geológicas en territorio afgano y se encontró con un suelo rico en recursos naturales como petróleo, gas, uranio, cromo, manganeso, cobre, carbón, hierro y piedras preciosas. Afganistán se habría convertido por lo tanto en una reserva soviética de materias primas que se dedicó a explotar para su propio beneficio (R. J. Blancarte, 2001: 226).

Se pueden destacar varias razones para la invasión soviética. Obviamente, los soviéticos estaban molestos por la inestabilidad en su extremo sur. La emergencia del islam como un factor político mundial habría llevado a los rusos a actuar para prevenir potenciales movimientos islámicos en Asia central. Quizás pensaron que había llegado el momento de ir más allá de la influencia, a la dominación. Quizás pensaron también que los norteamericanos estaban más débiles y que no harían nada más que hablar. Se plantearon que a lo mejor rearmarían a Pakistán pero que en 18 meses o menos el mundo se habría acostumbrado a los soviéticos y a sus acciones, bajo la máxima de que los americanos nunca actúan, sólo reaccionan (L. Dupree, 1997: 777-778).

En cualquier caso, la invasión siguió a un largo y complejo periodo de creciente implicación soviética. En el ámbito regional e internacional, había una continuada indiferencia, agravada por la emergencia del régimen islámico de Jomeini en Irán y del régimen

islámico de Zia ul Haq en Pakistán. Todo esto provocó una crisis en Afganistán que llevó a los líderes del Kremlin a elegir la invasión como la mejor opción. El objetivo era prevenir el inminente colapso del régimen comunista bajo Amin y su reemplazo por uno islámico. Pero también era mantener la credibilidad y el estatus de la URSS como superpotencia.

C) Condena internacional

> Recuerda Carter en sus memorias que envió a Brezhnev, a través del teléfono rojo, el mensaje más duro de su presidencia, diciéndole que la invasión de Afganistán era una clara amenaza para la paz y que podía suponer un cambio fundamental y duradero en sus relaciones. Su ira aumentó cuando recibió una respuesta evasiva de Brezhnev repitiendo la misma afirmación sinuosa de que el régimen de Kabul solicitó ayuda para repeler incursiones armadas desde fuera del territorio afgano (K. E. Meyer, 2010: 188).

Carter explicó ya entonces que también sopesaba la posibilidad de dar todo el apoyo posible a los "luchadores por la libertad" afganos para que resistiesen a una subyugación por parte de los invasores soviéticos. Estados Unidos inició un programa de ayuda económica y militar a Pakistán como Estado de primera línea y estableció un conducto de asistencia similar y apoyo logístico a la resistencia islámica afgana: los muyahidines (A. Saikal, 2006: 198).

La invasión soviética de Afganistán fue un acontecimiento mundial determinante. Puso fin a la política de expansión de las superpotencias e introdujo una fase crítica de la Guerra Fría. Fue condenada desde todos los lados. Hubo un total de nueve resoluciones de la ONU y la inmensa mayoría de sus miembros exigió la retirada soviética. Los Juegos Olímpicos de 1980 en Moscú fueron boicoteados por 36 países, con Estados Unidos a la cabeza. A la condena le siguieron sanciones, como un embargo de tecnología. El acuerdo Salt II sobre la limitación de rearme nuclear estratégico, negociado por Brezhnev y Carter, no fue ratificado. Y comenzó una nueva fase de la carrera armamentista. Estados Unidos prohibió los envíos de grano a Rusia, canceló varias reuniones previstas con los soviéticos y endureció las restricciones sobre la transferencia de tecnología. Con el cese de la mayor parte de la ayuda de los gobiernos occidentales y de algunos islámicos, en 1980, el gobierno afgano se convirtió absolutamente en dependiente de la Unión Soviética.

2.3.2. El régimen de ocupación

Los representantes de la URSS demostraron la misma arrogancia colonial que antes los británicos y "el ataque abierto a los valores sociales afganos fue presentado, por las fuerzas de la resistencia, como un ataque a los valores islámicos. También fue visto como un ataque al honor de las mujeres. Las iniciativas para imponer el alfabetismo a mujeres y niñas plantearon de forma inevitable cuestiones acerca del papel potencial de las mujeres fuera de casa" (P. Marsden, 2009: 58). Todo esto permitió a los partidos radicales islámicos en el exilio ponerse al frente de la resistencia y declarar la yihad.

Se produjo asimismo un proceso de radicalización. La línea dura llegó al liderazgo. Los esfuerzos de la Unión Soviética para construir y reformar la policía ante su endémica corrupción, su apoyo a operaciones militares y su ayuda para el mantenimiento de la infraestructura del estado, incluyendo los servicios de inteligencia y la propaganda, fueron suficientes para mantener al gobierno respaldado por los soviéticos.

Babrak Karmal permaneció en el poder hasta 1986. En el nuevo gobierno prevalecían los *parcham*, pero había también algunos *khalq*. El objetivo de la URSS era instalar un gobierno moderado de amplia base. Había que hacer partícipes de la política del gobierno a los líderes tribales y religiosos y a los representantes del orden tradicional y que hubiese en el gobierno personas que no fuesen del partido. Pero esto sólo se consiguió en parte.

Para la mayoría de los afganos, la ocupación ponía en cuestión el honor nacional. Otro problema fueron las eternas y viejas luchas entre los *parcham* y los *khalq*. Babrak Karmal tampoco era un líder capaz de desarrollar un perfil propio por encima de barreras sociales, frente a los ocupantes. Nunca pudo quitarse de encima la mácula de "marioneta de Moscú". La política del gobierno afgano corrió en dos vías y se correspondía por completo con la división entre una población urbana, calificada de avanzada, y una rural, considerada reaccionaria.

A principios de los ochenta se creó en Kabul un sistema de enseñanza sin fisuras. La emancipación de las mujeres fue fomentada por el gobierno, su educación mejoró, la mitad de los estudiantes y, al menos un 18% de los empleados estatales, en 1988, eran mujeres, aunque los hombres dominaban las posiciones de liderazgo. Estas medidas aumentaron la brecha entre la ciudad y el campo y condujeron a que los muyahidines vieran en Kabul una babel de pecadores donde las mujeres andaban desnudas (C. Schetter, 2007: 107).

El comportamiento del gobierno afgano hacia las fuerzas

reaccionarias se caracterizó por las concesiones. Se esforzaba en ganar influencia haciendo hincapié en los valores tradicionales. El islam fue de nuevo la base de la Constitución. En abril de 1981, se convocó un alto consejo de personalidades espirituales y mulás y se celebraron *jirgas* con los líderes tribales. Pero la política nacional fue diseñada de acuerdo con el modelo soviético. Aparecieron etnias perjudicadas en el pasado. Sus lenguas fueron elevadas a lenguas nacionales, se publicaron revistas en sus idiomas y se destacaron su cultura e historia. La selección de etnias elevadas al estado de nacionalidades se basaba en razones geoestratégicas. Kabul reconoció, aparte de a pastunes y tayikos, a uzbecos y turcomanos como nacionalidades. Al reconocer a los baluchis y nuristanos, asentados en la zona fronteriza con Pakistán, mantenía la opción abierta de una guerra con Pakistán.

2.3.3. La resistencia a la ocupación

Las tropas soviéticas encontraron una fuerte resistencia en la población. El ejército soviético estaba preparado para una posible reacción violenta en Occidente, pero no para una agotadora guerra de guerrillas en un terreno complejo y montañoso. A finales de 1980, el conflicto de Afganistán se había convertido en una guerra entre las superpotencias. La Unión Soviética estuvo involucrada militarmente de forma directa. Estados Unidos se limitó a una masiva financiación de la resistencia.

La invasión y ocupación soviéticas causaron, tanto directa como indirectamente, pérdidas horrendas y devastación provocando, hasta mediados de 1988, 1,24 millones de muertos y cinco millones de refugiados, unos tres millones en Pakistán y dos en Irán. Los afganos, indignados, estaban más decididos que nunca a apoyar a los muyahidines.

La resistencia afgana difiere de la mayor parte de los movimientos de resistencia y liberación en el mundo. No se basaba en una ideología política compartida, no era un movimiento organizado centralmente y no estaba animado por una visión de una nueva sociedad. Consistía en una concepción del honor individual, en el deseo de vivir bajo las tradiciones y en una convicción islámica.

> Los líderes de los grupos muyahidines afganos procedían de ámbitos personales, familiares, lingüísticos y étnicos diferentes. En principio, tenían muchas cosas en común pero en la práctica eran muy distintos. En general, tanto los frentes internos como externos de los muyahidines eran el resultado de la movilización sociopolítica del país (N. Nojumi, 2002: 83).

Los lazos ideológicos eran muy débiles entre los partidos muyahidines. Casi todos los comandantes del frente interno operaban sin un comando específico del frente exterior. La lealtad de los muyahidines era mucho más fuerte con los líderes locales que con los de sus partidos en el exterior.

A) Una resistencia variopinta y (desunida

Muchos de los líderes muyahidines provenían de los círculos de la Universidad de Kabul. En 1965, un grupo de teólogos que había estudiado en la Universidad Al-Azhar en El Cairo, imbuidos con las enseñanzas de los Hermanos Musulmanes, se puso como objetivo salvar a los afganos de la amenaza del comunismo. Al principio, se limitaron a la Universidad de Kabul. Entre sus fundadores estaban Burhanuddin Rabbani y Rasul Sayyaf. En 1968, establecieron la organización islamista Yamiati Islami Afganistán, bajo el liderazgo de Rabbani. Un año después se sumaron grupos similares en la Facultad de Ingeniería, representados por Hekmatyar. En ese ambiente apareció también Ahmad Shah Masud.

Los islamistas controlaban dos tercios de los escaños de la Unión de Estudiantes en la Universidad de Kabul, estaban bien representados en el parlamento y, en menor medida, en las Fuerzas Armadas:

> Todo era conspirativo: la estructura de la organización, el programa, los actores principales, la planificación y la ejecución de los actos. La organización tenía una llamada sección militar, que, en la etapa inicial, se encargaba de reclutar a jóvenes oficiales del ejército para sus filas y más tarde a preparar un levantamiento armado. El trabajo de la sección militar era coordinado por Hekmatyar y S. Nasratyar; que participaron en la organización de manifestaciones y reuniones (A. Saikal, 2006: 166).

B) Los partidos de Peshawar

La oposición se agrupó en Peshawar, una ciudad fronteriza pakistaní de mayoría pastún. Se formaron distintas organizaciones, a las que se conoce como los siete partidos de Peshawar. Hubo tres grupos tradicionales que desempeñaron un papel determinante en la formación de la resistencia: a) los ulemas o eruditos islámicos (conocidos como *maulavis* en Afganistán) y sus seguidores b) las comunidades sufíes, organizadas alrededor de un *pir* u hombre santo y c) las tribus cuyos líderes tenían lazos de sangre o de otro tipo con la vieja familia real.

Los siete partidos de Peshawar tenían una ideología religiosa suní. Cuatro de ellos eran islamistas y tres tradicionalistas. La diferencia residía en que los islamistas luchaban por un estado y una sociedad islámicos, mientras que los tradicionalistas veían la lucha como una pugna por la liberación nacional. Los últimos deseaban un retorno del rey Zahir Shah, mientras que los primeros veían la monarquía como algo no islámico.

La ayuda a la resistencia llegaba desde Estados Unidos, Arabia Saudí y, en menor medida, de China, y se distribuía a través de Pakistán. Los muyahidines creían que si caían en una yihad contra los infieles iban directamente al paraíso, se consideraban *shaheed* (mártires). También pensaban que hay un lugar especial en el paraíso para los *gazi* (los que luchan en una yihad y sobreviven).

Los intentos de establecer alianzas entre los partidos de Peshawar fracasaron una y otra vez por la existencia de diferentes planteamientos políticos y/o por animosidades personales. Al final, las ideologías tenían un papel secundario.

> La mayoría de los afganos no entendían bajo islam y comunismo ideologías elaboradas sino la consecución del dualismo entre ciudad y campo. El islam era sinónimo del orden social tradicional, mientras que el comunismo estaba asociado a la política de Kabul de modernización y centralización (C. Schetter, 2007: 109).

Por otra parte, Pakistán, para no perder el control de la resistencia, quería impedir, con el reconocimiento de varios partidos, un frente afgano unido.

1.Hizbi Islami H (Partido Islámico-Grupo de Hekmatyar)

Su líder era y es Gulbuddin Hekmatyar, un pastún Ghilzai del norte de Afganistán. Estudió ingeniería en Kabul, pero no llegó a titularse. Estuvo al frente de muchas manifestaciones en los sesenta. Su popularidad fue mayor entre los pastunes, sobre todo estudiantes y algunos mulás. Era el más radical e intransigente de los islamistas. Pero su compromiso y su poder de organización le convirtieron en el favorito de los pakistaníes y de la CIA. Algunos hablaban de su 'niño mimado'.

Su grupo era el más estructurado y disciplinado entre los muyahidines. Era un ambicioso y oportunista incendiario cuya única meta era convertirse un día en líder indiscutible de Afganistán. Había sido adoptado políticamente por el líder militar de Pakistán, general Zia ul-Haq, y apoyado por el ISI como el instrumento principal para

controlar la resistencia afgana. Fue uno de los líderes que recibió más ayuda del exterior.

> Los grupos de defensa de los derechos humanos le acusan de que sus tropas mataron a más afganos que a rusos y americanos juntos. Ha combatido a todos los gobiernos en Kabul, también al actual de Karzai. En la guerra civil fue uno de los contendientes más brutales. Es un islamista sin escrúpulos, vil, que cambia de alianzas, según le conviene, si eso le sirve para su objetivo de tener más poder (S. Koebl y O. Ihlau, 2007: 184).

Cada vez se vio más envuelto en el tráfico de drogas. Hoy sigue formando parte de la insurgencia que combate al gobierno de Karzai y a las tropas internacionales.

2.Hizbi Islami J (Partido Islámico, Grupo de Jalis)

Estaba liderado por el mulá Muhammad Yunus Jalis. Era un mulá populista. A pesar de que procedía de una pequeña tribu, atrajo el apoyo de los ulemas, sobre todo en el este del país, y de los Ghilzai, en los alrededores de Kandahar.

3.Ittijadi Islami bara yi Azadi yi Afghanistan (Unión Islámica para la Libertad de Afganistán)

La Unión Islámica fue fundada en marzo de 1980 por el profesor Abdul Rasul Sayyaf. Era un antiguo académico. Apoyado por Arabia Saudí, era muy conocido por reclutar voluntarios árabes. Sin embargo, consiguió relativamente poco en términos militares. Ponía gran énfasis en las normas de vestimenta y de comportamiento.
Era un partido muy pequeño pero rico por la ayuda financiera que recibía. De corte fundamentalista, propagaba el wahabismo saudí. Sus seguidores eran fundamentalmente Ghilzai, como él mismo. Reclamaban un Afganistán con un islam estricto, sobre todo, respecto a la mujer en la sociedad.

4.Yamiati Islami Afghanistan (Asamblea Islámica de Afganistán)

La Asamblea Islámica de Afganistán estaba compuesta en su mayoría por tayikos y dirigida por el profesor Burhanuddin Rabbani, que pertenecía a una familia de pequeños propietarios de la región de

Badajsán, en el noreste del país. Estaba muy imbuido del misticismo musulmán propio de las tendencias sufís. Estudió en una madraza o escuela coránica del gobierno y después realizó estudios en Ankara y en la famosa y prestigiosa Universidad Al-Azhar de El Cairo.

Era más moderado que Hekmatyar o Sayyaf. Su fortaleza estaba en el noreste del país aunque también operaba alrededor de Kandahar. El liderazgo de este grupo combinaba hombres de credenciales islamistas y comandantes con habilidades. Se convirtió en el más fuerte y más efectivo de los grupos muyahidines.

Defendía una ideología islamista progresista, conducente a la modernidad, aunque lejos de lo que consideraban valores e influencias culturales occidentales no islámicas. Comparada con organizaciones pastunes prácticamente monoétnicas tenía una mayor representación tribal y regional. Su influencia se basaba en la reputación y las redes personales que habían tejido sus comandantes principales: Ismail Khan, en Herat, Zabihullah (muerto en 1984), en Mazari Sharif, y Ahmad Shah Masud (muerto en 2001), en el Valle del Panshir.

Masud se distinguió ya entonces como un visionario e islamista innovador y nacionalista, así como un estratega político y militar astuto, con habilidades de liderazgo. Era hijo de un antiguo general del ejército y el único líder muyahidín que no salió de Afganistán durante la ocupación soviética. Había nacido en 1952 en el valle del Panshir, al norte de Kabul. Lo convirtió en una fortaleza. Los soviéticos hicieron varios intentos para eliminarlo o capturarlo. Se le conocía como el "León del Panshir".

5. Harakati Inqilabi Islami (Movimiento de la Revolución Islámica)

Su líder era otro mulá, antiguo parlamentario y profesor, Nabi Mohammedi. Era un partido tradicionalista, en gran medida pastún, tenía bastantes seguidores sufíes pero era visto como corrupto e inefectivo y también estaba envuelto en el tráfico de drogas.

6. Jabba yi Milli yi Islami yi Afghanistan (Frente de Liberación Nacional de Afganistán)

Estaba dirigido por el profesor islámico Sibghatullah Mojadiddi. Era virtualmente el único superviviente de su familia. Tenía relaciones estrechas con la élite prerrevolucionaria y derivaba su influencia entre la resistencia por su posición personal. Huyó de Afganistán después

del golpe de Estado de Daud y pasó varios años en Dinamarca antes de llegar a Peshawar. Su grupo fue como fuerza guerrillera fundamentalmente poco o nada efectivo y su relación con los pakistaníes y los árabes no era fácil.

7.Mahazi Milli Islami de Afganistán (Frente Islámico Nacional)

Su líder era Sayid Ahmed Gailani, líder espiritual *"pir"* de la orden sufí de los Qadiri. Su linaje árabe conduce a su ascendencia en el Profeta. Por casamiento, está ligado a la familia real. Es de ideología tradicionalista y nacionalista (monárquica) y muy prooccidental. Sayid era un empresario próspero, antiguo aliado del rey, hostil a los islamistas y defensor del regreso del monarca.

La relación de su partido con los pakistaníes era incómoda, era rechazado por los árabes y fracasó en atraer el apoyo de los norteamericanos, a pesar de ser moderado y prooccidental. Tenía seguidores en los alrededores de Kandahar y entre la población turcomana en el noroeste. Los dirigentes del partido eran miembros de su familia o pastunes del antiguo régimen educados en Occidente. Sus comandantes eran *janes* (líderes tribales) y algunos de los hijos de Gailani. Sus conexiones internacionales eran débiles, salvo contactos con algunos conservadores norteamericanos.

C) La resistencia en Irán

Mientras Pakistán apoyaba a los partidos suníes con base en Pakistán, un número de partidos chiíes, formados fundamentalmente por hazaras, fueron financiados, entrenados y armados por Irán.

A finales de 1979, religiosos, intelectuales y ancianos hazaras establecieron la *Shura* Inqelabi ettefaqqe Islami Afghanistan (Consejo Revolucionario de la Unión Islámica de Afganistán) y eligieron a Sayyid Ali Beheshti como su presidente. En 1981, los insurgentes consiguieron expulsar a las fuerzas soviéticas y afganas de la mayor parte de Hazarajat. Y el Consejo se hizo con el poder. La mayoría de la población fue desarmada.

Otro grupo chií fue el Harakati Islami (Movimiento Islámico), dirigido por Shaykh Mohsini. En su origen fue proiraní. Mantuvo su identidad de grupo fundamentalista islámico, pero, a mediados de los años 80, se sentía decepcionado con la revolución de Irán. Entre sus miembros, además de hazaras, había también otras minorías chiíes e incluso pastunes.

Sin embargo, aparecieron también otros grupos chiíes, con diferentes compromisos ideológicos y se formaron distintos partidos. Operaban en el oeste y en el centro de Afganistán. El Sazmani Nasri Afghanistan (Organización de la Victoria de Afganistán) defendía una postura islámica radical.

Hazarajat sufrió más por los enfrentamientos entre las formaciones chiíes que por la invasión soviética. Después de la retirada de la URSS, los iraníes consiguieron unir a todos en el Hizbi Uahdat (Partido de la Unión). El país vecino quería influir ideológicamente en la población afgana. Lo dirigía Sayyed Ali Beheschti.

> Desde el principio fueron tan aptos para luchar entre ellos como para cooperar. Ni su fe musulmana compartida ni el concepto de yihad fueron lo suficientemente fuertes para superar sus antipatías personales, tribales y étnicas y fracasaron todos los esfuerzos o los intentos de juntarlos en un movimiento unificado (M. Evans, 2002; 16).

Se esperaba que Hizbi Uahdat fuera capaz de reforzar la posición de la población chií, en términos políticos y económicos y elevar su histórica baja posición social. Pero Irán otorgaba más financiación a algunos de los partidos muyahidines de Peshawar, en particular a Hizbi Islami.

D) El papel del ISI pakistaníy de la CIA

Las autoridades pakistaníes asumieron la responsabilidad de repartir las ayudas que llegaban de diferentes países, sobre todo de Estados Unidos, a los distintos grupos muyahidines que tenían su base en Peshawar. Lo hicieron a través del Inter Services Intelligence (ISI), sus servicios secretos. En los diez años siguientes a la invasión miles de millones de dólares fluyeron con poca o ninguna supervisión de la CIA. Gulbuddin Hekmatyar fue el que más dinero recibió.

Entre 1981 y 1985 la ayuda militar anual de EE UU a los muyahidines aumentó de 30 a 280 millones de dólares. Era la mayor operación encubierta de la CIA en el mundo. En otoño de 1984, el Congreso de EE UU empezó a aprobar enormes aumentos de fondos para operaciones encubiertas en apoyo de la resistencia afgana. El presidente Ronald Reagan, además, autorizó la entrega de misiles Stinger tierra-aire a los muyahidines. Esto convirtió a las fuerzas soviéticas en muy vulnerables, por primera vez desde el comienzo de la guerra.

EE UU y sus aliados vieron en la formación y la organización de

una resistencia islamista armada la mejor manera de responder a la invasión soviética sin intervenir activamente en la guerra. El islam se convirtió en el polo ideológico opuesto al comunismo. Pakistán desempeñó el papel de intermediario. Era coherente con sus propios objetivos estratégicos.

> Siempre había sido consciente de su debilidad en relación con la India y perseguía fortalecer su posición mediante la creación de un bloque islámico, que abarcara Pakistán, Afganistán y las repúblicas de Asia Central de la URSS, a fin de lograr lo que se conoce como "profundidad estratégica" (P. Marsden, 2009: 68-69).

Los objetivos de los muyahidines eran las plantas de energía, las fábricas y las escuelas, en especial las de las niñas. EE UU y los estados árabes estaban deseando poner un pie en la puerta de entrada de Eurasia, rica en petróleo, y enviaron miles de millones de dólares y armas de alta tecnología. Esto llevó también a una proliferación en Pakistán de las madrazas o escuelas coránicas. En 1971, sólo había 900 madrazas en todo el país. En el verano de 1988, ya había alrededor de 8.000 escuelas religiosas oficiales y se estima que unas 25.000 no registradas (P. Fitzgerald y E. Gould, 2009: 206).

> La CIA ayudó a entrenar y financiar lo que con el tiempo se convertiría en una red internacional de militantes islamistas altamente disciplinados, los "árabes afganos" o los "hijos de la yihad", una nueva estirpe de terroristas. Cuando la Unión Soviética se marchó de Afganistán y la CIA cortó el suministro de armas a los muyahidines, Washington dejó tres decenas de miles de luchadores árabes, asiáticos y afganos bien entrenados y bien armados, disponibles para nuevas yihad (K. E. Meyer, 2010: 193).

Además de la ayuda internacional, la producción y tráfico de drogas se convirtieron en una importante fuente de ingresos tanto para los muyahidines como para los refugiados afganos. "La reputación de los grupos en Pakistán fue deteriorándose con los años, al continuar sus luchas internas y cada vez estar más envueltos en el tráfico de armas, el comercio de drogas y la corrupción, en general" (M. Evans, 2002: 217).

2.4. Osama bin Laden y Al Qaeda

Las fuerzas de la resistencia mejoraron con la llegada de voluntarios de otras partes del mundo islámico. Arabia Saudí, en particular,

organizó activamente el reclutamiento de voluntarios para luchar junto a los muyahidines y proporcionó los recursos para apoyar su formación. Entre esos miles de reclutas extranjeros había un joven saudí, Osama bin Laden, hijo del magnate de la construcción yemení Mohammed bin Laden, amigo íntimo del difunto monarca saudí Faisal. Su empresa había amasado una riqueza enorme gracias a los contratos para renovar y ampliar las sagradas mezquitas de La Meca y Medina. El ISI había pedido al príncipe Turki Bin Faisal, jefe del Istakbarat, los servicios secretos saudíes, que aportara un príncipe real para dirigir el contingente saudí, a fin de mostrar el compromiso de la familia real con la yihad.

Hasta entonces sólo los saudíes más pobres, estudiantes, taxistas y beduinos tribales habían ido a luchar. Aunque Bin Laden no era de sangre real, estaba lo bastante próximo a la realeza y, desde luego, era lo bastante rico para encabezar el contingente saudí. Bin Laden, el príncipe Turki y el general Hamid Gul, jefe del ISI a finales de los 80, llegaron a tener una estrecha amistad y fueron aliados en una causa común.

El centro de los llamados "árabes afganos" eran las oficinas de la Liga Musulmana Mundial y la Hermandad Musulmana, en Peshawar, dirigida por Abdullah Azzam, un palestino jordano a quien Bin Laden conoció en la universidad, en Yidda, y a quien reverenciaba como su dirigente. Azzam y sus dos hijos murieron en Peshawar, a causa de una bomba, en 1989.

Durante la década de los ochenta, Azzam había forjado estrechos vínculos con Hekmatyar y con Abdul Rasul Sayyaf y había creado en 1984 Al Maktab al Khidmat (Centro de Servicios), que canalizaba las donaciones de los servicios secretos saudíes, la Media Luna Roja de ese país, la Liga Musulmana Mundial y otras privadas, de príncipes y mezquitas saudíes.

> Al cabo de una década, el Makhtab aparecería en el centro de una red de organizaciones radicales que ayudó a realizar el atentado en el World Trade Center y los bombardeos de las embajadas norteamericanas en África en 1998 (A. Rashid, 2010: 211).

Bin Laden viajó por primera vez a Peshawar en 1980 y conoció a los dirigentes muyahidines. En 1982, decidió instalarse allí. Más tarde diría que los saudíes le habían elegido como su representante en Afganistán para contrarrestar a los rusos ateos:

> Recibí a los voluntarios que llegaban del reino saudí y de todos los países árabes y musulmanes. Establecí mi primer campamento, donde esos voluntarios eran entrenados por oficiales pakistaníes y norteamericanos. Estados Unidos aportaba las armas y los saudíes el dinero (A. Rashid,

2001: 212).

Tras la muerte de Azzam, Bin Laden se puso al frente de la organización y estableció Al Qaeda (La Base), como un centro de servicios y reclutamiento para los "árabes afganos" y sus familiares y para forjar entre ellos una alianza de amplia base. En 1990, desilusionado por las querellas internas de los muyahidines, regresó a Arabia Saudí. Fundó una organización benéfica para veteranos "árabes afganos", unos 4.000, que se habían establecido en La Meca y Medina. Y dio dinero a las familias de los que habían muerto.

Tras la invasión iraquí de Kuwait, en 1990, pidió a la familia real saudí que organizara la defensa popular del reino con una fuerza de veteranos de la guerra de Afganistán que él facilitaría. Pero el rey Fahd prefirió invitar a los norteamericanos. Bin Laden criticó abiertamente a la familia real e intentó que los ulemas lanzaran *fatwas* o edictos religiosos contra los no musulmanes que habían instalado sus bases en el país.

Las críticas de Bin Laden aumentaron después de que unos 20.000 soldados estadounidenses permanecieran en Arabia Saudí tras la liberación de Kuwait. En 1992, tuvo una violenta discusión con el ministro del Interior, el príncipe Naif, a quien llamó traidor al islam. Bin Laden fue declarado persona non grata. Se fue a Sudán para participar en la revolución islámica emprendida por el carismático dirigente sudanés Hassan Turabi, a quien conocía de la yihad afgana. La familia real saudí revocó, en 1994, su ciudadanía.

En Sudán, con su riqueza y sus contactos, Bin Laden reunió a veteranos de Afganistán, todos ellos disgustados por la victoria norteamericana sobre Irak y la actitud de las élites dirigentes árabes, que permitían quedarse a los militares estadounidenses en el Golfo. La presión norteamericana y saudí contra Sudán por dar cobijo a Bin Laden iba en aumento y las autoridades sudanesas le pidieron, en 1996, que se marchara. Fue entonces cuando se fue a Afganistán.

2.5. Oleada de refugiados

La guerra de Afganistán contra los soviéticos provocó el mayor éxodo a nivel mundial desde la Segunda Guerra Mundial. A mediados de los años 80, la mitad de los 15 millones de afganos había huido de su hogar. En Pakistán, había algo más de 3 millones de refugiados y en Irán, unos 2 millones. Y había entre dos y tres millones de desplazados internos. Además, hubo miles de muertos por los enfrentamientos y la represión.

> Los que fueron detenidos a menudo no sobrevivieron a la tortura y a las terribles condiciones de prisión a las que se enfrentaban. El país perdió a médicos, ingenieros, profesores universitarios y funcionarios públicos, ya sea por el exilio o por las desapariciones (P. Marsden, 2009: 65).

Ya en 1983 había en Pakistán 339 campos de refugiados en los que cada etnia o líder tenía el poder sobre un grupo de la resistencia. "Las estructuras tribales de los pastunes se vieron enfrentadas a una profunda erosión social. Al debilitarse las formas de organización e ideales tribales, ganaron influencia las formas de organización e ideales islamistas. Y el poder de los líderes tribales se trasladó a los dignatarios religiosos" (C. Schetter, 2007: 105).

Se produjo también un retroceso en la situación y en los derechos de las mujeres. La pérdida de control de los hombres al no cumplirse las normas y los valores pastunes se compensaba con el poder sobre la mujer como el único bien controlable que les quedaba. Este planteamiento fue apoyado por el concepto de *purdah* (encierro de la mujer). El relativo poco espacio en los campos de refugiados, así como la presencia permanente de hombres extraños, limitaban de forma drástica el espacio por el que las mujeres podían moverse. Con una tajante separación entre la esfera masculina y la femenina y cubriéndose por completo el cuerpo, se debía preservar el honor de las mujeres y así también el de los hombres.

El catalizador determinante para la transmisión del islam de marca pastún fueron las escuelas religiosas (madrazas) como centros de adoctrinamiento religioso. La escuela de pensamiento conservadora de los Deobandi, cercana a los talibanes, ya dominaba desde principios de los ochenta en las madrazas de los campos de refugiados.

Los partidos muyahidines establecieron oficinas de reclutamiento en los campos. Cada formación dominaba un campo concreto. Algunos partidos establecieron sus propios colegios primarios y secundarios e incluso universidades con la esperanza de formar una nueva generación de seguidores.

En Irán, se esperaba que la mayoría de los refugiados sobreviviese en las áreas urbanas, sin una asistencia específica. Se les permitía trabajar en ciertas ocupaciones serviles. Tenían también derecho a recibir los subsidios básicos de los que disfrutaba la población iraní y acceso a la sanidad estatal y a la educación, de mayor calidad que las de los campos de Pakistán. Los comités locales y las organizaciones privadas también les ayudaban.

Irán estableció, además, algunos campos a lo largo de la frontera. Los recursos venían del gobierno iraní y de la Media Luna Roja de ese país. La Agencia de la ONU para los Refugiados (ACNUR) desempeñó un papel muy pequeño, en parte debido a que los gobiernos donantes no estaban dispuestos a financiar operaciones humanitarias en Irán. Y,

además, el gobierno de Teherán se resistía a una amplia presencia occidental y deseaba evitar que hubiese una numerosa comunidad de expatriados.

Pero el mayor impacto de la ocupación soviética se produjo sobre Pakistán. Los muyahidines cruzaban la porosa frontera una y otra vez para lanzar ataques en Afganistán y después retornar a sus bases en Pakistán. Kabul acusó a su vecino de interferir en los asuntos internos afganos al ofrecer santuario a los muyahidines. En realidad, los refugiados y los muyahidines representaban para Pakistán enfrentarse a diversas amenazas. Por un lado, las operaciones de los muyahidines provocaban que las fuerzas del gobierno afgano y las soviéticas llegasen hasta la frontera. Islamabad, consternada, descubrió que tenía de vecino al ejército soviético. Por otro lado, agentes del "Khad" (servicios secretos afganos) pasaban clandestinamente para asesinar a líderes de la resistencia o para provocar enfrentamientos entre las diferentes facciones de muyahidines en Peshawar. Pero, además, los refugiados suponían una amenaza para la estabilidad interna. La tensión entre ellos —la mayoría estaban armados— y los ciudadanos pakistaníes se incrementó con el paso de los años. La lucha por los puestos de trabajo puso a prueba los límites de la hospitalidad musulmana y pastún.

CAPITULO 3

La guerra interafgana

3.1. El final de la ocupación

Después del golpe de Estado comunista de 1978 y de la intervención soviética de 1979, la cooperación entre los dos grandes poderes se colapsó. El conflicto devastó la sociedad afgana. Estados Unidos y la Unión Soviética metieron cincuenta veces más recursos en la empresa de la destrucción que en la del desarrollo. Y los sucesivos intentos de restaurar la cooperación fallaron (B. Rubin, 1995: 3).

Las fuerzas soviéticas aumentaron hasta superar los 100.000 efectivos durante la ocupación. Los rusos prepararon una simple estrategia que consistía en hacerse con las ciudades y localidades más pobladas y los lugares claves y dar armamento y apoyo logístico al ejército afgano cuando éste se desplegase en las zonas rurales para enfrentarse a la resistencia. Al mismo tiempo, fortalecerían al ejército afgano. Esperaban que de esta forma, en unos meses, controlarian el país. El ejército rojo no tenía la intención de verse envuelto en las hostilidades. Los problemas aumentaron cuando esto se convirtió en algo inevitable:

> El ejército afgano, por su parte, era, por decirlo de alguna manera, mayoritariamente inefectivo. Las purgas, ejecuciones y deserciones habían reducido su cuerpo de oficiales a quizás la mitad de su número original. Gran parte de la tropa también desertó, con las armas cuando fue posible, siempre que tuvo la ocasión. A veces, unidades enteras se pasaron a la resistencia. A finales de 1980, el ejército afgano probablemente se había reducido de una fuerza de alrededor de 90.000 hombres a una de unos

> 30.000. La fiabilidad de las unidades que quedaron era frecuentemente dudosa. Se introdujo el servicio militar obligatorio pero eso tuvo poco impacto en la solución del problema" (M. Evans, 2002: 18).

La verdadera dificultad para los soviéticos estaba en las zonas rurales, amplias y muy pobladas. La invasión extranjera provocó que miles de mulás llamasen a la yihad y que reapareciese la vieja cultura guerrera. No se habían rebelado contra Amin, pero sí se unieron a la resistencia contra el ejército soviético. Los soviéticos, lejos de estabilizar la situación, la exacerbaron. Como les ocurrió a anteriores invasores, en las montañas del este se encontraron con un avispero de resistencia.

Los muyahidines fueron avanzando y haciéndose fuertes. El ejército afgano se concentró en el valle de Kabul, en la carretera de circunvalación y en las pocas ciudades existentes, mientras los muyahidines controlaban entre un 80 y un 90% del país. Se combatió duramente por las estratégicas rutas de transporte, como el túnel de Salang o el barranco de Tang Gharu, entre Jalalabad y Kabul.

> La oposición realizaba repetidos atentados terroristas en las ciudades. Un objetivo clave eran los profesores y las escuelas, símbolos de las reformas del PDPA. Los muyahidines debieron de asesinar en los 80 a miles de maestros (C. Schetter, 2007: 103).

La resistencia nunca tuvo un comando unificado. La oposición contra los soviéticos era instintiva en la población rural. Pero había factores unificadores como el sentido de autodefensa nacional y la lealtad al islam. Aun así, la voluntad de lucha no se traduce necesariamente en éxito contra un ejército moderno y más fuerte.

Los muyahidines acabaron convirtiéndose en formidables enemigos. Al principio, contaban únicamente con armamento obsoleto, pero enseguida se vieron equipados no sólo con armas que traían los desertores o capturaban en las batallas, sino también con armamento suministrado desde el exterior.

Hasta 1986, los norteamericanos evitaron darles armas iguales a las suyas. Compraban las fabricadas en la Unión Soviética a Egipto, Israel y otros y las enviaban a través de Pakistán. Evitaban hacer el juego a la propaganda de Moscú que proclamaba que el ejército soviético estaba resistiendo ante el imperialismo de Estados Unidos. Muchas armas se perdían en el camino, pero llegaban suficientes. Los chinos también les daban armas y otros países, como Arabia Saudí y los estados del Golfo, contribuían con dinero. Los muyahidines tenían tres objetivos fundamentales (S. Tanner, 2002: 248):

-Negar la legitimidad al régimen de Kabul y mantener la oposición al mismo.
-Establecer una infraestructura de guerrillas y una administración paralela en las áreas liberadas.
-Mantener un estancamiento militar a través de una guerra de desgaste haciendo que el esfuerzo soviético fuese demasiado costoso para que continuase.

El giro decisivo en esta guerra se produjo cuando Estados Unidos suministró a los muyahidines misiles Stinger norteamericanos. Así hicieron frente a la superioridad aérea del ejército rojo que, para acabar con las bases de la resistencia, había establecido una política de tierra arrasada. Afganistán se convirtió en el Vietnam de la Unión Soviética y reveló que la URSS era un gigante con pies de barro. Más de 10 millones de minas antipersonas fueron enterradas por los dos combatientes. Los muyahidines continuaron haciéndolo en la guerra civil que siguió a la retirada soviética.

Los analistas soviéticos sacaron varias lecciones de Afganistán. En primer lugar, que era imposible establecer un estado socialista estable en un país subdesarrollado, imponiendo el régimen de un partido militarizado marxista-leninista. Por eso, la justificación ideológica de la intervención no era válida. En segundo lugar, el fracaso de una fuerza enorme frente a una oposición aparentemente débil y desorganizada dio una soberbia lección sobre los límites del poder militar.

3.1.1. Los Acuerdos de Ginebra

Mientras los muyahidines y las tropas soviéticas seguían combatiendo sobre el terreno, se hacían intentos para lograr un acuerdo de paz. En 1981, se definieron los puntos esenciales: la no intervención, el regreso voluntario de los refugiados, garantías internacionales (por EE UU y la URSS) y la retirada de las tropas extranjeras.

Diego Córdovez de Ecuador fue nombrado, en 1982, Representante Especial del Secretario General de las Naciones Unidas para Afganistán. Hubo sucesivas conversaciones entre los gobiernos de Afganistán y Pakistán en Ginebra. Se las denominaba de acercamiento porque Pakistán no reconocía al régimen afgano.

Las delegaciones de los dos lados se sentaban en habitaciones separadas. Córdovez y su equipo iban de una a otra, en lo que se llamó *shuttle diplomacy*. Cerca estaban también los representantes de la Unión Soviética y de Estados Unidos, cuyo apoyo y garantías para un

acuerdo eran cruciales. El gobierno iraní rechazó tomar parte en las negociaciones pero se mantuvo informado. Los muyahidines no fueron invitados y se reservaron su derecho a ignorar cualquier acuerdo. Entre sesión y sesión en Ginebra, Córdovez viajaba a Moscú, Kabul, Islamabad y Teherán, en un esfuerzo por encontrar una base para seguir adelante con el proceso. La primera ronda de negociaciones se celebró entre el 16 y el 24 de junio de 1982:

> En las negociaciones de Ginebra decidimos centrarnos primero en la cuestión de los refugiados, asumiendo que era el menos controvertido de los cuatro puntos establecidos. Fue una decisión equivocada. Rápidamente se convirtió en un tema de controversia debido a la cuestión de las consultas con los diferentes grupos de refugiados. Prácticamente un tercio de la población afgana había huido y vivía fuera del país. Es comprensible que desease ser parte del proceso de negociación que determinaría el futuro de su país (J. Pérez de Cuéllar, 1997: 188).

En el proceso, el régimen de Kabul ganó aceptación para su legitimidad y se reconoció a Pakistán su reclamación de representar los intereses de la resistencia afgana y de los refugiados. El proceso era terriblemente lento y las negociaciones se habían convertido en 1984 en un círculo vicioso: Afganistán se quejaba de la interferencia de Pakistán en sus asuntos internos y éste de la presencia de las tropas soviéticas.

Hasta 1985 se avanzó poco en los puntos esenciales. En junio de ese año, se dieron pasos adelante en la cuestión de la no intervención. A final de año, Estados Unidos se mostró conforme en actuar como garante. Pero las conversaciones seguían bloqueadas en lo referente a la retirada de las tropas soviéticas y a la continuación del apoyo externo al gobierno afgano y a los muyahidines.

El máximo líder soviético, Yuri Andropov, murió en febrero de 1984. Su sucesor, el duro Konstantin Chernenko, no se inclinaba por hacer concesiones. Cuando Mijail Gorbachov, que había sido un protegido de Andropov, llegó al poder, en marzo de 1985, el clima de las conversaciones mejoró. Sus palabras y actos dejaron claro que tenía decidido sacar a la URSS del pantano afgano. Al tomar el control del PCUS (Partido Comunista de la Unión Soviética) señaló que iba a revisar la cuestión afgana. Parecía que la retirada era inevitable, no sólo porque la URSS no podía ganar la guerra sino porque su continuación impediría las iniciativas internacionales indispensables, en especial para una distensión entre el este y el oeste y un acercamiento a China.

Dio a los militares una última oportunidad para terminar la guerra y presionó al gobierno afgano para que pusiese sus cuentas en orden y reconciliase a la nación. Diego Córdovez prosiguió con sus esfuerzos

para conseguir unos acuerdos que pusieran fin al sangriento conflicto. El 8 febrero de 1988, Gorbachov anunció públicamente que las tropas soviéticas empezarían a retirarse el 15 de mayo. La retirada se completaría en nueve meses, el 15 de febrero de 1989.

En abril de 1988, se llegó a la última ronda de conversaciones entre pakistaníes y afganos, en la sede la Organización de las Naciones Unidas en Ginebra. Se contaba con el aval de soviéticos y norteamericanos. Los rebeldes seguían sin participar. Esto tendría consecuencias en el futuro porque generaría desconfianza hacia la ONU.

Los acuerdos preveían que Afganistán y Pakistán se abstuviesen de tomar cualquier acción que les llevase a intervenir en los asuntos internos del otro. Como garantes, Estados Unidos y la Unión Soviética mostraban su compromiso de no interferir en ninguno de los dos países. Otro documento proveía el marco para la repatriación voluntaria de los refugiados afganos. Los acuerdos establecían una misión de buenos oficios de Naciones Unidas en Afganistán y Pakistán para vigilar su cumplimiento. Tenía poderes para recibir e investigar quejas, si los acuerdos no se ponían en práctica correctamente. El pacto no decía nada sobre el futuro gobierno afgano. Gorbachov quería que el régimen de Kabul permaneciese estable hasta asegurar una retirada ordenada de sus tropas.

El Departamento de Estado norteamericano anunció que la ayuda no se detendría si no cesaban, al mismo tiempo, los suministros militares al régimen de Kabul. Moscú argumentaba, con cierta plausibilidad, que se debían a obligaciones contraídas por el Tratado de Paz y Amistad con Afganistán de 1920. Así emergió la fórmula de la "simetría positiva", al continuar los suministros de armas a todas las partes en la guerra civil (Rasanayagam, 2005: 124). Esto impedía el final de la guerra. Los críticos la llamaron "simetría de la muerte". Lo dejaba también patente la notificación formal de Estados Unidos que el 14 de abril de1988 recibió el Secretario General de la ONU. Le comunicaban que se reservaban el derecho a continuar sus suministros a los muyahidines, pero que responderían a la moderación soviética con moderación. La notificación se producía justo antes de la ceremonia de la firma de los acuerdos en el Palacio de las Naciones de Ginebra.

> Los Acuerdos de Ginebra tuvieron éxito al facilitar la retirada soviética pero no consiguieron y no podían conseguir superar las divisiones internas dentro de la sociedad afgana. Sabía que la participación de Naciones Unidas en promover un acuerdo político interno era altamente arriesgada, pero también me di cuenta de que sólo las Naciones Unidas podían llevar a cabo esa tarea. Dada la importancia de un acuerdo para el bienestar de la gente afgana, el esfuerzo tenía que

> hacerse. No tuvimos éxito en parte porque era imposible construir un clima internacional de apoyo para la reconciliación política. Las partes influyentes —Estados Unidos, la Unión Soviética, Pakistán, Irán y Arabia Saudí— tenían agendas separadas. Más importante, sin embargo, era la ausencia de un sentido de propósito y de responsabilidad nacionales por parte de las facciones muyahidines. Éstas también eran víctimas de la guerra (J. Pérez de Cuéllar, 1997: 212).

En febrero de 1988, el portavoz de la Alianza Islámica de los Muyahidines Afganos, Pir Sayyid Ahmed Gailani, declaró que ésta no estaba obligada por los acuerdos propuestos en Ginebra, ya que no había sido incluida en las negociaciones. Gailani anunció planes para formar un gobierno interino, que nunca llegó a funcionar realmente. El tradicional antagonismo entre los partidos de la resistencia en Peshawar continuó. También los hazaras se oponían al pequeño papel que se les asignaba en el gobierno propuesto. Al final, los hazaras formaron su propia alianza, Hizbi Uahdat.

> Los acuerdos, en cuya negociación los muyahidines nunca participaron y rechazaron como un fraude y como totalmente inaceptables, fueron firmados en conformidad más con lo que deseaba la Unión Soviética que con lo que era necesario para que hubiese una solución viable al problema de Afganistán (A. Saikal, 2006: 201).

De hecho, los acuerdos no contemplaban un alto el fuego, ni siquiera la paz. Estaban diseñados simplemente para permitir a la Unión Soviética terminar su humillante implicación militar con una retirada aparentemente honorable.

3.1.2. La retirada soviética

Los soldados soviéticos permanecieron casi diez años en territorio afgano. De 1979 a 1986, intentaron consolidar con su presencia el poder del PDPA, mediante una estrategia que combinaba la represión de la resistencia con reformas sociales. De 1986 a 1989, los propios cambios en la dirección del PCUS llevaron a que se buscaran negociaciones para una retirada de las tropas.

La política interior y exterior global de la Unión Soviética requería la retirada por razones que trasciendían la propia situación en Afganistán. Gorbachov creía que la reducción tanto en gastos como en la tensión internacional era necesaria para la perestroika, su programa de reformas. La retirada constituía un fin de la política exterior soviética, no simplemente una concesión a Estados Unidos. Se había convertido en una estrategia dominante del liderazgo soviético

(B. Rubin, 1995: 75).

El ejército soviético completó su retirada el 15 de febrero de 1989. Sus últimas tropas, al mando del general Boris Gromov, cruzaron ese día el río Amu Darya. Unos 750.000 militares soviéticos habían servido en Afganistán desde 1979. Los datos oficiales soviéticos hablan de 13.310 soldados soviéticos muertos, 35.478 heridos y 311 desaparecidos, aunque con seguridad fueron muchos más. Se teme incluso que tres veces más. Hubo un millón y medio de civiles muertos, un éxodo de millones de refugiados y desplazados y violaciones de los derechos humanos. En su informe de 1986, el ACNUR describía una situación próxima al genocidio.

El coste para la Unión Soviética fue inmenso, al igual que la pérdida de prestigio internacional y de reputación. El fiasco de Afganistán fue uno de los catalizadores de la ruptura o desmembramiento de la Unión Soviética a finales de los 80 y principios de los 90. Fue la primera y última guerra que perdió la Unión Soviética. Lo que sorprendió fue la falta de compromiso y de conocimientos de los soldados soviéticos, sobre todo de la tropa, sobre Afganistán, país que consideraban inhóspito y salvaje. No confiaban en los afganos. Es cierto también que muchos comunistas afganos tenían familiares en los muyahidines. De esta forma pasaba con facilidad información vital a la resistencia. "Para los soldados soviéticos Afganistán era una pesadilla. En otras palabras, fue el Vietnam soviético" (W. Vogelsang, 2008: 321).

Para el ejército rojo fue un schock darse cuenta de que no estaba ayudando a un país comunista amigo frente a una agresión externa, sino que luchaba contra patriotas que defendían su libertad frente a unos invasores. En la Unión Soviética se mantuvo un silencio informativo sobre los soldados muertos o heridos, era una especie de secreto de Estado, incluso los heridos eran enviados a lugares remotos para su tratamiento (M. Evans, 2002: 225). Poco a poco, la población soviética fue consciente del problema y de la ratonera en la que estaban metidas sus tropas. Pero no hubo cambios en la estretagia hasta que llegó Gorbachov.

El error de los comunistas afganos fue que, al querer hacer frente a las injusticias sociales y crear un estado socialista, actuaron con excesiva rapidez y recurrieron a la fuerza. No intentaron aplicar sus reformas de forma gradual o construir sobre lo que existía, lo hicieron desde cero, haciendo tabla rasa de lo anterior. Un ejemplo claro fue su bienintencionado programa de alfabetización. En lugar de hacerlo en el contexto de valores tradicionales e islámicos, dejaron claro que se trataba de imponer una ideología en desacuerdo con esos valores que iba a erradicar. Y el uso de la represión alienó a la población.

> La Unión Soviética tenía la esperanza de establecer una presencia militar permanente en Afganistán, pero fracasó. Así, lejos de alentar a la población a aceptar valores socialistas, la intervención soviética provocó una defensa acérrima de los valores tradicionales e islámicos que condujo a un nuevo radicalismo (P. Marsden, 2009: 63).

La división entre los *khalq* y los *parcham* sólo se había agrandado. Los soviéticos cada vez estaban menos dispuestos a apoyarles. En un discurso en el XXVII Congreso del PCUS, en febrero de 1986, Gorbachov dejó constancia de que la contrarrevolución y el imperialismo habían transformado Afganistán en una "herida sangrante". Anunció al mismo tiempo el plan de retirada y que se llevaría a cabo en cuanto hubiese un acuerdo político. Pero Gorbachov quería dejar en el poder a un gobierno amigo.

El 4 de mayo de 1986, por indicaciones de Moscú, Mohamed Najibullah, el jefe de los servicios secretos afganos, sustituyó a Babrak Karmal como jefe del gobierno. Najibullah era fiel a Moscú y se esperaba que pudiese unir de nuevo al partido. En los círculos políticos y militares de Estados Unidos y Pakistán pensaron que, después de la retirada, la caída del régimen comunista sería cuestión de semanas. Esperaban que los triunfantes muyahidines salieran juntos clamando la victoria para la yihad. No sucedió nada parecido. Las pugnas entre los diversos grupos de muyahidines comenzaron a manifestarse de manera clara y el apoyo militar de Moscú a Najibullah hizo que tales predicciones fueran equivocadas. Resultaba imposible establecer un gobierno interino en el exilio reconocido por todos los grupos rebeldes.

La guerra continuó y cada vez fue más sangrienta. Era una guerra civil. En Pakistán, había muerto el general Zia Ul Haq en un accidente de aviación no aclarado. Su sucesora, la primera ministra Benazir Bhutto, mantuvo el apoyo a la resistencia. Conservó a la persona asignada por Zia como jefe del IS1, el general Hamid Gul. Este condujo a su país a un papel intervencionista todavía más flagrante en Afganistán.

El establecimiento de un gobierno muyahidín era imperativo para los partidos de Peshawar y para sus patrocinadores pakistaníes. Si el régimen de Kabul caía rápidamente, ese gobierno sería necesario para prevenir una lucha sangrienta entre las diversas facciones de la resistencia. Si Najibullah sobrevivía, se temía que su régimen se asegurarse el reconocimiento internacional por defecto, ganase el asiento afgano en organizaciones internacionales y se beneficiase del desembolso de los proyectados 1.600 millones de dólares en ayuda internacional fijados en los Acuerdos de Ginebra para la recuperación y la reconstrucción de la posguerra de Afganistán.

3.2. El régimen de Mohamed Najibullah

3.2.1. La estrategia política de Najibullah

En contra de lo que muchos creyeron, el régimen de Najibullah no cayó. El apoyo soviético continuó y los grupos de la resistencia fueron incapaces de acordar una estrategia común para establecer un gobierno de transición. Las tropas soviéticas se llevaron poco más que sus vehículos y armas personales. El resto del armamento y del equipamiento se los quedó el gobierno afgano. Y prosiguió la asistencia financiera soviética.

Najibullah fue elegido por unanimidad secretario general del Comité Central del PDPA. Como jefe de la policía secreta afgana, había adquirido una reputación de crueldad. Pero era inteligente y astuto y había llegado a entender muy bien a sus compatriotas. Era un pastún Ghilzai. Esto aumentó sus posibilidades de trabajar con los *khalq*, dominados por los Ghilzai y el cuerpo de oficiales en las Fuerzas Armadas, y con las tribus a los dos lados de la frontera. Estaba relacionado con la familia real a través de su esposa.

El 1 de enero de 1987, Najibullah anunció su programa de reconciliación nacional que contemplaba tres elementos claves: un alto el fuego unilateral de 6 meses, la formación de un gobierno de unidad nacional y el regreso de los más de 5 millones de refugiados de Pakistán y de Irán. Además, habría concesiones en impuestos, devolución de la propiedad confiscada y aplazamiento del servicio militar. Unos 4.000 presos políticos fueron liberados. Najibullah ofreció también lo que siempre habían deseado las comunidades rurales: una autonomía local fuerte, con subsidios abundantes en dinero y armas. Esto contribuyó a su supervivencia. El desarrollo de regiones autónomas era en parte el resultado de una estrategia para sumar fuerzas y combatir a los muyahidines, independientemente de las estructuras de comando del Ministerio de Defensa, dominado por los oficiales *khalq*.

> Los señores de la guerra prosperaron después de la retirada soviética, algunos respondían a los propósitos del régimen de Kabul, otros se alineaban con uno u otro de los partidos de Peshawar. Sus lealtades volubles fueron compradas con dinero, armas y equipamiento y la libertad para enriquecerse con el contrabando, el tráfico de drogas o la imposición de peajes (A. Rasanayagam, 2005: 129).

El nombramiento de Najibullah fue recibido al principio con desdén. Najibullah había estudiado Medicina y era considerado

trabajador pero simple. Le apodaban "el buey". Pronto iba a mostrar lo mejor de sí mismo y un aguante superior al esperado. En Kabul, a finales de los 80, gozaba de una buena reputación. Llegó a ser reverenciado como "doctor Najib". Se hizo eco de los valores nacionales y se presentó como el promotor de la unidad. Su lema era no dividir, sino reconciliar y sus objetivos restar apoyos a la resistencia, ganarse a las tribus pastunas y animar a los refugiados a regresar.

Cuando las fuerzas soviéticas se retiraron, la economía afgana estaba seriamente dañada. La producción agrícola era la mitad de su nivel de la preguerra, en parte por la destrucción y en gran parte por la negligencia. Muchos agricultores habían huido de sus hogares. Los sistemas de irrigación y las estructuras de protección frente a inundaciones, de las que dependía la mayor parte del sector agrícola, no estaban en condiciones. El sistema principal de carreteras, construido por EE UU y la URSS durante los 60, había perdido su superficie de hormigón y estaba agujereado. Las instalaciones eléctricas funcionaban en el mejor de los casos a sólo una parte de su capacidad. El abastecimiento de agua y el saneamiento estaban también gravemente afectados. Y la producción industrial era muy reducida.

El islam fue proclamado como la religión del Estado, que asumió el pago de más de 20.000 mulás. En Kabul, se abrió una universidad islámica y el régimen financió viajes de peregrinos a La Meca. El partido comunista fue renombrado como Partido de la Patria (Hizbi Watan). Najibullah convocó las *Loya Jirgas* de 1989 y 1990. Este foro gozaba de un alto reconocimiento entre la población, porque representaba al "viejo y bueno Afganistán".

La resistencia ponía en tela de juicio el papel de la *jirga* como un órgano de toma de decisiones. Najibullah pudo así jugar esta carta sin competencia. Las *Loya Jirga* de 1989 y 1990 se presentaron como asambleas constituyentes y dieron a Afganistán una nueva Carta Magna, aunque, en realidad, sólo sirvieron para dar al régimen de Kabul una fachada de democracia.

La relativa disminución del apoyo financiero y militar de Estados Unidos a los muyahidines, junto con la continuidad del apoyo del Kremlin al régimen afgano, llevaron a la ONU a buscar acuerdos para la transición, aceptables para la vasta mayoría del pueblo afgano y que condujesen a establecer un gobierno con un amplio apoyo.

El gobierno afgano veía su situación muy frágil y aceptó las bases propuestas en 1991 por el secretario general de la ONU. También lo hicieron algunos dirigentes de los partidos en el exilio. Sin embargo, los comandantes guerrilleros en territorio afgano, como el legendario Ahmed Shah Masud, rechazaron cualquier negociación con el

gobierno de Najibullah.

Desde principios de los 80 la estrategia de Kabul era ganarse en las áreas pastunes a las milicias con incentivos financieros y materiales utilizando las rivalidades tribales. Desde mediados de esa década, apoyó de manera masiva la formación de milicias en todo el país. Eran consideradas más fiables que el propio ejército y debían cubrir los huecos que dejaban las tropas soviéticas al retirarse.

> La herencia más inquietante de los últimos años de Najibullah fue exacerbar la tensión étnica. Kabul empleó con ahínco a las formaciones étnicas del norte para pacificar los territorios pastunes (A. Saikal, 2006: 206).

3.2.2. La caída de Najibullah

Las propuestas de Najibullah fueron rechazadas con desprecio por los miembros de la alianza de siete partidos de Peshawar. Estaba claro que no eran receptivos a compartir el poder. Ellos y sus patrocinadores de Pakistán, con los abundantes fondos y las armas que les había dado la comunidad internacional, desarrollaron sus propias agendas para un Afganistán postsoviético. Najibullah, por su parte, presionó con un programa de reconciliación que llevaba a la disolución del estado comunista monolítico.

El fallido intento de golpe de Estado en la URSS, de agosto de 1991, provocó la caída de varios militares soviéticos de alto rango que apoyaban al régimen de Kabul. Menos de un mes después, el 13 de septiembre, el secretario de Relaciones Exteriores de la URSS y el secretario de Estado de Estados Unidos anunciaron que cesarían, el 31 de diciembre, de suministrar armas a las partes contendientes y que estaban de acuerdo en transferir todo el poder a un gobierno islámico interino.

La desintegración de la Unión Soviética en diciembre de 1991 y el consecuente cese de toda la ayuda de Rusia al gobierno afgano sellaron el destino del régimen comunista. En marzo de 1992, la situación era insostenible para Najibullah. Había intentado, en última instancia y demasiado tarde, ceder el poder y formar un gobierno de coalición.

Las decisiones tomadas muy lejos marcaron de nuevo el futuro afgano. El fracasado golpe soviético en el verano de 1991 y la toma del poder por Boris Yeltsin cambiaron la política de Moscú hacia el país asiático. La lealtad de las milicias al gobierno de Kabul estaba basada en gran parte en el pago de sueldos. Esto suponía un problema para Najibullah. Se vio sin fondos y apostó por la carta pastún para

asegurar su poder. El líder de la milicia uzbeca, Rashid Dostum, hasta entonces aliado de Najibullah, le abandonó. Esta defección fue la causa inmediata de su caída. Su final sobrevino en abril de 1992. Había pervivido a Gorbachov y a la propia Unión Soviética. Acabó refugiándose en la misión de la ONU en Kabul. Allí permaneció hasta la toma de la ciudad por los talibanes.

En cualquier caso era muy difícil sobrevivir sin la ayuda rusa. El presidente Najibullah había fundado el Jumbishi Mili (Movimiento Nacional Islámico). El mayor número de sus miembros, no más de 20.000, pertenecía a las etnias uzbeca y turcomana, aunque también había pastunes comunistas. El general Dostum sería después su líder.

Dostum y Ahmed Shah Masud negociaron con elementos claves en el gobierno comunista una transferencia pacífica del poder a un gobierno de muyahidines. En el terreno militar, Masud era el mejor posicionado para tomar Kabul, sus fuerzas estaban más preparadas, organizadas y eran más disciplinadas.

3.3. La fragmentación de Afganistán

3.3.1. El Acuerdo de Peshawar

La credibilidad de los grupos de la resistencia se puso a prueba. Tenían que mostrar sus alternativas para un futuro Afganistán. En 1989, bajo la presión de Irán, las formaciones chiíes, lideradas por Ali Mazari, se habían unido en el Hizbi Uahdat (Partido de la Unión). Existía una necesidad urgente de un acuerdo para compartir el poder entre los líderes de Peshawar. Su duración y eficacia dependerían de la voluntad de los participantes de respetarlo y de su capacidad para controlar a sus fuerzas dentro de Afganistán.

El 24 de abril de 1992, se concluyó el Acuerdo de Peshawar que proporcionó el marco para un gobierno interino por etapas. Se decidió que Sebghatullah Mojaddedi, líder de un pequeño partido pastún, como opción de compromiso, fuese a Kabul y dirigiese un gobierno transitorio de dos meses. Fue presidente de la República Islámica de Afganistán del 28 de abril al 28 de junio de 1992. Le siguió un ejecutivo interino de cuatro meses bajo la dirección de Rabbani, el líder de Yamiati. Sería el preludio de la formación de un consejo que actuaría como gobierno interino durante 18 meses y después habría elecciones generales. Yamiati Islami dominaba con otros partidos pequeños el gobierno interino y ocupaba todas las posiciones importantes en lo militar y en la administración civil.

Así, los partidos de Peshawar formaron, a pesar de las

enemistades internas, un gobierno rubricado por Pakistán y Estados Unidos. Quedó patente que no iba a ser fácil por la rivalidad entre Hekmatyar y Masud. Masud reclamaba más poder. Aducía que había llevado la parte más dura de la resistencia contra las tropas de ocupación y que, sin embargo, había recibido poca ayuda de Estados Unidos y del ISI pakistaní. También mantenía que Hekmatyar había sido favorecido por estos, que lo consideraban el futuro líder de Afganistán.

Los pastunes Ghilzai se quedaron con las principales posiciones. Los Durrani, considerados fieles al rey, y el Hizbi Uahdat chií fueron excluidos. También Yamiati Islami, único partido no pastún, se quedó con el papel de comparsa en este gobierno paralelo que no pasó de ser un intento. El talón de Aquiles del pacto era que el diseño saltaría por los aires en cuanto uno de los partidos lo abandonase.

Como era de esperar y temer, eso fue exactamente lo que ocurrió. La sed de poder de Hekmatyar y el descontento de sus patronos del ISI al no tenerlo al timón del Afganistán postcomunista condujeron rápidamente a boicotear el acuerdo de Peshawar. El pacto había otorgado el cargo de primer ministro al Hizbi, pero Hekmatyar no lo asumió. Quería ser el único máximo dirigente afgano.

El gobierno interino llegó a Kabul el 28 de abril de 1992 y proclamó el establecimiento de un Estado islámico de Afganistán. Dependía de las fuerzas de Masud y de Dostum para el control militar de la capital. Pero el control de Kabul por Masud no era completo. No pudo evitar que sus principales rivales, el Hizbi Islami de Hekmatyar y el chíi Uahdat, ocuparan los distritos sur y oeste de la capital. Hekmatyar bombardeó la ciudad con misiles. Los combates entre grupos chiíes, apoyados por Irán, y suníes salafistas, apoyados por los árabes, provocaron muchas muertes.

Masud era consciente de que ningún grupo, y mucho menos el suyo, en gran parte no pastún, podía gobernar solo el fragmentado país. Rabbani convocó una *shura* que fue boicoteada por la mayor parte de los partidos, que le acusaron de manipulador. Al final, salió elegido presidente el 29 de diciembre y perdió cualquier legitimidad. Se presentó como presidente de Afganistán hasta el 22 de diciembre de 2001, cuando el cargo recayó en Hamid Karzai, después del 11-S. Durante el régimen de los talibanes, vivió en el extranjero. Su actitud fue una de las causas que provocaron el fracaso del intento de unir a las facciones en guerra.

Los enfrentamientos entre el radical Hekmatyar y los moderados Rabbani y Masud no eran nada nuevo. Se venían produciendo desde los años de la resistencia y el exilio en Peshawar, aunque la ruptura se había producido años antes en Kabul. Su antagonismo y divergencias les llevaron a la creación de dos partidos a partir del Yamiati Islami

surgido en los 70 en la Universidad kabulí. Pero la competencia entre los partidos de la resistencia se había transformado en violentos conflictos desde mediados de los años 80.

Rabbani y Masud intentaban ampliar la base del gobierno, mientras Hekmatyar, Mazari y Dostum, en alianza con Mojaddedi, formaron secretamente una nueva alianza contra el gobierno, la llamada *Shura I Hamahangi* (Consejo de Coordinación). El 1 de enero de 1994, lanzaron un ataque sorpresa contra Kabul.

Los muyahidines declararon un estado islámico en Afganistán por primera vez en su historia. Fueron bienvenidos por muchos afganos que pensaban que volverían la paz y el orden. Pero las expectativas pronto se vieron nuevamente defraudadas. Lo islámico se tradujo en medidas visibles y sorprendentes que suponían restricciones en público, como por ejemplo obligar a las mujeres a llevar velo o ir contra los más débiles de la sociedad y los creyentes de otra fe.

3.3.2. La guerra civil

Hekmatyar y Masud lucharon por el control de Kabul durante tres años tras la caída de Najibullah. El resto de las ciudades importantes, como Kandahar, Herat o Jalalabad, cayó en manos de señores de la guerra locales. Después de catorce años de conflicto, la existencia de un Afganistán autónomo había sido reducida a polvo y escombros. Siglos de esfuerzos para conseguir un país moderno y unir a las diversas tribus bajo un gobierno central fuerte habían sido abortados por la mezcla de burócratas soviéticos, comunistas afganos, intereses norteamericanos y pakistaníes o fanáticos religiosos. Las atrocidades y la limpieza étnica se convirtieron en la norma. Todos luchaban entre sí, armados hasta los dientes.

El 25 de abril de 1992, las tensiones se extendieron a las encarnizadas luchas por el control del Ministerio del Interior y el Palacio del Presidente. En un lado, estaban las fuerzas no pastunas, en el otro, las pastunas de Hizbi Islami y del *khalq*. Las primeras consiguieron echar a las segundas de sus posiciones, pero Hekmatyar pudo mantener su frente en el sur de Kabul hasta 1996.

Las fuerzas relativamente mejor organizadas y disciplinadas de Masud consiguieron finalmente, junto a las del señor de la guerra uzbeco, Rashid Dostum, hacerse con el poder de gran parte de Kabul, pero no pudieron evitar que otros grupos de muyahidines ocupasen los suburbios. Después, esa alianza también se rompió. La ciudad fue dividida entre las diversas facciones, en 12 distritos. Hizbi Uahdat ocupaba el 30 por ciento de la capital y se oponía a Masud y Rabbani.

El grueso de las fuerzas de Hekmatyar siguió en el sur preparado para lanzar un ataque contra sus anteriores aliados. La ciudad se convirtió en el campo de batalla de todas las facciones muyahidines.

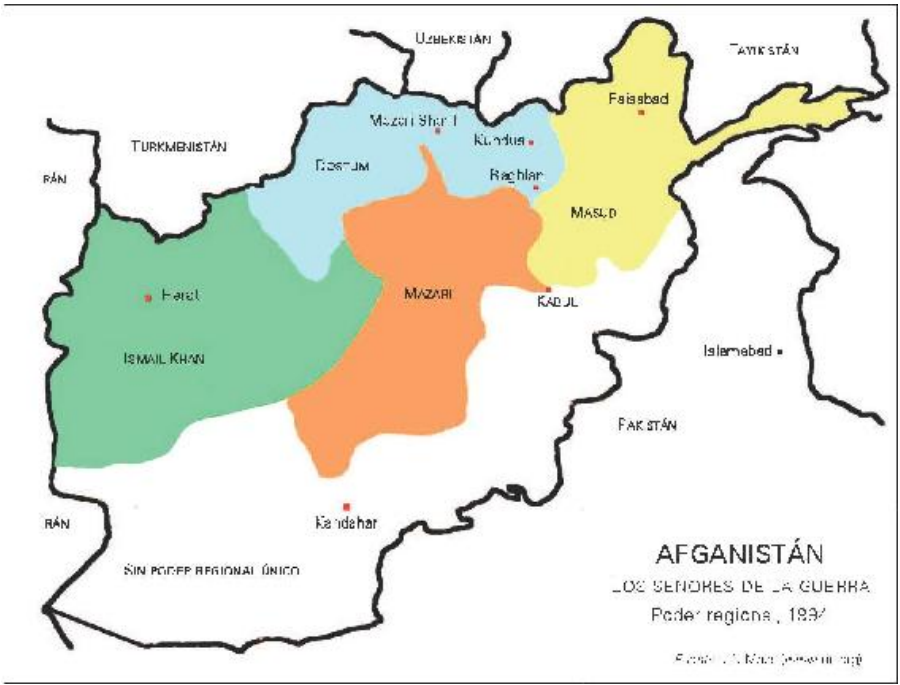
En el resto del país, una gran variedad de comandantes locales provocó un estado generalizado de caos y anarquía. Unos pugnaban por el control de la capital y la reconstrucción de un Estado centralizado e islámico, mientras que otros grupos étnica y regionalmente localizados pretendían una mayor autonomía regional.

El conflicto adquirió un claro carácter étnico y de guerra civil. Muchos comandantes pastunes acusaron a Rabbani y a Masud de querer imponer un dominio tayiko en todo Afganistán y exigieron su salida. La situación social se deterioró de manera acelerada. Los comandantes muyahidines habían sido incapaces de imponer un gobierno central y un estado de derecho. Los ulemas, garantes del respeto de la *sharía*, fueron incapaces de detener la violencia y las arbitrariedades de los comandantes. Las violaciones y raptos de mujeres empezaron a ser moneda común, al igual que las ejecuciones y el pillaje a gran escala. La yihad había dado paso a la guerra civil.

El apoyo a los muyahidines fue disminuyendo. Su comportamiento era descrito cada vez más como opresivo. La atmósfera de inseguridad reinaba por doquier. En Kandahar, por ejemplo, "el comportamiento de los muyahidines era abiertamente desviado: música india en el bazar, combates de perros, enfrentamientos frecuentes entre grupos por motivos fútiles, hachís y opio fumados en público, ausencia de toda administración, prostitución masculina y femenina, vídeos X fácilmente disponibles en el bazar" (R. J. Blancarte, 2001: 253):

> Los señores de la guerra y sus milicias sustituyeron el monopolio estatal de la fuerza y se crearon pequeños estados independientes. Sin embargo, no pusieron en cuestión la existencia del Estado de Afganistán. Para ellos se trataba de contar con la mayor autonomía posible (C. Schetter, 2007: 118).

Rashid Dostum estableció un régimen autocrático en el norte de Afganistán. Allí buscaron refugio seguidores del antiguo gobierno. En el oeste del país fue Ismail Khan el dirigente indiscutible. En el noreste dominaba Masud. En el centro, Hizbi Uahdat y Mazari habían conseguido establecer su poder. En el sur y el sureste, dominados por los pastunes, prevaleció un vacío de poder. Las rivalidades tribales impidieron a cualquier partido establecerse más allá del marco local.



Esta desintegración de Afganistán se manifestó particularmente a nivel económico. De hecho, las diversas regiones estaban relacionadas más con las economías de los estados vecinos que con el resto del país. Se perdió cualquier seguridad. El uso arbitrario de la fuerza, la introducción de peajes, los asaltos y las expropiaciones estaban a la orden del día en todo el país.

Los enfrentamientos militares se concentraron en Kabul. Se aplicó el lema de que "quien controla Kabul, controla Afganistán". Al principio, las posiciones de los frentes equivalían a la fórmula "no pastunes contra pastunes". La Yamiati Islami, el Jombeschi Melli de Dostum y el Hizbi Uahdat formaron una alianza contra Hizbi Islami. El resto de los partidos muyahidines se mantuvieron fuera de la lucha por Kabul. Rechazaban tanto el poder de Masud como el de Hekmatyar.

En el verano de 1992, Hizbi Uahdat dejó la alianza. El Año Nuevo de 1994, Dostum hizo lo mismo. Y los dos se aliaron con Hekmatyar contra el Yamiati Islami de Rabbani y Masud. La ofensiva de esta nueva alianza intensificó la lucha en Kabul y trasladó la guerra a las provincias. En el norte, Dostum luchó contra Ismail Khan, que atacaba desde el oeste, y contra Masud, cuyas tropas tomaron temporalmente Kunduz.

La milicia más conocida, más grande, más fuerte y más eficaz fue la del general uzbeco Dostum. Gozaba de muy mala fama. El pueblo le llamaba el "ladrón de alfombras" (algo así como aniquilador de la

existencia). Comenzó su carrera organizando unidades de autodefensa para las instalaciones de la compañía estatal del gas natural, en el norte. Sus primeros reclutas eran uzbecos de la provincia de Jauzjan que habían sido oprimidos en el pasado por terratenientes pastunes Durrani apoyados por la monarquía. Dostum reclutó miembros de todos los grupos étnicos. Su grupo político terminó siendo conocido como el Jumbeshi. En 1991, tenía 40.000 hombres. Su tarea principal era sustituir a las tropas soviéticas que protegían los campos de gas y las rutas de abastecimiento.

Con la formación de las milicias, el gobierno afgano perdió definitivamente el monopolio de la fuerza. Muchos muyahidines ganaron autonomía frente a los partidos de la resistencia. Ahmad Shah Masud restableció en el Valle del Panshir un pequeño estado con impuestos y servicio militar obligatorio, sistema de salud y educación y legislación propia. Con la ayuda de la *Shura Ye Nazar* (el Alto Consejo), una simple alianza de muyahidines, acabó extendiendo su poder a todo el norte de Afganistán:

> El carismático Masud rara vez dejó Afganistán durante la invasión soviética. Era un hombre pragmático, que gestionó treguas con las fuerzas soviéticas y, en los primeros años de la invasión, limpiaba de pastunes étnicos los valles de las montañas del Hindu Kush de su patria con el fin de consolidar su poder en el norte, garantizando que los tayikos fueran la fuerza indiscutible. Consiguió cientos de millones de dólares del lucrativo negocio de las minas de esmeraldas y lapislázulis. Masud tenía creencias islámicas radicales, era conocido por castigar a sus hombres por no rezar y su aliado más próximo entre los líderes muyahidines era Rasul Sayyaf, un islamista radical conectado a los militantes árabes (K. Gannon, 2005: 10).

Su único rival por el completo control del norte era Dostum, que había sido general durante el comunismo y leal a Najibullah hasta que vio que éste debía irse. Cambió de bando y se unió a los muyahidines. Su crueldad es legendaria. Estos eran los hombres que se hicieron con el poder cuando Najibullah renunció:

> Colisionaron desastrosamente durante sus cuatro años en el poder. Es doloroso el viaje a ese pasado de cuatros años de Afganistán, cuando el mundo entregó un Kabul vibrante, intacto, a los dirigentes muyahidines, que lo destruyeron. Pero es esencial conocer la historia de la década de 1990 porque muchos de los supervivientes de aquella era han retornado al poder y algunos incluso han sido transformados en héroes. Pero entre el liderazgo muyahidín no hubo héroes (K. Gannon, 2005: 11).

De hecho, muchos de esos señores de la guerra y comandantes están acusados por organizaciones de derechos humanos de graves violaciones de derechos humanos y de crímenes de guerra. La

población civil fue la que más sufrió las consecuencias de las sangrientas batallas. Kabul acabó en ruinas. Sólo el bombardeo continuado de las fuerzas de Hekmatyar provocó aproximadamente 40.000 víctimas. Se sucedieron las torturas y las violaciones. Y hubo limpiezas étnicas.

El 11 de febrero de 1993, en el barrio de Afschar habitado por los hazaras, se produjo una terrible matanza. Fue bombardeado durante nueve horas por las tropas de Masud. Después, sus aliados, los combatientes de Sayyaf, provocaron una masacre entre la población civil. Los hazaras se vengaron, asesinando o echando sistemáticamente a todos los que no fueran hazaras de los barrios controlados por ellos. Hizbi Uahdat reclamaría su derecho a ser un actor clave en cualquier negociación para un futuro gobierno. Esperaban reparar así la marginación histórica de la población hazara en la política y la economía. Las alianzas forjadas y luego rotas, entre unos y otros, acabaron reduciendo a cenizas Kabul y ocasionarion en la capital entre 60.000 y 80.000 muertos.

Faltó en todo momento un partido que superase la división tribal de los pastunes y se convirtiese en su defensor. El intento de Hekmatyar de utilizar la etnicidad para la movilización de sus seguidores falló por su falta de credibilidad personal. El asesinato de sus oponentes y críticos no se correspondía con el concepto pastún de hombre de honor. Los políticos afganos nunca pusieron encima de la mesa la carta étnica, la utilizaban sólo en secreto, no en público.

> De hecho, poner el énfasis en la etnicidad estaba en contraposición con la fuerte identidad nacional afgana, que había crecido en el curso de la guerra. Además, la etnicidad se calificaba como no islámica, ya que cuestionaba la unidad de la comunidad islámica (C. Schetter, 2007: 121).

No hubo una etnificación de las masas a pesar de la etnificación de la guerra. Aunque la disolución del modelo tradicional de sociedad, la expulsión y el exilio favorecían una movilización étnica, para la población, la familia, el clan y la aldea representaban todavía las uniones solidarias fundamentales.

En ese ambiente de inseguridad, inestabilidad y violencia de partidos islámicos radicales terminó germinando también otro movimiento, el de los talibanes. Cansados de su incapacidad para conseguir una victoria decisiva, sus patrocinadores pakistaníes abandonaron a Hekmatyar en 1994 y empezaron a apoyar a los talibanes. A falta de la ayuda de Estados Unidos, Masud se dirigió a su enemigo anterior, Rusia, y recibió apoyo. Pero su Alianza del Norte de tayikos, uzbecos, turcomanos y hazaras era demasiado débil para superar sus propias rivalidades tribales.

> Los siete partidos de Peshawar habían funcionado independientemente en los largos años de la resistencia afgana, pero nunca habían podido convenir en una plataforma política común para el ejercicio del poder en una república islámica postcomunista (A. Rasanayagam, 2005: 135).

Ningún grupo o líder consiguió desarrollar un perfil nacional. Cada uno funcionaba con sus milicias en la región o zona que controlaba. La base era la identificación etnolingüística o tribal aunque la Yamiati de Rabbani intentó trascender esos límites.

Los señores de la guerra cobraban impuestos en los pasos, tasas de comercio o incluso estaban envueltos en el tráfico de opio. Los campesinos empobrecidos se dedicaban cada vez más a la producción de la amapola en las regiones donde era imposible plantar otros cultivos por los daños de la guerra o porque los sistemas de irrigación habían sido destruidos.

3.3.3. Las injerencias externas

La lucha por el poder entre los no pastunes, representados por Masud y Dostum, y los pastunes, apoyados por Pakistán y EE UU, fue resuelta por las armas. Desde 1991 fue sobre todo Pakistán quien intentó influir en Afganistán. Con el Telón de Acero caído y la Guerra Fría concluida, ni Estados Unidos ni la Unión Soviética tenían intereses estratégicos en Afganistán, a pesar de que los rusos estaban nerviosos por un Irán que podría ser un semillero de extremismo islámico. En 1991, la atención de América se desvió hacia Kuwait, invadida por el Irak de Sadam Hussein, y hacia la posterior Guerra del Golfo. Y los rusos estaban preocupados sobre todo por el desmembramiento de la Unión Soviética y la transformación de sus países satélites en el centro y el este de Europa.

La guerra de Afganistán perdió así su dimensión política mundial y se convirtió en un conflicto regional, en el que estaban implicados especialmente los estados vecinos. La salida de los grandes creó un vacío de poder que Pakistán aprovechó para conseguir su objetivo: la llamada "profundidad estratégica". La clave y el meollo de las conversaciones de Ginebra se habían centrado casualmente en encontrar la forma de acabar con las injerencias extranjeras en el conflicto afgano. Si bien es cierto que con la retirada soviética y la caída del régimen de Najibullah concluyeron las ayudas de la Unión Soviética y Estados Unidos a uno y otro bando, aparecieron en liza otros actores.

Acuerdos como el de Islamabad del 7 de marzo de 1993 y los

esfuerzos de paz del Enviado Especial de la ONU, Mahmud Mestiri (I993-1996), fallaron no sólo por la falta de voluntad de las partes en guerra, sino también por la influencia de los países vecinos. Irán y Pakistán funcionaban como bisagras regionales. Mientras, China, Turquía y la India, pero también EE UU y Rusia, permancecían en la retaguardia y ejercían indirectamente influencia en Afganistán, a través de Irán, y de Pakistán.

Un acontecimiento clave fue el final de la financiación de EE UU, a cualquier escala, a partir de 1993. Afganistán fue borrado de la lista de países prioritarios de la política exterior de EE UU:

> Por lo tanto, la visión adoptada fue que, una vez alcanzado el debilitamiento del régimen soviético que buscaban, no había más necesidad de inyectar recursos al país. El hecho de que Afganistán hubiese sido dañado seriamente no fue considerado como justificación suficiente. Por lo tanto, prevalecieron los intereses estratégicos (P. Marsden, 2009: 86).

Estados Unidos fracasó al no apoyar el proceso de reconstrucción y mejora de los estándares de vida. Se creó un ambiente que benefició a los talibanes y les permitió hacerse con apoyo popular. Habría sido necesaria mucha más ayuda a la reconstrucción de la que se proporcionó, si EE UU hubiese querido marcar la diferencia. Tampoco está claro que el gobierno norteamericano hubiese sido capaz de convencer a los diversos partidos para que se unieran en torno a objetivos convenidos, si se hubiese dado una mayor prioridad a Afganistán. Si el gobierno de Pakistán se hubiese sentido bajo un mayor escrutinio de Estados Unidos, le habría sido más difícil dar un apoyo activo a los talibanes.

CAPÍTULO 4

Los talibanes

4.1. Orígenes y nacimiento

La guerra civil afgana provocó un verdadero desastre en el país. Las distintas milicias de muyahidines se dedicaban al pillaje y al saqueo en las zonas bajo su control. Nadie reconocía a la autoridad central. El estado de derecho no existía. La corrupción estaba desbocada. Los señores de la guerra de uno y otro bando cometieron innumerables crímenes de guerra y de lesa humanidad y destruyeron Kabul. El caos reinaba por doquier. Era terreno abonado para la llegada de quien prometiese ley y orden.

Las ambiciones personales y las diferencias étnicas, tribales y religiosas entre los muyahidines eran más fuertes que la necesidad de llegar a un acuerdo para la formación de un gobierno o al menos a pactos duraderos. Afganistán se hallaba, a finales de 1994, en un estado de práctica desintegración. Había perdido todo vestigio de un Estado. Estaba dividido en feudos regidos por señores de la guerra. Todos habían luchado contra todos, habían cambiado de bando, en una asombrosa serie de alianzas, traiciones, violencia y sangre. La mayor parte de los burócratas, funcionarios y profesionales había sido asesinada o había huido al extranjero.

Los talibanes llegaron con el "kalashnikov" en una mano y el Corán en la otra. Su transformación en un movimiento político y militar se vio favorecida por el callejón sin salida política en el que se encontraba el país, el cansancio de la población y por un cambio en la estrategia de Pakistán que, tras las victorias iniciales de los talibanes,

decidió apoyarlos y distanciarse de los muyahidines.

4.1.1. Los talibanes durante la resistencia

Los talibanes aparecieron en el sur de Kandahar y en los campos de refugiados de Pakistán. Eran un fenómeno nuevo. Entre ellos, al principio sobre todo, había muchos antiguos oficiales afganos, cuyo papel fue fundamental para su campaña militar. Abdul Salam Zaeef, antiguo dirigente talibán y exembajador en Pakistán, defiende que ya existían durante la yihad contra los soviéticos. Se consideraban estudiantes religiosos y vivían de manera distinta:

> Existe una común concepción errónea de que los talibanes aparecieron en 1994. En realidad, la palabra talibanes la forma el plural de talibán que significa estudiante. Por tanto, en tanto que siempre había habido madrazas, siempre había habido estudiantes religiosos o talibanes. En su mayor parte, los talibanes evitaban la política (A. S. Zaeef, 2010: 10).

Salam Zaeef señala que, durante la resistencia contra los soviéticos, la mayoría de los frentes muyahidines eran muy homogéneos y la mayor parte de los combatientes venían de una misma tribu, familia o zona.

> Los talibanes eran diferentes. Eran un grupo de escolares y estudiantes religiosos de diferentes procedencias, que trascendían las coaliciones normales y las facciones. Luchaban desde su fe religiosa, su creencia en la yihad y su fe en Dios. Alá era la única razón para estar allí, a diferencia de muchos de los muyahidines que luchaban por dinero o por tierras (A. S. Zaeef, 2010: 22).

Todas las formaciones de muyahidines contaron con grupos de talibanes durante la guerra contra los soviéticos. Eran jóvenes, solteros y con una disposición al martirio mayor que la de sus compañeros. Mantenían su propia identidad durante las operaciones, incluso comían y dormían aparte. Al finalizar la guerra retornaron a sus estudios, pero veían con creciente disgusto el comportamiento político de aquellos que ellos mismos habían ayudado a llegar al poder. El talibán retuvo la dignidad originaria del muyahidín, sin la sombra que cayó sobre éste tras la retirada soviética (M. Griffin, 2001: 94).

4.1.2. Los justicieros

Aun así, diferentes autores datan su aparición en 1994. Existen diversas historias sobre la forma y el momento de su nacimiento. En la que más coinciden diversas fuentes relata que, en la primavera de 1994, unos vecinos de Singesar le dijeron a un antiguo muyahidín, el mulá Mohamed Omar, que un comandante local y señor de la guerra había secuestrado a dos adolescentes, que les había afeitado la cabeza y las había llevado a un campamento donde las violaron repetidas veces. 30 talibanes, con sólo 16 fusiles, liberaron a las chicas y colgaron al comandante del cañón de un tanque. Más adelante, ese mismo año, otros dos comandantes señores de la guerra mataron a unos civiles mientras peleaban por sodomizar a un joven. Los talibanes también lo liberaron.

> Omar había emergido como un Robin Hood que ayudaba a los pobres contra los jefes rapaces. Su prestigio fue en aumento porque no pedía ninguna recompensa ni reconocimiento por parte de aquellos a quienes ayudaba. Sólo exigía que le siguieran para establecer un sistema islámico justo (A. Rashid, 2001: 59).

Se dice que en aquel momento el movimiento no contaba con más de 60 hombres. Eran pastunes e hicieron resurgir las esperanzas de que éstos dominarían de nuevo el país, después de que otros grupos étnicos menores se hubiesen adueñado de él durante años. Eran un producto de la yihad, pero estaban muy desilusionados por la división en facciones y por las actividades criminales del liderazgo muyahidín, al que habían idealizado. Los talibanes más jóvenes apenas conocían su patria, ni su historia. En las madrazas estudiaron la sociedad islámica ideal creada por el profeta Mahoma 1.400 años atrás. Y era ésa la que querían emular.

> Fue un movimiento nacionalista creado para hacer frente a la anarquía y al caos. Posteriormente fueron explotados por muchas fuerzas extranjeras, pero, en 1994, era sólo un grupo de hombres enojados, que buscaban poner fin a la anarquía (K. Gannon, 2005: 27).

> Un talib es un estudiante islámico, que busca el conocimiento, mientras que el mulá es quien proporciona el conocimiento. Al escoger un nombre como talibán (plural de talib) se distanciaban de la política partidista de los muyahidines y señalaban que eran un movimiento para purificar a la sociedad más que un partido que intentara hacerse con el poder (A. Rashid, 2001: 55).

El 9 octubre de 1994, el mulá Omar, todavía un desconocido fuera de su distrito, anunció que tenía una fuerza de 1.500 hombres que se iban a desplegar para controlar la carretera que une la frontera

pakistaní con Girishk, a 90 km de Kandahar.

> Pakistán hasta entonces seguía teniendo las esperanzas puestas en Hekmatyar. Pero comenzó a mirar hacia otra parte. Su objetivo era encontrar el camino para lograr su meta de establecer un bloque islámico que abarcase Pakistán, Afganistán y las repúblicas de Asia Central, ahora independientes (P. Marsden, 2009: 83).

El ministro de Interior de Pakistán, Nasrullah Babar, emprendió un viaje a través de Afganistán para comprobar si era posible viajar por tierra hasta Asia Central y establecer así una ruta comercial. Su convoy fue atacado al sur de Kandahar por milicias locales. Un grupo de talibanes acudió en su rescate. Consideraban ese comportamiento inaceptable. Después, el movimiento quedaría establecido de forma sencilla:

> El mulá Omar fue designado comandante y tomó juramento a cada uno de los presentes. Cada uno de los hombres prometió sobre el Corán permanecer junto a él y combatir la corrupción y a los criminales. Durante esa reunión, no se establecieron artículos por escrito de la asociación, ni ningún nombre para el movimiento (A. S. Zaeef, 2010: 65).

Ocuparon un puesto fronterizo en Spin Boldak y un depósito de municiones de Hekmatyar, el 29 de octubre. Kandahar cayó el 5 de noviembre. Al principio fueron vistos como una fuerza de liberación. El 25 de noviembre dominaban ya la ciudad de Lashkar Gah y la provincia de Helmand.

4.2. Las madrazas y los talibanes

Estaba claro que la ley que les guiaba era la *sharía* y prometieron hacerla cumplir, perseguir el vicio y luchar por la virtud. Declararon a Kandahar su capital, de donde no saldría el mulá Omar hasta su huida, después de los atentados del 11-S. Eran guerreros islámicos que habían conquistado una parte de Afganistán y combatían para hacerse con el resto del país. La gran mayoría no había luchado contra los comunistas. Procedían de centenares de madrazas, establecidas en los campos de refugiados en Pakistán.

> La actitud intolerante de los talibán estaba también conformada por su propia dinámica política interna y el carácter de las personas que integraban sus filas. Los reclutas —huérfanos, desarraigados, el lumpen proletariado de la guerra y de los campos de refugiados— se habían criado

en una sociedad totalmente masculina. En el ambiente de las madrazas, el dominio sobre las mujeres y su práctica exclusión eran un símbolo poderoso de virilidad y una reafirmación del compromiso de los estudiantes con la yihad. Negarles un papel a las mujeres daba a los talibán una especie de falsa legitimidad (A. Rashid, 2001: 179-180).

Recompensaban a aquellos que cooperaban y castigaban a quienes los rechazaban. Su fuente de financiación será importante: utilizaban armas confiscadas y ayuda militar externa.

> Dado que Afganistán nunca había estado controlada por líderes religiosos, la formación de un estado islámico liderado por clérigos era un desarrollo extraño. El líder supremo talibán tenía un estatus espiritual y político en el Consejo Supremo talibán, así como en los asuntos de la gente. La ideología política talibán es un factor clave que ilustra su actitud hacia las cuestiones referidas a elecciones, gobierno y participación política en Afganistán (N. Nojumi, 2002: XI).

Dentro de los talibanes había tres categorías:

1. Los graduados en escuelas religiosas de las áreas rurales de Afganistán. Muchos habían estado con los muyahidines y habían sido comandantes durante la resistencia. Se convertirían en miembros leales al movimiento talibán.
2. Los mulás y talibanes que se refugiaron en los países vecinos, en particular en Pakistán, y que acudieron allí a las escuelas. Unos fueron a colegios religiosos establecidos y dirigidos por los muyahidines afganos. Muchos seguían la enseñanza de la interpretación Deobandi del islam. Los primeros talibanes armados que cruzaron la frontera eran miembros de ese grupo. Luego, estaban los que acudieron a escuelas religiosas establecidas y controladas por el partido Yamiat Ulema Islami de Pakistán. Estudiaban materias diferentes a las que se estudiaban en las escuelas religiosas afganas. Serán el núcleo del liderazgo de la administración talibana dentro de Afganistán y manejarán los asuntos internacionales. Fueron la conexión con Pakistán y otros patrocinadores externos.
3. Los estudiantes pakistaníes y los activistas del partido islámico pakistaní trabajaban en la administración civil y en la militar del movimiento. Procedían de muchos lugares de Pakistán, en particular de las provincias de Baluchistán y Sind. La cooperación y el apoyo de este grupo fue un importante elemento a la hora de reclutar nuevos combatientes.

> Estudiaban el Corán, los dichos del profeta Mahoma y los aspectos

básicos de la ley islámica, tal como la interpretaban sus maestros apenas letrados. Ni éstos ni los alumnos tenían la menor preparación en matemáticas, ciencias, historia o geografía. Muchos de los jóvenes guerreros ni siquiera conocían la historia de su propio país ni la historia de la yihad contra los soviéticos. Aquellos muchachos pertenecían a una generación que nunca había visto a su país en paz, un Afganistán que no estuviera en guerra con los invasores y consigo mismo. No tenían recuerdos de sus tribus, sus mayores, sus vecinos, como tampoco de la compleja mezcla étnica que a menudo componían sus pueblos y su patria (A. Rashid, 2001: 67).

El movimiento obtenía gran parte de su fuerza de la desilusión general con los muyahidines y rechazaba toda sugerencia de colaborar con ellos:

> Los miembros de los talibanes habían crecido en campos de refugiados rodeados por una guerra civil brutal. Fueron educados por profesores religiosos empapados en el dogma que predicaba una interpretación extremadamente estricta de la ley islámica. Los talibanes son por eso muy distintos de los líderes tradicionales afganos (W. Vogelsang, 2008: XI).

El ejército regular talibán nunca llegó a superar los 25.000 o 30.000 combatientes, a pesar de que se incrementase antes de cada una de sus ofensivas con estudiantes venidos o traídos de las madrazas de Pakistán.

4.3. La ofensiva talibana

Durante su avance, los talibanes consiguieron hacerse con grandes cantidades de artillería pesada, tanques y munición. Se convirtieron en un ejército de unos 12.000 combatientes. Ya no venían sólo de las madrazas de Pakistán y del cinturón pastún, sino también de deserciones de los partidos islamistas más radicales, incluido el de Hekmatyar. No se trataba sólo de estudiantes religiosos, sin experiencia y sin conocimientos de la guerra:

> El antiguo ministro de Defensa de Najibullah, el general Shahnawaz Tanai, que había huido a Pakistán en marzo de 1990, después del fracasado golpe de Estado, podría haber reactivado sus redes *khlaq* en apoyo de los talibanes. Estos oficiales y técnicos que recibían salarios de forma regular de los talibanes aportaban la experiencia, los estudiantes de las madrazas, la disciplina y la motivación, y la infraestructura venía de Pakistán (A. Rasanayagam, 2005: 146).

Los talibanes empezaron a endurecer sus normas después de hacerse con el control de Herat, históricamente el principal centro cultural del país. Prohibieron a las mujeres trabajar y a las niñas ser educadas. Durante el bloqueo talibán de la capital en el invierno de 1996, hubo considerables escaseces. En esa etapa, Estados Unidos y Europa no estaban metidos para nada en los asuntos afganos.

El jefe de los hazaras, Abdul Ali Mazari, murió cuando estaba bajo custodia de los talibanes, en marzo de 1995. Su muerte hizo que los chiíes afganos y su principal protector, Irán, condenasen para siempre a los talibanes. Los hazaras nunca les perdonaron la muerte de Mazari y se vengaron dos años después, cuando mataron a miles de talibanes en el norte. Fue entonces cuando salió a la luz una sangrienta división étnica y sectaria entre los pastunes y los hazaras, los suníes y los chiíes, que burbujeaba por debajo de la superficie (A. Rashid, 2001: 71).

En septiembre de 1996, intentaron hacerse con Kabul, después de haber tomado Jalalabad. Hubo enfrentamientos, pero Masud optó por retirarse para no someter a la capital a una larga batalla. Se considera que Afganistán ya estaba en manos del régimen talibán, aunque todavía quedaban zonas fuera de su control. Establecieron el "Emirato de Afganistán", el primer estado divino suní de la época contemporánea, sólo reconocido por Pakistán, Arabia Saudí y los Emiratos Árabes Unidos.

Cuando ocuparon Kabul, su primera acción fue ahorcar al expresidente Najibullah, que tenía 50 años. Estaba refugiado desde 1992 en un recinto diplomático de la ONU, en el centro de la capital. Durante la guerra civil, ninguno de los contendientes muyahidines había osado violar la sede de la organización. Con su actuación, los talibanes demostraron su falta de respeto al derecho internacional. Sacaron a Najibullah y a su hermano. Los torturaron y colgaron de postes en el centro de la ciudad, a la vista de todos. Esas imágenes mostraron al mundo la crueldad de los nuevos amos de Kabul.

El 8 de agosto de 1998, las fuerzas de Dostum y de los hazaras fueron derrotadas en Mazari Sharif. Dostum perdió sus territorios. Los talibanes mataron a miles de civiles y a varios diplomáticos iraníes. Los militantes árabes de Bin Laden, que ya estaba establecido en Afganistán, fueron los responsables de las peores masacres, asesinando a centenares de civiles en áreas controladas por el Frente Unido (que fue, más tarde, conocido como la Alianza del Norte). La victoria de los talibanes en el norte y el control de un 80% del país hicieron que el conflicto adquiriese una dimensión regional, cuando Irán amenazó con una invasión y acusó a Pakistán de apoyar a los talibanes. Los talibanes se vengaron de las pérdidas que habían sufrido el año anterior. Su objetivo era limpiar el norte de chiíes. Los mulás

proclamaban desde las mezquitas de la ciudad de Mazari que tenían tres opciones: convertirse al islam suní, marcharse al Irán chií o morir. Se prohibieron los servicios religiosos chiíes.

Rabbani lanzó una campaña internacional y viajó por varios países recabando apoyo. Lo recibió de Rusia, Irán o India. Pero Pakistán y Arabia Saudí siguieron apoyando a los talibanes e incrementaron sus suministros de armas. La amplitud de la intromisión del exterior empezó a preocupar a los norteamericanos.

> La administración Clinton simpatizaba claramente con los talibanes, pues éstos se alineaban con la política antiiraní de Washington y eran importantes para el éxito de todo gasoducto tendido hacia el sur desde Asia Central y que evitara el territorio iraní. El Congreso de Estados Unidos había autorizado un presupuesto para operaciones secretas de veinte millones de dólares, a fin de que la CIA desestabilizara Irán. Teherán acusó a Washington de canalizar parte de esos fondos a los talibanes, una acusación que los norteamericanos siempre negaron (A. Rashid, 2001: 87).

Los talibanes habían persuadido a Pakistán y Arabia Saudí de que apoyaran otra ofensiva para apoderarse del norte. En marzo, Irán, Rusia y Uzbekistán empezaron a entregar armas, municiones y combustible a la alianza antitalibán.

4.4. Características del régimen talibán

4.4.1. Interpretación del islam

Kandahar fue la capital espiritual de los talibanes. Era la segunda ciudad del país y estaba situada en la intersección de antiguas rutas comerciales. Había sido el principal cruce de caminos para la difusión del comercio, las artes y los oficios entre Irán y la India. Sus bazares fueron famosos durante siglos. Los Durrani que crearon el Estado afgano y lo rigieron durante tres siglos provenían de Kandahar. El mausoleo de Sha Ahmad domina el bazar y miles de afganos acuden para rezar y presentar sus respetos al fundador de la nación. Junto a su tumba se encuentra el santuario del manto del profeta Mahoma, uno de los lugares más sagrados de Afganistán.

Se instituyó un reinado de terror y el país se convirtió en fuente del terrorismo internacional, todo en nombre de un islam que había sido históricamente ajeno a los afganos.

> Una gran mayoría de los afganos había sido y sigue siendo seguidora

de la escuela Hanafi del islam, la más moderada y flexible de las cuatro escuelas a las que pertenece la mayor parte de los musulmanes del mundo (A. Saikal, 2006: 235).

Los talibanes impusieron su interpretación del islam en las zonas bajo su control. Establecieron su propio y drástico sistema de justicia. Sin tribunales ni audiencia legítimos, le cortaban a la gente las manos o los brazos si eran acusados de robo. Y grupos de talibanes vigilaban las calles y daban palizas brutales en público.

Los talibanes recibían ayuda de las tropas regulares del ejército de Pakistán y de la Brigada 055 de Bin Laden, pero también mano de obra de las madrazas de la región fronteriza pakistaní. Después de una petición del mulá Omar en 1997, el maulana Sami ul Haq cerró su madraza de más de 2.500 alumnos (Darul Uloom Haqqania), cerca de Peshawar, en Pakistán, y envió a todos sus alumnos a combatir junto a los talibanes. Al año siguiente, ayudó a convencer a otras 12 madrazas pakistaníes para que cerrasen durante un mes y enviasen a sus 8.000 estudiantes a reforzar a los talibanes.

Los talibanes dictaron un edicto islámico para que los agricultores pudieran cultivar aún más opio, aunque el Corán prohíbe a los musulmanes su producción y consumo. Abdul Rashid, el jefe talibán de la lucha contra la droga en Kandahar, prohibía terminantemente el cultivo de hachís porque era consumido por los afganos y los musulmanes, no así el del opio, que consideraba admisible ya que era consumido por los *kafirs* (infieles) en Occidente pero no por los afganos o los musulmanes.

En el año 2000, prohibieron la producción de opio, por primera vez en la historia de Afganistán. Emitieron un decreto en ese sentido el 27 de julio. La producción de opio de ese año había supuesto el 75% de la oferta mundial. En febrero de 2001, la producción se había reducido a lo mínimo. Se creyó que lo habían hecho por la presión internacional, pero en realidad se trató de una forma de aumentar el precio ante los excedentes que había de anteriores cosechas.

Bajo su régimen, la ley islámica o *sharía* fue interpretada de una forma estricta y fundamentalista, jamás vista en el mundo musulmán. Encerraron prácticamente a las mujeres en sus casas, destrozaron los televisores, prohibieron una amplia serie de deportes y actividades recreativas y ordenaron que todos los hombres se dejaran crecer largas barbas. Impusieron el uso del burka, impidieron a las enfermeras atender a pacientes del sexo contrario y determinaron que hombres y mujeres viajaran por separado en los autobuses.

Como wahabistas, los talibanes ignoraban a los chiíes y declararon no musulmanes a los hazaras, chiíes, casi el 10% de la población, con las consecuencias que podía acarrearles. La inscripción

de la bandera del movimiento rezaba: "La 'Ilah illá-allah, wa Muhammad rasulu-allah" (No hay más Dios que Alá y Mahoma es su profeta). Su ideología se basa en una forma extrema de Deobandismo y está fuertemente influida por las leyes, reglamentos y código ético pastunes, el *pastunwali*.

4.4.2. Apoyo externo

Pakistán fue y es el principal patrocinador de los talibanes afganos. Les proporcionó equipamiento militar, asistencia, asesoramiento, pero lo negaba oficialmente. A Pakistán le interesaban los talibanes porque eran un aliado pastún. El otro, Hekmatyar, no había entrado en la capital aunque era el primer ministro muyahidín. Se dedicó a bombardearla para acabar con su rival, el ministro de Defensa, Masud. Los pakistaníes preferían a Hekmatyar pero se dieron cuenta de que era incapaz de acabar con el poder de los tayikos de Masud y de Rabbani. Pensaron que los talibanes sí podían cambiar la situación. Le interesaban también porque podían proveer de entrenamiento e inspiración a los yihadistas que Pakistán tenía en Cachemira.

El dinero para la creación de los talibanes provenía sobre todo de Arabia Saudí, pero el movimiento fue apoyado también por diferentes compañías de petróleo: un consorcio de la empresa norteamericana Unocal y la árabe saudí Delta Oil competían con la empresa argentina Bridas para la concesión del proyecto de oleoductos que ascendía a 2.500 millones de dólares. Estados Unidos evitó ser puesto en relación directa con los talibanes. Pero su callada por respuesta ante su crecimiento y las visitas de diplomáticos norteamericanos al cuartel general de los talibanes son indicios, como mínimo, de su interés, al menos al principio.

4.5. La represión de las mujeres

> La misoginia talibana fue mucho más lejos de lo que normalmente se entiende por esa palabra. Se podría hablar de un tipo de *ginefobia* tan amplio que el mero espectáculo de un pie cubierto con un calcetín o de un dedo pintado era tomado como una seductora invitación a la condena personal. La política oficial talibán, en un sentido muy inmediato, estigmatizaba a las mujeres (M. Griffin, 2001: 101).

Los talibanes obligaron a las mujeres a cubrirse y a estar recluidas. Se instauró un castigo de 29 latigazos para las que

mostraran su rostro en público. Un Departamento para la Propagación o Promoción de la Virtud y la Prevención del Vicio, una especie de policía religiosa, hacía cumplir las restricciones dictadas. Sus edictos cubrían todos los aspectos del comportamiento social de la población. Estaba dirigido por el mulá Qalamuddin.

Una parte de las normas provenía del código tribal pastún. Según éstas, las niñas han de ser separadas de los niños y de los varones adultos a los siete años. Desde ese momento y hasta el matrimonio, no se puede tener contacto con el sexo opuesto más allá de los miembros más cercanos de la familia.

> En el pueblo del mulá Omar las mujeres siempre habían llevado velo y las chicas no iban a la escuela porque ésta no existía. Omar y sus colegas trasladaron su propio medio, su propia experiencia, o la falta de ella, con las mujeres, a la totalidad del país, y justificaron su política basándola en el Corán… Pero en un país con etnias y niveles de desarrollo tan diversos, no existía un criterio universal de tradición o cultura con respecto al papel de las mujeres en la sociedad (A. Rashid, 2001: 178).

La política talibana discriminatoria no hizo sino empeorar la crisis que se arrastraba desde la guerra civil. Muchas escuelas habían sido destruidas, sobre todo en las zonas rurales. Había un analfabetismo del 90% en las chicas y del 60% en los chicos. En diciembre de 1998, según UNICEF, el sistema educativo estaba totalmente colapsado. Nueve de cada diez niñas y dos de cada tres niños no iban a la escuela. La educación, también la de los chicos, se paralizó en muchos lugares porque la mayoría de los enseñantes eran mujeres. Así, toda una generación de niños afganos crecieron sin ninguna o con poca educación.

De las conversaciones con extremistas y radicales islámicos, se concluye que su concepto sobre las mujeres es muy simple. Según ellos, desvían al hombre del sendero islámico prescrito y les hacen caer en tentaciones. Por eso, los talibanes decidieron que no asistiesen a ninguna clase de acontecimiento público.

Las huestes de muchos muyahidines como Hekmatyar, Rabbani, Masud, Sayyaf, Jalili, Mazari o Dostum habían cometido también los más abyectos crímenes contra las mujeres afganas. Por eso, el número de mujeres violadas o asesinadas fue disminuyendo en las áreas que controlaban los talibanes. Pero éstos impusieron restricciones comparables a las de la Edad Media, que hoy continúan vigentes en muchas de las áreas más conservadoras, pobres y olvidadas del país, en el medio rural.

Las restricciones y maltratos contra las mujeres por parte de los talibanes incluían:

-Completa prohibición del trabajo femenino. Sólo unas pocas doctoras y enfermeras tenían permiso para trabajar en algunos hospitales en Kabul.
-Completa prohibición de cualquier tipo de actividad de las mujeres fuera del hogar a no ser que fueran acompañadas de su *mahram* (padre, hermano o marido).
-Prohibición del acceso a la sanidad.
-Prohibición del acceso a cualquier tipo de educación.
-Obligación de llevar el burka, que cubre a las mujeres de la cabeza a los pies, y sólo les permite ver a través de una mirilla.
-Lapidación pública de las mujeres acusadas de mantener relaciones sexuales fuera del matrimonio (un gran número de amantes fue lapidado hasta la muerte).
-Prohibición del uso de cosméticos (a muchas mujeres con las uñas pintadas les fueron amputados los dedos).
-Prohibición a las mujeres de hablar o estrechar las manos a varones que no sean su *mahram*.
-Las ventanas tenían que estar cubiertas para que las mujeres no pudiesen ser vistas desde fuera y no estaban autorizadas a reír, si su risa podía ser escuchada por otros.

Además de las medidas especiales y extremas respecto a las mujeres, en general, estaba también prohibido practicar deportes, bailar, aplaudir, volar cometas, representar seres vivos, la fotografía, la pintura. Los hombres debían llevar barba larga (al menos de un puño desde la barbilla) y pelo corto.

Los castigos eran severos. El robo era castigado con la amputación de la mano, la violación y el asesinato con la ejecución pública y los adúlteros eran lapidados hasta la muerte. En Kabul, se llevaban a cabo ante la multitud en el estadio de fútbol.

> Una y otra vez tengo que tener en cuenta que los talibanes no han reinventado sus crueles castigos, siempre estuvieron anclados en la sociedad; lo único que ocurrió entonces es que fueron reavivados y utilizados de forma excesiva. Si hubiese sido de otra manera, habría habido una resistencia mayor (K. Schefter, 2004: 330).

Tampoco mostraron ningún respeto por la cultura o la historia. Decretaron que los Budas gigantes de Bamiyán eran ídolos y, por tanto, estatuas contrarias al Corán. Y, en 2001, los dinamitaron y volaron. Estos budas, los más grandes del mundo y Patrimonio de la Humanidad, habían conseguido sobrevivir casi intactos durante 1.500 años. De nada sirvieron la condena internacional y de la UNESCO.

4.6. El mulá Omar y sus huestes

> Algunos talibanes afirman que la elección de Omar como dirigente no se debió a su capacidad política o militar, sino a su religiosidad y su firme creencia en el islam. Otros creen que fue elegido por Dios (A. Rashid, 2001: 55).

Omar nació alrededor de 1959 en un pueblo cerca de Kandahar, en el seno de una familia de campesinos pobres, miembros de una tribu de la rama Ghilzai. Luchó con los muyahidines durante la invasión soviética y el régimen de Najibullah. Llegó a ser comandante. Fue herido en cuatro ocasiones, una de ellas en el ojo derecho, del que perdió por completo la vista. Por eso, lo tiene cosido. Oraba cada viernes en la mezquita principal de Kandahar y se mezclaba con la gente. Después, se recluyó del todo y no solía salir de su residencia oficial. Sólo abandonó Kandahar una vez, en 1996, para visitar Kabul.

Es tímido, mal orador y tiene poco carisma. A su lado había siempre un cofre de hojalata del que sacaba fajos de billetes con los que pagaba lealtades. Con la llegada del éxito, a ese cofre le acompañó un segundo, lleno de dólares americanos. "Ambos cofres metálicos constituyen el tesoro del movimiento talibán" (A. Rashid, 2001: 56-58).

Incluso hoy pocos conocen las facciones del mulá. Cuando emergieron los talibanes, vivía en Kandahar de forma sencilla, con su mujer y sus hijos. Tendría unos 40 años, era muy alto para ser afgano y de fuerte constitución. Hablaba dari con acento iraní aunque era un pastún de la provincia de Kandahar. No se dejaba fotografiar ni daba entrevistas y delegaba todos los contactos con extranjeros, salvo los muy importantes, en sus subordinados. No pertenecía a la aristocracia ni a la rama real de los Durrani.

> Quien posee Kandahar, domina la mitad del país, se dice en Afganistán, por lo que muchos estrategas creen que el destino en el Hindu Kush se decide militarmente en el sur, más exactamente en el distrito Panjwai. Desde siempre Panjwai es considerada como la puerta de entrada en la ciudad del corazón de los pastunes (S. Koebl y O. Ihlau, 2007: 94).

La primera explicación pública del mulá acerca de la misión de los talibanes señalaba que habían surgido para restaurar la paz, proporcionar seguridad y proteger el honor de mujeres y pobres. No hizo una mención expresa a la yihad.

El mulá Omar se dotó incluso del título de Señor de los Creyentes *(amir al-mumenin)*. Un día apareció en Kandahar con el Manto del Profeta, que se conserva en esa ciudad, y se proclamó Señor de los

Creyentes. Fue criticado en el mundo musulmán, porque carecía de conocimientos académicos, pedigrí tribal o conexiones con la familia del Profeta. Ningún afgano había adoptado ese título desde 1834, cuando lo hizo el rey Mohamed Khan, al declarar la yihad contra el reino sij en Peshawar. Pero el rey luchaba contra extranjeros y la yihad talibana lo hacía contra los afganos.

Las prioridades del mulá Omar y sus talibanes estaban en combatir a sus enemigos en una campaña militante inspirada por peligrosos grupos terroristas extranjeros que sólo podían crear malestar a sus vecinos. El sistema talibán era una sociedad secreta dirigida principalmente por kandaharíes, de un talante tan misterioso, oculto y dictatorial como los Jemeres Rojos de Camboya o el Irak de Sadam Hussein (A. Rashid, 2001: 161). Bajo los talibanes ascendió el islam de corte pastún, típico de los campos de refugiados en Pakistán.

El vértice del cuerpo decisorio talibán era la *'Shura* Suprema', radicada en Kandahar. Era el centro del poder. En la *shura* dominaban sus antiguos amigos y colegas, sobre todo pastunes Durrani, a los que se llegó a llamar los "kandaharíes", aunque procedían no sólo de las provincias de Kandahar, sino también de Helmand y Uruzgán. Esta *shura* estaba compuesta por 10 miembros, de los que 6 eran pastunes Durrani. Sólo uno, el mulá Sayed Ghiasuddin, era un tayiko de Badajstán. En sus reuniones podían participar jefes militares, jefes tribales y ulemas y llegar, a veces, hasta las 50 personas. Tras la captura de Herat y Kabul, la *shura* dejó totalmente de ser representativa. La *shura* de Kandahar amplió su base para incluir a otras etnias, pero siguió siendo un coto cerrado que no representaba los intereses de la nación.

Otras dos *shuras* rendían cuentas a la de Kandahar. La primera era el gabinete de ministros radicado en Kabul. La segunda, el consejo militar o *shura* militar. De los 17 miembros de la *shura* de Kabul, en 1998, al menos ocho eran Durrani, tres Ghilzai y sólo dos pertenecían a etnias distintas a la pastuna. Se ocupaba de los problemas del gobierno, de la ciudad y del frente militar kabulí. Las decisiones importantes se tomaban en la *shura* de Kandahar.

La estructura militar de los talibanes estaba envuelta en un gran secretismo. El jefe de las Fuerzas Armadas era el propio mulá Omar. Había un Jefe Supremo del Estado Mayor y jefes del Estado Mayor del Ejército de Tierra y de la Fuerza Aérea. Sin embargo, no existía ninguna estructura militar con una clara jerarquía de oficiales. El mulá Omar decidía la estrategia militar, los nombramientos clave y la distribución de los fondos para las ofensivas.

En cierto sentido, la jerarquía talibana tenía una notable flexibilidad. Pero la administración, sobre todo en Kabul, salió perjudicada. Cuando un ministro estaba ausente, en el frente, no era

posible tomar ninguna decisión en el ministerio. El sistema se aseguraba de que ningún ministro llegara a ser diestro en su cometido ni creara una base de poder local. El mulá Omar ordenaba que cualquier ministro que adquiría demasiado poder político fuese enviado de inmediato al frente. El resultado fue un país sin gobierno. A medida que crecía el poder de los talibanes, las decisiones eran tomadas directamente por el mulá Omar, sin consultar con nadie.

4.7. La resistencia y el 11-S

Algunos países como Estados Unidos albergaron esperanzas de que los talibanes restableciesen el orden en un país asolado por la guerra. Pero éstas pronto se desvanecieron cuando los talibanes empezaron a matar a civiles y a miembros de otras etnias y a restringir los derechos de las mujeres. A comienzos de 1997, Washington se distanció de ellos.

El 14 de noviembre de 1997, el secretario general de la ONU, Kofi Annan, emitió un informe demoledor sobre Afganistán en el Consejo de Seguridad. Por primera vez, empleaba un duro lenguaje, sin concesiones, acusando a los países de la región, en especial a Irán y Pakistán, de fomentar el conflicto. Criticó también a los señores de la guerra: "Los dirigentes afganos se niegan a elevarse por encima de sus intereses de facción y empezar a trabajar juntos por la reconciliación nacional. Demasiados grupos en Afganistán, señores de la guerra, terroristas, traficantes de drogas y otros, parecen tener mucho que ganar de una guerra y demasiado que perder si hay paz".

Los intentos de constituir un gobierno antitalibán seguían condenados al fracaso por las diferencias irreconciliables entre los distintos grupos y señores de la guerra. Todas las etnias practicaron la limpieza étnica y la persecución religiosa. Masud, que todavía representaba al gobierno legítimo afgano reconocido por la mayoría de países extranjeros y por la ONU, y Dostum, uno de sus antiguos enemigos, se vieron forzados a crear una alianza contra los talibanes. La alianza se llamó Frente Unido, aunque la prensa la conocería como Alianza del Norte.

Los talibanes cometieron masacres, especialmente entre la población chií y hazara, a la que consideraban incluso peor que los no creyentes y sin derechos de ningún tipo. Los hazaras huyeron hacia la zona de Masud. El Hizbi Uahdat, la principal facción hazara, se anexionó también al Frente Unido. En los años siguientes se sumaron muchos más grupos, de todas las regiones y etnias, incluyendo a muchos pastunes.

Masud estableció instituciones democráticas, comités políticos, económicos, sanitarios, educativos y firmó, en 2000, la Carta de Derechos de la Mujer. En las zonas bajo su control, las mujeres no estaban obligadas a llevar burka y a las niñas se les permitía ir a la escuela. Defendía una democracia basada en el consenso y en la que cabían todos los afganos. Su estrategia se fundamentaba en la presión militar local y en llamamientos políticos globales. Intentó también convencer a los talibanes para que se unieran a un proceso político que habría asegurado elecciones democráticas en el futuro.

Hasta un millón de afganos huyó a las zonas seguras, sobre todo a la de Masud, que se encontró con un gran problema humanitario al no tener alimentos suficientes. Pidió apoyo y advirtió sobre los talibanes y Al Qaeda ante el Comité de Relaciones Exteriores del Parlamento Europeo. Masud aseguraba que, sin el apoyo de Pakistán y de Bin Laden y otros grupos extremistas, los talibanes serían incapaces de mantener su campaña militar más allá de un año. Y añadió que eran más débiles que en el pasado, que se habían distanciado de la población y que no eran invencibles.

En la primavera de 2001, el Frente Unido se había visto fortalecido por el regreso del general Dostum, quien, con la ayuda de Turquía, creó una base guerrillera en el norte de Afganistán para unir a los combatientes uzbecos y a los de Ismail Khan, el hombre fuerte de Herat, que, apoyado por Irán, abrió un nuevo frente en el oeste.

La presión creció contra los talibanes. El ala moderada en su liderazgo, que despreciaba a los árabes, se oponía al terrorismo internacional y secretamente deseaba negociar con las Naciones Unidas. Sufrió un gran revés cuando su líder, el mulá Mohamed Rabbani, murió de cáncer en un hospital de Karachi, el 16 de abril. Rabbani era de facto el segundo en la línea de comando de los talibanes y siempre se había opuesto a la influencia de los árabes en el movimiento.

Con Rabbani muerto, Al Qaeda convenció al mulá Omar para que lanzase edictos que nada tenían que ver con la cultura y la tradición afganas. En **Los** el transcurso de unas semanas, los talibanes ordenaron el cierre de los hospitales extranjeros, declararon que todos los hindúes afganos tendrían que llevar enseñas amarillas, prohibieron internet, llevaron a los tribunales a trabajadores humanitarios occidentales y forzaron al Programa Mundial de Alimentos de la ONU a cerrar sus panaderías, que daban pan a millones de personas hambrientas. En el terreno militar, intentaron hacerse con el territorio que todavía estaba bajo control de la Alianza del Norte.

En vísperas del 11 de septiembre estaba claro para los pocos actores internacionales que prestaban atención a Afganistán que con Al Qaeda

> firmemente enclavada en el país, un régimen talibán inepto y sin esperanzas al cargo del mismo, y la sequía, la guerra civil, las migraciones masivas y el tráfico de drogas asolándolo, todo estaba dispuesto para una importante crisis internacional (A. Rashid, 2010: 218).

El comandante Masud tenía 48 años cuando fue el blanco de un atentado suicida realizado por dos extremistas árabes de Al Qaeda, que se hicieron pasar por periodistas marroquíes. Era el 9 de septiembre de 2001. Sucedió en Khwaja Bahauddin, en la provincia de Takhar, en el noreste de Afganistán. Masud murió en el helicóptero que le trasladaba a un hospital. Había sobrevivido a innumerables intentos de asesinato de sus enemigos y de los servicios secretos. Apenas faltaban dos días para los atentados del 11-S. El Frente Unido negó durante días la muerte de Masud por miedo a la desesperación de su pueblo y se mantuvo unido bajo el lema 'ahora todos somos Masud'. Terminaría siendo crucial para el ataque norteamericano y la invasión del país y para la posterior formación de un gobierno provisional de unidad nacional.

Al Qaeda había planificado el asesinato de Masud para varias semanas antes, lo que habría dado tiempo a los talibanes para derrotar a la Alianza del Norte y controlar todo el país de cara a los ataques del 11 de septiembre. El asesinato de Masud era el regalo que Osama bin Laden hacía al mulá Omar y una garantía para seguir teniendo un santuario seguro, a pesar de la inevitable venganza de Estados Unidos.

Unos días después de los ataques, el presidente Bush anunciaba que Estados Unidos estaba en guerra con los terroristas internacionales y declaraba el estado de emergencia. El mundo se unió a Estados Unidos. La OTAN prometió apoyar cualquier acción militar de Washington. Se dio un ultimátum al presidente pakistaní. El régimen militar de Islamabad cambió de bando y apoyó la invasión de Estados Unidos.

El mulá Omar decidió desafiar a Estados Unidos y rechazó todas las peticiones de entregar el poder o a Osama bin Laden a los norteamericanos. El ISI pakistaní también hizo numerosos intentos fallidos para persuadir al mulá Omar de que salvara su régimen. Éste se negó una y otra vez.

Estados Unidos ya tenía su plan para la invasión. Se trataba de que las fuerzas de la Alianza del Norte se desplegaran sobre el terreno y se coordinaran con los equipos de la CIA y de sus fuerzas especiales. La Alianza del Norte ayudaría a buscar objetivos para la fuerza aérea norteamericana, que apoyaría a la Alianza en sus ataques en tierra. La operación "Libertad Duradera" comenzó el 7 de octubre con fuertes bombardeos de Estados Unidos contra las bases talibanas, sus 50.000 efectivos y las infraestructuras.

El mulá Omar rindió Kandahar el 5 de diciembre, pero escapó en

una motocicleta. Estados Unidos fracasó en parar la escapada masiva. Había rechazado desplegar fuerzas de tierra y había confiado en las milicias locales de la Alianza del Norte. Fue un gran error. Los talibanes, aunque seriamente debilitados, no habían sido derrotados. Su liderazgo permaneció casi intacto y los supervivientes escaparon y se reorganizaron en Pakistán. Y, después del éxito militar, los norteamericanos se dieron cuenta de que no habían pensado en la formación de un gobierno en Kabul.

Se organizó entonces la Conferencia de Bonn, donde estuvieron representados varios grupos afganos, con la Alianza del Norte a la cabeza. Había emergido como ganador militar, como facción dominante. Las tribus pastunes estaban poco representadas y los talibanes ni estaban presentes.

4.8. Los talibanes y el opio

Desde un punto de vista económico, bajo los talibanes se desarrolló una economía sumergida. A finales de los años 90, Afganistán era el eje de un intensivo contrabando entre la zona de libre comercio de Dubai, Irán, los antiguos estados soviéticos de Asia Central y Pakistán. Los productos iban desde el petróleo iraní hasta la alta tecnología proveniente de Dubai pasando por armas y piezas para los coches de los países de Asia Central y vehículos robados de Pakistán. Los talibanes habrían ganado cada año 2.100 millones de dólares con el contrabando (C. Schetter, 2007: 133).

También eran una fuente de ingresos muy importante las tasas de tránsito de los transportistas. Los talibanes aseguraban las carreteras y facilitaban el tráfico a y desde Pakistán. Sus estrechas relaciones con el partido islámico Jamiat UI, asociado entonces del gobierno de Benazir Bhutto, les permitieron desarrollar negocios con empresarios pakistaníes cercanos al marido de Benazir Bhutto, Asif Ali Zardari, al que le dieron permisos para exportar a Afganistán (A. Rasanayagam, 2005: 184).

Afganistán se convirtió también en el mayor productor de heroína del mundo, con una cuota de mercado de 75%. Se producía sobre todo en el sur y el sureste. Los talibanes se aprovechaban del cultivo del opio y se quedaban con el 20% de los ingresos. En Kandahar, los soviéticos se habían vengado en su retirada talando miles de árboles y destrozando el sistema de irrigación. Cuando los refugiados regresaron a sus devastadas plantaciones, después de 1990, lo único que podían plantar para ganarse la vida era adormidera. Esa sería una fuente de ingresos esencial. Kandahar era antes famosa por sus plantaciones de

frutales, sus huertas y sus verdes campos.

> Los talibanes se percataron enseguida de la necesidad de formalizar la economía de las drogas para conseguir ingresos. Tras la toma de Kandahar declararon que eliminarían todas las drogas. Sin embargo, pronto comprendieron que necesitaban los ingresos aportados por la adormidera y que, si prohibían su cultivo, enojarían a los campesinos. Empezaron a cobrar un impuesto islámico llamado zakat a todos los traficantes de opio. Según el Corán, los musulmanes deberían entregar a los pobres el 2,5 por 100 de sus ingresos en concepto de zakat, pero los talibanes no tuvieron ningún escrúpulo religioso al quedarse con el 20 por 100 del valor de un camión cargado de opio como zakat (A. Rashid, 2001: 191).

Los talibanes prohibieron en el año 2000 el cultivo de opio. Al año siguiente, el único opio producido en Afganistán lo cultivaba la Alianza del Norte. Pero, en realidad, lo que ocurría es que hubo un exceso de producción en años anteriores y había mucho opio en los almacenes. Con la prohibición se perseguía una subida de precios y asegurarse beneficios continuados. Pero los agricultores y los jefes tribales pastunes del sur se vieron despojados de las perspectivas de futuros ingresos.

Todos los señores de la guerra muyahidines habían utilizado el dinero de la droga para financiar campañas militares y llenarse los bolsillos. No admitían públicamente que traficaban con droga y culpaban a sus rivales de hacerlo. Pero ninguno había sido tan tajante en decir que las iba a prohibir como los talibanes. En 1997, Naciones Unidas y expertos de Estados Unidos calcularon que el 96 por 100 de la heroína afgana procedía de zonas bajo dominio talibán (A. Rashid, 2001: 192-193). Después de los talibanes, con la comunidad internacional ya dentro de Afganistán, el cultivo de opio volvió.

4.9. Los talibanes y Al Qaeda

4.9.1. La llegada de Bin Laden

Bin Laden llegó a Afganistán en mayo de 1996 con un séquito de docenas de militantes árabes, guardaespaldas y familiares, incluidas tres esposas y trece hijos. Aterrizó en Jalalabad, donde vivió protegido por la *shura* de la ciudad hasta que los talibanes tomaron la misma.

Retornó a través de contactos con Hekmatyar y otras fuerzas antitalibanes. La Comisión del 11-S concluiría que "es poco probable que Bin Laden pudiese regresar a Afganistán, si Pakistán lo hubiese desaprobado. Los servicios de inteligencia militar pakistaníes

probablemente sabían de antemano de su llegada, y sus oficiales habrían facilitado su viaje…". Los oficiales de la inteligencia pakistaní, según estos informes, habrían presentado a Bin Laden a los líderes talibanes en Kandahar, su principal base de poder. Los pakistaníes tenían la esperanza de que los campos de entrenamiento se expandiesen y fuesen accesibles para sus militantes cachemires" (P Fitzgerald y E. Gould, 2009: 226).

> Bin Laden voló en un avión alquilado desde Jartún a Jalalabad, con una parada para repostar en los Emiratos Árabes Unidos. Iba acompañado por miembros de su familia y guardaespaldas, así como miembros de Al Qaeda que habían sido aliados cercanos desde la fundación de la organización en 1988. Docenas de militantes adicionales llegaron en posteriores vuelos. A pesar de que el destino de Bin Laden era Afganistán, Pakistán era la nación que tenía la llave para poder tener capacidad de utilizar Afganistán como una base desde la que resucitar su ambiciosa empresa de la guerra contra Estados Unidos (Informe Completo de la Comisión del 11-S, 2004: 63).

> Bin Laden no tuvo relación con los talibanes cuando llegó al país, la relación era con los dirigentes islamistas muyahidines. Después sí que entablaron relaciones y ahora los talibanes mantienen relaciones con Al Qaeda y también con otros grupos islamistas (Mulá Rockiti, 2009).

Los hombres de Abdul Rasul Sayyaf, que luego ha sido miembro del parlamento afgano, fueron quienes acogieron a Bin Laden en 1996, junto con otros del gobierno muyahidín. Estos regresaron al poder en el 2001 de la mano de Estados Unidos. Hoy son recibidos en la Embajada de ese país en Kabul como hombres honorables, cuando fueron quienes alentaron a Bin Laden y permitieron los campamentos de entrenamiento de terroristas. No fueron los talibanes los que llevaron a Afganistán a Bin Laden en 1996. El mulá Omar no sabía nada de su llegada. Fue Sayyaf, aliado de Estados Unidos, quien le acogió (K. Gannon, 2005: XVIII).

Los muyahidines sabían que Estados Unidos quería a Bin Laden. Cuando se planteó su llegada, se celebró una *shura*, un consejo de ancianos, que decidió acogerle. En esa asamblea estuvieron Sayyaf y otros líderes muyahidines que después ocuparon altos cargos. De esto se deduce que Osama bin Laden llegó a Afganistán desde Sudán con la ayuda del gobierno muyahidín (K. Gannon, 2005: 32).

En agosto de 1996, Bin Laden lanzó su primera declaración de yihad contra los norteamericanos que ocupaban la tierra de los dos lugares santos. "No es posible derribar los muros de la opresión y la humillación, si no es con una lluvia de balas", proclamaba. El texto de 11 páginas estaba lleno de anotaciones del Corán y de los Hádices del Profeta.

> En septiembre de 1996, las fuerzas talibanes tomaron la provincia de Nangarhar, donde residía Bin Laden. Bin Laden reconoció que los talibanes iban a ser la fuerza política armada más fuerte y donó 3 millones de dólares a sus líderes para su campaña militar sobre Kabul. En los años siguientes el apoyo de Bin Laden a los talibanes se incrementó financiera y militarmente. Este apoyo fue cimentado por la boda entre los hijos de los líderes de Al Qaeda y de los talibanes. Así, Bin Laden pudo construir campos de entrenamiento y coordinar sus esfuerzos alrededor del mundo (N. Nojumi, 2002: 227).

Esto permitió a Al Qaeda funcionar como una corporación multinacional. Usaba la administración talibana como paraguas protector. Y convirtió el país en un laboratorio para la yihad. Estaban preparados para una larga lucha.

4.9.2. Campo de operaciones de Al Qaeda

Los cuadros de Al Qaeda proveían de entrenamiento ideológico y militar a los militantes llegados de diferentes países. El territorio afgano que estaba bajo control talibán era considerado por Bin Laden su base de operaciones. Pudo reunir a miles de extremistas islámicos y extender sus operaciones a todo el mundo. Su principal apoyo logístico procedía de grupos extremistas de Pakistán. Le proporcionaban suministros y medios de comunicación no disponibles en Afganistán. Esta base de apoyo sería decisiva para su supervivencia después del 11-S. Se calcula que de 1996 a 2001, Al Qaeda entrenó a unos 30.000 militantes de todo el mundo.

El 7 de agosto de 1998, miembros de Al Qaeda volaron las embajadas de Estados Unidos en Kenia y Tanzania. Hubo 224 muertos y 4.500 heridos. Estas acciones impulsaron a Estados Unidos a lanzar ataques con misiles contra los campos de adiestramiento de Bin Laden en el noreste de Afganistán, el 20 de agosto de 1998. Docenas de misiles de crucero alcanzaron seis blancos, mataron a veinte personas e hirieron a otras treinta. Bin Laden salió ileso. De hecho, las bajas árabes fueron escasas. La mayoría de los muertos fueron afganos y pakistaníes que se adiestraban para combatir en la Cachemira controlada por la India.

Omar insistió en que Bin Laden era un huésped no sólo de los talibanes sino del pueblo afgano y que nunca lo entregarían a Estados Unidos. A los saudíes, que reconocían al régimen talibán, tampoco les interesaba que Bin Laden cayese en manos de los norteamericanos, porque podrían ponerse al descubierto las relaciones que todavía mantenía con algunos miembros de la familia real y con los servicios secretos de ese país. Preferían a Bin Laden muerto o con los talibanes.

El fallido ataque norteamericano contra sus instalaciones en Afganistán dio a Bin Laden fama mundial, sobre todo en los países islámicos. Ese año, el 23 de febrero, el líder de Al Qaeda había declarado la formación del Frente Islámico Mundial para la Yihad contra Judíos y Cruzados, dirigido y coordinado por su grupo. Fue durante una reunión en el campamento de Jost con todos los grupos asociados a Al Qaeda. Promulgaron también una *fatwa* que rezaba: "La decisión de matar a los norteamericanos y sus aliados, civiles y militares, es un deber individual de todo musulmán que pueda hacerlo en cualquier país donde sea posible".

En octubre de 1999, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, en la Resolución 1267, exigía a los talibanes la entrega de Osama bin Laden y que dejase de proporcionar santuario a los terroristas. Los talibanes hicieron caso omiso de la Resolución. En diciembre de 2000, por la Resolución 1333, las Naciones Unidas imponían a los talibanes un embargo de armas, exigían el cierre de los campamentos de entrenamiento y la incautación de los activos de los talibanes fuera de Afganistán. El 30 de julio de 2001, mientras Islamabad continuaba proporcionando armas a los talibanes, el Consejo de Seguridad, en la Resolución 1363, autorizaba el despliegue de supervisores en las fronteras de Afganistán para garantizar el cumplimiento del embargo de armas. Los talibanes y sus defensores pakistaníes declararon que matarían a todos los que se presentasen en las fronteras.

Ante las sanciones de la ONU y las declaraciones internacionales cada vez más beligerantes, las pocas voces moderadas de los talibanes fueron silenciadas. Se fue imponiendo en su política la dura retórica de Bin Laden. Su estrategia era aislar a los talibanes del mundo exterior para que fueran todavía más dependientes de Al Qaeda.

En el año 2000 se vio con claridad la alianza entre los talibanes y Al Qaeda que entonces estaba organizando a árabes y norteafricanos en una unidad especial de combate llamada brigada 055, que apoyaba al ejército talibán en algunas de sus más sangrientas ofensivas contra la Alianza del Norte. Al Qaeda consiguió el apoyo de otros grupos extremistas para que lucharan en su nombre, como un movimiento islámico de Uzbekistán, combatientes chechenos y musulmanes de la provincia china de Xinjiang.

En cada uno de estos lugares intentaron transformar el conflicto doméstico en una yihad. La mayor parte de los estados árabes veían a los veteranos de Afganistán como una amenaza seria, una especie de ejército descentralizado de varios miles de luchadores en busca de un lugar para luchar y esconderse.

Los talibanes confiaron a Osama bin Laden el control de la mayor

> parte de los grupos militantes no pakistaníes y no afganos. Bin Laden instaló a muchos de los veteranos combatientes árabes en complejos residenciales cerca de Jalalabad y Kandahar, mientras que los otros luchadores fueron agrupados en acantonamientos en Kabul y Kunduz. Los líderes pertenecían en su mayoría a la primera generación de militantes que combatieron a los rusos (S. G. Jones, 2009: 75).

En un encuentro del embajador de los talibanes en Pakistán, Abdul Salam Zaeef, en agosto de 2001, con su colega de Estados Unidos, éste le dijo que Afganistán debía parar un gran ataque que estaba preparando Bin Laden contra Estados Unidos. La respuesta de Kabul fue que Afganistán no pensaba hacer daño a Estados Unidos y que desde su territorio no se prepararía un ataque semejante (A.S. Zaeef, 2010: 138). Después de los ataques del 11-S, Afganistán los condenó y dijo que los responsables de los mismos deberían ser llevados ante la justicia. Pidió paciencia a EE UU.

Afganistán daba dos razones para no entregar a Bin Laden: si cualquier país entregase a cualquier ciudadano a Estados Unidos, entonces éste sería de facto el controlador del mundo y amenazaría la independencia y la soberanía de los demás países. Por otro lado, el rechazo norteamericano sugería a Afganistán que para Estados Unidos no había una justicia en el mundo islámico ni una autoridad legal del islam.

4.10. Consecuencias del 11-S

No hay que olvidar que los talibanes necesitaban dinero con urgencia y los partidarios de Bin Laden se lo ofrecieron. Esa es una de las primeras razones por las que cooperaron con Al Qaeda. Después, pasado el tiempo, y cuando llegó el 11-S, como señalaba el mulá Abdul Salam Zaeef, los americanos debían entender sus tradiciones. "Conceder hospitalidad a un invitado es casi un deber religioso. No cumplir con ese deber es un hecho gravísimo. Arroja la vergüenza sobre el individuo y su pueblo. Ningún afgano puede hacer eso" (A. S. Zaeef, 2009).

Los ataques del 11-S se convirtieron en el catalizador del cambio en Afganistán. Se convirtió en un país más y más aislado. Pero no cambió su política aunque fuese condenado por los ataques. Destacó las mismas dudas y señaló la falta de evidencia y de pruebas, lo mismo que había hecho ya con los ataques de Nairobi y de Dar a-Salam. Se endurecieron las sanciones contra Afganistán y cada día aumentaban los rumores de una posible guerra. Estados Unidos pidió apoyo a todos los países del mundo.

> En la mente del mulá Omar había menos de un 10% de posibilidades de que América fuese más allá de las amenazas y por lo tanto, un ataque era improbable. De la información que he visto, le dije, América definitivamente va a atacar a Afganistán. Le dije que estaba completamente convencido de que la guerra era inminente. Pakistán y América estaban a punto de alcanzar un acuerdo que iba a sellar el destino de Afganistán (A. S. Zaeef, 2010: 149-150).

Estados Unidos exigió la entrega de Bin Laden porque consideraba que Afganistán era el centro del terrorismo internacional. Los talibanes respondieron que nunca lo harían. Washington hizo las siguientes exigencias a los talibanes:

1. Entregar a Estados Unidos a todos los líderes de Al Qaeda.
2. Liberar a todos los extranjeros, injustamente encarcelados.
3. Proteger a los periodistas extranjeros, diplomáticos y trabajadores humanitarios.
4. Cerrar inmediatamente todos los campos de entrenamiento de terroristas.
5. Entregar a los terroristas y sus partidarios a las autoridades competentes.
6. Dar el acceso pleno a Estados Unidos a los campos de entrenamiento de terroristas para su inspección.

En el transcurso de la investigación, Estados Unidos pidió a la comunidad internacional realizar una campaña militar para derrocar a los talibanes. El Consejo de seguridad de las Naciones Unidas y la OTAN la aprobaron como la defensa contra un ataque armado. El 21 de septiembre, los talibanes respondieron al ultimátum. Prometieron que si Estados Unidos presentaba pruebas de que Bin Laden era culpable, le entregarían.

El 4 de octubre los talibanes decidieron entregar a Bin Laden a Pakistán, con la condición de que el juicio contra él fuese ante un tribunal internacional que operase conforme a la ley islámica. Pakistán bloqueó la oferta porque no podía garantizar su seguridad. El 7 de octubre, el embajador de los talibanes en Pakistán, Abdul Salam Zaeef, se ofreció a detener a Bin Laden y juzgarlo en virtud de la ley islámica, si Estados Unidos hacía una petición formal y presentaba pruebas a los talibanes. Washington no aceptó.

Abdul Salam explica que se ofrecieron tres alternativas a Estados Unidos. En primer lugar, juzgar a Bin Laden conforme a la *sharía* en Afganistán y si se le hallaba culpable, aplicarle un castigo conforme a la ley islámica. En segundo lugar, la posibilidad de un tribunal con fiscales generales de tres países islámicos y que el proceso se celebrase

en un cuarto país islámico. Estados Unidos tendría la posibilidad de presentar sus pruebas ante ese tribunal. Afganistán participaría y aseguraría la presencia de Osama en el juicio. Éste respondería a cualquier pregunta y se defendería a sí mismo contra las alegaciones. Si fuese encontrado culpable sería castigado. En tercer lugar, Estados Unidos no acepta ninguna de las dos opciones y los talibanes se comprometen a cortar todas las actividades de Osama. Pero Afganistán no está dispuesto a entregarle a Estados Unidos. Estados Unidos, por su parte, rechazó las tres propuestas diciendo que Kabul tenía que entregar a Osama bin Laden de forma incondicional y éste sería juzgado en una corte imparcial y justa en Estados Unidos y condenado si fuese encontrado culpable (A. S. Zaeef, 20010: 136-137).

El 14 de octubre, los talibanes ofrecieron discutir la entrega de Osama bin Laden a un país neutral a cambio de que se parasen los bombardeos, pero sólo si se daban pruebas de su implicación. Estados Unidos dijo que no y continuó con sus operaciones militares. Muchas milicias locales cambiaron lealtades de los talibanes a la Alianza del Norte. A principios de diciembre, los talibanes ofrecieron a Estados Unidos dar garantías jurídicas de que no permitirían que Afganistán fuese utilizado para atacar a otros países. Estados Unidos ignoró también esta oferta.

4.11. Relaciones exteriores de los talibanes

4.11.1. India

La India fue uno de los países más críticos con los talibanes. Estaba preocupada por la creciente militancia islámica y se negó a reconocer a ese régimen. Bin Laden fue uno de los elementos clave en la organización de campos de entrenamiento para los voluntarios extranjeros, entre ellos los militantes que luchaban en Cachemira.

En diciembre de 1999, el vuelo de Indian Airlines 814 en ruta desde Katmandú a Nueva Delhi fue secuestrado y desviado a Kandahar. Los talibanes colocaron a sus milicias cerca del avión secuestrado, supuestamente para impedir que las fuerzas indias de asalto liberasen la aeronave. Y estancaron las negociaciones entre India y los secuestradores. Más tarde, el New York Times dijo que había vínculos entre los secuestradores y los talibanes. India liberó a tres militantes como parte del acuerdo para que dejasen ir al avión. Los talibanes facilitaron una salida segura a los secuestradores y a los militantes liberados.

La ayuda militar de la India a las fuerzas antitalibanes ascendió a

70 millones de dólares, incluyendo cinco helicópteros Mi-17. Masud tenía estrechos lazos con la India, que apoyó ampliamente a la nueva administración en Afganistán después del 11-S.

4.11.2. Pakistán y el ISI

Pakistán ha sido y es un aliado clave de Estados Unidos en la guerra contra el terrorismo internacional desde los atentados del 11-S. Pero desde hace tiempo se acusa a ese país, especialmente a sus servicios secretos (ISI), de hacer un doble juego: por un lado, colaborar en la lucha y por otro, apoyar y proteger a los talibanes afganos y a Al Qaeda. La mayor parte de las madrazas estaba en áreas rurales, en los campos de refugiados afganos de Pakistán y dirigida por mulás cuya interpretación de los textos de la *sharía* estaba fuertemente influida por el código tribal de los pastunes, por el *pastunwali*.

La más influyente de las facciones del Jamiat UI estaba dirigida por el maulana Sami ul Haq, un líder religioso y político que dirigía la madraza Dar-ul-Uloom Haqqania, cerca de Peshawar. Esta escuela teológica fue fundada en 1947 por su padre, estudiante y profesor en Deoband. Pero lo que los futuros cuadros de los talibanes impusieron estaba lejos de la ideología reformista original de la escuela Deobandi.

Muchos líderes talibanes estudiaron en Haqqania. Poseía financiación privada y era gratis para los estudiantes. Sami ul Haq fue consejero del mulá Omar en temas internacionales e importantes. La yihad global organizada por la CIA en los años ochenta fue el germen de Al Qaeda y convirtió a Pakistán en el centro mundial del islamismo durante las dos décadas siguientes.

Desde 1994 hasta 2001, Pakistán fue el principal patrocinador de los talibanes y de las madrazas. Proporcionó equipamiento militar, capacitación táctica y asesoramiento. Esto permitió a los mulás y sus seguidores controlar el país. El flujo de ayuda era un legado del pasado. En los años ochenta, el ISI manejó los miles de millones de dólares que llegaban de Occidente y los estados árabes para ayudar a los muyahidines. Ese dinero también había sido empleado para llevar a cabo una enorme expansión del ISI. Este organismo indujo a centenares de oficiales del ejército a que tuvieran en observación no sólo a los servicios secretos de Afganistán, sino también a los de la India, así como la política interior, la economía, los medios de comunicación y todos los acontecimientos de la vida social y cultural de Pakistán.

La CIA había proporcionado la tecnología más avanzada, con instrumentos que permitían al ISI controlar todas las llamadas

telefónicas que se producían en el país. El ISI se convirtió en los ojos y oídos del régimen militar del presidente Zia y, hacia 1989, era el ente más poderoso de Pakistán.

La cuestión de Cachemira se fue convirtiendo en el móvil principal que justificaba la política pakistaní en Afganistán y el apoyo a los talibanes. Estos lo aprovecharon hábilmente y se negaron a aceptar más exigencias pakistaníes. Sabían que Islamabad no iba a negarles nada mientras aportaran las bases para los militantes cachemires y pakistaníes.

4.11.3. Las Naciones Unidas

Una cuestión importante fueron las relaciones de los talibanes con las Naciones Unidas (ONU) y con organizaciones no gubernamentales (ONG). Veinte años de guerra habían devastado la infraestructura y la economía afganas. No había prácticamente agua corriente, muy poca electricidad, pocos teléfonos y las carreteras estaban en mal estado. Faltaban también alimentos y viviendas. Además, el clan y la estructura familiar que para los afganos eran su red de seguridad social y económica habían sido dañados. La mortalidad infantil era la más alta del mundo. Muchos niños morían antes de llegar a su quinto cumpleaños.

UNICEF había anunciado, en noviembre de 1995, la suspensión de ayuda para la educación en las regiones controladas por los talibanes, alegando que la prohibición de la asistencia de las niñas a los colegios constituía una violación del convenio sobre los derechos del niño. La organización británica Save the Children siguió el mismo camino cuatro meses más tarde. La razón suplementaria era que la prohibición del trabajo femenino hacía imposible que la agencia pudiera comunicarse con las mujeres, que eran las que cuidaban a los niños. Intermón Oxfam suspendió por completo su programa de desarrollo hasta que las mujeres afganas que trabajaban para la agencia pudieron volver a ejercer libremente sus tareas (M. Griffin, 2001: 29).

Las organizaciones caritativas o de desarrollo internacionales eran extremadamente importantes para el suministro de alimentos, la reconstrucción y otros servicios. Con más de un millón de muertos durante los años de guerra, el número de familias encabezadas por viudas era de 98.000. En Kabul, más de la mitad de sus 1,2 millones de habitantes se beneficiaba de alguna manera del trabajo de las ONG.

A pesar de la ayuda, la actitud de los talibanes hacia las Naciones Unidas y las organizaciones no gubernamentales a menudo era de sospecha, en lugar de gratitud y de tolerancia. En 1997, los jefes de

tres agencias de la ONU en Kandahar fueron expulsados del país después de protestar cuando una abogada del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados fue forzada a hablar desde detrás de una cortina para que su rostro no fuese visible. A Naciones Unidas se le exigió que fueran mujeres musulmanas las que trabajasen para la organización en Afganistán. La ONU accedió. Luego, pidieron que fueran acompañadas por un *mahram*,

En julio de 1998, los talibanes cerraron las oficinas de todas las ONG cuando éstas se negaron a trasladarse a la Universidad Politécnica de Kabul. Los miembros de las agencias humanitarias abandonaron Kabul. Después, serían cerradas también las de la ONU. Más de la mitad de la población de la capital se beneficiaba de un modo u otro de las ONG. Cuando la ayuda que éstas canalizaban se interrumpió, los principales perjudicados fueron las mujeres y los niños. La distribución de alimentos, los cuidados sanitarios y la distribución de agua en la ciudad resultaron gravemente afectados. Los precios de los alimentos aumentaron y las condiciones de vida se deterioraron. Pero esto no parecía importar a los talibanes.

La comunidad internacional estaba frustrada por la intransigencia de los talibanes al negarse a establecer un gobierno de amplia base, cambiar su postura con respecto a las mujeres y aceptar unas normas de conducta diplomática. Esta frustración internacional llevó al Consejo de Seguridad, el 8 de diciembre de 1998, a aprobar la Resolución más dura sobre Afganistán. Amenazaba con unas sanciones no especificadas contra los talibanes por dar cobijo a terroristas internacionales, violar los derechos humanos, promover el tráfico de drogas y negarse a aceptar el alto el fuego. «El terrorismo que tiene su base en Afganistán se ha convertido en una plaga», dijo la representante de Estados Unidos, Nancy Soderberg. El único país que no apoyó la Resolución fue Pakistán, que la consideraba sesgada. Entonces estaba a nivel internacional tan aislado como los talibanes.

A principios de 1999, la creciente presión de Naciones Unidas, de Estados Unidos y de otros países obligó a talibanes y antitalibanes a sentarse a la mesa de negociaciones. El 11 de marzo de 1999, bajo los auspicios de la ONU, se reunieron ambas delegaciones. Las conversaciones finalizaron con una nota de esperanza. Las dos partes accedieron a intercambiar prisioneros y seguir negociando. Pero, en abril, el mulá Omar descartó las conversaciones. Acusó a Masud de doble juego. De hecho, los dos bandos habían utilizado la tregua y las conversaciones para preparar una nueva ofensiva.

El 15 de octubre de 1999, el Consejo de Seguridad, con la Resolución 1267, impuso unánimemente sanciones a los talibanes: prohibía los vuelos comerciales a y desde Afganistán e inmovilizaba sus cuentas bancarias en todo el mundo. Luego, vendría el embargo de

armas. Washington aumentaba la presión para que entregaran a Bin Laden.

Los afganos se sentían cada vez más aislados. Se pusieron furiosos, porque no hubo un embargo de armas similar contra la Alianza del Norte. Los servicios secretos pakistaníes continuaron desafiando el embargo, suministrando armas a los talibanes. La ONU se vio forzada a aprobar otra Resolución contra Islamabad para que dejase de hacerlo.

> Como resultado de estas sanciones tanto Pakistán como los talibanes se aislaron más de la comunidad internacional. Pero las sanciones parecieron tener poco efecto. El régimen militar de Pakistán, liderado por el presidente Pervez Musharraf, movilizó a los partidos islámicos nacionales para que celebrasen manifestaciones antiamericanas y contra las Naciones Unidas, mientras continuaba apoyando a los talibanes, ayudados entonces por Al Qaeda (A. Rashid, 2010: 218).

CAPITULO 5

El 11-S y sus consecuencias para Afganistán

5.1. La respuesta de Estados Unidos

El 11 de septiembre de 2001, a primera hora, dos aviones se estrellaban contra las Torres Gemelas en Nueva York, un tercero contra el Pentágono y un cuarto caía en una zona despoblada de Pensilvania. Desde el primer momento, todo apuntó a un atentado de Al Qaeda. Pocas horas después, el presidente norteamericano, George Bush, dijo que Estados Unidos se hallaba en guerra contra los terroristas internacionales. "Los que hacen la guerra a Estados Unidos han elegido su propia destrucción", añadió el 15 de septiembre, tras declarar el estado de emergencia nacional. Precisó que la respuesta de Estados Unidos sería "un ataque sin campos de batalla ni cabezas de puente" y que "el conflicto sería largo". También aseguró que crearía una alianza internacional para castigar a Al Qaeda y a los talibanes. Desde el principio, Bush dejó claro que Afganistán no sería más que el primer campo de batalla:

> Nuestra guerra contra el terror empieza con Al Qaeda, pero no acaba ahí. No acabará hasta que todo grupo terrorista de alcance global haya sido encontrado, parado y vencido (S. G. Jones, 2009: XXII).

Estados Unidos iba a gastar en los siguientes 5 años más de 430.000 millones de dólares en acciones militares y diplomáticas. Desplegó fuerzas en Oriente Medio, África y Asia. Masud había sido

asesinado dos días antes del 11-S. Si hubiese ocurrido unas semanas antes, como estaba planeado, la intervención internacional hubiese sido bien distinta. La Alianza del Norte, ante la pérdida de su líder indiscutible, hubiera sido destrozada por una ofensiva talibana y los norteamericanos no hubieran tenido aliados sobre el terreno. Habría que haber replanteado la operación aliada.

Los atentados del 11-S pusieron en evidencia que Al Qaeda no los habría podido planificar y organizar sin disponer de un lugar seguro, desde un punto de vista del adiestramiento, la financiación, las comunicaciones y la inspiración. La organización terrorista disponía entonces en Afganistán de entre 2.500 y 3.000 combatientes y una red mundial que abarcaba 34 países. La cúpula se encontraba en Afganistán. En las filas de Al Qaeda había también grupos extremistas islámicos de Rusia, Pakistán, China, Birmania, Irán, Asia Central y otros países del Lejano Oriente. Afganistán era el centro de una red terrorista mundial, con la que no tenía nada que ver el pueblo afgano.

El primer paso de Estados Unidos fue pedir al gobierno talibán que entregase a Bin Laden. El mulá Omar se negó. Una delegación de Pakistán dirigida por el general del ISI, Faiz Gilani, viajó hasta Kandahar para convencerle. Los talibanes intentaron negociar, pidiendo el reconocimiento diplomático, el cese de la ayuda extranjera a la Alianza del Norte y una reanudación de la ayuda exterior. También pidieron pruebas sobre la implicación de Bin Laden. En el mundo islámico, éste se había convertido en una especie de 'estrella' fuera de la ley, un estatus que se vio reforzado más que disminuido por la decisión americana de capturarlo, en palabras de Bush, vivo o muerto.

Bush llamó al presidente pakistaní, Pervez Musharraf, la misma noche del 11-S, y le dijo que tenía que elegir, o estaba con Estados Unidos o en contra. Musharraf prometió apoyo inmediato e incondicional y detener la ayuda de Pakistán a los talibanes. Pakistán había sido rechazado por Estados Unidos desde su ensayo de la bomba nuclear en 1994. Ahora veía una oportunidad para recuperar un aliado, especialmente, por si fuera necesario, en su continua lucha contra India. Musharraf pasó de ser un paria a ser un valioso amigo.

También dijo que reformaría las madrazas donde se hacían llamamientos y se defendía la yihad. Pero no se hizo nada en concreto. Las inversiones que se iban a realizar en educación nunca se llevaron a cabo y las madrazas siguen siendo lo más barato. El gobierno militar de Musharraf invirtió menos de 500 millones de dólares en educación y sanidad y más de 3.000 millones en defensa (K. Gannon, 2005: 147).

5.1.1. Operación "LibertadDuradera"

Cuando el 20 de septiembre el presidente Bush hizo un llamamiento a las armas ante el Congreso de Estados Unidos, los mulás talibanes respondieron con un llamamiento a la Guerra Santa, "si los infieles invaden un país islámico". A principios de octubre, Estados Unidos reveló ante un consejo de los países de la OTAN los resultados de su investigación sobre los ataques del 11-S. Las pruebas sobre la responsabilidad de Al Qaeda eran irrefutables.

El 7 de octubre de 2001, fuerzas norteamericanas y británicas atacaron Afganistán. El objetivo inicial era destruir la limitada infraestructura de defensa aérea de los talibanes y la de las comunicaciones. Un mensajero anónimo dejó ese día un paquete a las puertas de la oficina en Kabul de Al Jazeera, una cadena de televisión árabe con base en Qatar. Dentro había un vídeo con una declaración de Osama bin Laden.

Vestido de camuflaje, situado ante una roca y con un rifle a su lado, dijo: "aquí está América, castigada por el gran Dios, en uno de sus órganos vitales, de forma que sus más grandes edificios han sido destrozados". Continuó hablando de 80 años de humillación islámica, de niños iraquíes muriendo de hambre, de tanques israelíes en Palestina y de los ataques atómicos de Estados Unidos contra Japón. Y concluyó su declaración renovando su llamamiento a la yihad global (S. Tanner, 2002: 295).

> El error más grande de los hacedores de la política de Estados Unidos hasta ahora es su profunda falta de entendimiento de su enemigo. Estados Unidos trajo a Afganistán una fuerza inconmensurable. Llegaron con una maquinaria de guerra superior, intentando matar moscas a cañonazos, destrozando lo poco que quedaba de Afganistán y causando un número incontable de muertes en su misión (A. S. Zaeef, 2010: 243).

> A pesar de lo fácil que fue la victoria, hubo víctimas civiles afganas. Entre 3.000 y 8.000 no combatientes afganos fueron muertos o heridos por los bombardeos norteamericanos. Los bombardeos causaron un desplazamiento masivo de la población, con miles de personas abandonando sus casas; se interrumpió la distribución de ayuda alimentaria a las zonas afectadas por la sequía; y hubo muchos asesinatos de represalia (A. Rashid, 2009: 127).

La forma en la que Estados Unidos llevó a cabo la operación "Libertad Duradera" le alejó de la población afgana. Ésta había apoyado en un principio de forma mayoritaria a las tropas extranjeras. Eran optimistas y esperaban seguridad y desarrollo. El abismo entre las dos partes empezó a ampliarse con la muerte de civiles. Los afganos fueron perdiendo la confianza en las tropas extranjeras, a medida que se producían las detenciones de miles de inocentes y

acababan en las cárceles de Bagram y Guantánamo (H. Karzai, 2009).

En la noche del 6 de diciembre de 2001, el mulá Omar y el liderazgo talibán abandonaron Kandahar. Suponía el final efectivo de ese régimen. Los combatientes de Al Qaeda, incluyendo a Osama bin Laden, habían escapado a través de la frontera con Pakistán y se retiraron a las zonas tribales pastunes de la Provincia Fronteriza del Noroeste de Pakistán (que ahora se llama Khyber Pakhtunkhwa) y de las áreas tribales administradas federalmente, FATA. Parecía que la larga pesadilla afgana había terminado.

5.1.2. Errores en la estrategia de la operación

El repentino colapso de los talibanes fue una sorpresa. Durante años habían escondido con éxito su verdadera fragilidad. El movimiento fue derrocado primariamente por los propios afganos, cansados de su fanatismo. La gran sorpresa sobre el colapso de los talibanes no fue la capacidad de tayikos, uzbecos, turcomanos y hazaras para expulsar a los talibanes del norte del país, sino la disposición de los pastunes para levantarse contra ellos en el sur.

Pero la operación 'Libertad Duradera' estaba también viciada de base. Eso provocó que se cometieran muchos errores, como el no desplegar fuerzas terrestres —salvo un muy pequeño número— y dejar la operación sobre el terreno a las tropas de la Alianza del Norte. Ésta tenía relaciones con militantes árabes como Ayman al-Zawahiri. No hay que olvidar que muchos de ellos lucharon juntos, en las mismas trincheras, en la guerra contra la ocupación soviética. Las escasas tropas norteamericanas dependían de las fuerzas de la Alianza del Norte para obtener información. Esto podría explicar por qué fueron incapaces de encontrar a Bin Laden o a Al-Zawahiri (K. Gannon, 2005: 95). Tanto Bin Laden como Al Zawahiri fueron miembros del grupo muyahidín de Sayyaf y tenían una relación estrecha con él. Y además da la casualidad de que Sayyaf era en aquellos momentos el viceprimer ministro de la Alianza del Norte.

Miembros de la Alianza del Norte utilizaron también a soldados norteamericanos para llevar a cabo viejas venganzas, para intimidar y aterrorizar. Convirtieron a enemigos tribales en talibanes y los aviones estadounidenses bombardearon pueblos y convoyes que sus aliados afganos identificaron erróneamente como refugios de Al Qaeda y de los talibanes. Esos aliados eran milicias que provenían de los muyahidines, de la yihad contra la URSS, señores de la guerra que habían destruido el país. Con sus métodos alienaron a muchos afganos. Entraban en las casas y arrasaban con todo, mientras los

norteamericanos miraban hacia otro lado.

En el norte, no había tropas norteamericanas cuando se produjeron la entrega y la derrota de los talibanes. Su ausencia condujo a la muerte de miles de prisioneros talibanes a manos de la Alianza del Norte. Las masacres que habían cometido los talibanes durante la guerra tuvieron como consecuencia la organización de unos horribles pogromos contra ellos por parte de los señores de la guerra tayikos y uzbecos. Sus huestes se dedicaron a violar mujeres, secuestrar civiles, saquear y robar. Más de la mitad del millón de pastunes huyeron hacia el sur. Las atrocidades cometidas contra ellos por los comandantes de la Alianza del Norte, ante el silencio de los norteamericanos, iban a alimentar la cólera de los pastunes en el sur y ayudarían posteriormente a reanimar el movimiento talibán.

Pero este fue sólo uno de los muchos errores que se cometieron. En la zona de Dostum, después de la rebelión en una prisión, los prisioneros talibanes fueron cargados en contenedores y murieron asfixiados. Luego, fueron enterrados en enormes fosas comunes. Lo que ocurrió allí fue la más brutal violación de los derechos humanos de toda aquella guerra. Pero no hubo ninguna investigación. El asunto era demasiado delicado. Muy al contrario, el señor de la guerra uzbeco fue promovido a importantes cargos en la administración de Karzai y se le permitió presentarse a las elecciones presidenciales de 2004. Y eso ocurrió con el aval de la comunidad internacional.

La Alianza del Norte había prometido a Estados Unidos que se detendría a unas dos millas al norte de Kabul y que no entraría en la ciudad, ni intentaría establecer un nuevo gobierno. Pero después de cinco años de combatir a los talibanes, la tentación era demasiado grande como para ignorarla. El 13 de noviembre, sus tropas entraron en Kabul, en medio del júbilo de muchos de sus ciudadanos. La fuerte teocracia del régimen talibán nunca había caído bien en Kabul, que había vivido una época de modernización durante el régimen soviético.

La capital se convirtió en una isla de esperanza rodeada por un mar de inestabilidad. Las carreteras que llevaban a la capital seguían siendo peligrosas porque los talibanes que quedaban se habían convertido en bandas de delincuentes que tenían secuestradas las zonas rurales. El enviado de las Naciones Unidas, Francesc Vendrell, fue a Kabul y advirtió, sin ninguna clase de rodeos, a los líderes de la Alianza del Norte que ni el control territorial ni nuevas conquistas legitimarían el derecho o la reivindicación de ninguna facción a gobernar Afganistán (A. Rashid, 2009: 33).

La CIA había comprado a todos los comandantes de la Alianza del Norte que se habían puesto a tiro. Después, siguió la misma táctica con los comandantes talibanes. A pesar de la fácil victoria, hubo

víctimas civiles, entre 3.000 y 8.000 personas que murieron o fueron heridas por los bombardeos norteamericanos que causaron, además, un desplazamiento masivo de la población. Hubo muchas consecuencias nefastas debido al desconocimiento de la zona, especialmente de las pastunes del sur y del este del país, y de la forma de actuar que debía emplearse en ellas. Tendría que haber habido traductores adecuados, conocedores de la zona, con sensibilidad y conocimientos de las costumbres y tradiciones de la misma.

5.1.3. La huida de Bin Laden

Muchos líderes talibanes y de Al Qaeda huyeron en una operación que se mantuvo completamente en secreto. Se trató de un puente aéreo entre Kunduz, en el norte, y la capital de Pakistán, Islamabad. Se lo pidió Musharraf a Estados Unidos para sacar de allí a unos agentes de sus servicios secretos, el ISI. Como era su nuevo y necesario aliado, Washington no quiso perjudicarlo. Su prestigio en el ejército estaba en juego en aquellos momentos y a Washington le interesaba entonces salvarle el cuello porque necesitaba la ayuda del régimen pakistaní en su lucha contra Al Qaeda.

> Atrapados también en Kunduz había docenas de oficiales del ISI pakistaní que se habían quedado atrás en Afganistán para ayudar a los talibanes. A mediados de noviembre, ante una petición especial de Musharraf, el presidente Bush autorizó a la fuerza aérea pakistaní a realizar un puente aéreo durante tres noches para sacar a los oficiales del ISI. Con ellos los pakistaníes salvaron las vidas de muchos dirigentes talibanes y militantes centroasiáticos e incluso miembros de Al Qaeda (A. Rashid, 2010: 220).

Los norteamericanos probablemente nunca han sabido quién escapó realmente. Puede ser que incluso llegara a 1.000 el número de personas que lo hizo. Pero Estados Unidos ni siquiera se preocupó de comprobar las identidades de quienes subían a los aviones.

Se cree que en esa operación escaparon más terroristas de los que lo hicieron unas semanas más tarde de Tora Bora. Entonces, el general Tommy Ray Franks se negó de nuevo a desplegar a las tropas norteamericanas. No lo hizo hasta finales de noviembre. Fue un grave error estratégico que tendría unas consecuencias terribles. Y para rematar se permitió a los terroristas extranjeros permanecer en Waziristán, la más indómita de las áreas tribales de Pakistán.

En Tora Bora, Osama bin Laden había construido bases para los muyahidines, en cuevas subterráneas, durante la guerra soviética. La

CIA pensó que Bin Laden estaría allí. Mientras las fuerzas aéreas bombardeaban las montañas, Estados Unidos organizó a antiguos muyahidines para que hiciesen el trabajo sobre el terreno.

Pero, al final, de 600 a 800 árabes consiguieron escapar. Fueron sacados de Tora Bora escoltados por pastunes del lado pakistaní de la frontera, al precio de unos 1.200 dólares por cabeza. Fue la huida más barata de la historia moderna. Unos días después de escapar, Bin Laden apareció en televisión con ropa de camuflaje, sosteniendo una pluma y mofándose: "Declaramos que el final de Estados Unidos es inminente, tanto si Osama o sus seguidores están vivos, como si están muertos, pues ya se ha producido el despertar de la umma musulmana" (A. Rashid, 2009: 129).

Se refugiaron en la región fronteriza de Pakistán. Era un santuario ideal. Estaban cerca de los talibanes y de los puntos fuertes en el este y el sur de Afganistán. Esto sería idóneo para cuando decidiesen atacar para derrocar al nuevo régimen. Además, el número de pastunes en Pakistán, unos 25 millones, doblaba su cantidad en Afganistán. Muchos simpatizaban con los talibanes. Algunos grupos insurgentes estaban relacionados con individuos de dentro del gobierno pakistaní. El terreno montañoso ofrecía, además, una extraordinaria protección.

Los talibanes fueron vencidos y apartados del poder, pero nunca se pudo decir que hubiesen sido derrotados. Entre 8.000 y 12.000, un 20% de sus fuerzas habían muerto El doble había sido herido y otros 7.000 habían sido hechos prisioneros. Los demás huyeron a sus aldeas o a Pakistán. El verdadero enemigo de América, Osama bin Laden, no había sido encontrado ni vivo ni muerto. Seguía desaparecido:

> El problema para un poder extranjero nunca fue cómo entrar en Afganistán, como demostraron los acontecimientos de 2001. Siempre ha sido mucho más difícil gobernar, controlar o incluso intentar ayudar al país. De hecho, parece que el desastre espera a los ejércitos que se quedan demasiado tiempo en el Hindu Kush (S. Tanner, 2002: 320).

5.2. Las Naciones Unidas

Para justificar su actuación, el gobierno norteamericano recordó la Carta de las Naciones Unidas que recoge que "todos los miembros tienen que refrenarse, en sus relaciones internacionales, de la amenaza o del uso de la fuerza contra la integridad territorial o la independencia política de cualquier estado" (capítulo I, artículo 2.4). Además, añade, "nada en la presente Carta debe perjudicar el derecho inherente de la autodefensa individual o colectiva si ocurre un ataque

armado contra un miembro de las Naciones Unidas, hasta que el Consejo de Seguridad haya tomado las medidas necesarias para mantener la paz internacional y la seguridad" (capítulo VII, artículo 51).

Estados Unidos declaró que su país actuaba dentro de su derecho a la autodefensa, en respuesta a un ataque armado organizado desde fuera de sus fronteras. Eso se amplió utilizando las resoluciones de Naciones Unidas sobre actividades relacionadas con el terrorismo y para derrocar a un gobierno, si éste no cumplía con sus responsabilidades para acabar con el terrorismo cometido desde dentro de sus fronteras.

Pero no hay que olvidar que el ataque no lo había realizado otro estado, como dice la Carta de Naciones Unidas, sino un grupo terrorista. Estados Unidos y sus aliados de la OTAN usaron el argumento de la autodefensa contra el terrorismo, por primera vez, como justificación para su intervención militar en Afganistán.

> En la búsqueda por asegurar una sanción internacional para su intervención militar, Estados Unidos fue capaz de ir tan lejos como para usar otra nación para efectivamente declarar la guerra, es más usar una nación islámica. Por eso, el gobierno pakistaní, dirigido por el presidente Pervez Musharraf, pidió a los talibanes que entregasen a Osama bin Laden en tres días o se enfrentarían a una acción militar masiva dirigida por Estados Unidos (P. Marsden, 2009: 99).

En realidad, Estados Unidos puso en marcha esa operación de contrainsurgencia contra los talibanes sin marco legal.

El 13 de noviembre de 2001, Lakhdar Brahimi, enviado especial de las Naciones Unidas para Afganistán, presentó un plan al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas para la convocatoria de una conferencia entre todas las facciones afganas. Su objetivo era la formación de un gobierno provisional para un periodo de dos años y el despliegue de una fuerza multinacional que garantizase la seguridad. Alemania se ofreció como sede. La ONU insistió en que hubiera mujeres en todas las delegaciones. Los talibanes no fueron invitados.

Aunque los diplomáticos occidentales en Roma instaron al antiguo rey Zahir Shah a moverse con rapidez para formar un gobierno provisional cuando cayesen los talibanes, las rencillas entre los afganos continuaron. Estaba claro que sólo las Naciones Unidas serían capaces de establecer un nuevo gobierno. El principal problema era que todavía no había líderes pastunes dentro de Afganistán, enfrentándose a los talibanes.

Pakistán y Arabia Saudí querían un gobierno dominado por los pastunes. Rusia, Irán y los estados de Asia Central se oponían

categóricamente a cualquier compromiso con los talibanes. Al final, cada uno de los señores de la guerra asumió el control de la zona que había conquistado.

5.2.1. La Conferencia de Bonn

La Conferencia comenzó el 27 de noviembre en Petersberg, una colina sobre la ciudad de Bonn, la antigua capital alemana. Participaron 25 delegados. Se llamó conferencia interafgana aunque se hizo todo con la supervisión y el visto bueno de la comunidad internacional. Y se celebró bajo los auspicios de las Naciones Unidas. El ministro de Asuntos Exteriores de Alemania, Joschka Fischer, inauguró la conferencia haciendo un claro llamamiento a los presentes: "os pido encarecidamente que forjéis un compromiso verdaderamente histórico que ofrezca un futuro mejor para vuestro desgarrado país y para sus gentes".

Se dijo que eran los propios afganos los que tenían que llegar a un acuerdo y luego respetarlo. Pero se sucedieron las presiones de la comunidad internacional a los delegados afganos, se oyó mucho el "si no hay acuerdo, no hay dinero". Había urgencia de que de Bonn saliese lo antes posible un pacto y un calendario para la reconstrucción política del país y un gobierno de transición.

A) Grupos políticos en Bonn

1.La Alianza del Norte

Se presentó como el Frente Unido bajo la dirección de Yunus Qanunis, su ministro de Interior. Representaba una unión frágil de antiguos partidos muyahidines y señores de la guerra que, desde la caída de los talibanes en Afganistán, tenían de nuevo el poder en sus manos. El equipo estaba compuesto principalmente por tayikos panshiris, con muy pocos delegados de los demás grupos étnicos a los que la Alianza del Norte decía representar. Los uzbecos de Dostum, los iraníes de Ismail Khan y los chiíes hazaras apenas estaban presentes, lo que causó un profundo resentimiento en estos grupos.

Estaba dividida entre esos señores de la guerra, cuyo único objetivo era recuperar su antiguo estatus, y la generación más joven de políticos tayikos panshiris, con una visión más abierta y que querían unirse a los pastunes para formar un gobierno nacional amplio que de este modo tendría más credibilidad y legitimidad.

Entre estos últimos, se encontraban personajes como Abdullah Abdullah, que fue después ministro de Asuntos Exteriores, Yunus Qanuni, los dos hermanos más jóvenes de Masud y miembros del servicio de inteligencia que había creado Masud. Ninguno de ellos aceptaba la idea de que Rabbani continuase como presidente.

2.El grupo de Roma

Lo dirigía el poco carismático Abdul Sattar Sirat y acogía a la amplia clientela alrededor del rey Zahir Shah. De los delegados de su lista, ninguno había estado en Afganistán en las últimas dos décadas. Y no estaba Hamid Karzai, su miembro más conocido, y que se acabaría convirtiendo en el presidente del país.

3.El grupo de Chipre

Estaba dirigido por el yerno de Gulbuddin Hekmatyar, Homayun Jarir. Estaba próximo a Irán y era una alianza de políticos de diferentes colores que en el pasado se habían reunido de forma esporádica en Chipre.

4.El grupo de Peshawar

Se fundó en noviembre de 2001. Eran los seguidores de Pir Gailani, que en los años ochenta había dirigido el partido muyahidín Mahazii Melli. Defendía los intereses de Pakistán. La delegación de Peshawar la formaba casi enteramente la familia de Pir Gailani.

5.Ausencias en Bonn

Los tres últimos grupos, Peshawar, Roma y Chipre, no tenían presencia militar sobre el terreno. Necesitaban apoyo exterior para garantizar su supervivencia política. No había delegados pastunes del sur o de Kandahar, lo que suscitó el temor de que la Conferencia de Bonn refrendase un gobierno dominado por los tayikos. Los pastunes apenas tenían líderes propios y los que había, o se habían cambiado de bando durante la guerra, vivían en el exilio o defendían intereses generales por encima de los del grupo. Pero no hay que olvidar que son la minoría mayoritaria.

Pero lo que después se mostraría como un grave problema de terribles consecuencias fue el que no estuvieran en Bonn ni el señor de la guerra Hekmatyar, refugiado en Teherán, ni los talibanes, es decir, los más radicales. Pocos años después volverían a la escena pública para combatir a la comunidad internacional y al gobierno de Karzai. Hoy, son, junto a la red de los Haqqani, el núcleo de la insurgencia.

Los talibanes no habían aceptado la derrota. Por lo tanto, de llegarse a un acuerdo en Bonn, éste no sería la firma de un armisticio entre vencedores y vencidos, ni un alto el fuego, ni supondría la desmovilización de fuerzas. Muchos fueron los que dijeron que los talibanes tenían que haber estado en Bonn y que ése fue su pecado original. Otros creen lo contrario. Los talibanes nunca habían sido una organización integral y había que considerar la reacción de las otras partes, incluidos los países vecinos.

La unión de las distintas agrupaciones en Bonn se basaba no tanto en planteamientos políticos, sino en la cercanía familiar o en obligaciones de lealtad temporal. Incluso había quienes habían estado en diferentes grupos. Hamid Karzai, por ejemplo, había sido viceministro de Asuntos Exteriores con Rabbani, en 1992, había apoyado a los talibanes en 1994 y pertenecía al grupo de Roma desde 1996.

En el transcurso de la conferencia, una crisis en el seno de la Alianza del Norte, por las intrigas desde Kabul de Rabbani, que se negaba a entregar el poder, provocó un estancamiento de las conversaciones. La Alianza del Norte pidió un receso de 10 días para poder "evacuar consultas" con Kabul, las Naciones Unidas se negaron e insistieron en que había que formar un gobierno lo antes posible.

B) Los donantes

Los principales donantes estuvieron también presentes en la Conferencia de Bonn. Un grupo más amplio se reuniría más tarde, en la Conferencia de Tokio, en enero de 2002.

El programa de desarrollo de las Naciones Unidas (PNUD), el Banco Mundial y el Banco de Desarrollo Asiático desempeñaron un papel fundamental en el diseño de un programa de reconstrucción y ayuda. Estimaron el coste en 14.600 millones de dólares en 10 años; 4.800 millones fueron comprometidos para un período de cinco años. El PNUD puso mucho énfasis en el hecho de que la atención de los donantes iba a ser a corto plazo y por eso era necesario obtener lo máximo posible en el marco de los dos o tres primeros años. Esto creó un sentimiento de urgencia, en lugar de haber llevado a una mayor reflexión sobre cómo proceder.

Estados Unidos estuvo en el papel dirigente desde el principio. No siempre era consciente de la necesidad de que otros donantes supiesen lo que estaba haciendo. Tampoco ayudó el que el gobierno norteamericano fuese bastante menos transparente en su proceso de toma de decisiones que otros gobiernos. A excepción de USAID, la información del ejecutivo de Estados Unidos relativa a cuánto se daba, con qué propósito y a lo largo de que período, no era fácilmente accesible. Estaba más ocupado en establecer un gobierno complaciente que le dejase perseguir sus intereses estratégicos. Una gran parte de los recursos fueron destinados a la creación de una presencia militar a largo plazo con el establecimiento de una red de bases.

C) Contenido del acuerdo

Al final, hubo acuerdo en Bonn. Se firmó el 5 de diciembre de 2001. En los discursos finales todo fueron parabienes para el nuevo Afganistán que nacía de esa conferencia. El acuerdo de Bonn hacía un llamamiento a la formación de un gobierno amplio, con presencia de mujeres, multiétnico y completamente representativo, y a la creación de un Banco Central, un Tribunal Supremo, una Comisión Independiente de Derechos Humanos y una comisión para la convocatoria de una *Loya Jirga* de emergencia antes de junio de 2002, que decidiría la formación de un nuevo gobierno de transición.

Seguirían elecciones presidenciales y parlamentarias. Se formaría una *Loya Jirga* constitucional que adoptaría una nueva Carta Magna antes de 2003 y, mientras, se restauraría la constitución de 1964. Zahir Shah recibiría el título de Padre de la Nación.

La Alianza del Norte ocupó 17 cargos del gobierno transitorio, entre ellos los más importantes: Defensa, Interior, Información y Asuntos Exteriores. También recibió tres de las cinco vicepresidencias. Al grupo de Roma le asignaron nueve ministerios, al de Peshawar, cuatro, y el de Chipre rehusó ocupar puesto alguno. La composición étnica de los ministerios quedó en once pastunes, ocho tayikos, cinco hazaras y tres uzbecos. No había pastunes del sur, excepto el propio presidente, Hamid Karzai.

El Acuerdo de Bonn bosquejó un mapa de ruta para las Naciones Unidas y el gobierno afgano hasta finales de 2005, un periodo que debía permitir el establecimiento de todas las estructuras de un estado democrático moderno, con una burocracia, un ejército y un sistema legal. Bonn también era un pacto entre la comunidad internacional y los afganos por el que ambas partes tenían que conseguir resultados.

Mucho dependía de si la comunidad internacional, encabezada por Estados Unidos, proporcionaba el dinero, las tropas y la atención

internacional. El tema fundamental del desarme de las milicias de los señores de la guerra se resolvió de forma ambigua, aunque el acuerdo exigía la desmilitarización de Kabul y la retirada de todas las armas pesadas de la ciudad. La Alianza del Norte no lo cumplió hasta años más tarde.

Se eligió como presidente transicional a Hamid Karzai, el hijo de Abdul Ahad Karzai, un político afgano asesinado en el exilio en 1999, presuntamente por Al Qaeda. Karzai era pastún, de Kandahar. Y se le presentó como un combatiente que estaba luchando en el frente de Kandahar contra los talibanes, todo aderezado por un cierto aire romántico y cierta aureola de héroe.

El 22 de diciembre, el nuevo gobierno comenzó a trabajar en Kabul. Para su seguridad se instaló en la capital la Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad (ISAF). Actuaba bajo mandato de Naciones Unidas y en un principio contaba sólo con 5.000 hombres.

D) Problemas del acuerdo

El problema residía en el mismo acuerdo de Bonn. Simbolizaba una nueva era para el compromiso internacional en Afganistán pero ese compromiso tenía lugar a la sombra de una campaña militar. A pesar de que algunos se refieren al pacto como un acuerdo de paz, las circunstancias que lo vieron nacer no eran de las que forjan ese tipo de acuerdos. La reunión de Bonn difícilmente representaba la resolución de diversos intereses, ya que éstos todavía tenían que ser negociados. Los vencedores habían luchado unos contra los otros, al igual que lo habían hecho contra los talibanes. Y no se firmó ninguna paz, ni ningún alto el fuego, entre otras cosas porque los vencidos estuvieron ausentes de Bonn.

El mundo había dejado que la guerra civil, la fragmentación étnica y la polarización desembocaran en la quiebra del Estado. El país ya no era un estado viable y la sociedad civil estaba destruida. Generaciones de niños crecieron sin raíces, sin identidad. Los adultos no conocían más que la guerra y el poder de los señores de la guerra. Toda la población afgana había sido desplazada, no una, sino muchas veces. La destrucción física de Kabul se convirtió en el Dresde de finales del siglo XX. No existía nada parecido a una infraestructura capaz de sostener a una sociedad.

Todo esto dificultaba la puesta en práctica de lo acordado en Bonn y la creación de un estado de derecho y una democracia contemplada en ellos. Las complejas relaciones de poder desarrolladas durante siglos se habían desbaratado por completo. No había un grupo

o un dirigente legitimado para reunificar el país. Las identidades territoriales regionales adquirieron una importancia capital.

La jerarquía tribal que antes mediaba en los conflictos había sido asesinada o estaba en el exilio. La vieja élite dirigente culta había huido y no había surgido una nueva capaz de negociar un acuerdo de paz. Gran parte de la culpa de que la guerra se prolongase la tuvieron los poderes externos que seguían apoyando a unos u otros.

Estados Unidos dio poder a la Alianza del Norte para fortalecer su propia posición, y suprimió a los pastunes llamándoles talibanes (A. S, Zaeef, 2010: 240).

Los talibanes pensaban que el sistema tribal no casaba con el islam y destrozaron y mataron a los líderes tribales. La comunidad pastún fue fragmentada y destrozada y, por eso, en algunas áreas, hay sistema tribal y en otras no. Y es necesario trabajar a nivel local. No hay un único liderazgo (O. Sharifi, 2009).

Pocos de los testigos de la guerra civil pueden olvidar que los atroces crímenes cometidos durante la misma fueron causados por hombres que menos de una década después fueron recompensados con cargos en una administración apoyada por la comunidad internacional. El acuerdo de Bonn estipulaba que las milicias debían dejar Kabul en cuanto llegasen las tropas internacionales. Pero no lo hicieron. Esto minó el progreso para la transición de seguridad.

5.3. La intervención internacional

5.3.1. Errores y problemas

Una de las principales razones del éxito inicial de los talibanes en 1994 había sido la brutalidad sin sentido de los señores de la guerra apoyados por Pakistán, Arabia Saudí y Estados Unidos. Con los talibanes expulsados, estos bandidos fugitivos pastunes, tayikos, uzbecos y hazaras regresaron, armados y dispuestos para hacerse con el botín de la victoria (P. Fitzgerald y E. Gould, 2009: 252).

Washington fracasó al no ver el problema que estaba creando. Podía reconstruir Afganistán muy rápidamente y muy barato y presentarlo en el mundo musulmán como modelo de que no sólo intervenía con bombardeos y muertes, sino que también reconstruía. Pero las buenas promesas de Bonn acabaron en promesas incumplidas. Fueron dejadas de lado en el proceso de hacerse con el control del país.

Los norteamericanos dieron el poder a los islamistas y a los comandantes de las milicias que habían servido como soldados en su

guerra contra la Unión Soviética en los años ochenta. Después, organizaron elecciones para ellos y calificaron el resultado de democracia. Y lo que es peor, obligaron a la Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad, formada fundamentalmente por tropas europeas, a quedarse en la capital, creando una isla de seguridad para el gobierno. Mientras, ellos y los señores de la guerra de su elección campaban a sus anchas en las zonas rurales.

Había tres defectos de fondo en el plan de la administración Bush. En primer lugar, los planes de reconstrucción se pusieron en manos de ideólogos del libre mercado. Esto suponía pérdidas, fraude y corrupción y favorecía la privatización de los recursos afganos con el gobierno oficial sólo en un rol de testaferro. En segundo lugar, se dio el poder a los líderes tribales corruptos que habían ganado fuerza a través de la brutalidad y el tráfico de drogas durante la guerra contra los rusos. Esto ponía a la administración contra la mayoría de la población civil. Incluso Hamid Karzai, sin base política y sin poder real para gobernar, sobrevivía sólo gracias a la protección de sus guardaespaldas de las fuerzas especiales norteamericanas. Finalmente, la administración continuaba creyendo sus propios comunicados fabricados. No estaba dispuesta a distinguir entre su propaganda y los hechos sobre el terreno. En este ambiente se llamó al rey para que regresara, pero en el último minuto se rechazó que fuese jefe de Estado. Se desperdició la posibilidad de que fuese el símbolo de un nuevo Afganistán unido (P. Fitzgerald y E. Gould, 2009: 253-255).

Rara vez la comunidad internacional había tenido antes un programa de reconstrucción tan ambicioso. Muchos países enviaron miles de soldados, especialistas, trabajadores humanitarios y diplomáticos de alto rango y fluyó mucho dinero. Sin embargo, años después, Afganistán seguía en el inicio de la reconstrucción. El presupuesto del Estado consistía en más del 93% de las donaciones internacionales. Los inversores seguían dudando en entrar en el país.

Washington ya había cometido el error de desentenderse prematuramente de Afganistán cuando se retiraron los soviéticos en 1989. Esto abrió la puerta a los talibanes, a Al Qaeda y al 11-S. Ahora no podía cometer el mismo error. Pero cinco años después de las promesas de Occidente, Afganistán se encontró de nuevo al borde del abismo, enfrentándose a la peor crisis desde la caída de los talibanes. Se había convertido en el escenario del resurgimiento de estos últimos, de la crónica violencia de los pastunes, del dominio de los señores de la guerra. Apoyados por Estados Unidos, muchos se habían convertido en narco-señores o señores del narcotráfico. Y era también un agujero negro en cuanto a los derechos humanos.

Estados Unidos y otros donantes tenían que tener en cuenta también que cualquier inversión en educación iba ser vista por los

talibanes como el intento de inculcar valores occidentales en la población. Pero las inversiones deberían haber sido mucho mayores si se quería superar el impacto de más de 20 años sin una educación efectiva y enfrentarse a la falta de gente formada debido al éxodo de los profesionales y de la gente más preparada.

La llegada de la comunidad internacional trajo consigo además un comportamiento y actitudes en desacuerdo con el conservadurismo que prevalecía. La defensa de los valores tradicionales islámicos había sido un elemento central en todas las guerras. Por eso, los afganos consideraban que Gran Bretaña, la Unión Soviética y Estados Unidos traían un sistema de valores que amenazaba con debilitarlos y reemplazar a los del islam y de la sociedad rural afgana.

Hubo un enorme desarrollo de medios de comunicación, escritos, audiovisuales, apoyado de forma activa por la comunidad internacional. El acceso fácil y rápido a internet, como consecuencia de inversiones en las telecomunicaciones, exponía a la población a un pensamiento global (P Marsden, 2009: 201). Los partidos muyahidines utilizaron su poder en el parlamento para oponerse al contenido de la programación de los medios.

El creciente poder de los talibanes en el sur influía también en el ambiente político. Las mujeres se sentían intimidadas y continuaban vistiendo y comportándose de forma conservadora, aunque tenían acceso al empleo y las niñas podían asistir al colegio.

Estados Unidos pensaba que lo importante era mostrar su poder militar y, cuando fuera necesario, comprar el apoyo de la población con un colegio o una clínica. La incapacidad para ganarse el apoyo de la población afgana, sus corazones y sus mentes, es quizás el mayor fracaso de la intervención internacional y la causa de todos los males que la han acompañado.

5.3.2. La misión de la ISAF

La operación "Libertad Duradera" de Estados Unidos no estaba dotada de marco legal. Las fuerzas de la coalición dirigidas por Estados Unidos se emplearon en operaciones de contrainsurgencia contra los talibanes y Al Qaeda en las provincias del sur, sobre todo. El 20 de diciembre de 2001, el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas aprobó por unanimidad la Resolución 1386.

En ella, se autorizaba el establecimiento, por un periodo de seis meses, de la ISAF, en apoyo al gobierno provisional emanado del acuerdo de Bonn. Su tarea era el mantenimiento de la seguridad en Kabul y sus alrededores. Se preveía la cooperación con el gobierno afgano en la

lucha contra el terrorismo, el tráfico de drogas y el crimen organizado para garantizar la seguridad y la estabilidad del país. En un principio, en los primeros años, esa misión no se movió de Kabul y sus alrededores, porque Estados Unidos lo impidió.

El 8 de agosto de 2003, la OTAN asumió el mando de la ISAF. Una resolución del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas autorizó a la ISAF a desplegarse fuera de la capital. Sin duda, tarde y mal. El primer despliegue fue de 200 soldados alemanes y 40 asesores civiles en Kunduz, en el noreste. Allí montaron un PRT (Equipo de Reconstrucción Provincial).

A partir de ese momento, ha habido dos estructuras de mando separadas para las fuerzas extranjeras en Afganistán. El mando conjunto OTAN-ISAF era el responsable de mantener la paz en Kabul y las provincias. Mientras, la coalición encabezada por los norteamericanos seguía encargándose de la persecución de los terroristas por medio de la operación "Libertad Duradera".

El escritor y analista Ahmed Rashid recuerda que en septiembre de 2003 fue invitado junto a otros expertos a informar a los embajadores de la OTAN en Bruselas:

> Hicimos hincapié en la importancia de expandir las fuerzas de la OTAN por las provincias para ayudar a estabilizar al país, mejorar la gobernabilidad y enviar un mensaje contundente a los talibanes. Una respuesta desganada de la OTAN solamente habría dado a los talibanes una ventaja propagandística. Algunos de los embajadores de la OTAN estaban claramente desinteresados en aumentar el despliegue, o bien esta posibilidad les ponía nerviosos, o bien no se tomaban en serio el resurgimiento de los talibanes (A. Rashid, 2009: 450).

Era difícil entender por qué los países de la OTAN tenían problemas para enviar tropas a Afganistán. Los gobiernos europeos habían conseguido el respaldo de sus parlamentos y de sus ciudadanos a la intervención en el país asiático con la promesa de que sus tropas realizarían labores pacificadoras, humanitarias y de reconstrucción. Nadie habló de guerra, de muertes en combate o de luchar contra la insurgencia talibana. Pero lo peor fue establecer salvedades o limitaciones a las actuaciones de las tropas. Estas restricciones paralizaron muy pronto los esfuerzos de la OTAN, que se había planteado unos objetivos muy ambiciosos. Las limitaciones suponían un cáncer para la operatividad y una muestra de debilidad.

La expansión se llevó a cabo en cuatro fases por todo Afganistán. Se empezó con el despliegue de las tropas alemanas en el norte, en junio de 2004. Se estableció el Cuartel General en Mazari Sharif. La fase dos se debía completar tres meses más tarde y consistiría en el despliegue de la OTAN en Herat y la parte occidental de Afganistán.

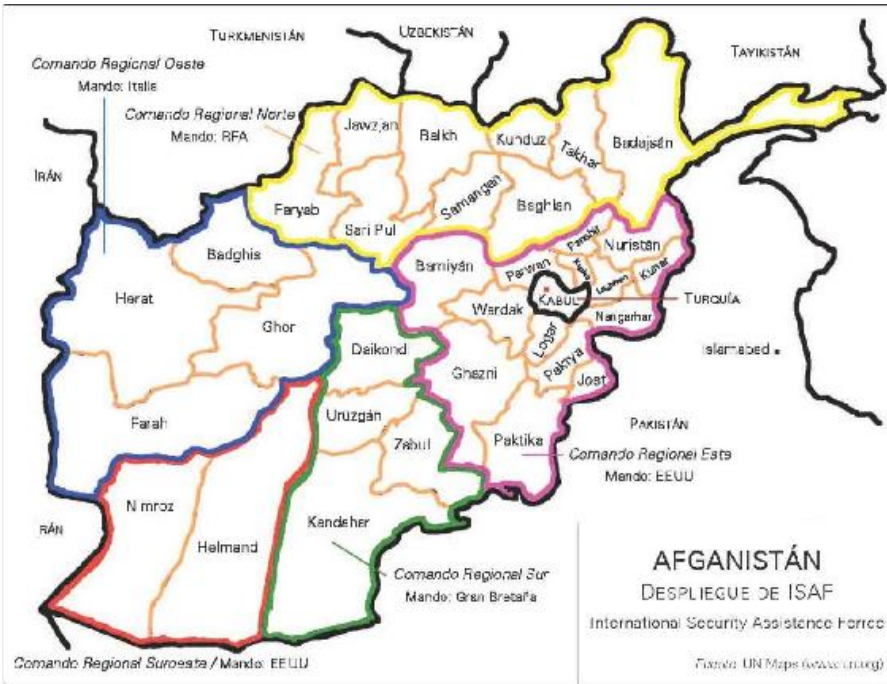
En las fases tres y cuatro, para las que no se fijaron fechas concretas, la OTAN se desplegaría por los turbulentos sur y este.

La OTAN no cumplió los plazos. Esto provocó una gran frustración en Karzai, que había pedido que se desplegasen temporalmente más tropas para las elecciones presidenciales de 2004. Estados Unidos ya estaba entonces empantanado en Irak y necesitaba que la Alianza Atlántica asumiera más responsabilidades para poder retirar sus propias tropas. Además, las tropas no podían atacar a los talibanes, no estaban autorizadas a ayudar en la erradicación del opio y en la detención de los transportes de drogas, no podían meterse con los señores de la guerra, ni interponerse para separarlos si luchaban entre ellos y no podían proteger a las ONG, escuelas, edificios gubernamentales o grandes proyectos de infraestructura. Tampoco podían colaborar en los programas de desarme o de registros de votantes de la ONU.

Los cooperantes comentaban cínicamente que los primeros en adentrarse en las regiones peligrosas eran las organizaciones humanitarias, seguidas por otras organizaciones internacionales, y que los últimos en hacerlo eran los soldados de la OTAN fuertemente armados, que tenían prohibido proteger a ninguno de los anteriores (A. Rashid, 2009: 455).

Estados Unidos buscaba sus propios intereses estratégicos, pero quería también tener la mayor legitimidad. Cuando se presentó la oportunidad de tener fuerzas internacionales en Afganistán bajo mando de la OTAN, la apoyó con fuerza.

Al final, hubo otra expansión a las provincias del sur, en julio de 2006. El resto de las provincias, en el este, fueron transferidas en octubre de 2006. La ISAF cubría así la totalidad del territorio. La expansión al sur y al este se produjo en medio de una escalada de violencia que incluía ataques suicidas al estilo iraquí.



Las principales dificultades se debían a la penetración militar en regiones donde nunca se había entrado, donde regían los intereses tribales y el feudalismo y en las que había aumentado la presencia de talibanes. Era necesaria una visión a largo plazo para conseguir la paz. Los insurgentes pensaban que la ISAF era un blanco fácil y que se retiraría ante la virulencia de los ataques.

El Representante Especial de la Unión Europea, Francesc Vendrell, ya había advertido de que no se podía tener éxito en dos o incluso en cinco años en un país destruido por la guerra. Y había añadido que una parte fundamental de la tarea de la comunidad internacional era entrenar y preparar a los afganos porque el país había experimentado una fuga de cerebros durante 25 años. El objetivo era ayudar al gobierno afgano a extender su influencia y crear un ambiente de estabilidad y seguridad y apoyar el proceso de reconstrucción.

Es uno de los despliegues más duros, más complicados y uno de los mayores retos de la historia de la Alianza. El objetivo en el sur es pacificar un feudo de los talibanes en el que apenas ha habido presencia del gobierno de Kabul. La OTAN se juega su credibilidad en una región en la que en la historia han fracasado los soldados extranjeros. El sur, además, es fronterizo con Pakistán, cómoda retaguardia, vivero y santuario de los talibanes.

5.3.3. Los PRT (equipos de reconstrucción provincial)

La operación de la ISAF estaba estructurada a través del llamado PRT (Provincial Reconstruction Team), Equipo de Reconstrucción Provincial. Seguía el modelo de los equipos establecidos por las fuerzas de la coalición de Estados Unidos en las provincias del sur. Era una misión difícil y arriesgada con el reto de construir un Estado que la guerra se había llevado por delante. El concepto de PRT suponía que una presencia militar estratégica internacional podría ayudar a enfrentar las causas de la inestabilidad local mientras se reforzaba la influencia de la administración central y se mejoraba la vida de los civiles. Pero parecía que ningún elemento de este concepto se basaba en la realidad.

Los objetivos principales eran el apoyo a las instituciones y autoridades afganas, la creación de un nuevo Ejército y una Policía Nacional que velasen por la seguridad de los ciudadanos, la reforma profunda del sistema judicial, el desarme de los grupos armados y la lucha contra el narcotráfico.

Los PRT constituían la piedra angular de este trabajo. Constan de un componente militar y otro civil y son el medio que se consideró más apropiado para lograr la estabilidad de Afganistán mediante un proceso de reconstrucción económico y social, favoreciendo a la vez el establecimiento de estructuras de gobierno en las distintas provincias. Ayudan al gobierno a extender su autoridad en las provincias y facilitan el desarrollo en un ambiente seguro. En general, un PRT está formado por 100 o más soldados y civiles, entre los que hay expertos en ingeniería, agricultura y asuntos internacionales y especialistas civiles que trabajan hombro con hombro con los afganos.

Existe una estrategia a nivel nacional, aunque, en realidad, cada PRT establece sus propias prioridades y objetivos consultando a las autoridades locales. El éxito de los PRT dependía de que los administradores afganos estuviesen bien formados para poder trabajar conjuntamente y mejorar el gobierno local. Pero Karzai no planificaba bien la formación de los administradores ni su competencia. Los norteamericanos tampoco le presionaron lo suficiente. En consecuencia, los PRT acabaron recurriendo a los señores de la guerra locales para la seguridad y para la administración (A. Rashid, 2009: 257). Era evidente que así era imposible para los PRT poder proporcionar seguridad a la población afgana. No realizaban ninguna función pacificadora ni de mantenimiento de la paz.

Las ONG occidentales y las agencias de ayuda humanitaria se oponían a los PRT. Alegaban que la implicación de los militares en las actividades para el desarrollo desdibujaban los principios de la ayuda y que los PRT no les ofrecían seguridad ni a ellos, ni a la población.

No querían ser vistos como colaboradores del ejército norteamericano y convertirse en objetivo de los talibanes. El Comité Internacional de la Cruz Roja, en cuyos estatutos se prohibe buscar la protección de los militares, declinó colaborar con los PRT. Otras ONG siguieron su ejemplo.

Al hacerse cargo de las provincias del sur, en julio de 2006, la ISAF se enfrentó a problemas de inmediato. Sus esfuerzos se vieron minados por una campaña de intimidación de los talibanes, que incluía amenazas a la gente que cooperaba con las fuerzas internacionales. Las fuerzas de ISAF también eran el objetivo de los ataques. En el sur, en Helmand, la situación se agravaba al ser el mayor centro del cultivo y tráfico de drogas.

Lo que conseguían en cada lugar dependía en gran parte de lo segura que fuese cada región y de la clase de relación que el comandante del PRT tuviese con el señor de la guerra local y con la administración afgana.

> Los PRT liderados por los norteamericanos en las áreas pastunes toparon con muchos problemas locales, envidias, enfrentamientos tribales, disputas territoriales, tráfico de drogas y competencias entre dirigentes tribales para ganarse el favor del oficial norteamericano (A. Rashid, 2009: 258).

La idea primera era destinar un PRT a cada una de las 34 provincias afganas. En marzo del 2010, operaban en Afganistán 26 PRT, dirigidos por países de la ISAF. Unos se componían de fuerzas militares y personal civil de una única nación, otros eran multinacionales. Había una amplia variedad de proyectos de los PRT: construcción o reconstrucción de colegios, establecimiento de sistemas de irrigación, de embalses y pozos, que han llevado agua a la población local y a los agricultores, reparación de las infraestructuras o mayor acceso a la sanidad, etcétera.

5.3.4. La conferencia de Londres: el Afghanistan Compact

Los compromisos de la Conferencia de Bonn en el terreno financiero no se llegaron a cumplir, tampoco los de la Conferencia de donantes de Tokio de enero de 2002. A la luz de este fracaso se celebró otra reunión en Berlín, entre el 31 de marzo y el 1 de abril de 2004. El gobierno afgano preparó un informe cuya conclusión principal era que Afganistán necesitaría una asistencia externa del orden de 27.600

millones de dólares con un compromiso de 7 años. Un mínimo de 6.300 millones de dólares era necesario en forma de ayuda directa al presupuesto nacional. En la Declaración de Berlín se daba la bienvenida a los compromisos hechos en la conferencia. Desafortunadamente, éstos sólo llegaron a los 8.200 millones para un periodo de 3 años, a los que había que añadir otros 4.400 millones durante el primer año.

Pero se hizo necesario que la comunidad internacional renovase su compromiso con Afganistán. Así, entre el 31 de enero y el 1 de febrero de 2006, tuvo lugar otra nueva reunión, la Conferencia de Londres. En este encuentro, presidido por el primer ministro británico, Tony Blair, el presidente afgano, Hamid Karzai, y el secretario general de la ONU, Kofi Annan, tomaron parte 66 estados y 15 organizaciones internacionales. Uno de los puntos principales fue la exposición detallada de los objetivos de desarrollo y los pasos a dar durante los siguientes cinco años por parte del gobierno afgano. También se trató sobre la lucha contra el cultivo y tráfico de droga.

Los donantes prometieron 10.500 millones de ayuda para los cinco años siguientes. Estados Unidos era el mayor donante, con 1.100 millones de dólares, seguido de Gran Bretaña, con 800 millones. Los donantes y el gobierno afgano hicieron una serie de promesas. Kabul prometió combatir la corrupción y garantizar la transparencia y la responsabilidad públicas. Los donantes prometieron crear un ejército afgano, seguridad en las fronteras, una fuerza de policía para antes del 2010, además de suministrar corriente eléctrica al 65% de los hogares de las zonas urbanas. Kabul todavía no disponía de suficiente electricidad y agua potable.

El *Afghanistan Compact* (Pacto por Afganistán) recoge el compromiso de la comunidad internacional y, por tanto, también el correspondiente compromiso de Kabul, de reconstruir el país en los próximos cinco años. Estableció ambiciosos objetivos de buen gobierno, seguridad y desarrollo. Y fijó el camino para superar el legado del conflicto, lograr desarrollo económico, fortalecer las instituciones democráticas, eliminar la amenaza terrorista y afrontar el problema del narcotráfico.

El presidente de Afganistán, Hamid Karzai, reclamó un nuevo enfoque en la lucha antiterrorista y evidenció su frustración con la forma en que las tropas extranjeras combatían a la insurgencia talibana, que se había crecido en el sur. Karzai insistió en que había que atajar las fuentes del terrorismo y alegó que su país ya no podía tolerar tantas víctimas y tanto sufrimiento por la violencia. "No es aceptable para nosotros que, en esta lucha, estén muriendo afganos", apuntó en rueda de prensa Hamid Karzai, "Existe la necesidad por parte de la comunidad internacional de un nuevo enfoque en la guerra

contra el terrorismo", agregó. La reclamación del presidente afgano no era nueva, pero sí lo era su insistencia, el momento elegido y el tono utilizado, que revelaban su creciente frustración ante la imposibilidad de atajar la violencia.

La Conferencia de Londres puso de alguna manera punto final al proceso de Bonn y estableció el nuevo marco político y de cooperación entre Afganistán y la comunidad internacional, para el período de 2006 a 2010. El país asiático había quedado postergado por la guerra de Irak, aunque los soldados occidentales contaban con el respaldo de la población afgana, algo que no ocurría en Irak. Afganistán es uno de los países más pobres pero estratégicamente más importantes del mundo.

5.4. El compromiso de España

España se comprometió en esa reunión de la capital británica a desempeñar un papel fundamental y a aportar 150 millones de euros para la reconstrucción del país en el quinquenio. En consecuencia, el marco temporal de la cooperación española en Badghis, y por ende en Afganistán, se desarrollará en idéntico período.

Desde la caída de los talibanes, la Unión Europea ha desempeñado un papel importante en la reconstrucción de Afganistán, ha contribuido a la democratización, al desarrollo y a la seguridad. La Comisión Europea se comprometió a dar 1.000 millones de euros. Junto con los estados miembros es responsable de alrededor de un tercio del total de la ayuda. La UE y sus países miembros necesitan seguir fuertemente comprometidos a largo plazo.

En España, el Consejo de Ministros, por acuerdo de 27 de diciembre de 2001, autorizó la participación de unidades militares españolas en la Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad, en apoyo del gobierno interino afgano, con el envío de 458 soldados. Esta decisión se apoyó en la Resolución 1386 (2001) del Consejo de Seguridad de la ONU, que definía la naturaleza de la misión y que no ha cambiado en las sucesivas resoluciones que han prorrogado el mandato. La fecha límite de la misión sería, se dijo entonces, el 30 de abril de 2002.

Las primeras unidades españolas llegaron al país asiático a finales de enero de 2002. El contingente, con una media de 350 efectivos, estaba formado por unidades de mando, comunicaciones y apoyo logístico, ingenieros, un equipo de desactivación de explosivos y otro de apoyo al despliegue aéreo. En julio de 2004, el Gobierno autorizó, con el acuerdo de la gran mayoría del Congreso de los Diputados, un

aumento de nuestro contingente hasta los 540 militares. Después, hemos ido ajustando nuestra presencia a la evolución de las necesidades en materia de seguridad, reconstrucción y desarrollo. A finales de 2010, el contingente español se había triplicado hasta los más de 1.500 efectivos, entre militares y guardias civiles, según datos de la Alianza Atlántica. Para 2012 está previsto que comience el repliegue de los efectivos españoles en las provincias donde hoy están desplegados.

Nunca, en las más de dos décadas de operaciones en el exterior, el Ejército de Tierra había adquirido y desplegado tantos y tan sofisticados nuevos sistemas en tan poco tiempo y para poder cumplir una operación tan específica. Por ejemplo, los nuevos vehículos contra minas Lince y RG-31, que sustituyen a los BMR, o los aviones por control remoto que permiten vigilar los caminos antes de la salida de las patrullas en busca de posibles emboscadas. Y se han instalado también bases avanzadas cerca de carreteras y valles importantes para reforzar la presencia permanente y recuperar el control de esas zonas estratégicas.

A finales de 2010, Afganistán le costaba a España 1,2 millones de euros al día, más de 464 millones en todo ese año. Desde la llegada de las tropas españolas en 2002, se han invertido 2.040 millones en la misión en Afganistán.

5.4.1. El PRT de Badghis

En el marco del compromiso europeo se encuentra también el de España. Nuestras tropas se desplegaron en la base de Herat, compartiéndola con Italia y otros países. Pero su presencia es mayor en Badghis y en su capital, Qala-i-Nao. Allí está también ubicado el PRT español.

La AECID (Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo) destinó más de 130 millones de euros a la cooperación con Afganistán entre los años 2005 y 2010. La agricultura, la salud, el agua, las infraestructuras, el fortalecimiento institucional y los programas de igualdad de género, entre otros, han sido el centro de la ayuda de España. El grueso de estas aportaciones se ha concentrado precisamente en la provincia de Badghis que, en persa, significa "donde los vientos surgen" o "casa de los vientos".

La provincia está en el noroeste del país, entre los ríos Murghab y Hari Rud. Su población es de unos 400.000 habitantes, entre los que hay uzbecos (10%), turcomanos (1%), tayikos (82%) y pastunes (5%). La gran mayoría es musulmana suní. Era un área de baja

conflictividad y bajo nivel de amenaza, cuando llegaron los militares españoles.

Las estadísticas hablaban por sí solas respecto a la terrible situación en la provincia. El analfabetismo era muy elevado, sólo había un hospital público y un centro de pediatría. Un recién nacido moría cada seis partos y uno de cada cuatro niños que sobrevivían al parto moría antes de los cinco años; uno de cada cinco niños que sobrevivía a la barrera de los cinco años moriría antes de los 12. La esperanza media de vida no superaba los 45 años. Sólo el 6% de sus 400.000 habitantes tenía acceso a agua potable. No existía un solo kilómetro de carretera asfaltada, ni sistema de agua ni saneamiento o red eléctrica. Se consideraba una de las provincias menos desarrolladas. La principal fuente de ingresos era la agricultura. Es una provincia muy montañosa, a la vez que semidesértica, con suelo arcilloso y pedregoso.

La economía es de estructura familiar y de subsistencia. Hay una aguda y crónica malnutrición, aunque no es el problema más grave. Su mayor problema es la escasez de alimentos y productos de primera necesidad. El sueldo medio de esta provincia está por debajo de los 40 euros mensuales. Es ruta de paso de la droga hacia Rusia y Europa. La provincia está en el oeste de Afganistán y es fronteriza con Turkmenistán. Sus habitantes viven en la miseria más absoluta, por debajo de buena parte de los países de África.

La capital, Qala-i-Nao, tiene 130.000 habitantes. La AECID realiza un programa de cooperación al desarrollo: construyó el puente sobre el río Darya y la carretera entre Qala-i-Nao y Herat. El puente era de vital importancia porque la población que se encuentra en la margen norte del río no podría cruzarlo para acudir al hospital en invierno. La situación era tan deficiente que la cooperación española tuvo que hacerse cargo de los salarios del 75% del personal médico, condición indispensable para que continuase abierto ante la falta de presupuesto gubernamental. El hospital desarrolla también un programa de lucha contra la tuberculosis y la malaria en colaboración con la Organización Mundial de la Salud.

Así mismo se favorece la formación de mano de obra especializada y la adquisición de maquinaria específica para desarrollar las obras planificadas. La labor que se lleva a cabo es una labor de ingeniería cívico-militar. Los contingentes españoles han tratado de paliar en la medida de lo posible la precariedad. El componente civil se ocupa de ejecutar los proyectos más costosos y técnicos.

Se elaboró asimismo un programa de ayuda a la mujer que consistía en una red de centros de mujeres en toda la provincia en los que se han realizado actividades de alfabetización, información sobre

sus derechos, sanidad. Todo ello apoyado por la creación de una nueva emisora que emite programas destinados a la mujer.

En el ámbito de las infraestructuras de comunicación rural, se han acondicionado las calles de Qala-i-Nao y se ha procedido al equipamiento del Parque de Maquinaria de Badghis. En el ámbito de la salud, se ha rehabilitado, ampliado y equipado el Hospital Provincial y se ha procedido a la financiación de escuelas de enfermería y matronas, entre otras actuaciones. Qala-i-Nao se ha beneficiado también de la cooperación en el ámbito de los saneamientos. Se ha dotado de agua potable a 40.000 habitantes y se ha financiado la realización de un estudio hidrológico con el fin de mejorar los sistemas de irrigación y detección de pozos de agua potable.

La cooperación española construyó, entre 2005 y 2010, seis escuelas primarias (para 2.100 alumnos y alumnas) y también se han creado tres institutos secundarios con capacidad para 2.000 alumnos y alumnas. El Centro de Capacitación Agrícola y Desarrollo Rural de Kabul es, en el ámbito de la promoción del tejido económico y empresarial agrícola, el proyecto más ambicioso de España.

Sin duda, su intervención ha mejorado las condiciones de vida de los habitantes de la provincia, entre las más pobres de Afganistán y para muchos próxima a la Edad Media, especialmente en el área de la salud y de la educación. Afganistán figura, dentro de las prioridades geográficas de la Cooperación Española, según su Plan Director 2009-2012, como País de Atención Focalizada. El objetivo es la disminución de la pobreza, apoyando la reconstrucción, la mejora de las comunicaciones, implementando el sistema sanitario, el desarrollo económico y social, fomentando la plena integración de los colectivos vulnerables, en especial el de las mujeres, e incidiendo en el desarrollo rural. Pablo Yuste, que fue en los primeros años coordinador de la AECID en Afganistán, resumía así lo realizado:

> Ahora mismo damos trabajo a un total de 7.500 afganos que, por cinco dólares diarios, trabajan en los distintos proyectos en marcha. España se ha gastado ya aquí 130 de los 150 millones de euros comprometidos, y la inmensa mayoría de la población está contenta porque es la primera vez en la historia que alguien hace algo por ellos, si se exceptúa lo poco que hicieron los rusos. El hecho de que los ataques talibanes hayan respetado hasta ahora las escuelas y los hospitales se debe a que la mayoría de ellos aprecia que se eduque a sus hijos y sus mujeres paran sin peligro… El problema es ese 5% de insurgentes armados y simpatizantes que quiere cargárselo todo, pese a que los militares españoles se comportan muy correctamente y buscan granjearse la simpatía de la gente… La cuestión no debe ser matar talibanes, sino convencer a la población de la necesidad de crear un Estado *(El País*, 6/12/2009).

5.4.2. La labor del ejército

El actual compromiso de la comunidad internacional es el de reconstruir y vertebrar socialmente un país desolado por años de conflictos. La participación de las Fuerzas Armadas españolas en ISAF se inició el 27 de diciembre de 2001. Es el quinto país de la ISAF por número de tropas.

Una parte del destacamento español se encuentra en Herat, en el oeste de Afganistán, en la base Camp Arena. Está bajo mando español y la comparten efectivos de Italia, Eslovenia, Bulgaria y España. Junto a su función logísticomilitar, la base de Herat es primordial a la hora de reforzar la seguridad del personal desplegado en los PRT. Al contingente español de Herat le corresponde auxiliar a los cuatro Equipos de Reconstrucción Provincial de la zona oeste. España mantenía a finales de 2010, en el marco de la ISAF, un contingente de más de 1.500 efectivos. La mayoría de los soldados se concentraba en la base de Herat y en el PRT de Badghis. Hay también varios oficiales destinados en el Cuartel General de la ISAF en Kabul y en el mando coordinador de la zona oeste, en Herat. Y una compañía de reacción rápida reforzada, una unidad con tres helicópteros de transporte y apoyo táctico, así como la de evacuación helitransportada que, junto al hospital de campaña Role 2, proporcionan el respaldo sanitario.

Las tropas en Qala-i-Nao apoyan a la policía afgana y a las autoridades locales, participan en el desarme y patrullan por la provincia. El ejército atiende asimismo a mujeres y niños en los consultorios médicos o está preparado en la base para cualquier emergencia. Los militares españoles llevan años trabajando en este convulso país donde la paz todavía es lejana. El contingente garantiza también la seguridad y el trabajo de los cooperantes de la AECID y atiende en la medida de sus posibilidades a la población afgana. Son los médicos militares los que más relación tienen con la dura realidad de ese pobre mundo. El sistema inmunológico de sus habitantes es muy débil y las condiciones higiénico-sanitarias deficientes. Eso hace que haya enfermedades ya erradicadas en otros países, como desnutrición severa, tuberculosis o diarrea e incluso extrañas enfermedades congénitas.

Además, realizan trabajos como la reparación de cañerías, instalaciones eléctricas o mezquitas, la instalación de sistemas de regadío o la construcción de hospitales y carreteras.

5.4.3. Actual contribución de España

A principios de 2011, la composición de la fuerza desplegada en la región con carácter permanente, y debidamente autorizada por el Parlamento, era la siguiente:

-Base Avanzada de Apoyo, en Herat. Allí había desplegados un hospital Role 2, dos helicópteros de evacuación sanitaria, tres helicópteros de transporte, personal de gestión del aeropuerto de Herat y un elemento de apoyo nacional. Sumaban 353 efectivos.
-Fuerza en Qala-i-Nao: 875 efectivos. Incluía principalmente al Equipo de Reconstrucción Provincial y al Batallón de Maniobra. El componente civil del PRT combinaba personal diplomático y de cooperación para el desarrollo (AECID).
-Dos Equipos Operativos de Asesoramiento y Enlace (OMLT, en sus siglas en inglés), que sumaban 52 efectivos y que tenían el cometido de instruir y formar, respectivamente, al Grupo Logístico de la Brigada número 1 del 207 Cuerpo del Ejército afgano, con base en Herat, y a la Unidad de Servicios de Base de dicha Brigada.
-Cuartel General del Centro Regional Oeste (Herat): 26 efectivos.
-Cuartel General de ISAF (Kabul): 38 efectivos.

En cuanto al contingente estable, el Gobierno autorizó, el 19 de febrero de 2010, previo el visto bueno parlamentario, el incremento en 511 efectivos, y de personal de la Guardia Civil en una cantidad de 40 efectivos para la formación e instrucción de las fuerzas de policía afganas. Todo en el marco de los compromisos de adiestramiento, patrocinio y cooperación al desarrollo con el gobierno afgano:

-En julio de 2008, el Ministerio de Defensa español suscribió un acuerdo con el Ministerio de Defensa afgano para patrocinar (financiar, equipar y entrenar) una unidad, del tipo de una compañía, del Ejército Nacional de Afganistán, más la construcción de un acuartelamiento en Qala-i-Nao para un batallón de dicho ejército, del que formará parte esta compañía.
-Construcción de la Base de Apoyo Provincial (PSB), donde se ubicará el PRT de Qala-i-Nao, y el Batallón de Maniobra, entre otras unidades.
-NATO Training Mission-Afghanistan (NTM-A). Su finalidad es la mejora del entrenamiento de las Fuerzas Armadas y de la Policía afgana. En esa misión también participa España.
-Cursos de formación de oficiales afganos en España.

-Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID): programas en sintonía con el Desarrollo Estratégico Nacional afgano, para cubrir las necesidades básicas de la población y fortalecer las instituciones locales. Desde la Conferencia de Londres (2006), España comprometió 150 millones de euros e incrementó su ayuda con 60 millones adicionales para los años 2011 y 2012.

Uno de los proyectos más interesantes se refería a las obras de mejora y de seguridad de la ruta LITHIUM, fundamental para la comunicación entre el norte y el sur de Badghis.

La seguridad de las tropas ha sido una prioridad. Después del accidente aéreo de Trebisonda (Turquía), en el que, en mayo de 2003, murieron 62 militares españoles cuando regresaban de su misión en Afganistán, el transporte del personal a la zona de operaciones se empezó a realizar en vuelos chárter de compañías aéreas comerciales más seguras que unían el territorio nacional y las bases aéreas de apoyo, desde donde se continuaba a Herat en aparatos del Ejército del Aire español. Hasta el mes de octubre de 2009 la base empleada fue la de Manás, en Kirguizistán. Una vez concluido el convenio para la utilización de dicha base, se comenzó a utilizar la de Dushanbé, en Tayikistán.

En este contexto, se desplegaron también Vehículos Aéreos No Tripulados (UAV), cuyo despliegue en la base de Herat obtuvo el respaldo del parlamento el 25 de marzo de 2008. Los UAV responden a la necesidad de obtener información por parte de nuestro contingente y del Mando Regional Oeste.

España ha ido incrementando con los años sus funciones en el país asiático con el inicio de entrenamientos masivos de unidades del ejército y de la policía afganas y la asunción de nuevas misiones, como la instalación de puestos avanzados en puntos estratégicos. Hasta 2010, 90 militares y guardias civiles y un intérprete habían fallecido en atentados, ataques o accidentes en el marco de la misión en Afganistán.

CAPÍTULO 6

Hamid Karzai y la construcción de un Estado

6.1. Karzai, la sorpresa de Bonn

6.1.1. La lucha contra los talibanes

Pocos sabían cuando comenzó la Conferencia de Bonn que de ella saldría como presidente transitorio el pastún Hamid Karzai, de 44 años. Al menos, su nombre no sonaba o no estaba en las quinielas de los mentideros de la prensa. Pero este pastún, de porte elegante, que había vivido en el exilio en Pakistán y que no entró en Afganistán hasta después de los atentados del 11-S para combatir a los talibanes, tomaba posesión como presidente del Consejo Interino el 22 de diciembre de 2001, en una solemne ceremonia en Kabul. "¡Dios! el viaje es largo y yo soy un principiante. Necesito vuestra ayuda", dijo entonces. Y pidió a todos trabajar juntos por el futuro de Afganistán.

Karzai nació en Kandahar en 1957 y es el cuarto de ocho hermanos. Excepto dos, todos emigraron a Estados Unidos. Su padre, Abdul Ahad, apoyaba al rey Zahir Shah. Justo antes de que entraran las tropas soviéticas en Afganistán, Hamid Karzai fue admitido en una universidad del norte de India para estudiar Ciencias Políticas. Fue miembro de la oposición a los invasores soviéticos, pero nunca luchó directamente contra ellos. No tenía experiencia como comandante militar. Habla seis idiomas y lee de forma voraz. Los diplomáticos occidentales le consideraban un intelectual pero no un líder capaz de

derrocar a los talibanes. Y no era un señor de la guerra.

> Karzai fue siempre un hombre moderado. Su padre era un anciano jefe tribal de Kandahar, hogar de muchos talibanes. Hamid incluso había apoyado a los talibanes, cuando ellos emergieron por primera vez porque también quería ver expulsados a los caudillos y no veía ningún futuro para su país bajo el gobierno anárquico de los muyahidines. Aunque Hamid había sido viceministro de Asuntos Exteriores en el gobierno muyahidín, tuvo que huir para salvar su vida, después de encontrarse atrapado en la pugna entre señores de la guerra (K. Gannon, 2005: 56).

Al Qaeda asesinó a su padre en 1999. Desde entonces, Hamid Karzai organizó el derrocamiento del régimen talibán. Después del asesinato de Masud, los talibanes mataron a Abdul Haq, en octubre de 2001. Haq era un legendario comandante de la guerra contra la Unión Soviética, un pastún con poderosas conexiones tribales, un conciliador que hubiera podido llevar la paz a Afganistán.

> Los talibanes estaban asesinando a todos los líderes afganos que tenían prestigio en el ámbito nacional. La gente temió que Hamid Karzai sería el próximo (A. Rashid, 2009: 115).

Al final, Hamid Karzai fue uno de los pocos comandantes pastunes que se arriesgó a ir a Afganistán después del 11-S. Entró solo, sin apoyo de nadie. Como señala Ahmed Rashid, en realidad la embajada norteamericana en Islamabad no le había tomado muy en serio cuando les había dicho en más de una ocasión que podría unir a los pastunes bajo su liderazgo, no lo tomó en serio hasta que Karzai entró solo en Afganistán. Estados Unidos tuvo que actuar en una ocasión para sacarlo de una emboscada de los talibanes cuando ya prácticamente lo iban a matar. Fue entonces cuando tomaron la decisión de respaldarle. La CIA le suministró armas y asesores.

6.1.2. Un presidente débil: el "alcalde de Kabul"

Karzai siempre ha sido un presidente débil y su margen de maniobra siempre fue estrecho. Por un lado, disponía de un bajo presupuesto de la comunidad internacional y, por otro, no tenía los medios para poner impuestos y tasas (B. Chiari, 2009: 90). Además, los funcionarios tenían poca formación. Los bajos salarios provocaron que las personas cualificadas se fuesen a organizaciones internacionales porque les pagaban mejor. La corrupción y el amiguismo dominaban la administración y deslegitimaban al gobierno.

Pero, quizás, el problema fundamental era la debilidad del estado frente a señores de la guerra como Dostum o Ismail Khan, que se habían repartido de nuevo el país sin preocuparse por el estado central. Así, el radio de acción del gobierno de transición no iba mucho más allá de Kabul. Sólo la presencia de la ISAF evitaba que la capital se convirtiese en escenario de violentas luchas entre señores de la guerra rivales.

Karzai no pudo acabar con ellos. Pero, desde 2004, tuvo algunos éxitos. Hizo que los gobernadores, entre los que había muchos señores de la guerra, no lo fueran de su propia provincia para evitar un afianzamiento de su poder. En septiembre de ese año, Karzai cesó a Ismail Khan como gobernador de Herat. Lo nombró ministro de Energía.

El presidente terminó rodeado de personas peligrosas como Sayyaf, Qanuni o Dostum que se hicieron con poder en el gobierno y en el parlamento. Uno de los momentos definitivos fue cuando Qanuni, ministro de Educación y cabecilla de los panshiris, hizo pública su candidatura a la presidencia. Karzai lo echó.

Señores de la guerra como Fahim o islamistas como Rabbani y Sayyaf ejercían influencia sobre la política del gobierno. Había conflictos dentro del gobierno entre los panshiris y los afganos del exilio. Al principio, los seguidores del asesinado Masud eran el grupo más importante del gobierno. Controlaban ministerios clave como Defensa y Asuntos Exteriores. Su gente ocupaba los órganos de seguridad. El segundo grupo en importancia lo componían los afganos del exilio, educados en Occidente, sobre todo en Estados Unidos y mayoritariamente pastunes. Eran los impulsores de la reconstrucción.

Después de las elecciones presidenciales de 2004, los afganos del exilio ganaron cada vez más influencia. Se convirtieron en interlocutores de confianza de la comunidad internacional. Aun así, Karzai intentó conseguir un gabinete con una correcta distribución étnica y regional. El presidente afgano había vivido muchos años en Estados Unidos y tenía poco apoyo entre la élite pastún, aunque en los medios internacionales siempre se le pusiese el título de dirigente o líder de los pastunes. Muchos afganos le echaban en cara que sólo defendía los intereses de Washington.

Pero, en realidad, el principal problema era la incapacidad del gobierno afgano y de sus patrocinadores occidentales de llevar a cabo una política clara y consistente para la seguridad y el desarrollo del país. En las provincias, los asaltos, los expolios y el uso de la violencia por los poderosos, las milicias y las bandas estaban a la orden del día.

La comunidad internacional oscilaba entre la laxitud y la exasperación frente a la parálisis del poder. La tendencia del presidente y del gobierno a hacer a los actores internacionales

responsables de todos los males empezó a pesar, cuando el 90% de los recursos del estado provenía de la ayuda exterior. El presidente se rodeó de un equipo de afganos del exilio que no pensaban más que en enriquecerse y no dudaron en aliarse con antiguos muyahidines para conseguirlo. Su hermano, Ahmad Wali Karzai, fue nombrado presidente del Consejo Provincial de Kandahar. Durante años se repitieron las acusaciones de su implicación en el narcotráfico. Se decía que recibía sobornos de los barones de la droga por facilitar su tráfico ilegal.

Karzai acusa a Estados Unidos y a Occidente de no haberle proporcionado suficientes recursos y soldados cuando los necesitó, ni asistencia ni cooperación en la lucha contra el terrorismo. Ha repetido que Occidente ignora el santuario de los talibanes en Pakistán y que no hace lo suficiente contra ese país. El Pacto para Afganistán, que promovió el gobierno del primer ministro británico Tony Blair, preveía un programa de desarrollo de 10,5 millones de dólares en cinco años, pero ignoraba las promesas hechas en 2001. La lenta entrega de ayuda ha destrozado la voluntad política en el gobierno y ha desmoralizado a los afganos. Esto ha jugado a favor de los talibanes.

La alianza de la OTAN con Karzai en estos años ha empeorado con las acusaciones mutuas sobre a quién corresponde la culpabilidad por lo que ocurre. El presidente afgano rechaza las críticas de los norteamericanos contra su gobierno, rechaza la llamada guerra contra el terror, en cuanto que supone una ofensiva y una intensificación de las operaciones en el sur y esto lleva a una alienación de la población. Reclama el fin inmediato de las incursiones aéreas y una solución regional, apoyándose más en los países de la zona para concluir la guerra y para llegar a un acuerdo con los talibanes.

6.2. La construcción del Estado

6.2.1. La Loya Jirga *y la nueva Constitución*

El acuerdo de Bonn hacía un llamamiento a un gobierno de amplia base, sensible con los géneros, multiétnico y representativo. Al rey se le dio después el título de "Padre de la Nación". No era un tratado de paz, los vencidos no estaban representados y no preveía nada sobre un alto el fuego o la desmovilización de las tropas.

El rey regresó a Afganistán el 18 de abril de 2002. En junio, se celebró una *Loya Jirga* con 1.650 representantes de todo el país. Karzai fue confirmado como presidente. El 14 de diciembre de 2003, se

reunió la *Loya Jirga* constitucional. En su discurso inaugural, Karzai se mostró favorable a un sistema presidencial y apeló a la unidad nacional. "La nueva Constitución tiene que traer orden y gobernabilidad y organizar el futuro del país", dijo. En esa *Jirga* hubo 103 mujeres, el porcentaje más alto de cualquier cámara legislativa del mundo musulmán.

La que se aprueba es la sexta Constitución afgana, desde la primera promulgada por el rey Amanulá en 1923. Su borrador era prácticamente igual que la de 1964 del monarca Zahir Shah, pero sin la figura del rey. Prevé la República Islámica de Afganistán, prohíbe leyes ofensivas para el islam, aunque no impone claramente la *sharía* o ley islámica. Contempla un estado muy centralizado y un presidente con poder que será elegido para 5 años y nombrará ministros, jueces y otros cargos militares. Habrá una Asamblea Legislativa con dos cámaras: la Cámara Baja o Parlamento *(WolesiJirga)* y la Cámara Alta o Senado *(Meshrano Jirga)*. Los miembros del parlamento son elegidos para 5 años, y al menos habrá una diputada por cada provincia. El presidente nombrará a una tercera parte de los miembros del Senado, el 50% han de ser mujeres. La *Wolesi Jirga* puede impugnar al presidente.

El borrador de la Constitución establecía un buen equilibrio entre las demandas de la comunidad internacional y la tradición y religión afganas. Incluía el derecho a la libertad de culto, la no discriminación por razones de género o de etnia y ratificaba las principales convenciones internacionales sobre derechos humanos.

Varios grupos pusieron reparos a ese borrador. Los monárquicos querían más poderes para el rey, los islamistas exigían la imposición de la *sharía*. Los señores de la guerra querían un sistema menos centralizado, con mayor poder para las provincias y un primer ministro fuerte. Esto fue rechazado por temor a que dos centros de poder fuesen desestabilizadores. La mayor concesión a los yihadistas fue la de dar potestad al Tribunal Supremo para revisar la legislación constitucional y los decretos presidenciales. El tribunal estaba dominado por los más conservadores, bajo la presidencia de Fazl Hadi Shinwari, un hombre de 80 años experto sólo en *sharía* y controlado por Sayyaf, que salió reforzado.

Casi la mitad de los delegados de la *Loya Jirga* Constitucional no estaba de acuerdo con el sistema presidencial y quería un sistema parlamentario con el poder dividido entre un presidente y un primer ministro y una mayor autonomía provincial. Todos los grupos no pastunes enterraron temporalmente sus rivalidades para oponerse al sistema presidencial. A ellos se unieron los fundamentalistas islámicos y los monárquicos. Había un peligro de división étnica, porque la mayoría de los pastunes apoyaba a Karzai y era partidaria de un

sistema presidencial. Hubo mucho regateo entre unos grupos y otros y entre Estados Unidos, la ONU y Karzai. Los delegados se separaron en grupos más pequeños para discutir sobre los diversos artículos del borrador. Las enmiendas sólo podían ser aceptadas por el presidente y sometidas a votación secreta, si contaban con la firma de 151 delegados. En total, se votaron 24 enmiendas.

En una sesión plenaria, celebrada el 17 de diciembre, Malalai Joya, una joven delegada de la provincia de Farah, se enfrentó a Sayyaf y a los señores de la guerra. Les acusó de ser unos criminales y de estar destruyendo el país. Sin dejar que terminase su intervención, varios delegados, furiosos y encabezados por Sayyaf, la acusaron de ser una comunista y otros amenazaron con matarla. El país seguía las sesiones plenarias por televisión. La actitud de Malalai facilitó mucho la unión de las mujeres delegadas y fue un aviso a los yihadistas para que no las intimidasen. Malalai fue puesta bajo la protección de la ISAF durante el resto de la *Loya Jirga*. En septiembre de 2011, seguía viviendo en la clandestinidad.

El resultado más importante de la *Jirga* fue que condujo al resurgimiento de los pastunes. Unidos bajo Karzai, insistieron en la necesidad de un sistema presidencial. Hasta entonces, a pesar de la posición de Karzai como jefe de Estado, los líderes tribales y los cabecillas pastunes no se habían sentido representados. Pero ahora estaban dispuestos a enfrentarse al predominio de la Alianza del Norte.

> Esta nueva unidad pastún contrastaba con las agudas divisiones existentes en el campo tayiko. Desde el 11-S, la Alianza del Norte, dirigida por los panshiris tayikos, había dominado la escena política. Pero su poder estaba siendo rápidamente eclipsado. Estaban divididos respecto a qué forma de gobierno adoptar y acerca de si apoyar o no a Karzai, y con Fahim desacreditado por la forma en que se había enriquecido él mismo y sus adláteres, estaban sin líder. Su presunta corrupción y sus intereses empresariales le habían hecho perder el favor de sus compañeros panshiris. Los uzbecos y los hazaras, con los panshiris eclipsados, empezaron a dotarse de sus propios líderes. Los uzbecos habían ganado muchos puntos, como la declaración del uzbeco y de otras lenguas minoritarias como idiomas oficiales. Los chiíes hazaras veían que la Constitución reconocía por vez primera la jurisprudencia chií en pie de igualdad con la jurisprudencia hanafi suní (A. Rashid, 2009: 279).

Tras 22 días de intensos debates, el 4 de enero de 2004, los 502 delegados de la *Loya Jirga* constitucional aprobaron la nueva Constitución. Es una de las más modernas y democráticas del mundo musulmán. Estipula la igualdad entre suníes y chiíes, hombres y mujeres, musulmanes y no musulmanes, y entre todos los grupos étnicos. El pasto y el dari son idiomas oficiales, pero, por primera vez,

otras seis lenguas son reconocidas en las áreas donde se hablan, al igual que 14 grupos étnicos. Es el artículo 4 el que contempla el pluralismo étnico: "La nación de Afganistán la forman los pastunes, los tayikos, los hazaras, los uzbecos, los turcomanos, los baluchis, los pashay, los nuristanos, los aymaq, los árabes, los kirguizes, los qizilbasj, los gujar, los brahui y otros grupos étnicos. La palabra afgano se aplica a todos los ciudadanos de Afganistán".

Para algunos afganos, en particular para los pastunes, la asamblea constitucional representaba la reconciliación y fue un proceso curativo. Para otros, fue una experiencia dolorosa. Por primera vez, las divisiones étnicas de la era de los talibanes, que habían permanecido latentes desde 2001, habían reaparecido.

El proceso constitucional puso al descubierto no sólo la posibilidad de reunir a personas con intereses diversos para reconstruir el estado, sino también las fracturas que existían en el país. Karzai salió reforzado. Había un acuerdo general para remodelar el gabinete, realizar importantes reformas, fundar un partido político que proyectase una visión nacional antes de que se celebrasen las elecciones presidenciales y parlamentarias, y también para expulsar del gobierno a los señores de la guerra y a los traficantes de droga.

> Pero Karzai no fue capaz de imponerse y permaneció indeciso y titubeante mientras las crisis se multiplicaban a su alrededor, la reconstrucción se detenía, la producción de opio tuvo un nuevo impulso y los talibanes reaparecieron. La nueva Constitución era un hito para la nación afgana, pero su implementación se vería postergada y mientras, el país tuvo que hacer frente a nuevos problemas (A. Rashid, 2009: 282).

Afganistán, uno de los países más pobres del mundo, avanzó a pasos agigantados en la creación de una infraestructura política. En poco tiempo, contó con un Presidente electo, una Constitución democrática y un Parlamento. Estos logros tendrían que haberse consolidado, pero todavía queda mucho camino por recorrer y se han visto perjudicados por los errores de la clase dirigente, de los señores de la guerra y del narcotráfico, de la comunidad internacional y por la corrupción.

Los jueces, los fiscales y los funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores son nombrados por el presidente, que es elegido directamente por el pueblo para un máximo de dos legislaturas. El Tribunal Supremo es la instancia jurídica superior. En los casos no cubiertos por las leyes estatales, los jueces se deberán regir conforme a los fundamentos de las escuelas jurídicas islámicas. El Poder Judicial se deterioró durante la ocupación soviética y la justicia fue administrada por una estricta ley islámica durante el régimen de los talibanes. Para reemplazar el sistema ad hoc que había bajo el

gobierno transicional, la Constitución de 2004 estipula que el Tribunal Constitucional incluya a nueve jueces designados por el presidente, con la aprobación de la *Wolesi Jirga*, durante diez años. Estos jueces tienen una importancia particular. Son responsables de manejar el personal, los presupuestos y las decisiones políticas de todo el sistema judicial nacional, regional y local. Bajo la presión de sus aliados occidentales, el presidente Karzai reemplazó a varios miembros del Tribunal Supremo, en 2006. También en 2006, la *Wolesi Jirga* rechazó la reelección del ultraconservador Fazel Hadi Shinwari, un firme defensor de la ley islámica, como presidente del Tribunal Supremo. Sin embargo, su sustituto, Abdul Salam Azimi, demostró, en sus primeros dos años al frente del tribunal, ser igual de conservador. Otro aspecto importante es el Tribunal de Seguridad Nacional, que trata casos de terrorismo y otras amenazas para la seguridad nacional.

El estado afgano está organizado de forma centralista. Hay 34 provincias, gobernadas por consejos elegidos en las urnas. Estos consejos provinciales envían representantes a la *Meshrano Jirga*. A nivel de distrito y de comunidades locales también se establecieron órganos similares, aunque este proceso tardó más en concluirse.

6.2.2. Elecciones presidenciales y parlamentarias

La Constitución contempla un legislativo bicameral, la Asamblea Nacional. Los miembros de la Cámara Baja, la *Wolesi Jirga* (Consejo del Pueblo), son elegidos de forma directa para cinco años. Las últimas elecciones se celebraron en septiembre de 2010. La *Wolesi Jirga* cuenta con 249 miembros cuya asignación geográfica está determinada por la población. Unos 68 escaños son para las mujeres y diez para los kuchis, un amplio grupo pastún seminómada.

Los 102 miembros de la Cámara Alta, la *Meshrano Jirga* (Consejo de Ancianos) son designados por distintas instancias. Los consejos provinciales eligen un miembro por cada una de las 34 provincias para cuatro años. Los consejos de distrito seleccionan a otros 34 miembros, que servirán en la *Meshrano Jirga* durante tres años. Y el presidente designa a otros 34 miembros para cinco años. La Constitución especifica que la mitad de los miembros nominados por el presidente han de ser mujeres y ha de incluirse a dos representantes de los kuchis y dos representantes de los discapacitados. Los miembros de esta cámara son designados después de la elección de la *Wolesi Jirga*.

El gobierno puede convocar una *Loya Jirga* constituyente para decidir sobre asuntos urgentes relacionados con la independencia, la

soberanía nacional y la integridad territorial. Una asamblea semejante, que puede enmendar la Constitución y presentar cargos contra el Presidente, tiene que incluir a miembros de la asamblea nacional y a los presidentes de los consejos provinciales y de distrito.

A) Los partidos políticos

Desde 2003, Afganistán cuenta con una ley de partidos. Prevé que todos los partidos políticos se registren en el Ministerio de Justicia y que observen los preceptos del islam. En 2007, 82 partidos habían sido reconocidos. En las elecciones de 2005 no se permitió a los candidatos que perteneciesen a ningún partido. Esto imposibilitó que funcionasen en el parlamento coaliciones basadas en partidos. La mayor parte de los grupos políticos se asentaba en alianzas formadas durante los enfrentamientos de 1979 a 2002.

La Alianza del Norte era una influyente pero frágil confederación de varios grupos hazaras, tayikos y uzbecos que lucharon contra los talibanes. Las fuerzas claves en el parlamento salido de las urnas en 2005 eran facciones de la alianza.

En 2008, los partidos individuales más grandes eran el Partido Islámico de Afganistán; el Partido del Congreso Nacional de Afganistán (representado en las elecciones presidenciales de 2004 por el candidato que quedó en quinto lugar, Abdul Latif Pedram); el Movimiento Nacional Islámico de Afganistán (un partido uzbeco representado en esos comicios por Rashid Dostum que quedó en cuarto lugar); el Movimiento Nacional de Afganistán (una coalición de 11 partidos conocida como Partido Nacionalista Afgano); la Sociedad Islámica de Afganistán; el Partido de la Unidad Islámica y el Frente Nacional Unido (fundado por miembros de la Alianza del Norte y otros líderes después de las elecciones de 2005). Uno de los miembros de esta última formación, Yunus Qanuni, que fue presidente de la *Wolesi Jirga*, ha sido una voz fundamental de la oposición al gobierno de Karzai.

El presidente Karzai ha rechazado formar un partido. El primer parlamento reflejó una amplia división entre los líderes de conflictos militares previos y los jóvenes "modernistas" que ponían el acento en el futuro del país. Otra división importante del poder político era la existente entre el sur, dominado por los pastunes, y el norte, dominado por los tayikos y los uzbecos.

B) Censo y registro de votantes

La tarea de organizar las primeras elecciones recayó en UNAMA, la Misión Especial de Naciones Unidas para la Asistencia a Afganistán. No había censo, el último que se comenzó a hacer no llegó a terminarse y se remontaba a 1974, durante la época del régimen prosoviético. Por eso, sólo podían hacerse estimaciones sobre la población total y el número de personas con derecho a voto. Era una labor ardua después de décadas de guerra, millones de refugiados y desplazados y miles de muertos. UNAMA calculó que tendría que registrar a unos 10,5 millones de votantes mayores de 18 años sobre una población de 27 millones de personas. El registro implicaba dotar de documentos de identidad con fotografía a todos los votantes, hombres y mujeres. La ONU necesitaba 78 millones de dólares para el registro y otros 100 millones para las elecciones. El dinero tardó en llegar.

El 1 diciembre de 2003, equipos afganos de la ONU, sin experiencia, se prepararon para iniciar el registro en ocho ciudades. Hubo una respuesta entusiasta de la población, encantada de recibir el primer documento de identidad en 25 años. Estaba plastificado e incluía una foto Polaroid del votante, información personal que fue introducida en una enorme base de datos por un equipo de 300 personas. Muchos afganos se sacaron varios carnés y se produjeron situaciones de gran nerviosismo cuando familias enteras abarrotaban las oficinas para asistir al registro de alguno de sus miembros adultos.

El proceso fue muy lento, especialmente en el sur, donde, por falta de seguridad, sólo había una oficina de registro en Kandahar. Se abrieron otras 4.200 oficinas en ciudades más pequeñas. El número de registros en el cinturón pastún fue mucho menor, lo que provocó el temor de que los pastunes se quejasen por ser insuficientes.

Al principio, sólo el 28% de las personas registradas eran mujeres. La plena participación femenina era esencial para mostrar los progresos. A finales de julio de 2004, se había registrado la mitad de los votantes, unos 5,6 millones de personas, el 38% mujeres, y cada vez era mayor el número de pastunes. Los afganos demostraban que, a pesar de los riesgos, querían votar. Cuando el proceso se dio por concluido, el 15 de agosto de 2004, se habían registrado 10,3 millones de personas, un 41% mujeres.

C) Elecciones presidenciales

Las primeras elecciones que se celebraron en Afganistán fueron las presidenciales. Se presentaron 22 candidatos y una candidata, Masuda Jalal.

> Siempre fui consciente de la desigualdad y quería luchar contra la misma. Me presenté porque quería dar coraje a las mujeres afganas. Creo que dio resultado, hice mi trabajo por las mujeres y se rompieron muchas barreras culturales y mentales, llevando la bandera del empoderamiento de las mujeres (M. Jalal, 2009).

Los candidatos sólo dispusieron de cuatro semanas para hacer campaña. Karzai hizo muy poca por razones de seguridad y por las amenazas recibidas. Era el candidato mejor situado y contaba con el apoyo de la comunidad internacional. Además, era pastún, como la mayoría de la población. Pero sus seguidores se quedaron consternados por su negativa a crear un partido político. Muchos afganos pensaban que, sin partidos, no podría promoverse la democracia y el parlamentarismo frente a las alianzas tribales. Los pastunes votaron mayoritariamente por él, pero el respaldo entre los no pastunes siguió siendo disperso y débil. Karzai insistió en que los partidos recordaban al pasado, cuando las formaciones comunistas e islamistas causaron enormes estragos en el país.

> Yo amonestaba constantemente a Karzai por su incapacidad para comprender la utilidad de los partidos políticos y le decía que un parlamento sin partidos no era una democracia y que, en definitiva, constituye un peligro, pero él se mantuvo inflexible. Fue su gran error y, al final acabaría pagando el no haber erigido una organización política (A. Rashid, 2009: 334).

> Quizás el mayor reto al que se enfrenta el futuro de la democracia de Afganistán es la ausencia de partidos políticos maduros. Los partidos desempeñan en cualquier democracia un papel crítico para superar las diferencias que existen entre los diferentes grupos de interés en la sociedad. Dentro de Afganistán todavía no han madurado hasta el punto de que representen circunscripciones más allá de una estrecha base étnica (S. Thiel, 2009: 42).

El 9 de octubre de 2004 fue el día de las elecciones. Antes de que amaneciera, decenas de miles de afganos empezaron a formar colas ante los colegios electorales en todo el país. Había orden en las colas, paciencia, buen humor y bromas mientras esperaban su turno para votar.

> Después de 25 años cubriendo como periodista las matanzas y el caos de las guerras afganas, aquél fue uno de los días más emotivos y memorables de mi vida. Sentía como si el enorme manto de desesperación que había cubierto el país y sus gentes hubiera desaparecido de pronto dejando pasar los rayos del sol esplendoroso. Para muchos afganos era la primera vez que tenían la oportunidad de ver una urna y hubo que prolongar dos horas la jornada electoral para que todo el mundo pudiera

> tener la experiencia de votar. El entusiasmo público era palpable (A. Rashid, 2009: 336).

La votación, como es lógico, distó de ser perfecta. Los votantes tenían que mojar su dedo en tinta indeleble para evitar que votaran dos veces, pero en algunos lugares la tinta se borraba fácilmente. Hubo gente que votó varias veces. Los afganos que se habían hecho con más de un carné votaron también en diversos colegios electorales.

Se necesitó casi un mes para recoger todas las urnas y recontar los votos.

El 3 noviembre de 2004, Karzai fue proclamado vencedor con el 55,4% de los votos, 39 puntos más que su más inmediato rival, Yunus Qanuni, con un 16,3%. Mohammed Mohaqiq, líder hazara, consiguió un 11,7%, y el general Dostum, un 10%. A pesar de todos los fallos y complicaciones del proceso y, dada la situación del país y el alto porcentaje de analfabetismo, se trataba de un éxito el que el presidente afgano consiguiese su puesto por la vía democrática y no por la violencia.

D) Elecciones legislativas

El 18 de septiembre de 2005 se celebraron las primeras elecciones legislativas. Su desarrollo fue relativamente bien, pero ya se veían algunos elementos que reflejaban un cierto deterioro. En el sur y en el este, la participación fue baja, en algunos lugares de sólo el 25%. Este porcentaje contrastaba con el alto número de votantes en el norte y en el oeste, donde incluso llegó al 50%. Una de las principales razones fue la diferente situación de seguridad. En el sur y el este, la insurgencia ya estaba muy activa.

Las listas eran muy complicadas para unos votantes que, en su mayoría, eran analfabetos. Había 5.800 candidatos. Lo lamentable fue que bastantes señores de la guerra pudieron presentarse y salir elegidos. El pequeño papel de los partidos perjudicaba claramente el proceso democrático. Fueron diferentes personalidades y redes las que desempeñaron un rol más importante que los programas políticos. Los instrumentos del poder fueron, como antes, las tradicionales alianzas étnicas.

La administración del Presidente Karzai no parece haber aprendido las lecciones del pasado, parece calcular que una débil y fragmentada asamblea nacional significa más poder para sí mismo. Pero era imprescindible que los poderes ejecutivo y legislativo trabajasen juntos y la prioridad debían ser unas buenas relaciones entre las instituciones del Estado. Como afirma la experta del

International Crisis Group, Joanna Nathan, "debían aprender a funcionar, tanto dentro de sí mismos como entre sí, para resolver los conflictos por medios democráticos".

Aunque Karzai intentaba minimizar su papel, los partidos políticos eran necesarios para mitigar la influencia de los señores de la guerra. Aunque en la asamblea nacional haya señores de la guerra y narcotraficantes, su presencia no puede servir de excusa para marginarla. Al contrario, subraya la necesidad de que haya un poder judicial, así como una policía, una administración pública y unidades administrativas para que la población vea un cambio real. El progreso en la vida cotidiana es crucial para mantener un electorado, pero la importancia simbólica de un órgano representativo estable será más importante para la paz.

Pronto surgieron problemas, por ejemplo cuando el parlamento tuvo que confirmar a los miembros del gobierno. Las negociaciones y los trapicheos entre bastidores fueron moneda común. Cada día, durante dos semanas, dos de los candidatos seleccionados por Karzai eran presentados ante la Cámara Baja, la *WolesiJirga*. Después, pronunciaban un breve discurso para presentar sus logros y planes. Luego, se sometían a las preguntas de los presidentes de distintas comisiones. Se oyeron referencias a la yihad y al islam. De nuevo apareció Malalai Joya, que había conseguido un escaño.

"Nuestra Comisión tiene una pregunta: ¿por qué están los nominados enfatizando la yihad y el islam? Todos nosotros somos musulmanes y muyahidines", dijo Malalai. Y recordó a los líderes muyahidines que habían peregrinado a La Meca, pero que luego habían continuado con los asesinatos y la destrucción. Los parlamentarios masculinos empezaron a gritarle y a vociferar "abajo con ella".

Además estaba el problema de la formación de los ministrables. La Constitución requiere que los altos funcionarios del gobierno tengan una educación superior. Y muchos no la tenían. El parlamento puede vetar a los miembros del gobierno y tomar decisiones sobre el presupuesto del estado y los planes de desarrollo. Su composición refleja una gran variedad étnica y el esfuerzo de hablar con una sola voz. En el primer legislativo, 68 de sus 249 miembros eran mujeres. No era una mala cuota para un país en el que las mujeres eran invisibles durante el régimen talibán e incluso antes. La gran mayoría de los diputados de aquella legislatura acudía a las sesiones, muchos más que en algunos países occidentales.

La falta de pertenencia a un partido y la escasa experiencia política hacían imposibles las coaliciones de base amplia y faltaba por completo la disciplina política. Había que hacer campañas para ganarse el voto de un grupo de diputados, entre los que no faltaban

los señores de la guerra o los que tenían un pasado, como mínimo, turbio. Pero más importante que cada uno de los candidatos era el parlamento como institución.

6.3. La creación de la seguridad y la defensa

En 2001, tras la caída de los talibanes, la situación era desesperanzadora. No había fuerzas de seguridad dignas de ese nombre. Los muchos años de conflicto habían desintegrado por completo el ejército y la policía anteriores a la invasión soviética. Los diez años de ocupación, la guerra civil y el régimen talibán produjeron una descomposición en los mandos y milicias que obedecían a diferentes señores de la guerra o a líderes islamistas de los refugiados en Pakistán. El acuerdo de Bonn estableció la disolución de todas las facciones armadas y la creación de un ejército y de un cuerpo de policía.

El mayor error de la comunidad internacional, en general, y de la administración Bush, en particular, fue no proveer al presidente Karzai y a su gobierno interino de las fuerzas internacionales necesarias para asegurar y estabilizar el Afganistán de la posguerra, en ausencia de un ejército y de una policía.

6.3.1. El problemático proceso de desarme

Uno de los retos a los que se enfrentaba la comunidad internacional era el desarme de los antiguos combatientes, de las milicias de los señores de la guerra. Naciones Unidas estaba determinada a hacerlo. En la Conferencia sobre Seguridad celebrada en Tokio, en febrero de 2003, Japón prometió asumir la mitad del coste de los 160 millones de dólares del plan de desarme. Estados Unidos pagaría otra parte. El programa quería abrir un nuevo comienzo en Afganistán. Cada miliciano que abandonase las armas recibiría a cambio 200 dólares en metálico, un paquete con comida y herramientas agrícolas, si querían regresar a sus aldeas, un trabajo temporal y formación profesional.

Sin embargo, el ministro de Defensa, Mohammad Fahim (conocido como "mariscal Fahim"), había redactado un plan para que los milicianos fueran simplemente trasladados al Ejército Nacional Afgano. Las Naciones Unidas y los ministros reformistas del gabinete afgano, liderados por Ashraf Ghani, se negaron a refrendar el plan y los japoneses dejaron claro que no lo financiarían. El programa de desarme se puso en marcha en octubre de 2003. En un primer ensayo

general fueron desarmados unos 1.000 hombres. Simultáneamente, la ONU, con la ayuda de la ISAF, empezó a recoger armas pesadas de los señores de la guerra.

El desarme había dividido al gabinete de Karzai entre reformistas y señores de la guerra reaccionarios que sabían que el desarme representaba el fin de su poder militar. Los reformistas dijeron a Karzai que si se ponía duro con los señores de la guerra, los norteamericanos no tendrían otra opción que apoyarle. Si les pedía permiso, nunca estarían dispuestos a correr ningún riesgo. El presidente reunió, meses después, a todos los gobernadores provinciales y a los comandantes regionales en Kabul para pedirles que cumpliesen con una resolución de 13 puntos que había sido adoptada por el Consejo Nacional de Seguridad. Se prohibía el reclutamiento de personal militar privado y no autorizado y reafirmaba que nadie tuviese a la vez un puesto militar y uno civil. Se tenían que disolver los cuerpos extragubernamentales. Controlaban decenas de miles de combatientes a los que difícilmente iban a desmantelar porque eran la base de su poder.

No existía ninguna fuerza con los medios y la voluntad necesaria para realizar un desarme forzoso, aunque hubo diversos programas. El programa de las Naciones Unidas "Desarme, Desmovilización y Reintegración (DDR)" consiguió desarmar finalmente a 62.000 hombres, pero tuvo que vencer la resistencia de los americanos, de Karzai y de otros. Entre los afganos, ésta fue la iniciativa más popular de la ONU, aunque sigue habiendo miles de hombres armados. El DDR se convirtió en una parte esencial del proceso pacificador y de reconstrucción nacional. Estados Unidos se negó a financiarlo o a permitir que las tropas norteamericanas colaborasen en el desarme.

> Para la ONU era tan importante crear un nuevo ejército como desmovilizar a las viejas milicias, pero los funcionarios norteamericanos decían no ver la relación entre una y otra cosa. La negativa de Washington a apoyar al DDR fue uno de los factores, junto con el más importante de la invasión de Irak, que crearon un abismo entre Estados Unidos y Europa (A. Rashid, 2009: 272).

Se procedió a retirar el armamento pesado de los señores de la guerra para, después, centrarse en el desarme de unos 100.000 milicianos. Fahim fue uno de los últimos en entregar sus tanques y cañones. Y otros comandantes se negaban a ordenar a sus combatientes que entregasen las armas al que consideraban un enemigo, Estados Unidos, que, sin embargo, siguió reclutando milicianos para proteger sus bases, incrementando su número, mientras la ONU trataba de desarmarlos. Según los norteamericanos, no había contradicción en su estrategia.

Fahim terminó siendo destituido, los señores de la guerra fueron expulsados de sus puestos militares y los americanos convencidos de la necesidad de dejar de financiarlos. El DDR se convirtió en uno de los programas más decisivos, obligó a los principales actores a definirse y a dejar de mirar los toros desde la barrera. Para las Naciones Unidas fue una iniciativa polémica, pero consiguió acelerar el ritmo de las reformas. Si Estados Unidos hubiese apoyado el programa desde el principio, la ley y el orden hubieran mejorado y tal vez se hubiera podido evitar el resurgimiento de los talibanes. Cuando reaparecieron, su principal consigna propagandística fue restablecer la ley y el orden.

En julio de 2005, Naciones Unidas lanzó el DIAG (Desmantelamiento de Grupos Armados Ilegales), con el objetivo de desmantelar a cientos de pequeños grupos armados no afectados por el DDR. El programa prácticamente no tuvo impacto. Se intentaba convencer a los milicianos no tanto de entregar las armas, frecuentemente obsoletas, sino de ofrecerles una alternativa de trabajo, pero los empleos escaseaban. Una vez desarmados y desmovilizados, eran presionados a veces por sus comandantes para que les diesen el dinero que les habían pagado por dejar las armas. El obstáculo real, sin embargo, era el desarme de los comandantes que disponían de armamento moderno y estaban relacionados con los señores de la guerra. Ellos son la gran amenaza.

6.3.2. El Ejército Nacional Afgano

En junio de 2002, en una conferencia celebrada en Ginebra sobre la reforma de la seguridad, la comunidad internacional acordó un plan para crear un ejército de 60.000 hombres, 12.000 guardas fronterizos y una Fuerza Aérea de 8.000 efectivos. El Ejército Nacional Afgano (ANA) se dividiría en siete cuerpos por todo el país. Uno sería de reacción rápida, con base en Kabul.

La ISAF y Estados Unidos aportan instructores que se integran en las unidades, que hay que adiestrar. Se trata también de que amplíen sus conocimientos operativos y aumenten su profesionalidad. Reciben previamente lecciones básicas en el centro de adiestramiento militar de Kabul, dirigido por afganos. La escasez de instructores es un serio problema para alcanzar los objetivos.

Fueron necesarios meses de negociaciones para proceder a la reforma del Ministerio de Defensa. Todos los altos cargos eran hombres de Fahim y éste insistía en que sus 50.000 combatientes panshiris debían formar el núcleo del nuevo Ejército Nacional Afgano.

Esto invalidaba el llamamiento a un reclutamiento bajo el eslogan de 'una nación, un ejército' que sonaba bastante hueco a los no panshiris (C. Johnson y J. Leslie, 2007: 16). Los funcionarios pastunes y los gobernadores del sur no se fiaban de Fahim y se negaban a obedecer sus órdenes. Éste recibía dinero y apoyo de Irán y de Rusia. Los rusos proporcionaban armas y piezas de repuesto para los cientos de tanques que Fahim todavía conservaba en el Valle del Panshir. Rusia, India e Irán habían apoyado durante mucho tiempo a la Alianza del Norte en su lucha contra los talibanes. Estaban convencidos de que las fuerzas norteamericanas pronto abandonarían Afganistán y querían mantener su influencia sobre sus antiguos aliados.

Al final, el Ministerio de Defensa fue reestructurado. Había que zafarse de las garras del general Fahim y de los cientos de oficiales tayikos que había colocado. Un informe confidencial de la ONU afirmaba que 30 de las 33 direcciones generales estaban encabezadas por panshiris y lo mismo ocurría en el "Amanyat", el servicio de inteligencia.

El 21 de septiembre de 2003, después del viaje de Karzai a Washington, Fahim aceptó nombrar a 22 funcionarios de todos los grupos étnicos para cargos importantes en el Ministerio de Defensa. Los oficiales afganos serían una mezcla de veteranos del antiguo ejército apoyado por la Unión Soviética y las numerosas facciones muyahidines y milicias que lucharon contra ellos y entre ellas durante 23 años de guerra. El objetivo de la reforma del ministerio era conseguir un equilibrio profesional y étnico. Estados Unidos será el responsable de la creación del ejército. El desembolso inicial de 75 millones de dólares, más el coste de construir nuevos barracones (80 millones de dólares) correrán a cargo de un fondo fiduciario para reformar la seguridad. La ONU pidió la contribución de todas las naciones.

Pero había, además, otros problemas. Entre un 20% y un 40% de los soldados eran analfabetos. El índice de deserción era muy alto —en torno a un 25% en 2005 y un 13% en 2006—. Los soldados desertaban porque no estaban acostumbrados a servir tan lejos de sus aldeas o porque no podían mandar sus salarios a las familias debido a la inexistencia de un sistema bancario nacional. Recibían una paga básica de 70 dólares al mes y un complemento de peligrosidad cuando estaban en primera línea. El coste de un ejército es muy alto y Afganistán no estaba en condiciones de mantenerlo y no lo estará en muchos años, quizás en demasiados años. Será necesaria su financiación internacional a largo plazo. No será barato, pero será más barato que el despliegue de tropas extranjeras en el país, que cuesta 10 veces más.

6.3.3. La formación de las Fuerzas de Seguridad

En cuanto a la policía afgana, se ha seguido un proceso paralelo al del ejército. Las cifras también han ido variando. Hay falta de coordinación y coherencia. Y se ha avanzado poco. Igual que en el caso del ejército, en la policía el elevado nivel de analfabetismo supone un enorme obstáculo para el adiestramiento, a lo que hay que sumar la falta de instructores y una situación precaria, e incluso el abuso de drogas.

Se trata de formar una policía militar, pero reclutarles es difícil. Más del 80% de los policías que hay no saben leer ni escribir. Está en cuestión la profesionalización. Se les forma sobre dos pilares: trabajo policial y el imperio de la ley y la lucha contra la corrupción. Hay pocas mujeres policías y son amenazadas. Se empieza desde cero. Y en las provincias puede ocurrir que los gobernadores controlen a la policía y que ésta se convierta en una policía privada con uniforme. El ministerio sólo existe en Kabul.

Además, el personal estaba contaminado por el soborno, los robos, la extorsión y el tráfico de drogas. Se enfrenta con el rechazo de la población, que considera a la policía corrupta y brutal. Se producen numerosas bajas por distintas causas, entre ellas la deserción para pasarse al bando de los talibanes. Pero, a la vez, la policía frecuentemente es la única cara del gobierno en muchas áreas remotas. Una crónica falta de equipamiento hace, sin embargo, a los agentes vulnerables a los ataques y han sufrido un mayor porcentaje de bajas que el ejército. También ocurre que normalmente acaban trabajando en sus propios vecindarios con lo que son más fáciles de sobornar y de dejarse influenciar por los poderosos locales.

Formar unas fuerzas policiales no es fácil. Las Naciones Unidas determinaron que reconstruir la policía en un estado fallido era aún más importante que reformar el ejército. La policía está en primera línea de la seguridad pública, de la ley y el orden y de la protección del gobierno y es fundamental para construir una democracia, ya que puede generar confianza entre el gobierno y el pueblo. La comunidad internacional tardó en darse cuenta de esto y dejó esta fuerza para el final. Fue la que menos financiación recibió. La Policía Nacional Afgana (ANP), a diferencia del ejército, no fue reconstruida desde cero, sino poco a poco, de forma poco sistemática, utilizando elementos corruptos de entre los señores de la guerra.

> Durante la guerra civil de los 90, las comisarías de policía no eran más que una extensión del poder de los señores de la guerra y de los cabecillas locales y, bajo Karzai, continuaron siéndolo. Raramente se impartía justicia… Estaban fuertemente involucrados en el tráfico de

> drogas, en la requisa de tierras, los secuestros y la extorsión. El ministerio del interior, que se hizo cargo de la policía después del 11-S., se convirtió en un centro del tráfico de drogas, y los puestos de policía de las regiones del cultivo del opio eran subastados al mejor postor —a veces pagando 100.000 dólares por un trabajo a quien tenía un sueldo de 70 dólares al mes. Sin policías y sin jueces, los afganos no podían esperar ni que se impartiese justicia ni que se previniese el delito (A. Rashid, 2009: 264).

Alemania, en nombre de la Unión Europea, asumió en 2002 la responsabilidad de instruir a la nueva ANP, una fuerza de 62.000 hombres. Pero no estaba dispuesta a proporcionar los fondos y los recursos necesarios. Apenas se gastó 89 millones de dólares en cuatro años, lo que irritó a los norteamericanos, a los afganos y a otros países europeos. Montó una Academia de Policía en Kabul para instruir a los agentes. Pero avanzó poco. No puso en práctica ningún plan a escala nacional para la formación y apenas se dotó de equipo y material a las comisarías. Muchas carecían de radios, vehículos e incluso armas. Washington decidió hacerse cargo de la formación policial en 2003, pero se produjeron de nuevo una serie de interminables demoras.

En mayo de 2007, la misión policial de la Unión Europea en Afganistán (EUPOL) asumió el control del entrenamiento de la policía que antes dirigía Alemania. Su objetivo era contribuir al desarrollo de un programa para establecer una policía civil a nivel nacional. Pero también fracasó, al no dotarlo de los suficientes instructores policiales para formar a los policías de distrito, de las provincias y de las regiones. La mayor parte del entrenamiento corría a cargo de militares estadounidenses. Al final, el adiestramiento policial es realizado conjuntamente por Estados Unidos, a través del llamado mando combinado de seguridad de la transición, y por la Unión Europea. Los norteamericanos se ocupan de la parte táctica y los europeos se concentran en asesorar al Ministerio del Interior.

6.3.4. El "baile"de cifras

En enero de 2011, el Ejército afgano contaba con 152.000 soldados, un aumento considerable respecto a los 97.000 de noviembre de 2009. Y había ya unos 118.000 oficiales de policía respecto a los 95.000 de noviembre de 2009, según datos de la ONU. En enero de 2010, los donantes internacionales acordaron expandir las fuerzas militares y policiales a unas 306.000 para octubre de 2011, incluyendo 171.600 soldados y 134.000 policías. En febrero de 2011, el general norteamericano William Caldwell, que dirige la misión de entrenamiento de Estados Unidos y la OTAN, dijo que el presidente

afgano, Hamid Karzai, había pedido una expansión de las fuerzas afganas hasta los 370.000 efectivos. Incluso, en 2011, no era descartable que la cantidad total de las fuerzas de seguridad se incrementase a 400.000 para 2013, 240.000 soldados y 160.000 policías. Estos datos se basan en lo que los comandantes consideran lo mínimo necesario para asegurar todo el país.

El gran problema es no sólo la cantidad sino también y, sobre todo, la calidad. No es fácil formarles cuando la gran mayoría es analfabeta, pero, además, hay que construir un ejército y una policía en tiempo récord, porque las fuerzas internacionales pusieron fecha a su retirada antes de asegurar y garantizar que los afganos estarían preparados para asumir esa responsabilidad. Todo indica que no es así. Además, una aceleración de la formación puede provocar una disminución de su calidad, y un aumento de los efectivos en un menor tiempo puede llevar a un menor control de los reclutas o aspirantes y a un aumento de las posibilidades de que se infiltren los insurgentes. Sin olvidar el número de deserciones que se producen durante la formación o después de la misma.

Desde 2002 hasta principios de 2011, Estados Unidos aportó más de 27.000 millones de dólares —más de la mitad de la ayuda total norteamericana— para entrenar y equipar a las Fuerzas de Seguridad afganas. Los donantes internacionales realizaron contribuciones nominales. La policía sufrió una seria falta de fondos después de que Alemania se convirtiese en el líder de la creación de esa fuerza en 2002. El ejército de Estados Unidos presupuestó 2.500 millones de dólares para 2007, cuando se hizo cargo de esa fuerza, y otros 800 millones para 2008. El presidente Barack Obama tenía previsto 12.800 millones de dólares del año fiscal 2012 para el entrenamiento de las Fuerzas de Seguridad afganas. Con todo, mantener estas cantidades será insostenible a largo plazo. Pero la seguridad es con todo uno de los puntos fundamentales para el futuro de Afganistán.

6.4. La corrupción

Según un informe de la Oficina de las Naciones Unidas contra las Drogas y el Delito (UNODC) de enero de 2010, la mitad de la población afgana había pagado un soborno a un funcionario en el curso del año anterior y la mayoría (59%) consideraba que la corrupción pública era un problema más grave que el peligro físico. El informe calculaba también que los afganos pagan en sobornos todos los años un dólar de cada cuatro ganados por el país (casi 2.000 millones de dólares). Pero no sólo ellos pagan sobornos. La entrega de

millones de dólares en efectivo a los caudillos rurales es una práctica habitual entre los soldados estadounidenses y de la OTAN. Se pagan para conseguir información y, si es posible, apoyo. El general estadounidense David Petraeus llegó a declarar: "El dinero es mi mejor munición en esta guerra".

La corrupción posee tal magnitud y está tan generalizada que puede poner en peligro alcanzar una paz y una seguridad estables. Cubre Afganistán como una red. Se encuentra en todos los campos y a todos los niveles. Los ministerios y la policía están corruptos. El enriquecimiento personal les parece normal a muchos dirigentes, pero los pequeños funcionarios también se dejan sobornar. La economía de la droga ha adquirido una dimensión enorme que se ve reforzada por la corrupción.

> La corrupción está en los niveles más altos, sobre todo por la debilidad del estado. En los niveles superiores debería haber gente formada, con experiencia y hasta que no sea así, habrá corrupción, al más alto nivel Y no se rinden cuentas y menos aún por la comunidad internacional (N. Nazari, 2009).

Existen también los sobornos, causados por la pobreza y la necesidad. En muchas profesiones se gana tan poco, que no se puede alimentar a la familia con los ingresos regulares. Policías, profesores y funcionarios tienen sueldos muy bajos, pero pueden sacar algo más con la 'mordida'. El funcionario entrega el formulario deseado, que es gratis, con un coste adicional, el soborno. El policía pasa por alto un delito, si se le da una pequeña cantidad. Y la nota del niño se mejora, si el profesor recibe una 'ayuda'. En controles nocturnos los policías de tráfico 'ponen el cazo', como si fuesen ladrones. En el aeropuerto, se pueden obtener con un soborno las formalidades de salida.

Muchos extranjeros impulsan este sistema en la sombra. Se compran una vida cómoda con sobornos. Con ese dinero se aseguran el suministro de electricidad y se evitan las largas colas en el aeropuerto. Los ciudadanos tienen que luchar cada día contra la corrupción, superar el día a día cuesta dinero y la mayoría no lo tiene. Esto conduce a que haya más comportamientos corruptos.

La otra forma de corrupción son los enchufes, la colocación de familiares o amigos en trabajos para los que no están preparados. Se saltan reglas y leyes. Otro caldo de cultivo es la gran cantidad de organizaciones e instituciones y de dinero que circula desde hace años con poco o ningún control. Están implicadas organizaciones y empresas locales e internacionales. Se estima que sólo la mitad de los ingresos del Estado acaba en el Tesoro Público. Expertos del Departamento de Estado y de Comercio de Estados Unidos ayudan a

promover el comercio regional para impulsar la economía. Los cargamentos que llegan a las tropas estadounidenses deben pasar por muchas manos. Una de las mayores fuentes de ingresos de los talibanes es el dinero que obtienen a cambio de la 'protección' de los convoyes.

> Es, en realidad, a secciones enteras de la administración afgana a las que sería necesario combatir. La cultura del opio no es solamente el lote de los talibanes. En materia de corrupción, Afganistán bate todos los récords. El país se encuentra en el puesto 179 de 180, al final de la tabla, uno menos que Somalia. Unas horas de paseo por Kabul son suficientes para darse cuenta de la extensión de las inversiones del dinero de la droga. Las parcelas de Sherpur, distribuidas amablemente por Fahim a sus amigos en 2003, se han llenado de inmensas casas costosas y kitsch, palacios de las mil y una noches decorados con columnas griegas, espejos y dorados. Es la "narcotectura", como la llaman los afganos, sorprendidos por tales excesos del peor gusto (A. Quentier, 2009: 297).

6.5. Las mujeres: las costumbres por encima de la ley

En el primer gobierno de Hamid Karzai, en 2001, había tres mujeres. Y no tuvieron que movilizarse para conseguirlo, fue impuesto por la Conferencia de Bonn. La comunidad internacional dijo que una de las razones de su intervención era salvar a las mujeres afganas de la barbarie de los barbudos de la sinrazón. Aun así, sus derechos no han sido una prioridad constante ni del gobierno ni de sus aliados internacionales. La situación de las mujeres cambió en los años siguientes, se produjeron algunos avances. Eso no evitó que, después de la reelección de Karzai, en 2009, en el gobierno sólo hubiese una mujer, encargada precisamente de la cartera de Asuntos de la Mujer. En los comicios legislativos de 2010, de los 249 parlamentarios elegidos, 69 eran mujeres, una más que en el parlamento de 2005. Hay una cuota fija mínima para las féminas del 25%, también en los consejos provinciales. En las elecciones presidenciales de 2009, dos de los 41 candidatos eran mujeres y 333 compitieron por escaños en los consejos provinciales, un 10% de los candidatos.

En 2010, de los siete millones de escolares, el 37% eran niñas. Cerca de una tercera parte de los 170.000 profesores eran mujeres. Muchas niñas se enfrentan a obstáculos para ir al colegio y esta falta de acceso a la educación es una de las causas del analfabetismo, común en el 90% de las niñas. Sólo el 14% de las mujeres sabe leer y escribir. Pero también hay doctoras y mujeres policías y militares y mujeres trabajando en otros sectores sociales, aunque esto se limita a

las ciudades, sobre todo a Kabul. Los avances en la capital llegan bastante atemperados al resto del país.

Los informes sobre la situación de las mujeres siguen destacando que es la peor o de las peores del mundo. Algunos datos provocan escalofríos: su esperanza de vida es de 43 años. Sólo el 15% de las mujeres dan a luz en un centro médico. El 78% de las que viven en zonas rurales carece de acceso al sistema de salud. Al casarse y quedarse embarazadas muy jóvenes, se produce un muy alto porcentaje de muertes entre estas madres durante el parto. Es la segunda peor tasa en el mundo.

Un informe de 2010 de la Agencia de la ONU para las Mujeres indica que alrededor de un tercio de las afganas está expuesto a la violencia física y psicológica y cerca de una de cada cuatro sufre violencia sexual, normalmente de sus maridos o familiares. Más de un 80% de los matrimonios son forzados y la mayoría, un 57%, se produce cuando las niñas son todavía menores de 16 años, lo que está prohibido por ley. La práctica de vender niñas como esposas pone de manifiesto que se negocia con ellas como si fuesen un producto, en lugar de seres humanos. Los altos precios de las dotes —es una tradición que el hombre pague una dote por la mujer— provocan que las familias pobres vendan a sus hijas a hombres mayores. Al casar a las hijas —muchas veces cuando apenas han tenido su primera menstruación—, consiguen dinero de forma rápida y fácil para hacer frente a las dotes de sus hijos. Otras veces son entregadas como pago de deudas, como una herencia o para saldar una venganza.

El 87% de las mujeres en Afganistán ha sufrido al menos una vez en su vida algún tipo de violencia. El delito de violación no fue tipificado como tal hasta 2009, pero las autoridades no lo persiguen. Más de la mitad de las mujeres y niñas detenidas están recluidas por 'crímenes morales', como cometer adulterio o escaparse de casa, a pesar de que huir del hogar no se considera un delito en la legislación afgana ni en la *sharía*. Pero la respuesta de la policía o de los tribunales suele ser hostil hacia ellas. Las reclusas tienen un difícil acceso a abogados, muy pocas lo tienen, no tienen información sobre sus derechos, y se las deja en la cárcel hasta que sus familiares intervienen. Y existe una enorme incertidumbre sobre la legalidad de sus detenciones.

Así, la vida de muchas afganas se convierte en un infierno. Cada año, cientos de ellas intentan poner fin a su vida quemándose vivas, o las queman sus maridos o suegras, sobre todo en la provincia de Herat. Son jóvenes de entre 15 y 25 años. Entre el 22 de septiembre de 2003 y el 19 de abril de 2004, en Herat, se conocieron 380 casos, algunos fueron intentos de suicidio y otros resultaron en muerte. El 80% fue atribuido a la violencia en el seno de la familia. Desde el 20

de marzo al 21 de diciembre de 2004, se registraron 364 casos más. Varias ONG ayudan a estas mujeres —en el hospital de Herat se ha construido un pabellón exclusivo para estas víctimas— y las conciencian sobre sus derechos. Muchas no quieren morir realmente, sólo llamar la atención sobre su angustia. El miedo les lleva incluso a decir en el hospital que todo ha sido un accidente si sus familiares están presentes.

En marzo de 2009, las críticas de la comunidad internacional y de las organizaciones de derechos humanos y de la mujer fueron muy duras y enérgicas cuando el presidente Karzai ratificó y firmó el Código Chií de la Familia o Ley del Estatus Personal de los Chiíes, aprobado por el parlamento. Regula los asuntos de los musulmanes chiíes, que constituyen entre un 10 y 15% de la población. La intención de Karzai era atraer el voto de los chiíes y hazaras en las presidenciales de ese año. Ante las fuertes críticas, se reformaron algunos puntos de la ley, aunque todavía quedaron otros que suponen una violación de los derechos humanos, como el que el marido tenga derecho a retirar la manutención básica a su mujer, incluyendo la comida, si ésta rechaza obedecer sus demandas sexuales; o garantizar la tutela de los hijos exclusivamente a los padres y abuelos. Además, obliga a las mujeres a pedir permiso a los maridos para trabajar e incluso permite a un violador evitar un procesamiento pagando "dinero de sangre" a la niña que hirió al violarla.

Todavía hay que trabajar mucho por el acceso de las mujeres a la justicia o por la ley sobre la violencia contra las mujeres. "Los ciudadanos de Afganistán, hombres y mujeres, tienen iguales derechos y obligaciones delante de la ley" (artículo 22 de la Constitución). Los derechos de las afganas están protegidos bajo la *sharía* y la Constitución. La ley de la eliminación de la violencia contra las mujeres, de agosto de 2009, lucha contra las costumbres, tradiciones y prácticas contrarias al islam.

En julio de 2010, el presidente Karzai y otros participantes en la Conferencia de Kabul reiteraron la importancia de los derechos de las mujeres, incluida la igualdad política, económica y social, para el futuro del país. Prometieron implementar en seis meses la ley sobre la eliminación de la violencia contra las mujeres y el plan de acción nacional para las mujeres para proveer a mujeres y niñas de medios legales para luchar contra los abusos en los tribunales. Cualquiera que cometa un crimen contra ellas, incluso maridos, tíos, padres o suegros, puede ser castigado con la cárcel.

A la pobreza y a la inestabilidad se suma el hecho de que las costumbres continúan primando por encima de las leyes, lo que complica que éstas se apliquen en su totalidad, especialmente en las zonas rurales y en las áreas y sectores más tradicionales. Las

condiciones de seguridad, la oposición cultural a la presencia de las mujeres en la vida pública y una serie de ataques destinados a disuadirlas de sus actividades son serios obstáculos a su desarrollo. En realidad, el limitado espacio abierto a las mujeres tras la caída del régimen talibán está bajo una constante amenaza, no sólo de los propios talibanes, sino también de unas costumbres profundamente arraigadas. A la vez, son tiempos muy duros para las mujeres, entre dos fuegos, el de la guerra y el de la perspectiva de paz. Las mujeres y las niñas pagan un alto precio en el conflicto: son matadas y heridas por los insurgentes y por los bombardeos aéreos; los códigos locales del honor son violados por las "redadas nocturnas" de los soldados internacionales; sus movimientos se ven dificultados por la inseguridad. Los insurgentes de forma regular deniegan a las niñas el derecho a la educación a través de ataques a colegios o amenazas a los profesores o alumnas. Y deniegan a las mujeres al derecho a buscar su propio sustento atacándolas o amenazándolas o intimidándolas cuando trabajan fuera de casa. Varias han sido asesinadas, pero no se ha juzgado a sus asesinos. Sitara Achakzai, política y defensora de los derechos humanos, fue asesinada en abril de 2009.

Las facciones fundamentalistas del gobierno van tomando fuerza, la insurgencia va ganando terreno y se va materializando la posibilidad de alguna forma de reconciliación con los islamistas radicales. Esto amenaza gravemente los avances logrados por las féminas afganas desde 2001, en aspectos como la educación, el trabajo y la libertad de movimientos. A pesar de lo que se diga y piense, las mujeres y hombres que luchan por sus derechos reconocen que sí ha habido cambios, aunque no todos los que se esperaban y menos de los que se podían haber conseguido con todo el dinero y esfuerzo invertidos.

> Hoy día, la situación de las mujeres ha cambiado más que poco, pero no es suficiente. Las mujeres esperaban más de lo que han conseguido. No hay cambios en las áreas rurales. La asistencia no ha cumplido con los requerimientos de las mujeres en Afganistán. Los señores de la guerra controlan el parlamento y tienen todo el poder. El parlamento está controlado por los muyahidines (S. Perlika, 2010).

Masuda Jalal recuerda que durante la época de los talibanes recibió cartas de amenazas porque, en la clandestinidad, llevaba a cabo proyectos para la mujer. Cuenta que el día que cayeron los talibanes fue la primera mujer en ir a su oficina. La había tenido que cerrar años atrás. "Mi casa había sido mi oficina durante esos años" (M. Jalal, 2009). Fue ministra de la Mujer y candidata presidencial en 2004.

> A pesar de los mejores esfuerzos de la administración Bush de convencer a los americanos y al mundo de que la guerra norteamericana del 2001 había "liberado" a las mujeres y de que Estados Unidos continuaba trabajando por los intereses de las mujeres afganas, las activistas de base revelan una imagen muy diferente (S. Kolhatkar y J. Ingalls, 2006: 187).

La joven diputada, Malalai Joya, obligada a vivir en la clandestinidad por las amenazas de muerte que recibe, no deja de señalar con el dedo certero a los señores de la guerra, puestos en el poder por la administración norteamericana.

> Ellos son los que convirtieron nuestro país en el centro de guerras nacionales e internacionales. Fueron las personas que más en contra estaban de las mujeres en la sociedad… Llevaron a nuestro país a este estado e intentan hacer lo mismo de nuevo… Deberían ser llevados ante tribunales nacionales e internacionales. Aunque sean perdonados por los de arriba, los afganos de a pie y la historia nunca les perdonarán. Todos están registrados en la historia de nuestro país (S. Kolhaktar y J. Ingalls, 2006: 187).

Especialmente en las provincias, siguen siendo ciudadanas de segunda. Se enfrentan a la discriminación cotidiana, también por parte de la administración. Una amplia proporción no puede tomar ninguna decisión sin el permiso de un familiar masculino. El problema es que la violencia contra la mujer es tolerada en los más altos niveles del gobierno y del poder judicial. Los autores rara vez son juzgados. Si hay proceso, el acusado a menudo es exonerado o recibe sólo un ligero castigo. Existe impunidad para estos delitos. Es raro que se realicen investigaciones de ataques violentos, violaciones, asesinatos o suicidios de mujeres. Las mujeres que denuncian haber sufrido una violación se enfrentan a una posible pena de cárcel, acusadas de haber cometido el delito de *zina* (adulterio), ya que el sexo, incluso el consensuado, fuera del matrimonio es penado como delito de adulterio. Por eso, muchas son reacias a denunciar el delito. Además, existe el temor a ser estigmatizadas por sus familias y comunidades. No hay una definición clara de violación. Tampoco hay que olvidar los asesinatos en la familia para defender el honor, los llamados "crímenes de honor".

La Ley de Matrimonio no contempla la igualdad en el derecho al divorcio, a la propiedad, a la custodia de los niños, al pleno y libre consentimiento para el matrimonio. No define disposiciones claras y explícitas para sancionar a quienes organizan matrimonios forzosos o de menores de edad. Establece que el matrimonio debe ser por elección y a la edad legal, 16 años para las mujeres y 18 para los hombres. Hay una discriminación clara de las mujeres al aplicar las

leyes. Por ejemplo, los hombres tienen derecho al divorcio en virtud de la *sharía*, sin tener que recurrir a los tribunales. Las mujeres sólo pueden solicitar el divorcio ante la corte por motivos específicos previstos en la *sharía*.

Las afganas se debaten entre el peso de una tradición que las confina al hogar y la rebeldía que encarna la exdiputada Malalai Joya. Han podido volver a las escuelas, a las universidades, al trabajo y a la calle, sin un acompañante masculino. Y están en el parlamento y en la política. "La Constitución es buena, al menos mejor que lo de antes porque reconoce la igualdad" (M. Jalal, 2009). Todas se niegan a volver a la situación vivida bajo los talibanes.

> Para las mujeres el gran problema es la seguridad. No queremos que vuelvan los talibanes. Nadie quiere que vuelvan. Se ha perdido mucho tiempo y es necesario un cambio de estrategia y dar un giro a la situación, especialmente a la seguridad. Hay un cambio de mentalidad tanto en hombres como en mujeres. El burka no es un elemento tradicional, no se llevaba antes, ni en la época del rey, ni en la del régimen comunista. Y ahora muchas lo visten por seguridad (A. Azim, 2009).

Las mujeres se pierden en gran medida en el caos de la reciente historia. Su victimización en los últimos 30 años de guerra y conflicto está bien demostrada. Pero, a menudo, se olvida que ha habido mujeres combatientes, profesoras, médicas. Han emergido redes en defensa de sus derechos, tanto en zonas urbanas, como en áreas rurales. Las víctimas de violencia en la familia, principalmente en las ciudades, han comenzado a hacer valer sus derechos, en particular el divorcio.

6.6. Los medios de comunicación

La libertad de los medios de comunicación en Afganistán no tiene una larga historia. El primer experimento se produjo en 1949, después de que el jefe de gobierno Shah Mahmud permitiese unas elecciones relativamente abiertas. Entre otras reformas, el nuevo parlamento aprobó una ley de libertad de prensa. Aparecieron periódicos con críticas al sistema monárquico. Cuando Mohamed Daud, en 1953, se convierte en primer ministro ordena el cierre de los periódicos independientes.

El segundo experimento empezó con la promulgación de la Constitución de 1964 por el rey Zahir Shah. Condujo a la 'década de la democracia'. El artículo 31 de la Carta Magna establecía que "cada afgano tiene derecho a expresar sus pensamientos orales, escritos, en

dibujos o por otros medios. Y todo afgano tiene derecho a publicar e imprimir ideas de acuerdo con las mismas". El gobierno afgano promulgó una Ley de Prensa, en 1965. El artículo 1 estipulaba que "la libertad de pensamiento y expresión es inmune a cualquier otra invasión de acuerdo con el artículo 31 de la Constitución". Pero aparecieron restricciones a esta amplia libertad. El artículo 31 de la ley de Prensa prohibía la publicación de "asuntos que impliquen la difamación de los principios del islam". El artículo 32 establecía la prohibición de publicar "artículos obscenos o fotos tendentes a degradar la moral pública". Establecía ciertas restricciones sobre asuntos como los secretos de estado. Estas limitaciones se dejaron a la interpretación subjetiva de las autoridades. Es más, el gobierno mantenía los derechos exclusivos para la transmisión por radio y televisión.

El golpe de Estado de 1973 de Daud no sólo terminó con una monarquía de 200 años sino también con el segundo experimento de la libertad de prensa. Durante el periodo comunista y la ocupación soviética y el régimen talibán, centenares de publicaciones y muchas radios y televisiones florecieron entre los refugiados afganos, principalmente en Irán y Pakistán. Pero no fue hasta diciembre de 2001, cuando se permitió de nuevo la libertad de expresión en el país. En la Constitución de 2004 se reconoce esa libertad. De acuerdo con el artículo 34, "la libertad de expresión es inviolable… Y todo afgano tiene el derecho a expresar su pensamiento a través de la palabra, de la escritura, o de las ilustraciones o por otros medios, observando las disposiciones de la Constitución". El artículo, además, concede a cada afgano el derecho a publicar o imprimir sin someter los temas previamente a las autoridades. La constitución estipula que "las directivas relacionadas con las editoriales, radio, televisión, prensa y otros medios serán reguladas por la ley". La libertad de expresión se ve fortalecida por el artículo 7, que obliga al Estado a respetar las convenciones internacionales, incluida la Declaración Universal de Derechos Humanos. El artículo 19 de esta declaración reza: "Todo el mundo tiene derecho a la libertad de opinión y expresión; este derecho incluye la libertad para mantener opiniones sin interferencias y para buscar, recibir e impartir información e ideas a través de cualquier medio y sin tener en cuenta las fronteras".

Pero no hay que olvidar que la Constitución incluye el artículo 3 que establece que "en Afganistán, ninguna ley puede ser contraria a las creencias y las disposiciones de la sagrada religión del islam". De nuevo se introduce la subjetividad y se abre la puerta a posibles recortes a la libertad de expresión. Desde marzo de 2004 se intenta sacar adelante una ley de prensa, pero la presencia de los señores de la guerra reaccionarios en la discusión supone un enorme obstáculo (J.

A. Their, 2009: 49). La libertad de prensa está, además, bajo amenaza constante. Muchos periodistas han sido asesinados y no existen las instituciones para proteger los principios democráticos.

La radio continúa siendo el medio de comunicación más accesible para los afganos, aunque aumenta el uso de la televisión, sobre todo en las áreas urbanas. Las familias con menos ingresos son las que tienen los niveles más bajos de acceso a radio y televisión. Son muchos los que tienen teléfono móvil y el número de propietarios de ordenadores se duplicó entre 2008 y 2010. En 2005, había unas 45 cadenas de radio FM y 10 cadenas de televisión. Hay televisiones nacionales y también regionales. Han aumentado las iniciativas privadas.

Antes todos los medios de comunicación pertenecían al gobierno. A principios de siglo, la Radiotelevisión de Afganistán era la más poderosa. Después de la caída de los talibanes aparecieron cuatro estaciones de cable, con programas de India y de Estados Unidos. En 2005, la televisión privada Tolo TV había adquirido una gran popularidad al emitir programas al estilo occidental que son objeto de críticas de los islamistas. La radio privada Arman tuvo una trayectoria similar. En cuanto aumenta el nivel de acceso, crece también la presión de las facciones conservadoras islámicas. La circulación de los medios escritos independientes se circunscribe a la región de Kabul.

La Ley de Medios de 2004 requiere que las publicaciones se registren ante el Ministerio de Información y Cultura. En 2005, había unas 250 publicaciones registradas. Los principales diarios son *Anis, Eslah* y *Kabul Times*, financiados por el Estado, y los privados, *Arman-e Melli, Eradeh, Hewad, Ittefaq-e Islam, and Shari'at*. Debido a las dificultades financieras, todos los medios escritos independientes dependen ahora de miembros del gobierno y de las facciones políticas. Los medios de comunicación despertaron a una nueva era de libertad. La diversidad de opiniones y de publicaciones permite a la población oír diferentes voces y debatir el futuro político. Históricamente, la situación de los medios ha sido complicada. Se pasó de los experimentos de la prensa independiente a mitad del siglo XX a la brutal represión bajo el régimen talibán. Afganistán ha buscado el equilibrio entre la libertad de expresión y el control por la autoridad central.

> En un país donde antes de esta nueva era, la boca de todo el mundo estaba completamente cerrada, nadie podía hablar, hoy, en televisión, cada uno puede decir lo que quiera o incluso algo más, porque no hay leyes que lo regulen. Critican al presidente, a los ministros, dicen lo que quieren, esta libertad de expresión no es un cambio, yo lo llamo una revolución (F. Gailani, 2010).

Durante los talibanes, sólo existía "Radio Sharía". Desde 2002, ha habido una explosión de medios. Los hay independientes y libres pero también muchos de baja calidad:

> Hay un centenar de radios FM independientes, una radio y una televisión nacionales, del estado, Ariana. También hay más de 23 cadenas de televisión independientes, más de 300 medios impresos (diarios, semanales, mensuales), y también páginas web. La generación joven está muy interesada en los medios de comunicación. Hay 10 radios conducidas por completo por mujeres y 35 radios comunitarias (A. W. Hashimi, 2009).

Algunas televisiones han sido puestas en marcha por líderes muyahidines, por señores de la guerra. A nivel local, los gobernadores interfieren en los medios. Los talibanes tienen una estación de radio móvil aunque, a veces, no funciona. También hay pequeñas cadenas de radio de la coalición internacional. La radio es el medio más barato. En muchas provincias, además, no hay electricidad y tampoco televisión, pero sí radio. Los medios impresos están destinados sólo a la parte de la población alfabetizada. No llegan a todo el mundo.

Pero Afganistán necesita también evaluar críticamente las influencias políticas que rodean a los medios para asegurar que sean independientes y profesionales. Su finalidad ha de consistir en ser la vanguardia del progreso para convertir la sociedad en democrática. La libertad de expresión debe ser un pilar fundamental de la democracia y ayudar a la cohesión nacional a través del debate y el diálogo.

La actual radiotelevisión pública, Radio Televisión Afganistán (RTA), a pesar de los continuados esfuerzos para asegurar una mayor independencia, ha seguido siendo una cadena tradicional del estado, bajo el control del Ministro de Información y Cultura.

Centenares de periódicos, agencias de noticias, revistas, cadenas de radio y televisión proyectan la imagen de un renacimiento de los medios. Organizaciones no gubernamentales centraron sus esfuerzos en su desarrollo y han formado a centenares de periodistas. El Informe de Asia Foundation de 2008 destacaba que el 51% de la gente obtenía la información por la radio -un 84% tenía acceso a la radio— un 21% lo hacía a través de la televisión y un 18% por amigos y vecinos. A pesar del duro ambiente político, el país tiene más libertad de prensa que muchos de sus vecinos donde regímenes autoritarios y leyes draconianas anulan la libertad de expresión. Los retos son la profesionalización y mejores oportunidades para la formación. Hay que poner énfasis en la próxima generación de periodistas. No hay que olvidar el efecto de estas libertades. Por ejemplo, al exponer a los telespectadores entretenimientos que incluyen canciones y danzas de países islámicos, incluso realizados por mujeres, se introducen ideas

de fuera pero también la propia historia y cultura. Es positivo usar los medios para reconstruir la narrativa histórica del país.

6.7. La economía

Después de la caída de los talibanes, empezó a crecer el número de compañías que se han instalado en el país, aunque sigue siendo pequeño. Por razones de seguridad, como es lógico, las inversiones no son muy altas. El 40% del volumen de las inversiones es de fuera. La situación en general hace que la economía no acabe de despegar, lo que sería muy necesario para el desarrollo y el bienestar de Afganistán.

> Las reservas de Afganistán están intocadas. Hay expectativas de que en el futuro las minas empiecen a funcionar y se habla de que su valor es de trillones de dólares. La corrupción es muy alta y faltan recursos y gente preparada para combatirla. Se calcula que el 30% de la producción del opio es reinvertida en Afganistán, pero los agricultores no tienen beneficios. Y se necesitan regulaciones. El sector industrial fue destruido durante la guerra. Después del 2001, se comenzó desde un nivel muy bajo. La producción empezó pero no cubre la demanda interna. También las presas fueron destruidas y la electricidad se importa de Tayikistán y Uzbekistán. Afganistán es por tradición un país agrícola pero las áreas rurales agrícolas son ahora inseguras y no están controladas. Pero también es necesaria una alternativa al cultivo de opio (S. M . Shah, 2009).

> Después del 2004, el sistema de libre mercado fue un error. No tuvimos ocasión de llevarlo a la práctica. El sistema fracasó. Hay cinco condiciones para que un sistema semejante funcione en un país en desarrollo: un gobierno poderoso, seguridad, imperio de la ley, infraestructuras y cultura económica (y de mercado). Y de esto no había nada en Afganistán. Además, la comunidad internacional no vino para desarrollar el país, sino para sus propios fines. El resultado fue que cerraron 1.000 fábricas, 240.000 hectáreas se fueron para el cultivo de opio, 2,4 millones de agricultores trabajan con opio, de ellos 100.000 mujeres y 50.000 niños. A corto plazo, no hay alternativa al opio. Estamos envueltos en una tela de araña. Necesitamos 44 embalses para el agua, así en cinco años podría desarrollarse la agricultura. Se necesitan 1.700 millones de dólares para dar agua a cuatro provincias del norte. Tenemos agua pero compramos la energía fuera (S. Masoud, 2010).

6.7.1. Una economía de subsistencia

La afgana es la economía más dependiente del mundo. Importa casi todo. Casi no hay industria y los productos agrícolas no pueden

competir en el exterior por los costes del transporte. Es una economía de subsistencia. Entre 1926 y 1978, Afganistán recibió unos 533 millones de dólares de Estados Unidos y unos 2.500 de los soviéticos. Era un estado 'rentista' o cliente, dependiente de la ayuda exterior en un 40% de su presupuesto. Tampoco ahora puede recaudar lo suficiente para mantener un estado moderno. Es uno de los países más pobres del mundo, la renta per cápita es de apenas 200 dólares. Incluso considerando que la población afgana es relativamente pequeña, la escasez de tierra es un gran problema. La gente ha intentado desde hace milenios incrementar la extensión de la tierra cultivable excavando canales y, desde el primer milenio a. C., construyendo grandes redes de túneles subterráneos (W. Vogelsang, 2008: 14). Su economía se basa en la agricultura y en la ganadería. Los pastunes son mayoritariamente ganaderos, los tayikos, agricultores. Algo más del 70% de los afganos vive en el campo. La agricultura es el factor dominante de la economía, supone el 60% del Producto Interior Bruto, unos 1.000 dólares por cabeza.

La naturaleza está dominada por el Hindu Kush. Se extiende a lo largo del país. Hay amplias regiones de estepa y desierto. Ocupan la mayor parte de la superficie del país y pueden ser utilizadas para el ganado estacional. Afganistán ha sido frecuentemente escenario de largos periodos de sequía y de hambrunas. El clima es árido y continental y el terreno cultivable no supera el 15%. Está situado en los oasis y en los valles de los principales ríos: el Amu Darya, el Helmand y el Kabul. En esas zonas vive la mayor parte de la población. Es uno de los países con peores infraestructuras. La topografía sólo permite asentamientos humanos en algunos espacios. Los cultivos dependen de forma mayoritaria del riego artificial. Las áreas prácticamente inutilizables se aprovechan para la cría de ganado.

Muchas personas se mueven con sus rebaños para el pastoreo, en las regiones desérticas y de alta montaña. A finales de los 70, Afganistán tenía entre medio millón y millón y medio de nómadas, los llamados kuchis. Todavía es uno de los países en el que los nómadas caracterizan la vida cotidiana. La mayor parte es pastún, aunque la práctica está también extendida entre los turcomanos y los baluchis. Los nómadas de ayer son hoy comerciantes y camioneros. Al conducir por las rutas del contrabando constituían un apoyo esencial y una fuente de ingresos para los talibanes (A. Rashid, 2001: 37).

Los recursos minerales no son desdeñables —incluso se considera que son de alta calidad—, aunque en su mayor parte están sin explotar. Las prospecciones realizadas por los estadounidenses durante los últimos años han revelado que sus reservas de petróleo, gas natural, hierro, cobre y carbón son bastante más abundantes de lo que

se pensaba hasta ahora (F. Sánchez, 2010: 18). Antes de la invasión soviética, el gas natural era el más importante recurso natural para la exportación. En 2008, un estudio de la Inspección Geológica de Estados Unidos (US Geological Survey) empezó a identificar nuevas localizaciones de recursos. Ya se sabía de recursos como la bauxita, las esmeraldas, el oro, el hierro, el plomo, el magnesio, el mercurio, la plata, el azufre, el estaño, el uranio y el cinc. En septiembre de 2011, se dieron a conocer nuevos detalles sobre las riquezas minerales del país y sus ubicaciones. Incluso se habló de la posibilidad de que algunos proyectos de explotación pudiesen comenzar en el plazo de un año. Estos recursos tendrían el potencial de estimular las inversiones en el país y transformar por completo la economía afgana.

Los problemas de transporte y la falta de seguridad, las dificultades de acceso y las insuficientes inversiones han provocado en estos años que sólo se hayan extraído comercialmente cromo, carbón, cobre, gas natural y sal. Pero el desarrollo y la explotación de sus recursos naturales pueden ayudar al gobierno afgano y sus aliados occidentales a levantar la economía, generar riqueza y así estabilizar el país antes de completar la retirada de las tropas internacionales en 2014. Como destacó la secretaria de estado norteamericana, Hillary Clinton, el 22 de septiembre de 2011, "el futuro político de Afganistán está unido a su futuro económico y, en realidad, al futuro de toda la región".

La industria es casi inexistente debido a los escasos recursos, a las continuas guerras y a la falta de un gobierno central efectivo. La red de carreteras es pequeña en relación con su superficie. La mayor parte está en pésimo estado lo que, unido a la naturaleza montañosa, hace el tránsito muy difícil. El transporte ferroviario casi no existe. Antes de la guerra, la industria estaba basada en el procesado de los productos agrícolas locales, incluidos los textiles, el azúcar y los fertilizantes químicos. El principal centro industrial estaba en la región de Kabul. En 2004, todo el sector de la industria había cesado de producir o funcionaba a un nivel muy reducido, debido a los daños de la guerra, escasez de materiales y la prioridad de la posguerra de reconstruir las infraestructuras antes que la industria. Los proyectos para reactivarla se concentraron en empresas de procesado agrícola y de alfombras. En 2007, la industria de alfombras, que suponía el producto de exportación legal de mayor valor, 2 empleaba a un millón de personas de forma directa, más otro millón de forma indirecta. La reconstrucción después de años de conflicto hizo que el sector de la construcción se expandiese con rapidez a principios de siglo y era considerado como un importante impulsor de la economía. Pero este sector estaba fuertemente afectado por la corrupción. Los años de enfrentamientos dejaron Afganistán en ruinas. El desempleo es muy

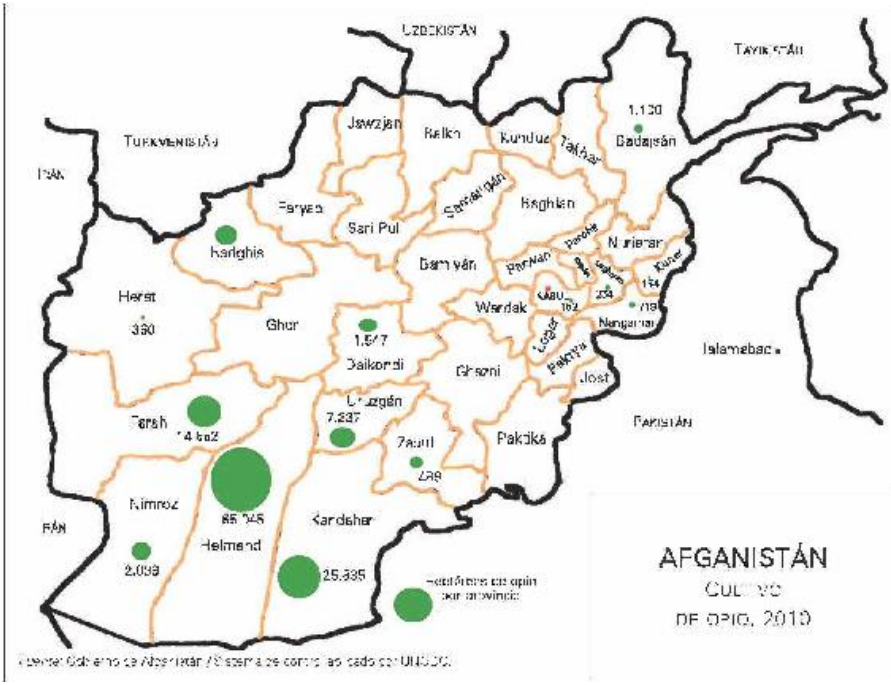
alto y existe inseguridad alimentaria crónica.

> Hay muchos niños de la calle y niños trabajadores. El número ha ido en aumento. Hay 6 millones de niños necesitados. El gobierno no encuentra trabajo para sus padres. Todo lo traen de fuera, incluso para el sector de la construcción traen a los trabajadores de fuera. Los precios han subido y no hay trabajo. Dicen que los afganos no están cualificados. El gobierno no paga nada, no hay ninguna ayuda para la gente. Y los beneficios se van a otros países (M. Yousef, 2009).

> Es un país muy dependiente del clima, con una infraestructura de irrigación muy pobre. Uno de los retos es cómo manejar y almacenar el agua y utilizarla mejor. El problema, además, es no tener acceso a determinadas áreas. Hay que seguir haciendo entender a la gente que Afganistán es un país muy frágil en alimentación, está al borde de la malnutrición. En 2008, la tercera parte de la población fue alimentada por el Programa Mundial de Alimentos (S. Porretti, 2009).

6.7.2. El cultivo de opio

Los soviéticos se vengaron de los afganos destruyendo los sistemas de irrigación y talando miles de árboles. Cuando los refugiados regresaron, sus plantaciones estaban devastadas. Plantaron adormidera para ganarse la vida. Ésa sería una fuente de ingresos esencial para los talibanes que entregaron a los agricultores semillas, dinero y ayuda para el cultivo de la amapola. Así se los ganaron en Kandahar y en otros lugares. La verdadera fuente de ingresos es el comercio del opio. Representa un tercio del producto interior bruto. Afganistán se ha convertido en el mayor productor de opio, ingrediente principal de la heroína. Supone el 90% de la producción mundial. La ONU calculó en 2008 que unos 500 millones de dólares del tráfico ilegal de drogas iban a parar a los talibanes y a grupos criminales. Pero es también una parte dominante de la economía.



Su cultivo se extiende por el sur y el este del país. La mayor producción se localiza en el valle del río Helmand, que da nombre a la provincia, cuya capital es Lashkar Gah, a la que no llegaba ninguna carretera asfaltada y que parecía suspendida en el tiempo cuando el régimen talibán llegó a su fin. Hoy esa provincia cosecha la mitad de todo el opio de Afganistán. Para muchos agricultores la amapola se convirtió en un seguro de vida. Necesita menos agua y da más beneficios que otros cultivos. Pero es también una trampa. Los préstamos para comprar las semillas les han convertido en rehenes de señores feudales y se ha creado un círculo vicioso de dependencia con los talibanes. Esa milicia se ha financiado a cambio de ofrecer protección frente a los planes del Gobierno y la comunidad internacional para acabar con las drogas. En 2002, en Afganistán el cultivo del opio representaba el 22%, actualmente, el 90% (G. A. Sherzada, 2010).

Durante la guerra, el opio fue una fuente importantísima de ingresos para todos los contendientes. Su producción tuvo un gran desarrollo a partir de la invasión soviética en 1979, alcanzando las 4.600 t en 1999, bajo los talibanes. En el año 2000, el 70% del opio producido en el mundo tenía su origen en Afganistán. Los talibanes atendieron la petición de la comunidad internacional de prohibir el cultivo de la adormidera. El mulá Omar lo hizo, en julio de 2000. La medida se aplicó con todo rigor. En marzo de 2001, la ONU y Estados Unidos reconocieron que los talibanes habían impedido la siembra de

todo tipo de adormidera y varios países prometieron prestar ayuda a miles de campesinos que habían perdido todo por carecer de semillas y fertilizantes para plantar cultivos alternativos. Esto provocó una sensible disminución de la producción, pero en los años siguientes volvieron los aumentos de forma más rápida. Según el informe de noviembre de 2006 del Banco Mundial y de la Oficina de la ONU para la Droga y la Criminalidad, Afganistán era el mayor productor de opio del mundo. El cultivo de la amapola sólo ocupaba un 4% de la tierra cultivable pero suponía una tercera parte de las actividades agrícolas. El 13% de la población tenía que ver con la economía de la droga.

En 2007, la producción era de 8.200 t. En los años 2008 y 2009 hubo una significativa reducción del cultivo. Según el informe de la UNODC, el área dedicada al opio fue de 123.000 hectáreas en 2009, con una producción de 6.900 t. El opio genera, por término medio, 12 veces más ingresos que otros cultivos. Además, la planta de amapola es más robusta y necesita menos agua que el trigo, por ejemplo.

> Según explicaciones oficiales, se cultiva más droga cuanto mayor es la inseguridad. Esta hipótesis al parecer explica la actuación de los talibanes en el sur de Afganistán, así como la financiación del terrorismo internacional. En este caso, la mirada de los analistas occidentales se dirige sobre todo al inestable sur, donde en 2008 tenía su origen el 90% de toda la producción afgana (B. Chiari, 2009: 237).

Pero otros lugares muestran lo contrario. Paktika es una provincia inestable y no hay opio. El aumento de la economía de la droga se explica por diferentes razones: la amplia pobreza, los mercados existentes, el clima y las catástrofes naturales. El islam prohíbe realmente el cultivo, el tráfico y el consumo de drogas, pero esas causas son un caldo de cultivo ideal para la economía de la droga. El gobierno afgano está desarrollando desde 2003 una estrategia nacional para su control, dirigida por el Ministerio Contra Narcóticos y ejecutada por la policía especial contra la droga. Los ministros de defensa de la OTAN decidieron, en la cumbre de Budapest, en octubre de 2008, a petición de las autoridades afganas, aumentar su apoyo a la lucha contra la droga mediante la participación de las fuerzas internacionales en la destrucción de las instalaciones del procesado de droga y la persecución de los traficantes.

> La erradicación de la droga no es la solución, hay que acabar con los señores de las drogas, con las redes. Quizás todavía no hay un narco-estado (en el sentido de que el poder lo controlan los narcos), pero sí hay una narco-economía. Y a esto se suma, además, que se está intentando construir un estado en medio de una guerra, Afganistán no es un país de postconflicto (D. Wankel, 2009).

También se necesita la ayuda de los vecinos. Irán se ha mostrado dispuesto a colaborar. Los esfuerzos del vecino Irán para combatir el tráfico de estupefacientes han sido impresionantes. 42.000 soldados, policías y milicianos están desplegados en su frontera este, en un frente de 1.950 kilómetros, desde Turkmenistán hasta el Océano Indico. Ignoran las fronteras nacionales y se mueven entre Irán, Pakistán y Afganistán. El régimen de Teherán negó durante años tener un problema de drogas en su sociedad, pero ha terminado admitiendo que tiene 1,2 millones de adictos y 800.000 que toman droga de forma ocasional.

En general, las medidas adoptadas por el gobierno y la comunidad internacional para reducir la industria del opio no han tenido éxito y la producción ha aumentado en los últimos años. Muchos funcionarios se han hecho ricos con el negocio de la droga.

> Los agricultores tienen que ver que hay oportunidades, que hay alternativas, pero eso depende de la región porque el cultivo más apropiado es el opio. Todo el mundo está implicado en el error de no haber prestado atención al mundo rural. Este está demasiado centrado en la amapola. También las expectativas fueron demasiado altas. Hay que proporcionar lo imprescindible a las áreas rurales. La erradicación por la fuerza ha de descartarse como solución (P. Kantor, 2009).

La Administración Obama estableció una nueva estrategia en marzo de 2009, según la cual se usarían tropas de EE UU y de la OTAN para detener a los señores de la droga. Se enviarían asimismo docenas de agentes federales antidroga para interrumpir el tráfico masivo de opio que va a parar a los talibanes y a Al Qaeda. Se centrará en el flujo de dinero pero concentrándose en las operaciones de blanqueo de dinero usadas por los narcotraficantes. Se investigarán las operaciones de alta tecnología, así como las transferencias por móviles y operaciones más informales, como el hawala, un sistema de transferencia de dinero difícil de penetrar y que florece en el mundo islámico. El alcance y resultados de esa estrategia no eran muy visibles más de dos años después.

6.8. La educación

Afganistán es el estado más pobre de Asia. Más de la mitad de su población vive por debajo del umbral de la pobreza. Sólo entre el 43% y el 51% de los hombres saben leer y escribir. Este porcentaje baja en las mujeres, sólo entre el 14% y el 20%. El sistema educativo es claramente insuficiente y son muchos los problemas que padece. Hay

lugares en el sur donde la insurgencia ha colgado carteles por la noche "instando" a la población a llevar a sus hijos a las mezquitas a aprender religión en lugar de al colegio. Falta, además, material escolar y los maestros tienen salarios muy bajos.

> Hay muchos problemas en la educación. En algunas áreas, los colegios están cerrados. Otro problema es que los profesores no quieren ir a determinadas zonas. Y no hay maestros verdaderamente bien cualificados, ni los programas son adecuados para los profesores ni los alumnos. Los salarios son bajos, la mayoría de los niños ha venido del exilio, pero de diferentes lugares, y tienen diferentes niveles y los hay que están traumatizados (M. Yousef, 2009).

Ha habido centenares de ataques contra profesores, estudiantes y colegios. Y varias decenas de funcionarios de educación han sido asesinados. El gobierno afgano ha construido pocas escuelas. Esto significa para los niños hacer largas caminatas, para las niñas incluso no ir a la escuela, porque en la mayoría de pueblos no está permitido que las niñas dejen su aldea sin la compañía de un miembro masculino de la familia. Pero también han surgido iniciativas para luchar contra esas circunstancias.

La ONG alemana "Ofarin", por ejemplo, ha organizado cursos en las mezquitas, que están más cerca de las casas. Hay clases de una hora y media, seis días a la semana. Les enseñan religión, lengua y matemáticas. Se mantiene la tradición de estudiar sentados en el suelo y con ropa afgana, no uniforme. Algunos de esos niños y niñas van luego a la escuela normal. Todavía hay muchos afganos que creen que llevar a los niños —y especialmente a las niñas— a la escuela es incompatible con la religión. Pero con la enseñanza en la mezquita no tienen problema. Hay también clases, 3 o 4 horas al día, para chicas jóvenes y mujeres que no pudieron estudiar o seguir con sus estudios por los talibanes. Y se organizan seminarios para la formación de los profesores.

El sistema afgano tradicional de enseñanza se basa en las escuelas religiosas. Del grado superior salen los ulemas. Pero las madrazas en Afganistán no tienen el mismo sentido que en el cinturón pastún de Pakistán, donde han proliferado a miles desde la yihad contra la Unión Soviética y de donde salen los islamistas radicales que nutren las filas de los talibanes y de Al Qaeda.

> Las madrazas no están politizadas, no pertenecen a los partidos políticos, ni son la fuente del radicalismo y el extremismo. Son pagadas por las comunidades y llenan el vacío de los colegios del estado que no existen en muchos lugares. Son el primer punto de partida para la educación y la alfabetización de los niños (R. L. Smith, 2009).

En 1912, empezó a funcionar el primer colegio moderno en Kabul, era para niños, el primero de niñas abrió en 1933. A principios de los años sesenta, se hicieron muchos esfuerzos para construir una red de colegios. En 1975, se introdujo la enseñanza obligatoria para todos los niños de 7 a 12 años. No pudo imponerse en todo el país. Sólo había escuelas superiores en Kabul y en las capitales de provincia. La enseñanza era gratuita.

La Universidad de Kabul se fundó en 1932. Fue la única del país hasta los años sesenta. En 1962, se abrió otra en Jalalabad; en 1988, en Herat y una islámica en Kabul; en 1991, le llegó el turno a Mazari Sharif y a Kandahar. Antes de que tuviesen que cerrar, en 1992, había 10.000 estudiantes en las 11 facultades del país. En 2010, eran 100.000 los estudiantes universitarios, un 35% de ellos mujeres.

El sistema escolar fue destruido por la guerra, que provocó un aumento del número de analfabetos, muy alto en las zonas rurales y entre los nómadas. Se calcula que el 75% de los colegios, más de 2.000, fueron destruidos o dañados. Como muchos profesores pertenecían al Partido Comunista, fueron perseguidos por los muyahidines y huyeron al extranjero. Para una enseñanza efectiva faltaban, sobre todo en las zonas rurales, edificios, profesores cualificados y material de enseñanza.

> En Afganistán, hay madrazas, pero sólo enseñan religión y algo a escribir y matemáticas pero no educación moderna. Es necesario introducir ésta en las madrazas, inglés, matemáticas, informática. En algunas zonas, muchos niños van a las madrazas. No hay que olvidar que allí se les da de comer. Aunque, al final, no debería importar el nombre, colegio o madraza, lo importante es la educación y los profesores, que sean buenos y la educación sea moderna (M. Yousef, 2009).

El nivel de la enseñanza es bajo, el porcentaje de abandono escolar, alto. Una de las tareas más urgentes de la cooperación es el desarrollo, la reconstrucción de los colegios y de las universidades, cualificar al profesorado y asegurar que haya materiales para el aprendizaje. Pero, a pesar de los datos negativos, quizás sea en el campo de la educación, como en el de las mujeres, donde más visible sea el moderado cambio que ha habido. Cada vez hay más escuelas y universidades y más niñas en ellas. En 2011 más de dos millones y medio de niñas iban al colegio, aunque todavía eran muchas —según Unicef aproximadamente 1,5 millones en edad escolar— las excluidas de la asistencia a la escuela por la inseguridad, la oposición de sus padres o porque no hay una escuela cerca. El 60% de las niñas sigue fuera del sistema educativo. Así, el analfabetismo es del 85% entre las mujeres, y en algunas zonas incluso supera el 90%.

6.9. La sanidad

La sanidad se encontraba después de la caída de los talibanes en un estado catastrófico y caótico. La asistencia médica, sobre todo en las áreas rurales, era en muchos lugares casi inexistente. En 2001, según la ONU, sólo el 29% de la población tenía acceso a instalaciones médicas. Esa mínima asistencia era ofrecida en su mayor parte por organizaciones extranjeras. La diarrea, la malaria, la tuberculosis, el tifus, el cólera y la hepatitis eran y son las enfermedades más frecuentes. Se producen en parte por un suministro insuficiente de agua potable y por la falta de instalaciones sanitarias.

En 2006, la Unidad de Investigación y Análisis de Afganistán (Afghanistan Research and Evaluation Unit —AREU—) publicó la monografía "El Sistema de Sanidad Pública en Afganistán". En ella se señala que, respecto a centros de sanidad básica, hay desde 1 por cada 40.000 habitantes en las regiones del centro y el este, hasta 1 por cada 200.000 en el sur. También destacaba que faltaba personal y la infraestructura era deficiente o incluso inexistente. Las ONG eran las que aportaban y aportan gran parte de la asistencia sanitaria. En los años de la reconstrucción se levantaron muchos hospitales, se trajo equipamiento médico y medicamentos. Aun así, en las zonas rurales, la asistencia es todavía deficiente. Las razones residen en el difícil acceso a algunas regiones, en el empeoramiento de la seguridad y en la falta de personal médico suficientemente cualificado y dispuesto a trasladarse a trabajar y vivir en esas zonas. El personal médico siempre fue escaso. El cuidado de los enfermos fuera de la familia no tiene tradición. Faltan comadronas y médicas para atender a las féminas y a los recién nacidos. Por cultura y tradición, en general, las mujeres sólo pueden ser tratadas por personas de su mismo sexo. Se ha producido, no obstante, una gran mejora con el establecimiento de un hospital en cada provincia y una inversión enorme en la asistencia a mujeres y niños.

6.10. La reconstrucción

Invertir en agricultura era un método infalible para ganarse a la gente y hacer avanzar la economía del país. Un buen ciclo de cosecha refuerza la moral de la población. Millones de refugiados fueron animados, cuando regresaron, a volver a sus aldeas en lugar de deambular por las ciudades en busca de trabajo. Era sumamente urgente reconstruir las carreteras que unían entre sí las principales ciudades y conectarlas con los países vecinos para que la ayuda

pudiese llegar fácilmente. En Tokio, se creó un fondo fiduciario, pero fueron pocos los gobiernos dispuestos a ser donantes. Muchos tenían unas burocracias que tardaban meses en identificar los proyectos, en desembolsar el dinero. Y no tenían a nadie sobre el terreno para supervisar su implementación.

No había ninguna agencia central que coordinase los esfuerzos norteamericanos y no había ninguna coordinación con Naciones Unidas o con los aliados europeos. Los proyectos de impacto rápido se convirtieron en los favoritos. Eran rápidos, baratos y capaces de convencer a la población de que la reconstrucción estaba en marcha. Pero, en realidad, sólo favorecían al señor de la guerra que apoyaba la CIA.

La mayor parte de los fondos prometidos en Tokio en 2002 fue empleada así en ayuda humanitaria y no en auténticos proyectos de reconstrucción. No se construyó ninguna carretera, no se suministró agua potable ni electricidad. Los afganos se quejaban amargamente de que no había nada visible y los donantes insistían en que se habían gastado mucho dinero. Dos años después de la intervención, había pocos signos de esos esfuerzos. Los afganos se volvieron cada vez más impacientes, criticaban la falta de progresos en el desarrollo y culpaban de ello a su gobierno y a los norteamericanos. Cuando estos últimos adoptaron el programa del "éxito acelerado", éste fue ejecutado por el gobierno afgano sin ninguna coordinación con los países europeos o la ONU. Estados Unidos mantuvo un excesivo secretismo respecto a sus planes y se mantuvo aislado del resto del mundo.

A comienzos de 2004, la frustración entre los afganos era visible. Aumentaban las historias sobre la corrupción, la incompetencia y los precios excesivos que cargaban los contratistas norteamericanos, las ONG occidentales y los ministros del gobierno. No había electricidad ni agua corriente en los enormes barrios de chabolas levantados en las laderas de las montañas que rodean Kabul. Los expertos decían que Afganistán necesitaba generar una tasa de crecimiento anual del 9% durante la siguiente década para que su renta per cápita pasase de 200 a 500 dólares. Pero es imposible si el país carece de una infraestructura capaz de estimular la economía.

Afganistán había tenido entre 2002 y 2004 una tasa de crecimiento del 15%, sin contar el dinero generado por el tráfico de drogas. Era tan pobre que cualquier cosa —los gastos de las fuerzas y organizaciones extranjeras, el final de la sequía o las pequeñas sumas que traían los refugiados— se traducía en un crecimiento sustancial. Prosperaba simplemente debido a su extrema pobreza previa. La verdadera preocupación no era el nivel de desarrollo, sino si era suficiente para sacar al país del ciclo de guerra civil y violencia en el

que estaba sumido.

> No se movilizaron recursos suficientes para convencer a los desafectos pastunes del sur o a los jóvenes sin trabajo de Kabul de que sus vidas habían cambiado. La ofensiva de los talibanes se intensificó espectacularmente el año 2005, la producción de heroína aumentó y se produjeron muchos disturbios en Kabul. Además, una vez que Bush fue elegido en 2004, la financiación norteamericana se redujo significativamente y no volvió a crecer de nuevo hasta 2007, cuando la situación se había agravado nuevamente (A. Rashid, 2009: 251).

Karzai y Ghani promovieron la idea de convertir Afganistán en un centro del comercio y de la energía. Era el papel que desempeñó en la ruta de la seda. Los años de guerra habían creado un vacío enorme en el corazón de las rutas comerciales que unían Asia Central con Oriente Medio, Irán y el subcontinente indio a través de Afganistán. Si el país conseguía reconstruir sus carreteras, su localización geográfica le permitiría ser un importante nudo del comercio y los ingresos aduaneros crecerían de forma espectacular.

El fracaso de la reconstrucción dio paso a un resurgimiento de la insurgencia y a la propagación de Al Qaeda. El año 2006, con los talibanes a la ofensiva, Washington incrementó su ayuda hasta los 3.200 millones de dólares, el doble que en 2003, para el programa del éxito acelerado. En 2007, duplicó la ayuda una vez más, mientras la insurgencia aumentaba. Estados Unidos destinó muy poco dinero a la reconstrucción y la seguridad empeoró. Los talibanes tuvieron una excusa para iniciar la insurgencia.

> La mayor tragedia fue la incapacidad por parte de la administración Bush de convencer a la opinión pública norteamericana de la necesidad de la reconstrucción. Bush y Cheney siguieron considerando el proceso de la construcción nacional algo sucio que había que ocultar bajo la alfombra, incluso mientras morían soldados americanos tratando de mejorar las condiciones de salubridad de Bagdad o construyendo escuelas en Afganistán (A. Rashid, 2009: 253).

CAPÍTULO 7

El descenso al abismo

7.1. ISAF-EEUU: errores y divisiones

Cuando Estados Unidos desvió su atención y los recursos a la invasión y guerra de Irak, el futuro de Afganistán quedó sellado. Y quedó también claro que el país asiático sólo había sido un paso hacia el objetivo final que no era otro sino Irak.

> El mayor error del ejército norteamericano cuyo precio estaban pagando las tropas de la OTAN era la falta de un sistema de vigilancia por satélite en el sur y la escasez de recursos humanos en los servicios de inteligencia, debido a que la guerra en Irak había drenado dichos recursos. Así, durante cuatro años, el mulá Omar y sus comandantes pudieron operar libremente en Baluchistán y en el sur de Afganistán, sin ser controlados por los servicios de inteligencia norteamericanos (A. Rashid, 2009: 288).

La comunidad internacional disfrutó durante unos años de una gran oportunidad, pero no supo aprovecharla. El 90% de la población afgana recibió a los soldados y a los cooperantes extranjeros con los brazos abiertos. Según Francesc Vendrell, Representante Especial entonces de la Unión Europea en Kabul, la comunidad internacional cometió graves errores. Uno de ellos fue aliarse con los muyahidines, que deberían haber sido desarmados y apartados del poder. "En esos momentos, los gobiernos estaban dispuestos a todo. Se podrían haber reclutado muchas más fuerzas con los medios adecuados para conseguir la paz" (F. Vendrell, 2009). De acuerdo con Vendrell y con

otros autores y personalidades afganas, se puede hacer una amplia lista de errores. Casi todos coinciden en que la guerra de Irak fue el peor de ellos. Distrajo la atención de Estados Unidos y de los europeos. Muchos de los fallos podrían haberse evitado:

1. La Conferencia de Bonn no fue una conferencia de paz sino de emergencia. Se pretendía trazar un camino para lograr estabilidad. Pero se celebró demasiado tarde. Habría sido mejor haberla organizado antes de la caída de los talibanes y haber evitado que los señores de la guerra entrasen en Kabul.
2. No hubo interés en desarmar a esos señores de la guerra, ni en que el gobierno de Kabul tuviese el control sobre la violencia. Estados Unidos continuó apoyándoles. Eran los que habían bombardeado y destruido Kabul durante la guerra civil y Karzai se vio obligado a pactar con ellos. Empezó la corrupción y aumentó el narcotráfico. Los pastunes se consideraban los perdedores.
3. Defendieron a Karzai, pero no le dieron los medios necesarios.
4. Respecto al proceso de desarme, 60.000 combatientes entregaron las armas viejas en el Ministerio de Defensa, al frente del que estaba Fahim, un señor de la guerra.
5. Se estuvo ciego respecto a Pakistán, que había apoyado a los extremistas islámicos afganos. El ejército pakistaní continuó refugiando a los talibanes huidos.
6. Los diplomáticos se pusieron lentes de color rosa, lo veían todo con optimismo. Las expectativas ofrecidas a la población afgana eran exageradas.
7. Faltaban proyectos de empleo, que era lo que deseaban los afganos.
8. Los métodos usados por las fuerzas extranjeras, sobre todo Estados Unidos, alienaron a la población. Se cometieron atropellos y violaciones de derechos humanos contra los civiles, muchas veces por el simple desconocimiento de la cultura afgana, lo que llevaba en muchas ocasiones a no respetar las tradiciones, especialmente las relacionadas con las mujeres.
9. Hubo pasividad de muchos PRT en el campo de la seguridad, con todas las limitaciones, los llamados *caveats*, impuestos por la OTAN.

Se hubiese podido enfrentar la situación de otra forma y así haber evitado en esos primeros años que ésta se agravase:

1. Se debería haber enfocado la situación dentro de una estrategia conjunta que incluyese a Afganistán y Pakistán, sobre todo a las FATA (áreas tribales pakistaníes). El problema del extremismo islámico se extendía a Pakistán y no se puede resolver el problema afgano sin contar con Pakistán.
2. Hubiese sido preciso un mejor entrenamiento —y que hubiese comenzado mucho antes—, del Ejército Nacional Afgano y de la policía afgana.
3. Habría que haber creado cuadros civiles y reforzar el ascenso civil y haber hecho reformas más rápidas en las administraciones locales y provinciales.
4. Habría que haber luchado seriamente contra la corrupción y tomado medidas contra los funcionarios corruptos.
5. Habría que haber establecido como objetivo la mejora de la capacidad de interdicción de las fuerzas afganas y una mayor involucración de la ISAF y de la OTAN en la búsqueda de información relacionada con el narcotráfico.
6. Se tendría que haber evitado la creación de milicias y fuerzas de autodefensa. Nadie había pedido más fuerzas extranjeras, cuando Estados Unidos decidió enviar más. Las tropas internacionales fueron recibidas como libertadoras en 2001, pero hoy son percibidas como fuerzas de ocupación.
7. Habría que haber definido con claridad qué se entiende por proceso de reconciliación con los talibanes y señalar las concesiones que no se pueden hacer.
8. Hubiera sido necesario establecer prioridades para el desarrollo del país, y haber dado subsidios a los agricultores dispuestos a plantar semillas y no opio.
9. Era necesario evitar el uso de una fuerza excesiva.
10. UNAMA (Misión de Asistencia de las Naciones Unidas en Afganistán) debería haber sido desde el principio la coordinadora de los donantes, y el secretario general de la ONU, el guía político de la ISAF.

En general, la falta de coordinación entre las diferentes organizaciones y organismos internacionales e incluso entre los propios miembros de los mismos o entre los propios europeos era evidente. Y hubo también una falta de cohesión entre ISAF y la operación norteamericana "Libertad Duradera". Tampoco se ha conseguido consenso a nivel regional, cuando la solución regional es la única viable a largo plazo. Pakistán e India no han avanzado en el arreglo pacífico del conflicto sobre Cachemira y, mientras no se den pasos en el buen sentido en las relaciones entre los dos enemigos, será imposible arreglar Afganistán porque Pakistán siempre se guardará la baza de los talibanes, al considerar al país vecino su retaguardia ante

una posible guerra con India.

Karzai nunca fue un "hombre-milagro" pero tampoco hay que convertirlo en el chivo expiatorio de los errores de todo el mundo. Se debe establecer un sistema con una mayor distribución de poder entre el centro y las provincias. El gobierno de Karzai empezó a tambalearse al deteriorarse la seguridad fuera de Kabul debido a los señores de la guerra, la delincuencia y las drogas. Hubo constantes peticiones de Lakhdar Brahimi, de Francesc Vendrell y de Karzai para que las fuerzas de ISAF se extendiesen antes por el país. Pero Estados Unidos lo rechazaba. Su obsesión eran Al Qaeda e Irak, no la creación de un estado ni el desarrollo en Afganistán. El Pentágono temía interferencias en el trabajo de la operación 'Libertad Duradera' que lideraba.

Cuando las tropas de la OTAN, finalmente, empezaron a cubrir la mayor parte del país asiático, se encontraron con falta de recursos. Sus líderes habían aprobado el plan, pero no se obligaron a cumplir con las necesidades materiales. La OTAN continuó adelante y se encontró en su primera guerra fuera de casa, sin recursos para ganarla. Todo se agravó con el aumento de la violencia en 2006 y 2007.

El rechazo de la mayoría a verse envueltos en operaciones de combate empeoró todavía más las cosas. En noviembre de 2006, en la cumbre de la OTAN de Letonia, quedaron patentes las tensiones sobre los 'caveats' (limitaciones o restricciones). Francia, Alemania, España e Italia se negaban a enviar sus tropas al sur. Dijeron que sólo ayudarían a las zonas problemáticas en casos de emergencia. Los países que estaban de acuerdo en reducir sus restricciones incluían a Holanda, Rumania o a países más pequeños como Eslovenia o Luxemburgo (S.G. Jones, 2009: 249). Eran conscientes de que el desarrollo y la reconstrucción constituían la receta para el éxito. Estaban convencidos de que las operaciones de combate alienarían a la población, especialmente si provocaban víctimas civiles.

Terminó habiendo dos niveles en la OTAN: los países dispuestos al combate (Estados Unidos, Canadá, Reino Unido, Holanda) y los demás. Tampoco había unidad de mando. En misiones previas, como la de Bosnia, la comunidad internacional creó un equipo, encabezado por el Alto Representante, para supervisar la reconstrucción y la estabilización. Esto no ocurrió en Afganistán. El resultado fue que había varias fuerzas extranjeras en la misma zona, con diferentes misiones y diferentes niveles de compromiso. Y no había suficientes tropas. Era posible conquistar un territorio a los insurgentes, pero no mantenerlo. Las infiltraciones eran un grave problema.

Los señores de la guerra continuaron engordando sus cuentas bancarias. Algunos se han beneficiado del contrabando y del tráfico de drogas. Human Rights Watch ha publicado varios documentos sobre

los abusos cometidos con impunidad por diversos líderes de las milicias y sus seguidores. Si Estados Unidos y la OTAN hubiesen aportado más tropas antes, se les hubiese podido desarmar y proveer seguridad y así reconstruir carreteras, colegios, sistemas eléctricos y de irrigación.

> Si la comunidad internacional quiere ayudar a Afganistán, tiene que supervisar a dónde va el dinero que envía y a quién se lo da y beneficia. Ahora sólo cuenta con quienes tienen las armas y mataron a miles de personas en el pasado y no respetaron los derechos humanos. Es inconcebible que sean ellos los que ahora tengan el futuro del país en sus manos (M. Yousef, 2009).

Además, la operación 'Libertad Duradera', con sus bombardeos indiscriminados, hizo, desde el principio, mucho daño a la ISAF, bien por los daños colaterales que causaba o permitiendo a los señores de la guerra campar a sus anchas. Los afganos, sobre todo en el mundo rural, no distinguen banderas. Para ellos todos son extranjeros. La línea entre las dos operaciones tiende a ser muy borrosa.

7.2. Reconstruir la seguridad

El desencanto con el gobierno de Kabul fue en aumento. Se considera que es corrupto y que no ha aportado ni seguridad ni reconstrucción suficientes. El comportamiento de las tropas internacionales y sus afrentas al islam también han hecho perder los corazones y las mentes de los afganos. De ahí que haya cierto grado de simpatía hacia los talibanes, reforzado por la intimidación y el miedo. Ofrecen seguridad y defienden el islam. La población es consciente del clima de terror de la época talibana, pero hay poca o ninguna esperanza en la sociedad internacional. Y se da la paradoja de que ésta, con Estados Unidos a la cabeza, no podía reconstruir Afganistán, si no contaba con más soldados, que ofreciesen mayor seguridad frente a talibanes y señores de la guerra. No fue posible porque la guerra de Irak era prioritaria. Afganistán era secundario.

> La excusa que daba la comunidad internacional era que los afganos no tolerarían durante mucho tiempo una presencia militar extranjera, porque no habían tolerado las ocupaciones británica o soviética. Pero aquello no era una ocupación y el pueblo afgano estaba literalmente postrado de rodillas rogando una mayor presencia internacional para que su pobre país pudiera ser reconstruido. Los afganos eran inteligentes. Sabían que más tropas extranjeras significaban más seguridad y también un mayor compromiso con la reconstrucción del país. Además, las

> Naciones Unidas habían prometido, mediante el acuerdo de Bonn, un proceso político que pondría al frente del país un gobierno afgano democráticamente elegido (A. Rashid, 2009: 254).

La falta de una amplia presencia militar occidental permanente significó que fueron los señores de la guerra y no el gobierno quienes se hicieron con el poder. A Afganistán le faltaban, además, las instituciones propias de los estados modernos, como un ejército, una policía, una burocracia o una judicatura. El afgano siempre ha sido un Estado débil. El soberano gobernaba por consenso sobre las tribus y los grupos étnicos.

7.2.1. La guerra de Irak

Como dijo el secretario general de la ONU, Kofi Annan, Irak fue algo más que una simple distracción. Los miles de millones gastados en Irak son los miles de millones que no se han gastado en Afganistán. Estados Unidos empezó a preparar la invasión iraquí apenas unas semanas después de su triunfo en Afganistán. Los neoconservadores estadounidenses identificaron a los patrocinadores del terrorismo como Irak e Irán. Los convirtieron en parte de la red Al Qaeda. Y pusieron patas arriba la legalidad internacional. La seguridad se dejó en manos de los señores de la guerra y de la droga, ayudados por la CIA y el Pentágono.

El 15 de abril de 2004, Bin Laden hizo pública una grabación, después de los atentados de Madrid. Ofrecía una tregua, si Estados Unidos sacaba sus tropas de Irak. Dijo que esa oferta se mantendría 3 meses. Hacía un llamamiento a que se parase de derramar su sangre de forma que ellos pudiesen parar de derramar la de los demás (A. Rasanayagam, 2005: 274). Hay dudas sobre si la voz era la de Bin Laden o la de su lugarteniente, Ayman al-Zawahiri.

La guerra de Irak tuvo el efecto perverso de desestabilizar Afganistán y de dar un halo de vida a los terroristas islámicos, en Afganistán y en el mundo. Estados Unidos no se ha recuperado de aquel craso error. Se rebajó la operación de búsqueda de los talibanes y de otros líderes terroristas en Afganistán y Pakistán y obligó a utilizar fuerzas de la Guardia Nacional, en lugar de soldados en activo, para entrenar a los militares del Ejército Nacional Afgano.

7.2.2. Violación de los derechos humanos

Human Rights Watch denunció en 2004 el comportamiento de las tropas de Estados Unidos en su informe "Libertad Duradera: abuso de las fuerzas norteamericanas en Afganistán". Según este informe, los norteamericanos utilizaban la fuerza de forma habitual durante las detenciones. Con frecuencia detenían a inocentes, destrozaban las casas y las propiedades y eran manipulados muchas veces por los señores de la guerra amigos contra los rivales locales (S. Kolhatkar y J. Ingalls, 2006: 65).

Al designar a los hombres y niños detenidos como "combatientes enemigos" y no como "prisioneros de guerra", Estados Unidos no respetaba las convenciones de Ginebra. Human Rights Watch concluyó que los miembros de Al Qaeda quizás no podrían calificarse como prisioneros de guerra ya que no se identificaban por una insignia ni se sentían obligados por las leyes de la guerra, pero los talibanes podían ser calificados como "prisioneros de guerra, si eran miembros de las fuerzas armadas de un estado enemigo, o partes de una milicia identificable". Esto es un precedente peligroso. Según esta interpretación, Estados Unidos no tiene que distinguir entre los miembros sospechosos de Al Qaeda y los civiles ordinarios, ya que ninguno de los grupos visten "insignias identificativas" (S. Kolhatkar y J. Ingalls, 2006: 72).

Violar la casa es violar el honor de una familia. Incluso los militares han de pedir permiso para entrar en una propiedad privada. Los soldados de la coalición condujeron misiones de búsqueda en las que destrozaron casas y violaron el honor de muchos afganos. Los afganos más liberales y urbanos también están escandalizados por las historias que hablan de marines estadounidenses y sus aliados tirando abajo las puertas en zonas rurales del sur y el este del país y realizando cacheos de hombres y mujeres. No eran conscientes de que semejantes intrusiones alienaban a la comunidad y hacían ganar terreno a las fuerzas opositoras en esas áreas (C. Johnson y J. Leslie, 2007: 31).

A esto se sumaban las violaciones de los derechos humanos por parte de fuerzas afganas, como los señores de la guerra. En diciembre de 2001, los firmantes del Acuerdo de Bonn dijeron "estar determinados a acabar con el trágico conflicto y promover la reconciliación nacional, una paz duradera, estabilidad y respeto de los derechos humanos en el país". Después, en la Conferencia de Donantes de Tokio, en enero de 2002, estas promesas fueron respaldadas por compromisos financieros que subrayaban la intención de la comunidad internacional de apoyar al país en su reconstrucción a largo plazo. Pero esas promesas no se han cumplido. En 2010, los abusos de derechos humanos se suman a los crímenes de guerra de las más de dos décadas de guerra anteriores. Las divisiones étnicas y el

faccionalismo político complican el camino hacia la reconciliación nacional.

En Afganistán, hay millones de víctimas de abusos de derechos humanos, pero muchos de los autores de esos abusos ocupan escaños en el parlamento o posiciones claves en el poder. La aprobación de un plan financiero para la "justicia transicional" fue y sigue siendo un ejercicio meramente teórico. Después de que Human Rights Watch presentara para un controvertido informe sobre los perpetradores de los derechos humanos y criminales de guerra, el parlamento afgano aprobó una ley de amnistía que impide que sean procesados por crímenes de guerra todos aquellos que los cometieron antes de la etapa democrática (H. Ogal, 2010).

> A pesar del progreso, hay una falta de compromiso genuino en derechos humanos por parte del gobierno de Afganistán y hay muy poca voluntad política para tratar sobre la protección de los derechos humanos como responsabilidad nuclear del estado. Por eso, el gobierno ha fallado al no tomar las medidas apropiadas contra los abusadores de derechos humanos, obstaculizando el progreso y poniendo en riesgo aquellos logros que se han hecho en los últimos siete años (A. Their, 2009: 57).

El hecho de que el gobierno haya colocado a aquellos que representan la era del terror y de la guerra civil en puestos dirigentes ha exacerbado todavía más la situación. Es muy difícil para las instituciones públicas ganarse la confianza de la población. Un estudio de septiembre de 2007 de la AIHRC (Comisión Independiente Afgana sobre Derechos Humanos) concluye que el 67% de los afganos no acuden a las instituciones porque la mayoría de las veces sirven a los intereses de los poderosos y facilitan la impunidad de quienes han cometido atrocidades.

El uso de la fuerza aérea, los "daños colaterales" en los bombardeos, los intensos combates en el sur, la divulgación de las muertes de civiles, proyectaron un velo de pesimismo sobre Kabul, que pronto provocó un estallido de ira. El 29 de mayo de 2006, un camión del ejército norteamericano que formaba parte de un convoy tuvo un fallo en los frenos en la capital y se llevó por delante a 12 vehículos matando a cinco personas. Ante la multitud que se congregó, los soldados americanos se pusieron nerviosos y abrieron fuego. Hubo disturbios en toda la ciudad. La policía abandonó sus puestos y se desprendió de sus uniformes, pequeños grupos de alborotadores arrasaron las áreas residenciales, apedreando, quemando y saqueando las oficinas de entidades occidentales y de ONG. Y una multitud trató de entrar en la embajada norteamericana y el palacio presidencial con gritos de "¡Abajo Karzai y muerte a América!".

7.2.3. El opio y la insurgencia

En 2006, Afganistán produjo la mayor cantidad de drogas de una nación moderna. Dos terceras partes fueron cultivadas en áreas que estaban parcial o totalmente bajo el control de los talibanes. Al año siguiente, el cultivo de amapola aumentó otro 17%, con el 70% cultivado y procesado en el sur, dominado por los talibanes. En 2008, la sequía redujo el cultivo de adormidera en un 19%. Para el tráfico de opio es vital una deficiente seguridad o, mejor aún,que no haya seguridad alguna. Por eso, se hacen necesarios los programas alternativos de ayuda y desarrollo para los campesinos.

> La unión de narcotraficantes, grupos terroristas y el inframundo criminal internacional es el nuevo eje del mal. Y no se detiene en las porosas fronteras de Afganistán. Es un problema transnacional y así tiene que ser la respuesta. Cuando las redes insurgentes y criminales se entrelazan más profundamente, se hincharán en poder económico y militar y, entonces, lo que comenzó como un dolor de cabeza regional se convertirá en una pesadilla para la seguridad global: la tormenta perfecta (G. Peters, 2009: 22).

Luchar contra los contrabandistas de heroína a lo largo de la frontera afgano-pakistaní es crucial para derrotar a los talibanes y estabilizar Afganistán y esencial para ganar la guerra contra el terror. Si se quiere perseguir a los terroristas, hay que ir detrás de las drogas y de los traficantes. Todos trabajan estrecha y conjuntamente. Al final se establecen sistemas en los que los agricultores pagan a los insurgentes para que protejan sus envíos de drogas. Éstos usan el dinero para financiarse. Y se da la irónica circunstancia de que los islamistas justifican el cultivo de opio diciendo que la ley islámica no prohíbe cultivar drogas, pero sí el consumo. Sin embargo, para la mayor parte de los expertos, el islam no permite ni producir, ni comerciar, ni consumir narcóticos. Los talibanes cobraban un 10% de tasas a los agricultores que cultivaban adormidera. En el sur, comenzaron a recolectar un 20% de *zakat* (tasa islámica) de los camiones con opio y a poner tasas a las refinerías que estaban en las áreas tribales y a su producción total, cargando entre 50 y 70 dólares por kilo. De esta manera podían conseguir unos 5.500 dólares a la semana.

> A pesar de que los agricultores y los combatientes pueden unirse por la desesperación económica, el 95% de los agricultores que cultivaban adormidera entrevistados, incluso en el corazón del opio del norte de Helmand, expresaban un deseo urgente de librarse de los talibanes y cultivar en su lugar algo legal (G. Peters, 2009: 120).

Los esfuerzos para que los agricultores cambiasen el cultivo de adormidera por otros cultivos han fracasado en parte porque muchos individuos dentro del gobierno de Kabul obtienen también beneficios de las drogas. Muchos señalan que el hermanastro de Karzai, Ahmed Wali, asesinado en julio de 2011 en Kandahar, estaba implicado en el tráfico de drogas. Siempre lo negó.

Incluso, el mulá Omar aprobó en su día que Bin Laden y los suyos dispusieran de las líneas aéreas afganas Ariana y las convirtiesen en una compañía para el narco-terror. Al Qaeda utilizaba los aviones para el tráfico de drogas. El expresidente pakistaní, Pervez Musharraf, reconoce que las relaciones con los talibanes no fueron fáciles.

> Nuestras relaciones con los talibanes nunca fueron suaves; en realidad, eran bastante incómodas. Invitamos al mulá Omar a Pakistán un buen número de veces después de que se hiciese con el poder, pero siempre se negó, diciendo que había condiciones de guerra en su país. También ofrecimos enviarle a la *umra*, la pequeña peregrinación a la meca, pero también rechazó esta oferta. Siempre recibía delegaciones de nuestra agencia de inteligencia pero nunca permitió a sus comandantes sobre el terreno interactuar con nosotros; decía que estaban continuamente envueltos en operaciones (P. Musharraf, 2006: 211).

El resurgimiento de los talibanes, la reorganización de Al Qaeda y la reanudación de sus campos de entrenamiento de terroristas hubieran sido imposibles sin una explosión en la producción de heroína. En 2004, la superficie dedicada al cultivo de opio había crecido un 64%. Los peones agrícolas ganaban 10 dólares al día. Era cinco veces el salario medio. La adormidera, que en más de un 80% era refinada en el interior, se cultivaba en sólo un 3% de la tierra arable. Los agricultores plantaban también otros cultivos. El desarrollo de cultivos alternativos nunca fue una opción seriamente considerada por la política norteamericana. El debate giraba en torno a su posible erradicación. El peligro era que esto podía unir a todas las tribus contra el gobierno. Estados Unidos se negaba a reconocer que el dinero de la droga fomentaba la corrupción y financiaba a los talibanes y a Al Qaeda.

> El ministerio del interior no sólo no arrestó a los señores de la guerra, sino que se convirtió en uno de los principales protectores de los traficantes de droga y Karzai se negaba a hacer limpieza. Cuando las milicias de los señores de la guerra fueron desmovilizadas y desarmadas por la ONU, los comandantes de las mismas consiguieron colocarse en el ministerio del interior y desde allí continuaron proporcionando protección a los traficantes (A. Rashid, 2009: 421).

En 2006, se publicaron dos informes inquietantes. En "La Industria

de la Droga en Afganistán", el Banco Mundial y la UNODC (Oficina de las Naciones Unidas contra las Drogas y el Crimen) reflejaban una imagen muy sombría de la amplitud de este comercio. Según las estimaciones, a finales de 2005, Afganistán producía el 87% del opio mundial. Más de 2 millones de afganos, el 9% de la población, participaban en la cultura de la adormidera con una producción de 4.100 t. El opio representaba un 38% del Producto Nacional Bruto ilícito —27% de las actividades económicas—. Afganistán era totalmente dependiente de la droga.

> A título de comparación, cuando el primer productor mundial de la coca, Colombia, estaba en el origen del 57% de la cocaína vendida en el mundo, el tráfico no representaba más que el 2% del total de las actividades del país andino (A. Quentier, 2009: 207).

En el otro estudio, "Afganistán, cinco años después: el retorno de los talibanes", la ONG Consejo de Senlis *(Senlis Council)* insistía en los lazos entre la droga, la seguridad y los talibanes, que animaban a los agricultores a cultivarla y distribuían las *shahabnama* (cartas nocturnas), a favor de la cultura del opio, después de haber prohibido, en el año 2000, su producción.

> Se alían con los traficantes de droga, protegen los convoyes y organizan los ataques contra las fuerzas gubernamentales para tener los campos al abrigo de todo aquello que pudiera parecerse a una erradicación forzosa, confirma Mohamed Daud, el gobernador de Helmand, provincia que produce la mitad del opio afgano, a punto de hacer implosión con el regreso de los talibanes y la llegada de miles de británicos (A. Quentier, 2009: 207).

Los intentos del gobierno afgano y de la comunidad internacional de reconstruir las instituciones del Estado, de poner freno al poder de los señores de la guerra y de crear una economía legal viable saltaron por los aires, entre otras cosas, por culpa del dinero de la droga. La comunidad internacional gastó mucho dinero en programas de ayuda, pero no se puso de acuerdo en cómo erradicar el opio, prohibir los envíos, detener a los traficantes o proporcionar a los agricultores formas alternativas para ganarse la vida.

> En pocas palabras, una de las principales razones del fracaso de la construcción nacional en Afganistán y Pakistán fue el no saber encarar el tema de las drogas (A. Rashid, 2009: 408).

El riesgo de que Afganistán acabase convirtiéndose en un narco-Estado ha crecido con los años. El país tiene el dudoso honor de ser el

proveedor mundial de heroína. A finales de los ochenta, mientras los muyahidines afganos, apadrinados por la CIA, luchaban contra las fuerzas de ocupación soviéticas, la región entre Pakistán, Irán y Afganistán se ganó el título de Creciente de Oro y reemplazó al Triángulo de Oro de Laos, Myanmar y Tailandia como primer productor mundial de opio.

> La CIA desempeñó un dudoso papel, como ya había hecho previamente en Vietnam, condenando el tráfico pero permitiendo que floreciera. Durante los años 80, la DEA (Drug Enforcement Administration), la agencia del departamento de justicia norteamericano dedicada a la lucha contra el contrabando y el consumo de drogas, identificó a las 40 principales organizaciones de traficantes y, entre ellas, había algunas dirigidas por funcionarios del gobierno paquistaní, pero ni una sola de ellas fue desmantelada, pues la CIA no quería perturbar la relación existente entre los "heroicos" muyahidines, los funcionarios paquistaníes y los traficantes de droga (A. Rashid, 2009: 410).

El opio alimentó también la guerra civil afgana de los noventa. Los señores de la guerra pagaban a los soldados y compraban armas y comida con el dinero de la droga. Cuando los talibanes se expandieron hacia el norte y el oeste, también lo hizo su control del comercio del opio. La producción aumentó. Después de que Estados Unidos y Naciones Unidas les exigiesen una y otra vez que prohibiesen el cultivo del opio —y así aumentar sus posibilidades de reconocimiento internacional— y de tres extraordinarias cosechas consecutivas, los talibanes prohibieron su cultivo en 2001. La prohibición fue muy efectiva. La producción cayó hasta las 185 t ese año. Fue calificada como "la acción para el control de las drogas más eficaz de los tiempos modernos". Pero la decisión de los talibanes se debió, en realidad, a la sobreproducción y al desplome de los precios, que habían pasado de los 600 dólares a sólo 30 dólares el kilo. Consiguieron que subiera el precio de nuevo a los 650 dólares el kilo. Tuvo un efecto devastador para muchos agricultores, que tenían grandes deudas por los préstamos de los traficantes y ninguna fuente de ingresos. Esto provocó una gran animadversión hacia los talibanes.

El Pentágono tenía una lista de 25 o más laboratorios y depósitos de drogas, pero se negaba a bombardearlos porque algunos pertenecían a la Alianza del Norte, viejos y nuevos aliados de la CIA. La lucha contra el terrorismo no tenía nada que ver con la lucha antidroga. En Kabul, hubo intentos de crear una infraestructura antidroga. Con el apoyo de la UNODC, se creó en 2003 un directorio contra los narcóticos. Ese mismo año, Gran Bretaña colaboró en la creación de una policía antinarcóticos en el Ministerio del Interior. En diciembre de 2004, la UNODC puso en marcha la Criminal Task Force,

compuesta por 35 investigadores, 15 jueces y 35 abogados que recibieron un entrenamiento especial. Se creó también una fuerza de élite afgana contra el narcotráfico. El Pentágono y la CIA reconocieron públicamente en 2005 que el dinero de la droga estaba alimentando al terrorismo. Pero ningún país dio instrucciones a sus tropas para detener los convoyes de la droga o capturar a los traficantes. Quemar campos de opio tampoco era misión de la OTAN. Todos, miembros de la administración local, policías, políticos o diputados se beneficiaban del narcotráfico.

En 2006, el dinero del opio estaba por doquier y contribuyó casi a la mitad, a un 46%, del Producto Interior Bruto. Según algunos informes, al menos 17 miembros del parlamento eran traficantes de droga y otros 24 estaban conectados con diferentes bandas de traficantes. El dinero de la droga impregnaba también al gobierno local en todas las provincias. Era imposible realizar un proyecto de desarrollo si los señores de la droga no daban el visto bueno. Se paralizó así la construcción de una economía legal, pues ninguna actividad industrial, agrícola o comercial podía competir con los beneficios de la droga. Lo más importante era que permitía a los talibanes sumar tropas, indemnizar a las familias de los terroristas suicidas e importar armas y a Al Qaeda volver a montar sus campos de entrenamiento.

De los países vecinos, las cinco repúblicas de Asia Central proporcionan una puerta de entrada para el opio afgano en Rusia y en Europa. Los cinco estados son débiles, están sometidos a dictaduras y al subdesarrollo y la heroína se ha convertido en uno de los medios de enriquecimiento de las élites corruptas. Irán ejerce una estrecha vigilancia antidroga en su frontera con Afganistán. Ha gastado cientos de millones de dólares en vallas y campos de minas, patrullados por miles de soldados. Tiene, según la ONU, el mayor porcentaje de población adicta a la heroína. Pakistán estaba libre de heroína en 1979, pero en 1986 había 650.000 adictos, tres millones en 1992, y cinco en el 2000. El dinero de la droga ha alimentado a delincuentes y contrabandistas y ha armado y financiado a grupos extremistas de todo pelaje.

El Consejo Senlis propuso una fórmula innovadora: conceder a Afganistán una licencia internacional para que pueda exportar opio para usos legales y crear una industria local para sus derivados. Transformar el opio en morfina y codeína, dos analgésicos con gran demanda e insuficiente producción mundial. Según datos de esta ONG, hay un déficit mundial de 10.000 t de morfina y la producción afgana de opio ronda las 4.000. Se trata de generar recursos para incrementar las posibilidades de que las comunidades rurales pasen de una economía ilegal a una economía legal. Pero hay, entre otros

muchos, dos problemas fundamentales: la falta de infraestructuras viarias para poder comercializar los sustitutos (azafrán, nueces o flores) y el endeudamiento de las comunidades rurales. Sólo consiguen adelantos de efectivo de los narcotraficantes y luego han de devolverlos. Así, muchos se endeudan de por vida.

Y hay una cara menos visible de esta grave situación: más de 170.000 afganos, entre ellos 30.000 mujeres, estaban en 2010 enganchados a la heroína.

7.3. El enemigo infravalorado

Los "nuevos" talibanes —o *neotalibanes*, nombre con el que también se conoce a los talibanes actuales y que vamos utilizar junto con el de talibanes— son una fuerza fragmentada, transnacional, desprovista de muchas de las características de los talibanes primigenios y de sus aspiraciones políticas. El mulá Omar es el líder indiscutible y nuclear. En el movimiento hay miembros de ambos lados de la frontera afgano-pakistaní y combatientes leales a señores de la guerra regionales. Están metidos en el terrorismo local, en el contrabando, en los secuestros y en los combates. Aunque se acabara con toda la *shura* de Quetta, del mulá Omar, no se habría vencido a la insurgencia.

Desde mediados de 2008, se calcula que hay entre 32.000 y 40.000 insurgentes, incluidos de 8.000 a 10.000 combatientes a tiempo completo (talibanes). Por cada provincia hay de 200 a 450. El resto, entre 22.000 y 32.000, son locales, guerrilleros a tiempo parcial, operan ad hoc. Unos miles actúan en simples redes dentro de la clandestinidad de la aldea. En Afganistán y Pakistán hay bases de simpatizantes (D. Kilcullen, 2009: 48-49). No hay olvidar el orgullo herido de los pastunes. Ya no controlan el poder, después de haberlo hecho a lo largo de la historia. Pero hay otros factores que explican la actual situación. En contraste con el norte y parte del oeste, el sur y el este se han beneficiado bastante poco del cambio de gobierno. Los extranjeros y los afganos no pueden y no quieren trabajar en esas zonas. La pobreza, la falta de control del gobierno y los funcionarios corruptos han conducido a un dramático incremento del resentimiento y de la insurgencia y también de la producción del opio.

> Si comparamos con 2004, los talibanes controlan más territorio ahora. Han conseguido cambiar la mente de muchos afganos, convencerles de que están ganando. Los pastunes son víctimas de la *talibanización*. Cinco de cada seis frentes de la insurgencia son pastunes. Las tácticas y la estructura son muy diferentes de las de 1990. Entonces sólo hubo un suicida, en los últimos siete años ha habido más de 450 y muchos

cometidos por afganos (W. Rahmani, 2009).

Al Qaeda consiguió restablecer sus bases aprovechando la debilidad del estado pakistaní en el cinturón tribal pastún. En lugar de haber derrotado a Al Qaeda y los talibanes en 2001, la coalición liderada por Estados Unidos lo que hizo fue echarles de Afganistán. Y acabaron en Pakistán.

> Los imperios pasados que se habían atrevido a entrar en Afganistán —desde Alejandro Magno hasta Gran Bretaña y la Unión Soviética— encontraron la entrada inicial posible, incluso fácil, para encontrarse después atascados ante la resistencia local (S. G. Jones, 2009: XXV).

Había dos factores críticos desde 2001: uno, el débil gobierno, que era una precondición importante para el aumento de la insurgencia. Era incapaz de proveer servicios clave. Forzaba a los ciudadanos a buscar la seguridad en otro lugar. El segundo, la ideología religiosa. El dirigente talibán, el mulá Omar, y los líderes de Al Qaeda, como Bin Laden y Al Zawahiri, abogaban por la yihad para recuperar las tierras musulmanas ocupadas.

7.3.1. Los talibanes y otras insurgencias

Sólo unos pocos comandantes talibanes se rindieron a las fuerzas norteamericanas en 2001. Fueron tratados duramente y enviados a Guantánamo. Estados Unidos tendía a ver a todos los pastunes como potenciales seguidores de los talibanes.

El ISI continuó canalizando el apoyo clandestino a los talibanes. El ejército de Pakistán no estaba dispuesto a ayudar a Afganistán. Al poder había llegado la Alianza del Norte, apoyada por sus rivales regionales: India, Irán y Rusia. Temía que India intentara desestabilizar Pakistán a través de su frontera occidental. Pakistán esperaba conseguir el apoyo de Estados Unidos para intentar un acuerdo final sobre la disputa de Cachemira, pero la administración Bush tenía poco interés en ello. Cuando Musharraf y el ejército pakistaní se percataron de que el presidente norteamericano tenía la intención de invadir Irak, asumieron que Estados Unidos se iría poco después de Afganistán, o al menos, no iba a comprometer suficientes recursos. No quisieron correr riesgos ni que les dejasen con la patata caliente del vecino como ocurrió en 1989, cuando los soviéticos se retiraron y los norteamericanos se fueron también. Por eso, Pakistán se guarda la carta de los talibanes para poder recuperar su influencia

en Afganistán.

A) Los neotalibanes

Los talibanes dominan la resistencia. Muchos de sus dirigentes murieron durante la ofensiva norteamericana de 2001. Desde 2006, hay un número creciente de ataques contra las fuerzas de seguridad y hasta han establecido estructuras de administración propias. Les llega dinero y ayuda de círculos radicales islamistas de todo el mundo y del tráfico de drogas. Desde Pakistán pueden preparar y lanzar operaciones a gran escala. Las *shuras* más importantes están en Quetta y Peshawar. Han protagonizado un regreso espectacular, con ayuda de Al Qaeda y de los extremistas islámicos de Pakistán. La insurgencia empezó ya a echar fuertes raíces en Afganistán en 2003. En los siguientes años se extendió por el sur paso a paso.

> A pesar del papel de los patrocinadores extranjeros, la insurgencia no habría conseguido convertirse en algo más que una mera molestia, si no hubiese sido capaz de explotar las debilidades intrínsecas del estado afgano, tanto como fue concebido originalmente así como fue reconstruido desde 2001 (A. Giustozzi, 2008: 7).

> Los talibanes antes eran parte de los muyahidines y había pocos paquistaníes y árabes, ahora la presencia de árabes ha aumentado mucho en el movimiento (Mulá Rockiti, 2009).

En 2006, los talibanes habían formado una compleja alianza que comprendía:

—El centro: los estudiantes de las madrazas puramente ideológicos.
—Segundo círculo: reclutas yihadistas aportados por mulás de los pueblos, llevados principalmente por la xenofobia.
—Tercer círculo: en 2006, era el más amplio, se trataba de aliados locales.
—Un círculo exterior de elementos mercenarios (A. Giustozzi, 2008: 42).

Se ha identificado a la tribu de los Ghilzai como la principal fuente de apoyo a los *neotalibanes*. Cerca del 95% de sus miembros eran pastunes y había descoordinación entre los diferentes grupos.

> Los ancianos consideraban que los talibanes eran la única fuerza que podía ayudar a expresar sus rencores hacia el gobierno. Algunas informaciones sugerían que el amplio uso de poder aéreo y sus efectos colaterales contribuyeron a empujar a muchos ancianos al lado de los insurgentes (A. Giustozzi, 2008: 51).

No es una sorpresa que los talibanes se estableciesen primero allí donde el gobierno era más débil.

> Los insurgentes no tenían que hacer mucho excepto acercarse a las víctimas de los hombres fuertes de Karzai y prometerles protección y apoyo. Los intentos de los ancianos del lugar de buscar protección en Kabul terminaban de forma rutinaria en nada, ya que los malhechores contaban o bien con apoyo directo de Estados Unidos o con la simpatía de Karzai (A. Giustozzi, 2008: 60).

Comparando la ideología de los *neotalibanes* con la del movimiento original talibán, se pueden observar similitudes y múltiples diferencias. Al igual que sus predecesores, los *neotalibanes* basan la legitimidad de su causa en la ley divina. Creen que están sancionados divinamente (R. D. Crews y A. Tarzi, 2009: 304). Originalmente, el régimen talibán buscaba crear un estado islámico con relaciones comerciales con sus vecinos y la comunidad internacional. Su ideología se forjó en los campos de refugiados en Pakistán y a partir de las enseñanzas de islamistas extranjeros. Sin embargo, cuando los talibanes cimentaron su relación con el liderazgo de Al Qaeda, la naturaleza del régimen cambió a una autocracia basada en el terror, con un foco más islamista que pastún. Al Qaeda necesitaba el país como base para su yihad.

Los *neotalibanes* pueden ser divididos en dos grupos ideológicos: el primero, formado por los que se alían con Al Qaeda y los principios del mulá Omar y de los talibanes más radicales; el otro grupo, ha retornado a sus raíces más pastunes e intenta convertirse en la voz de los pastunes y de los musulmanes afganos más tradicionales.

Las víctimas de los abusos de las tropas afganas y extranjeras y de los efectos colaterales empezaron a ser una base importante de reclutamiento. Muchos desplazados buscaron refugio en campamentos donde se reclutaron insurgentes. Probablemente, el principal impulso para los talibanes vino de la limitada capacidad de los extranjeros para controlar el país. La impopularidad del gobierno y el irrespetuoso comportamiento de las tropas internacionales, que no entendían la cultura local, desmoralizaron a una población que acabó sintiendo nostalgia de la época de los talibanes.

Mientras la ISAF no se movía de Kabul y el desarme de las milicias era muy lento, el liderazgo de los talibanes estaba intacto.

Hubo talibanes que regresaron junto a sus familias, que todavía vivían en campos de refugiados, otros retornaron a las madrazas pakistaníes donde les habían reclutado, y los dirigentes, *"protegidos"* por el ISI acabaron en Baluchistán y en la Provincia Fronteriza del Noroeste, donde el partido Jamiati Ulema Islam (JUI), que había ayudado a crear a los talibanes en 1994, había ganado las elecciones de 2002. El mulá Omar llegó a Quetta en el invierno de 2002. Creó una nueva *shura* y designó a cuatro comandantes para reorganizar la resistencia en las cuatro provincias del sur afgano (Uruzgán, Helmand, Kandahar y Zabul). Se empezaron a recoger fondos entre sus simpatizantes y en las madrazas Deobandi. Recibieron un apoyo considerable de los gobiernos provinciales dirigidos por el JUI. También viajaron al Golfo Pérsico y Arabia Saudí para reavivar los contactos y conseguir fondos.

Los talibanes lanzaron sus primeros ataques durante el invierno de 2002 a 2003, en las provincias del sur, Kandahar, Zabul y Helmand. No tuvieron ninguna compasión con los civiles, pero la administración Bush, metida de lleno en la invasión de Irak, dio escasa importancia a estos ataques.

> En aquellos críticos días, cuando los talibanes estaban lejos de ser populares y tenían poco control político en el sur, incluso unas pocas más de tropas de Estados Unidos podrían haber supuesto una enorme diferencia en la contención de la incipiente insurgencia (A. Rashid, 2010: 225).

Los talibanes lanzaron una amplia ofensiva en el verano de 2006 para tomar Kandahar y así hacer tambalearse a la OTAN. En el sur, nombraron gobernadores y jueces y pusieron en marcha una administración paralela. Cada vez morían más civiles. Eran el objetivo directo de los talibanes suicidas o eran pillados entre dos fuegos. Los talibanes también explotaron las divergencias entre las fuerzas de muchos países que no estaban autorizadas a combatir. Estados Unidos no quiso desplegar tropas suficientes en el sur. Cuando lo hizo en 2005, ya era demasiado tarde. Tampoco mantuvo una vigilancia por satélite. La expansión del resto de las tropas internacionales más allá de Kabul no se hizo hasta que Estados Unidos no vio que estaba empantanado en Irak y que los insurgentes avanzaban en Afganistán. Los talibanes se movían por el sur y pasaban la frontera sin problemas. Acabaron convirtiéndose en un movimiento presente en casi todo el país. Se expandieron incluso al oeste y al norte, en calma y pacificados. Sus líderes gozan de santuarios en Pakistán. Las víctimas en los dos lados, sobre todo las civiles, aumentaron de forma dramática. Según Naciones Unidas, en 2009 hubo una media de 1.200 ataques al mes por parte de los talibanes y otros grupos de la

insurgencia, un 65% más que el año anterior; 2.412 civiles afganos fueron asesinados, un aumento del 14%; dos tercios lo fueron por los talibanes, en lo que suponía un incremento del 40%. Además, las muertes en combate de efectivos de Estados Unidos y de la OTAN subieron un 76%, de 295 en 2008 a 520 en 2009.

Pero hay que hacer frente a más retos. Sólo un 3% de los reclutas que entran en el ejército afgano son del cinturón pastún del sur de Afganistán, donde predominan los talibanes. Aun así, los talibanes han conseguido infiltrarse en el ejército y la policía. En muchos lugares hubo que parar los programas de desarrollo y se recolocó a casi la mitad de los trabajadores de Naciones Unidas en Dubai o Asia Central por cuestiones de seguridad. Es cierto que, a pesar de sus éxitos, los talibanes no controlaron los centros de población más grandes y quizás no puedan hacerlo mientras la fuerza militar y aérea de la OTAN sea muy superior. La amplia mayoría de los afganos no quiere que regrese un régimen talibán a pesar de la ira hacia el gobierno de Karzai y el fracaso internacional en proveer de progreso económico. Muchos afganos aún creen que, mientras las tropas occidentales no se vayan, habrá esperanza en que la seguridad pueda retornar y sus vidas cambien a mejor.

B) Los neotalibanes y Al Qaeda

Los afganos estaban hartos de la interferencia, desde mediados de los noventa, de Al Qaeda. A través de llamamientos a la solidaridad musulmana, buscaba legitimarse ante la población haciendo bandera de su odio a los norteamericanos. Los militantes de la organización terrorista importaron nuevas tácticas, como los suicidas, de Irak y Chechenia. Hay unos 1.000 o 2.000 combatientes en el norte de Pakistán.

> Ahora los *neotalibanes* tienen la intención de luchar la yihad contra la comunidad internacional porque las fuerzas de la OTAN han ocupado Afganistán. Aquello por lo que están luchando está relacionado con Al Qaeda y con la expansión de la ley de la *sharía* y con la apertura de la puerta a Asia Central. Quieren derribar a este gobierno (W. Rahmani, 2009).

Los líderes de Al Qaeda tienen tres objetivos: en primer lugar, derrocar al régimen 'apóstata' de Karzai, culpable, según ellos, de no haber establecido un verdadero estado islámico y de cooperar con los gobiernos infieles occidentales; en segundo lugar, reemplazar el régimen afgano por uno acorde con una versión radical de la *sharía;* el

tercer objetivo es llevar a cabo una guerra de desgaste contra Estados Unidos y los gobiernos occidentales, con la esperanza de debilitarlos y expulsarlos de las tierras musulmanas. Bin Laden preveía asimismo el establecimiento de un "cinturón islámico" que conecte Pakistán con Asia Central, a través del Cáucaso, y después, hacia Turquía y Oriente Medio (S. G. Jones, 2009: 283).

No hay que menoscabar la dependencia y la influencia de Al Qaeda en los talibanes, que empezaron a utilizar ataques suicidas a través de la experiencia y el entrenamiento aprendidos de los yihadistas, especialmente del grupo terrorista de Bin Laden. Vieron el éxito de grupos como Hamas, Hezbollah o los grupos iraquíes y llegaron a la conclusión de que era un método efectivo. Además, creían que los ataques suicidas elevaban el nivel de inseguridad entre la población civil y provocaban que algunos afganos cuestionasen la capacidad del gobierno de protegerles. Así conseguían desestabilizar las instituciones locales y daban una renovada visibilidad a los talibanes y a Al Qaeda.

C) La red Haqqani y el HIG

En el este de Afganistán y en las zonas tribales del norte de Pakistán, la reorganización de los insurgentes fue dirigida por grupos separados, aliados de los talibanes. El más grande, la llamada red Haqqani, estaba liderado por el antiguo ministro talibán de Asuntos Tribales, Jalaluddin Haqqani y su hijo Sirajuddin. Tiene estrechos lazos con Al Qaeda y con el ISI pakistaní. Otro grupo era el Hizbi Islami Gulbuddin (HIG), al frente del que estaba el veterano islamista pastún Gulbuddin Hekmatyar, que llegó desde el exilio iraní, y por Saif-ur Rahman Mansur, que había dirigido las fuerzas talibanas y árabes en la batalla contra los norteamericanos.

Estos grupos también eran claves en la insurgencia. Están en todo el país, sobre todo en el sur y el este. El HIG es el más antiguo y moviliza varios centenares de combatientes. Sus raíces se remontan a la época de la ocupación soviética, su núcleo se encuentra en Kabul y en el este. Se basa en un sistema de células y tiene contacto con los servicios secretos de Pakistán. Luchó hasta 2001 dentro de la alianza contra los talibanes, la Alianza del Norte.

Haqqani era profesor de una escuela coránica. En 1992, fue ministro de Justicia en el primer gobierno muyahidín. Con los talibanes ocupó, entre otros cargos, el de ministro para Asuntos Tribales y el de gobernador en Paktia. Estaba considerado uno de los dirigentes militares talibanes más importantes. La red está activa sobre todo en las provincias de Jost, Paktia y Paktika y se ha expandido

hacia Kabul. Se basa en lealtades tribales e ideológicas y sus miembros aumentaron durante la guerra contra los soviéticos. Después de 2001, posiblemente incluso antes, incluía a pastunes de Pakistán. Su principal modus operandi es la guerra asimétrica, utilizando acciones terroristas y de lucha guerrillera, incluyendo el uso de minas y ataques suicidas. Las operaciones espectaculares buscan mostrar que es capaz de atacar en cualquier sitio y captar la atención de los medios internacionales.

> Haqqani fue el primer comandante muyahidín afgano que incorporó a voluntarios yihadistas árabes en su grupo. Fue en 1987. Antes había establecido conexiones duraderas con saudíes ricos durante sus peregrinajes haj, así como con los servicios de inteligencia saudíes. Tenía oficinas para conseguir fondos en los países del Golfo Pérsico… Todo esto creó la base para su relación extremadamente estrecha con patrocinadores árabes, incluyendo Osama bin Laden, el ISI y más tarde la red Al Qaeda (A. Giustozzi, 2009: 75).

Teóricamente, puede funcionar por su propio pie, sus recursos son suficientes para operar de forma autónoma respecto al liderazgo talibán. Pero no dispone de un área definida de control en Afganistán. La coalición, en general, controla las ciudades y poblaciones más importantes pero es muy débil en las zonas rurales. Menos de una cuarta parte de los afganos vive en ciudades y, en las aldeas, Dios y la tribu son más tangibles que el parlamento.

Además de los grupos de Hekmatyar y de Haqqani, están los señores de la drogas, las milicias de algunos señores de la guerra y otros grupúsculos que forman parte de esa vasta insurgencia que trae en jaque a los afganos y a las tropas internacionales, a las que quieren impedir que establezcan un gobierno estable y en seguridad. Existe una creciente coordinación entre los distintos grupos insurgentes. Cada vez es más evidente que su modelo es la insurgencia de Irak, que incluye atentados suicidas —considerados un acto cobarde por los afganos—, asesinatos y el uso de dispositivos explosivos por control remoto. Intentan, por ejemplo, establecer su autoridad en Kandahar con el método del palo (intimidación, quema de escuelas, amenazas a las *shuras* locales) y la zanahoria (protección ante las operaciones de erradicación de la droga).

7.4. Los medios y los *neotalibanes*

En su origen, los líderes talibanes mostraron cierto provincialismo en su visión del mundo. Parecía que sólo les importaba la rígida

aplicación de su interpretación de la *sharía*. Los *neotalibanes*, en cambio, utilizan sin pudor las nuevas tecnologías, al igual que Al Qaeda. Y muestran cierto grado de flexibilidad en el férreo control de la población. No ponen reparos al uso, con fines propagandísticos, de fotografías y películas que los primeros talibanes prohibieron de forma rigurosa. Al Qaeda les mostró cómo poner en marcha medios de comunicación, cómo producir decenas de miles de DVD y grabaciones que se venden en los bazares de Pakistán y Afganistán y en todo el mundo musulmán o se pueden ver en Internet. Usan la red, estaciones de radio, móviles y sus portavoces conceden entrevistas. Su arma propagandística favorita era una estación móvil de radio FM. Esto contrasta, sin duda, con los talibanes de los años noventa, que odiaban y prohibían los medios.

En septiembre de 2001 anunciaron que habían creado una unidad para los medios. Lo hicieron en su revista en árabe *Al Sommod*. Khan Muttaqi, el antiguo ministro talibán de Información y Cultura, estaba al frente de la llamada comisión cultural que tenía como objetivos:

—Establecer relaciones con los medios para notificarles sus "acciones militares".
—Publicar revistas y periódicos yihadistas.
—Supervisar la página de Internet del movimiento.
—Publicar libros yihadistas.
—Preparar películas yihadistas y publicarlas en las webs yihadistas.

Aunque el uso de la radio no es muy amplio, hubo e intentan que haya emisiones de "La voz de la *sharía"*, una radio móvil que funciona en el sur, en el este y en el sureste del país. Se puede saber lo que piensan y planean los insurgentes talibanes analizando estos medios y por las llamadas telefónicas a y de quienes dicen ser sus portavoces. Debido a la nebulosa que los envuelve, resulta muy difícil y peligroso para los periodistas entrar en contacto físico directo con ellos. Además, Al Qaeda cuenta con la revista *Vanguardias del Jorasán* (nombre histórico de la región) que comenzó en 2005. La productora Al Sahab tiene un enfoque internacional, incluso producen material audiovisual con subtítulos en inglés.

7.5. ¿Es posible la negociación con los talibanes?

Los comandantes de los actuales talibanes son más jóvenes, más radicales y más brutales que los anteriores. Son una nueva generación.

Probablemente es muy difícil hablar con ellos, incluso es posible que ni siquiera se pueda hablar con ellos. El antiguo embajador talibán en Pakistán, el mulá Salam Zaeef, supuestamente un moderado, no abjura de las creencias de sus compañeros de antaño, no se arrepiente, y no lo oculta:

> ¿Cortar manos y ejecuciones públicas de mujeres en estadios de fútbol? ¿Por qué no?, si se trata de ladrones y asesinos. ¿A quién le molesta en Occidente la utilización de la sharía en la aliada Arabia Saudí? (S. Koebl y O. Ihlau, 2007: 110).

Añade que ahora hay criminalidad, corrupción y extranjeros que se comportan como ocupantes y que no hay soberanía, ni seguridad, ni estabilidad. Se le considera mediador en el diálogo con el gobierno afgano y Estados Unidos. Él siempre lo niega.

> Los talibanes no querían el poder, sino liberar a la población. Y todo es posible en caso de negociaciones con los talibanes. Es más fácil negociar que la guerra. La guerra es una estrategia equivocada. El gran problema es que las tropas internacionales no son pacificadoras, sino enemigos. La comunidad internacional debería conocer los derechos de los afganos. No son los derechos de Estados Unidos. No tiene derecho a traer su sistema a mi país. Estar contra los extranjeros estaba permitido por los talibanes. Estuve con los talibanes desde el principio porque eran necesarios. No estoy en contra de lo que los talibanes hacen, estaré a favor de todo aquel que luche contra las tropas extranjeras y ocupantes (A. S. Zaeef, 2009).

Hay que tomar en consideración que los instrumentos de reconciliación forman parte del código cultural pastún, el *pastunwali*. Una de las primeras iniciativas para el diálogo con los talibanes se produjo en junio de 2005, cuando el presidente Karzai puso en marcha el Plan de Acción para la Paz, la Reconciliación y la Justicia. La finalidad era "mejorar la paz y la estabilidad en Afganistán a través de un proceso que consiga la reconciliación y la justicia". Poco después, en enero de 2006, hizo una oferta de diálogo al mulá Omar que fue contundentemente rechazada. Los talibanes acusaban a Karzai de ser un agente de Estados Unidos. El 31 de enero de 2007, el parlamento aprobó un proyecto de ley de amnistía para todos los combatientes de los 25 años de guerra. Beneficiaba incluso a dirigentes acusados de crímenes de guerra, como el propio mulá Omar o el sanguinario Hekmatyar. La medida fue criticada por organizaciones de derechos humanos. La representación de la ONU en Kabul emitió un comunicado advirtiendo de que para que cualquier proceso de reconciliación tenga éxito, se debe reconocer el sufrimiento de las

víctimas y que "los únicos que tienen el derecho a perdonar a los responsables de las violaciones de derechos humanos son las propias víctimas". La nueva ley no fue promulgada entonces. Pero salió adelante más tarde.

A principios de octubre de 2007, Karzai insistió en su ofrecimiento de reconciliación e invitó a los insurgentes a formar parte del gobierno, a cambio de cesar su ofensiva. Los talibanes lo rechazaron una vez más y reiteraron que su condición para cualquier negociación pasaba por la retirada de las tropas internacionales. Y hubo un nuevo llamamiento de Karzai al diálogo, en septiembre de 2008, al finalizar el Ramadán.

> Las negociaciones no son la solución, son sólo un juego político. ¿Cómo se puede negociar con alguien que no te reconoce? La reconciliación nacional no está tratando sobre la justicia, sino sobre cómo ignorar a determinados criminales y crímenes (R. Amin, 2009).

El 28 de enero de 2010 se celebró la Conferencia de Londres. El presidente Karzai anunció la convocatoria para el mes de julio de una *Loya Jirga* de la paz, la Conferencia de Kabul. Los participantes apoyaron en Londres los planes del gobierno afgano y acordaron establecer un fondo de inversión para la paz y la reintegración a fin de financiar el programa del presidente afgano. Los países donantes, unos 70, apoyaron los planes para las negociaciones de paz con los insurgentes, si renunciaban a la violencia, cortaban los hilos con Al Qaeda y otras organizaciones terroristas y respetaban la Constitución afgana. Prometieron varios cientos de millones de dólares para convencer a los talibanes de que depusiesen las armas. De nuevo, las propuestas cayeron en saco roto. Los talibanes rechazaron de forma reiterada la paz, diciendo que las tropas extranjeras deben abandonar antes el país. Pero la Conferencia de Londres de 2010 supuso un cambio crucial en la estrategia de la comunidad internacional. Se pasaba de la lucha a muerte contra el integrismo talibán y sus socios de Al Qaeda a la oferta de negociación y de reintegración del grueso de las bases islamistas.

Otros puntos importantes y decisivos para el devenir de Afganistán aprobados en Londres fueron:

—*Traspaso de las responsabilidades para la seguridad*. Es el plan de Kabul para tomar "el comando de la mayoría de las operaciones en las zonas inestables en tres años y asumir "la responsabilidad de la seguridad sobre el terreno en cinco años". Los delegados pidieron que ese traspaso comenzase, "si las condiciones lo permiten" a finales de 2010 o principios de

2011. Para acompañar esta transición, el número de miembros de las fuerzas de seguridad afganas se aumentará a 300.000 hasta octubre de 2011. Al final, el comienzo del traspaso y la retirada de los primeros soldados norteamericanos comenzaron en julio de 2011. En cuanto a los efectivos de las fuerzas de seguridad afganas se incrementaron hasta los 360.000 en la fecha fijada, aunque muchos quieren aumentar el número hasta los 400.000.

—*Lucha contra la corrupción*. Una misión de evaluación encargada de la lucha contra la corrupción y compuesta sobre todo por observadores extranjeros debía realizar su primera visita a Afganistán en tres meses. La conferencia señaló la perversa relación entre el comercio de la droga, la insurgencia talibana y otras actividades criminales, como la corrupción y el tráfico de seres humanos. Poco se hizo después en este campo.

—*Desarrollo económico*. El país se enfrenta a desafíos económicos que implican un "apoyo sostenido y a largo plazo" de la comunidad internacional. Es primordial "un esfuerzo civil mejor coordinado y dotado de mejores recursos". La comunidad internacional acepta "un aumento del 50% en los dos próximos años de la ayuda al desarrollo que será distribuida por el gobierno afgano como intermediario". Pero "este apoyo está condicionado al progreso del gobierno en el reforzamiento de los mecanismos de gestión de las finanzas públicas" y "la reducción de la corrupción". Se confirmó la anulación de 1.600 millones de dólares de la deuda externa afgana, que ya había sido anunciada por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial.

—*Cooperación regional*. Se reconoce el papel que Afganistán desempeña como puente entre Asia del Sur, Asia Central, Oriente Próximo y Extremo Oriente. Y se señala que las iniciativas regionales tienen mejores posibilidades de éxito.

La estrategia, en el fondo, consistía en aislar a los talibanes irreductibles e intentar pactar con los elementos moderados del movimiento, recuperando a quienes se han unido a la insurgencia por falta de una alternativa mejor. Pero ese planteamiento, que ya se había probado, no había funcionado hasta entonces. En 2009, por ejemplo, menos de 200 insurgentes aceptaron deponer las armas e incorporarse a la policía gubernamental.

Poco después de la conferencia, el gobierno afgano promulgó una ley de amnistía para los implicados en las guerras de antes y después de 2001, siempre que respetasen la Constitución. La ley había sido bloqueada en 2007 por la renuencia de Karzai a firmarla.

La pretensión de Karzai era negociar con los líderes talibanes con la única condición de que acatasen la Constitución y, a la vez, pretendía atraer a los militantes de base con la promesa de trabajo y proyectos de desarrollo. Para Washington, una posible negociación se centraría fundamentalmente en convencer a los talibanes de base, pero no incluiría a sus dirigentes. Se consideraba que con ellos no podía haber reconciliación y estaban perseguidos por Estados Unidos y las Naciones Unidas. El diálogo debería mantenerse, si la situación militar era ventajosa para las fuerzas internacionales y los talibanes llegaban al convencimiento de que no podían conseguir sus objetivos y rompían con Al Qaeda. Arabia Saudí ha ejercido un importante papel de intermediaria:

> En septiembre de 2008, Arabia Saudí inició un diálogo político con una serie de actores políticos afganos, inicialmente dentro del espacio que proveía la hospitalidad tradicional del Ramadán en el reino. El diálogo fue entre representantes saudíes, aliados políticos cercanos al gobierno afgano y líderes prominentes de los antiguos talibanes con base en Kabul. Además, el liderazgo saudí tuvo éxito al conseguir la participación de afganos cercanos al liderazgo talibán con base en Quetta, facilitando los primeros pasos de una prueba de los objetivos políticos de los talibanes. El prestigio de Arabia Saudí dentro de Afganistán era un factor significativo para asegurar una participación de alto nivel en el proceso. El compromiso entusiasta del gobierno afgano fue significativo debido a que el proceso tenía un contenido más sustancioso que las iniciativas presidenciales anteriores, ampliamente retóricas (M. Semple, 2009: 76).

La posición oficial de los talibanes siguió siendo la de negar que hubiese conversaciones. Hasta finales de 2010, se produjeron diversas reuniones a distintos niveles pero no se alcanzó ningún acuerdo. En total, un 40% de los afganos manifestaba en aquel momento un cierto nivel de simpatía con las motivaciones de los grupos armados, incluyendo un 14% que decía que sentía mucha simpatía.

7.6. La reconciliación

El principal medio para la reconciliación fue la Comisión Nacional Independiente para la Paz, dirigida por Sebghatullag Mojadeddi. Empezó a funcionar en mayo de 2005 con la responsabilidad de administrar el programa PTS (Strenghtening Peace Program-Reforzar el Programa de la Paz). El proceso se inicia con una reunión del antiguo combatiente con Mojadeddi. Recibe una carta que dice que ha sido reconciliado. Luego, la tiene que llevar al gobernador provincial para que la firme. La Comisión ha sido también responsable de

administrar un programa para insurgentes sospechosos, liberados de Guantánamo o Bagram.

> La principal tarea de la Comisión ha sido certificar que los antiguos insurgentes están viviendo pacíficamente y han aceptado la nueva Constitución. Realiza esta labor con una red de oficiales de campo en las provincias afectadas por la insurgencia. Miembros de la dirección en las oficinas de campo y en Kabul se encargan de identificar y persuadir a los combatientes para que se coloquen bajo el paraguas del PTS (M. Semple, 2009: 54).

El parlamento lanzó su propia iniciativa de reconciliación en una resolución del 31 de enero de 2007, "El capítulo para la reconciliación nacional y el compromiso". El plan del parlamento se aprobó en vísperas del establecimiento de una estrategia para la "justicia transicional". La resolución, en realidad una ley de amnistía, se interpretó como el movimiento de diputados sospechosos de crímenes de guerra para proveerse de inmunidad en caso de que la justicia actuase contra ellos.

> Lo más importante es el perdón, la reconciliación nacional y la amnistía, porque la principal necesidad es combatir el terrorismo. Es necesario perdonar y olvidar porque lo prioritario es la paz. Nadie descarta realmente volver a las armas, si la situación empeora o vuelven los talibanes. Incluso es posible pensar en formar una coalición de hazaras, tayikos y uzbekos contra Karzai, si es necesario (H. M . Mohaqeq, 2009).

> No hay imperio de la ley. Hay corrupción a todos los niveles. Y una de las grandes cuestiones olvidadas en estos 30 años de historia es la justicia. Los criminales ahora son amigos de Karzai, los señores de la guerra están en el poder. La justicia en Afganistán es el espíritu de todo. Uno de los mayores errores es no haber prestado atención a la justicia porque una sociedad sólo se puede construir con justicia (A. Rafiee, 2009).

Todavía en 2011 no se había abierto una vía clara para llevar a los criminales del pasado ante la justicia y hacer que paguen por los crímenes de guerra y de lesa humanidad que cometieron durante décadas de guerra. No hay tampoco interés por parte de muchos políticos, entre otras cosas porque provienen de las filas de los señores de la guerra o son señores de la guerra. Se encargan de retrasar esa posibilidad o se niegan a que sea contemplada, alegando en ocasiones que la situación no lo permite de momento.

> La justicia es importante en este país. Pero hoy estamos, si lo vemos de forma realista, en una situación en la que no podemos dar justicia a

> nuestros ciudadanos, porque la injusticia está teniendo lugar. No hemos establecido un sistema judicial para tratar sobre la injusticia actual. Entonces, ¿cómo vamos a poder hacerlo con lo que pasó hace 25 años? Creo que hay que definir cuál es la prioridad. La prioridad es conseguir un espacio justo que, al mismo tiempo, pueda unir a las personas en un sistema que pueda funcionar y hacer justicia. ¿Piensa que sin tener las instituciones se puede tratar sobre lo que sucedió hace 25 años o hace 20 años? No, nuestra situación es diferente a la de otros (A. Abdullah, 2009).

Sin justicia el proceso estará viciado desde el principio. Nunca se podrá garantizar una paz y una estabilidad duraderas, si no se hace justicia a las víctimas.

A partir de 2009 empezó a dar resultados el compromiso de minimizar los daños colaterales. La ONU reconoció que, en muchas provincias, la presencia de las autoridades se limitaba a las localidades más importantes, mientras que en zonas rurales los talibanes habían instaurado una especie de administración en la sombra. Recaudaban impuestos, administraban justicia, resolvían disputas, ejecutaban a presuntos criminales e imponían hábitos sociales ultraconservadores. En zonas del sur y del este, los propios representantes del gobierno se veían obligados a sobornar a los comandantes talibanes. Quienes se resistían a su ley eran asesinados. Entre ellos había numerosos dirigentes locales.

El consejero de Seguridad Nacional de Estados Unidos, el general James Jones, aseguró, en enero de 2010, que en Afganistán había más de 25.000 talibanes y hasta 150 miembros de Al Qaeda. Lo hizo en Washington, en un encuentro del Foro Atlántico, que reúne a parlamentarios de todos los países de la OTAN. Al Qaeda era un componente menor de la insurgencia. Pero la cifra de insurgentes era seis veces superior a los 4.000 que se calculaban en 2005. Al otro lado, en esas fechas, se encontraban más de 150.000 soldados de la coalición internacional.

La estrategia militar estadounidense tenía como objetivo hacer que se retirasen los talibanes y los insurgentes y reinsertarles, sin hacer concesiones políticas especiales o cambios en la Constitución afgana. Siempre hubo diferencias entre los distintos departamentos de la administración norteamericana, el de Estado, el de Defensa, la Casa Blanca y la CIA, y también había desacuerdos entre Estados Unidos y sus aliados. Los talibanes mostraron su primer indicio de flexibilidad en noviembre de 2009, con motivo de la fiesta religiosa del Eid. Lo hicieron en un comunicado de diez páginas. Su líder, el mulá Omar, por un lado, urgía a sus combatientes a continuar la yihad contra el enemigo norteamericano y, por otro, prometía que un futuro régimen talibán traería la paz y la no interferencia de fuerzas de fuera y no sería una amenaza para sus vecinos. De todo esto se concluía que un

posible retorno de los talibanes no suponía que con ellos regresase Al Qaeda. El mulá Omar dijo también: "El emirato islámico de Afganistán quiere adoptar medidas constructivas junto a todos los países para la cooperación mutua, desarrollo económico y un buen futuro en base al respeto mutuo".

Ese nuevo tono talibán puede remontarse a las conversaciones secretas que tuvieron lugar en la primavera de ese año. Fueron patrocinadas por Arabia Saudí, a petición de Karzai. En ellas participaron antiguos talibanes, exmiembros árabes de Al Qaeda y representantes de Karzai. No hubo acuerdo, pero las conversaciones condujeron a una serie de visitas de importantes líderes talibanes a Arabia Saudí durante el resto de 2009. Los funcionarios estadounidenses, británicos y saudíes que estuvieron indirectamente en contacto con los talibanes les animaban a renunciar a Al Qaeda y exponer sus demandas de negociación. Pero los talibanes exigían, para distanciarse de la organización terrorista, que la otra parte cumpliese una condición: todas las fuerzas extranjeras debían anunciar un calendario para abandonar Afganistán. La reconciliación sólo será posible, sin embargo, cuando los insurgentes comprendan que están perdiendo. No es fácil que eso suceda en las circunstancias de los últimos años.

7.7. Los señores de la guerra

Afganistán es un territorio de señores de la guerra. Es imposible saber exactamente cuántos hay, centenares, quizás miles. Sólo se conoce a los más notorios. Son ellos los que gobiernan en la mayor parte del país. Pero se sabe poco de ellos, al menos de la mayoría. Controlan ministerios o provincias enteras. Responden a nombres como Khan, Fahim, Dostum o Mohaqeqi. Les motivan el poder y el enriquecimiento. Algunos han cambiado de bando, según la conveniencia del momento. Cobran mordidas a cambio de un documento, una gestión o de garantías de seguridad. La aplastante derrota de los talibanes, en 2001, reforzó a los señores de la guerra, considerados aliados de los norteamericanos. Estaban en la nómina de la CIA. En el norte, el jefe uzbeco, el general Dostum, protegía a antiguos comandantes talibanes a cambio de dinero. En el sureste, recibían dinero de la CIA para mantener la paz en la región. En el centro, en el Hazarajat, mandaban los hazaras Karim Jalili, Syed Akbari y Mohammad Mohaqeq. Recibían ayuda de Irán. Fahim era el señor de la guerra más poderoso. Llegó a ministro y vicepresidente. Estados Unidos los consideraba una forma barata y provechosa de

tener aliados en la zona que incluso podían proporcionar información sobre Al Qaeda. La riqueza de los señores de la guerra contrastaba con la pobreza del gobierno provisional. Karzai no tenía ingresos estatales. Durante los primeros meses tampoco hubo dinero para pagar a los funcionarios y a los policías. Al final, el régimen de Karzai terminó asentándose en esos señores que controlan grupos étnicos.

> Los señores de la guerra tienen una estrategia conforme a sus intereses. Desde la Conferencia de Bonn han estado en el poder y ahora siguen en él y también, a través del poder que tienen en el parlamento, aprueban leyes que les benefician. Quieren cambiar el sistema en el parlamento para hacerse con todo el poder. Cuando Karzai llegó al poder, la situación de los señores de la guerra era muy débil. Pero Karzai no lo hizo bien, hizo lo peor, que fue darles poder (N. Nazari, 2009).

En marzo de 2007, el parlamento aprobó la ley de amnistía que prohíbe juzgar a los líderes militares que participaron en la guerra. Se garantizaba así la inmunidad para todos los señores de la guerra y los talibanes. Las tropas extranjeras alegan que, sin otra alternativa que los talibanes, no tienen más elección que colaborar con los señores de la guerra. Los hay que están involucrados en el tráfico de droga y otros obtienen sus fondos de los secuestros o de dar protección.

Los norteamericanos consideraban a Herat como la primera línea en la guerra contra el acuñado eje del mal de Bush, formado por Irán, Irak y Corea del Norte. Irán había pasado a ser demonizado por el presidente norteamericano. Con una estratagema típica afgana, el astuto Ismail Khan, señor de la guerra de Herat, se había asegurado que iraníes y americanos se vigilasen mutuamente en vez de vigilarle a él. Había pasado un tiempo en una cárcel talibana. Se dedicaba a suministrar informaciones falsas y rumores para tenerlos con la espada siempre desenvainada. Khan personifica al señor de la guerra que practica el arte de la supervivencia. Su autoritarismo convirtió a Herat en la ciudad más limpia y pacífica del país, pero también en la más reprimida. Ganaba millones de dólares con las tarifas aduaneras que había que pagar para cruzar por Islam Qila, la frontera entre Irán y Afganistán. Diariamente, pasaban cientos de camiones. Khan se negaba a compartir los ingresos y entregarlos al gobierno central.

Los señores de la guerra más ricos y poderosos controlaban los puestos fronterizos y cobraban tarifas aduaneras. En los noventa, habían dividido el país en feudos. Una vez derrotados los talibanes, se sentían más fuertes que nunca. Reconocidos por los norteamericanos, no se sentían ligados por ningún pacto de lealtad a Karzai. Eran a menudo corruptos y despiadados, contrataban milicias para aterrorizar a la población. Sus ingresos procedían de los transportes de drogas por carretera, de secuestros, extorsiones o de las ayudas de sus

partidarios.

De hecho, el apoyo de la población a los talibanes fue consecuencia del odio a los señores de la guerra. Lo que parece motivar a estos individuos es el poder personal y la acumulación de riqueza. Algunos han cambiado de bando una o más veces. El récord lo tiene Dostum. Dirigió a su pueblo en la lucha contra los invasores soviéticos. Luego, se uniría a los talibanes para cambiar, más tarde, otra vez de bando y unirse a los antitalibanes de la Alianza del Norte. Y emprendió la que quizá sea la acción más despiadada de la historia afgana contemporánea: asfixió en contenedores a centenares de sus antiguos aliados talibanes.

Los principales señores de la guerra sólo son la cúspide de la pirámide del poder. En la base, hay decenas o centenares de pequeños caudillos. Algunos sólo disponen de una decena de pistoleros y actúan en un barrio o en un pequeño tramo de carretera. Incluso las fuerzas militares de Estados Unidos y de la OTAN les pagan para que sus camiones crucen zonas peligrosas. Una investigación del Congreso estadounidense de junio de 2010 puso de manifiesto que para un contrato de transporte de 2.160 millones de dólares, el ejército de Estados Unidos paga decenas de millones de dólares a señores de la guerra, a funcionarios corruptos e incluso indirecta o directamente a los talibanes con objeto de garantizar la seguridad de los convoyes de suministros.

Los norteamericanos contribuyeron al regreso del mal que representaban los señores de la guerra. El gobierno de Karzai carecía de recursos para competir con ellos. La estrategia norteamericana implícita era que Karzai estuviera en la capital con un poder ineficaz y protegido por las fuerzas extranjeras y dejar que los señores de la guerra mantuviesen la pax americana en las zonas rurales. Así, sus fuerzas especiales podían campar a sus anchas en busca de los líderes de Al Qaeda y los talibanes.

> Incapaz de adoptar una postura dura contra los señores de la guerra, Karzai perdió mucho tiempo tratando de mantener el equilibrio entre ellos y aferrándose a su autoridad del gobierno y los ciudadanos afganos exigían que se librase de los señores de la guerra (A. Rashid, 2009: 186).

El caudillismo, el poder de los señores de la guerra, ha sido un obstáculo enorme para la reconstrucción y el desarrollo de un Afganistán moderno.

7.8. Los intereses de los vecinos

Afganistán fue tradicionalmente un país neutral, pero durante la ocupación soviética se convirtió en el reflejo de la política exterior de la URSS. Ni los regímenes afganos apoyados por los soviéticos ni el talibán recibieron un amplio reconocimiento internacional. Tras la caída de los talibanes, el país estableció relaciones diplomáticas con la mayor parte de los países del mundo. En diciembre de 2002, los seis países que rodean Afganistán firmaron la "Declaración de Buena Vecindad" que garantizaba la independencia del país y su integridad territorial. Hay una dimensión internacional pero, sobre todo regional, que hay que considerar cuando se trata el conflicto afgano y su posible solución. Si no se toma en consideración este aspecto, será imposible resolverlo. Es necesario adoptar una política más amplia y decisiva en la región y evitar males mayores:

> A nivel regional, hay que presionar a Irán, Pakistán, India, China, Arabia Saudí o Rusia. Hay que presionarles a nivel político. Irán quiere derrotar a Rusia y ayuda a todo el mundo que le apoye, desde los talibanes a Hekmatyar. Rusia no tiene un grupo étnico específico (A. Rafie, 2010).

7.8.1. Pakistán y "AFPAK"

Desde su creación en 1947, Pakistán siempre ha sido un vecino clave con el que Kabul ha tenido diferencias sustanciales. Durante la invasión soviética, Pakistán fue el principal punto de suministros para la insurgencia muyahidín. Además, en el país vecino se refugiaron varios millones de afganos y era también la retaguardia de los combatientes. Pakistán apoyó después al régimen talibán y sóloles retiró ese apoyo cuando rechazaron entregar a Osama bin Laden tras el 11-S. Las relaciones a largo plazo entre los dos vecinos siempre han sido tensas por la separación de las tribus pastunes a uno y otro lado de la frontera, hay 12 millones de pastunes en Afganistán y 27 millones en Pakistán.

En su discurso del 27 de marzo de 2009, Barack Obama destacó que Pakistán y Afganistán estaban inextricablemente unidos y advirtió que Al Qaeda y sus extremistas eran un cáncer que amenazaba con matar a Pakistán desde el interior, lo que también quedaba patente en un informe sobre la cuestión.

> El informe identificaba a Pakistán como un problema mucho más preocupante estratégicamente que Afganistán, porque los santuarios de Al Qaeda y otros grupos afiliados eran una amenaza mayor para Estados

> Unidos. Concluía que Estados Unidos no podía prevalecer, si no resolvía tres importantes problemas. Primero, la gobernabilidad tendría que ser mejorada y la corrupción reducida. Los sobornos y las malversaciones eran rampantes. Había, por ejemplo, cerca de 42 pasos para hacer un carnet de conducir afgano, casi todos una oportunidad para que alguien se meta en el bolsillo un soborno. Segundo, el comercio de opio estaba fuera de control. Alimentaba la corrupción y parcialmente financiaba la insurgencia talibana. Y, tercero, los santuarios pakistaníes tenían que ser reducidos y eventualmente eliminados. Si Estados Unidos no cumplía estas tres cosas, nunca podría reclamar haber hecho algo en Afganistán (B. Woodward, 2010: 44).

Pero los limitados objetivos de Washington encajaban perfectamente con la voluntad del ejército pakistaní. Hacían posible una nueva alianza estratégica con Estados Unidos con un mínimo riesgo para el concepto de seguridad nacional que tenía y que descansaba sobre tres pilares.

> Estos serán: resistir la hegemonía en la región y promover la causa cachemir y proteger y desarrollar el programa nuclear y promover la creación de un gobierno pro pakistaní en Afganistán. Estos tres intereses contaban con el apoyo incondicional de los partidos fundamentalistas islámicos y de sus acciones más extremistas (A. Rashid, 2009: 283-284).

El ejército pakistaní estaba convencido de que la resistencia norteamericana sería corta y de que volvería a tener la oportunidad de configurar a su gusto el gobierno de Kabul. Musharraf clamaba contra el extremismo y el terrorismo y hacía llamamientos a sus compatriotas para que hiciesen lo mismo, pero, a la vez, sostenía que sólo los fundamentalistas eran capaces de mantener a raya a India, la obsesión de Pakistán. E Islamabad intensificó sus críticas a Kabul por dejar que India adquiriese más influencia allí. El ISI proporcionó refugio a los dirigentes talibanes y a sus aliados, como Hekmatyar y Jalaluddin Haqqani, al que promovió como posible talibán moderado, le dio un santuario en Waziristán del Norte desde donde reconstruyó su red.

Los militares pakistaníes nunca entendieron lo que resultaba obvio para los liberales del país: después del 11-S, la comunidad internacional iba a tener tolerancia cero con el extremismo islámico y el respaldo que daba el ISI a los grupos militantes tendría que cesar, no sólo en Afganistán. Habría que controlar también las madrazas de las que salían miles de militantes, combatir a los extremistas e impedir que Al Qaeda utilizase Pakistán como su base. El 90% de los 10.000 millones de dólares de ayuda de Estados Unidos a Islamabad en los años siguientes fueron a parar al ejército y no a programas de desarrollo. Había que convencer a la sociedad pakistaní, marcadamente antiamericana, de que la lucha contra el extremismo y

el terrorismo también afecta y mucho a Pakistán.

Entre el 9 y el 12 de agosto de 2007 se celebró en Kabul una reunión entre delegados de los distritos pastunes a ambos lados de la frontera. En su discurso final, el presidente pakistaní, Pervez Musharraf, admitió que Pakistán era parte del problema afgano y que los dos países tenían que encontrar una salida al estancamiento. El encuentro condujo también al establecimiento de un comité mixto de 50 personas para hablar con representantes de la oposición. Karzai declaró el 29 de septiembre que los talibanes podrían ocupar cargos ministeriales, si aceptaban la constitución afgana.

7.8.2. Pakistán e India

Con el final de la Guerra Fría y la salida de los soviéticos de Afganistán, el sur de Asia desapareció del radar del mundo. Tampoco importaba si Cachemira sufría nuevos y terribles brotes de insurgencia, a pesar de que los servicios secretos norteamericanos sabían perfectamente que desde 1997 Al Qaeda y los talibanes habían entrenado a los militantes cachemires en Afganistán y que estaban promoviendo la yihad en Cachemira como parte de su yihad global. La disputa por Cachemira seguía siendo un factor clave de la enemistad entre Pakistán e India.

La política de Islamabad giraba en torno a negar a India cualquier posible ventaja en Afganistán. Los talibanes eran enemigos acérrimos de la India que apoyó a Karzai, estableció una importante presencia diplomática en Kabul y proveyó centenares de millones de dólares en asistencia financiera a Afganistán. También envío dinero a los candidatos en las elecciones presidenciales de 2004 y en las parlamentarias de 2005, ayudó a financiar la construcción del nuevo edificio del parlamento y aportó asistencia financiera a los parlamentarios electos. Kabul se convirtió en el nuevo campo de batalla de la rivalidad entre los dos países.

> Desde 1947, ninguna administración americana había reconocido la crucial importancia de la disputa entre la India y Pakistán sobre Cachemira para la estabilidad de la región. Una serie periódica de guerras y de crisis diplomáticas entre los dos países, unos gastos en defensa injustificados y una carrera de armamento nuclear, a pesar de la pobreza y el subdesarrollo, han alimentado a las nuevas generaciones de indios y pakistaníes que han crecido en medio del odio mutuo y separados por un abismo cada vez mayor (A. Rashid, 2009: 141).

India vio en el 11-S una gran oportunidad para convencer a

Estados Unidos de que declarase a Pakistán estado patrocinador del terrorismo. Pero Nueva Delhi subestimó la dependencia estadounidense de Pakistán en la persecución de Al Qaeda y en el abastecimiento de sus fuerzas en Afganistán. India pensaba que la política preventiva de Bush le daba derecho a emprender acciones militares unilaterales contra Pakistán, que, sin embargo, al final, perdió la guerra de influencia. Estados Unidos estableció una nueva relación con India y la convirtió en su principal aliado en la región. Un acuerdo legitimó en 2007 el programa nuclear civil indio y promovió una cooperación mayor. India se convirtió en una pieza fundamental para combatir el creciente poder de China.

> Durante cinco décadas el ejército pakistaní ha utilizado la amenaza que representaba la India como excusa para construir un estado basado en la seguridad nacional en Pakistán y para justificar largos periodos de gobierno militar y enormes gastos militares. Todos los intentos de los líderes civiles democráticamente elegidos de hacer las paces con la India han sido deliberadamente obstaculizados por el ejército (A. Rashid, 2009: 161).

El trauma causado en India y Pakistán por el movimiento poblacional y las violaciones y matanzas que se produjeron en ambos lados cuando se crearon los dos países no se ha superado todavía y marca el devenir de sus relaciones. Las conversaciones entre ellos, al nivel que sean, siempre acaban en un fracaso. La tensión volvió a subir con los atentados de Bombay en 2008, de los que se responsabilizó a la pakistaní Lashkar e-Tayaba (LT), organización terrorista que cuenta con apoyos y protección dentro del ISI. India y Pakistán han acabado llevando su guerra por el control de Cachemira a Afganistán, donde se enzarzan cada vez más a través de contendientes interpuestos. Según Pakistán, la India utiliza su embajada y sus consulados para dar refugio, entrenar y financiar a los separatistas de Baluchistán, que impulsan la rebelión de su provincia para tratar de contrarrestar la influencia de Islamabad y prestar apoyo a elementos de los talibanes pakistaníes.

Nueva Delhi, por su parte, considera que los talibanes y Al Qaeda trabajan con los grupos terroristas con bases en el Punjab pakistaní, como por ejemplo LT. Esos grupos han vuelto a infiltrarse en la Cachemira india para reanudar una guerrilla que prácticamente estaba inactiva desde 2004. En el fondo, la gran preocupación de la India es que Pakistán quiere ocupar una posición central en todo diálogo entre los talibanes y Kabul. La India también querría reconstruir su alianza con Irán, Rusia y las repúblicas de Asia Central que se enfrentaron en los años noventa a los talibanes y apoyaron a la Alianza del Norte, integrada por tribus no pastunes y cuyos dirigentes se oponen a un

acuerdo entre Karzai y los insurgentes.

Islamabad tiene un interés legítimo en Afganistán por motivos de seguridad, pero también lo tienen Irán, India, China o los países del Golfo Pérsico. Está claro que si Obama fuerza una salida, el ejército pakistaní jugará la carta de los talibanes porque la amenaza india es más importante para Islamabad que sus compromisos con Estados Unidos. Y un fracaso en Afganistán podría tener terribles consecuencias en Pakistán, un país que cuenta con armas nucleares.

> India tiene varios objetivos en Afganistán: desestabilizar Pakistán; crear un escenario de dos frentes para Pakistán; denegar a Pakistán vínculos económicos, comerciales y de energía con Asia Central; prevenir la subida de un régimen suní radical en Kabul que permitiese santuarios de grupos terroristas que amenazarían a la India (S. G. Jones, 2009: 272).

El objetivo prioritario de Pakistán es establecer un gobierno amigo en Kabul que no fuese un segundo frente en caso de una guerra con India. Necesita la profundidad estratégica que representa Afganistán para proteger su flanco occidental. Su jugada sería: si los norteamericanos abandonan Afganistán, como una alternativa, apoyarían a los talibanes en su plan de retomar Kabul y colocarían un gobierno acorde con los intereses de Pakistán, cuya finalidad última es evitar ser cercada por India.

7.8.3. Asia Central

Rusia ha considerado Afganistán como una región vital desde principios del siglo XIX. Las relaciones de Kabul con Moscú fueron estrechas hasta la invasión soviética de 1979, que despertó una perdurable hostilidad por el lado afgano. A principios de 2000, las relaciones mejoraron. Rusia prometió asistencia para la reconstrucción y otros proyectos como el de limpieza de minas o el de desarrollo de la extracción de petróleo y gas. Sigue habiendo una desconfianza residual y asuntos pendientes, como los desacuerdos fronterizos o el contrabando.

Además, hay que considerar las relaciones con las antiguas repúblicas soviéticas de Asia Central, como Tayikistán y el papel desempeñado por Afganistán, por ejemplo en la guerra civil de su vecino en los noventa. Los insurgentes tayikos usaron Afganistán como una base para las operaciones militares y unos 100.000 tayikos se refugiaron en el norte de Afganistán. Una década más tarde, Kabul buscó mejores relaciones comerciales. Se construyó el puente de la amistad tayiko-afgano sobre el río Amu Darya en 2004 para mejorar la

ruta comercial del norte hacia Tayikistán.

Las relaciones con Uzbekistán han sido limitadas debido a los duros controles fronterizos de las autoridades uzbecas para evitar la entrada de narcotraficantes y de fundamentalistas islámicos desde el sur. Otro de los puntos conflictivos es el continuo apoyo de Uzbekistán a Abdul Rashid Dostum, el señor de la guerra uzbeco que controla partes del noreste de Afganistán. Sin embargo, Karzai tampoco tuvo mucho pudor en 2009, al permitir el regreso de Dostum en lo que fue una clara maniobra para conseguir el voto uzbeco en las elecciones presidenciales de 2009.

> Estados Unidos perdió una gran oportunidad de influir en Asia Central durante décadas, al tiempo que se garantizaba el acceso a sus recursos energéticos. El año 2001 Estados Unidos ocupaba una posición capital en Asia Central, pero cinco años más tarde se vio obligado a ceder esta posición a Rusia y China. En definitiva, fue el presidente Bush el responsable de la pérdida de Uzbekistán y de Asia Central, porque su administración había practicado una política unilateral que colocaba la tortura de los prisioneros por encima de la necesidad de la construcción nacional (A. Rashid, 2009: 847).

Los ataques del 11-S y la campaña norteamericana en Afganistán colocaron a Asia Central en el frente de la atención mundial.

> La guerra contra Al Qaeda centró la atención internacional en la región del Caspio como una de importancia estratégica. Sin embargo, la campaña afgana es sólo un episodio, aunque uno importante, en una batalla mucho más amplia: el "nuevo gran juego". Acuñado a principios de los 90, el término describe una vuelta a la ejecución del primer "gran juego" en el siglo XIX (L. Kleveman, 2003: 2).

Estados Unidos desempeña el rol de los británicos, pero ahora están en el juego, además de Rusia, poderes regionales como China, Irán, Turquía y Pakistán, y corporaciones transnacionales con sus propios intereses y estrategias. Este "nuevo gran juego" se centra en las reservas energéticas del Caspio, sobre todo petroleras. Es iluso pensar que la lucha de Estados Unidos en Afganistán sólo está dirigida contra el terrorismo internacional. También persigue intereses estratégicos en Asia Central.

> Después de 23 años de guerrillas y destrucción, el oleoducto, que podría generar hasta 12.000 puestos de trabajo y 300 millones de dólares en tasas de tránsito al año, representa una esperanza para el progreso económico (L. Kleveman, 2003: 223).

> En el centro de este punto muerto regional está la batalla por las

> inmensas riquezas de petróleo y de gas que contiene Asia Central. Sin acceso al mar, son las últimas reservas energéticas sin explotar que existen en la actualidad. No menos importante ha sido la intensa competencia entre los estados regionales y las compañías petroleras occidentales, que se disputan la construcción de los lucrativos oleoductos y gasoductos necesarios para transportar la energía a los mercados de Europa y Asia. Esta rivalidad se ha convertido, efectivamente, en un nuevo "Gran Juego", un retroceso al gran juego decimonónico entre Rusia y Gran Bretaña por el control y la dominación de Asia Central y Afganistán (A. Rashid, 2001: 33).

Desde finales de 1995, Washington apoyó a la compañía norteamericana Unocal para construir un gasoducto desde Turkmenistán a Pakistán, a través del Afganistán de los talibanes. Los estados de Asia Central pensaron que Estados Unidos daría legitimidad a sus regímenes dictatoriales represivos y así se pondría fin a sus años de aislamiento internacional y a la falta de inversiones exteriores soportada desde la desintegración de la Unión Soviética. La población confiaba en que Washington ejercería más presión sobre sus respectivos regímenes a favor de la democracia.

El país más importante era Uzbekistán. Contaba con el mayor ejército, numerosas bases militares y un régimen que había opuesto resistencia a la dominación rusa. Su presidente, Islam Karimov, era considerado un aliado importante. Para evitar la confrontación con Moscú, los funcionarios norteamericanos dejaron muy claro que no tenían la intención de mantener una presencia militar permanente en Asia Central. Estados Unidos no buscaba impulsar reformas, sino acceso a las bases. El uso de la base aérea de Manás por los norteamericanos y los países de la OTAN convenció a los rusos de que éstos planeaban quedarse en Asia Central. Putin respondió con su propia diplomacia de bases, presionando a los kirguizes para que proporcionasen a Rusia una base aérea. En junio de 2002, los kirguizes se vieron obligados a aceptar.

Se quería evitar el riesgo de tener una enorme dependencia de los recursos de una región inestable y políticamente volátil. Además, las reservas de petróleo de los países del Golfo Pérsico no son inagotables: en los niveles actuales de producción se estima que durarían como mucho hasta finales del siglo XXI (A. Rasanayagam, 2005: 158). El desmantelamiento de la Unión Soviética y la independencia de las repúblicas de Asia Central abrían nuevas perspectivas. Pero había problemas importantes, a veces insuperables, para exportar petróleo y gas desde esa región. Kazajistán y Turkmenistán tenían reservas considerables. Y Turkmenistán cuenta con las segundas reservas del mundo de energía fósil.

Había varias salidas posibles al mar. A través de Rusia y la red de gasoductos y oleoductos de la era soviética era una de ellas. Pero la

situación interna era caótica y las tasas de tránsito de los monopolios estatales hacían la ruta muy cara. La salida más económica era a través de Irán, pero estaba cerrado a las compañías de petróleo de Estados Unidos debido a las sanciones impuestas por ese país. La tercera salida era Pakistán a través de Afganistán, pero era necesaria una importante inversión. Al final, los proyectos de gasoductos y oleoductos a través de Afganistán se quedaron en lo que siempre fueron: sueños. Los actores de estas políticas tienen que recordar que la paz puede traer gasoductos y oleoductos, pero éstos no pueden traer la paz (Rasanayagam, 2005: 161).

7.8.4. Los intereses de otros países

En este contexto, hay que considerar también los intereses de Arabia Saudí y de Irán y su rivalidad por el liderazgo del mundo musulmán. En este sentido, sus intereses en Afganistán y Asia Central revisten una especial importancia. Arabia Saudí estaba especialmente preocupada por la revolución iraní que suponía una amenaza para la monarquía. Además, las estrechas relaciones de la monarquía con Estados Unidos van, según esos musulmanes, contra los intereses del islam y no la hacen merecedora de ser el guardián de los lugares santos del islam.

Arabia Saudí es patrocinador del wahabismo, su propia rama del fundamentalismo islámico. Apoyó sobre todo a los partidos pastunes de Peshawar y luego reconoció al régimen talibán. Irán cambió su política al final de la Guerra Fría, empezó a intervenir de forma activa en Afganistán y mantuvo contactos con los partidos no pastunes. Quería contrarrestar a las organizaciones pastunes de Peshawar y su gran hostilidad hacia los talibanes antichiíes era evidente.

Para Estados Unidos, la función más importante de los talibanes tendría que haber sido proveer seguridad para las carreteras y potencialmente para los gasoductos y oleoductos desde Asia Central.

> La política de Estados Unidos en Afganistán se había convertido en tan alineada con la de Pakistán que ya no era independiente. Era otro caso de la cola que mueve al perro (A. Rasayanagam, 2005: 171).

Para los estados de Asia Central en los que se mantuvieron en el poder los antiguos cuadros comunistas, la estabilidad política era la premisa más importante y vieron que peligraba porque desde Afganistán se infiltraban militantes islamistas. Rusia era su protector ante una *afganización* y con esa presencia militar se simbolizaba que la zona era parte de la esfera de intereses de Moscú.

En cuanto a las relaciones con Irán, éste siempre se opuso al régimen de los soviéticos y al de los talibanes y apoyó activamente los esfuerzos de reconstrucción después del 11-S. Las relaciones comerciales también han mejorado. Pero hay una constante disputa bilateral por compartir los recursos acuíferos del río Helmand, que riega la región agrícola afgana del sur, antes de fluir a Irán. Otros asuntos pendientes son los refugiados afganos en Irán y la minoría chií en Afganistán.

Desde principios de 2005, Occidente presionó al gobierno de Karzai para que no estableciese relaciones más estrechas con Irán, cuando éste intentaba crear nuevas relaciones bilaterales, a pesar de que éste también apoya a los insurgentes. Por otro lado, los dos países tienen una relación estrecha y cooperan en la lucha contra el tráfico de drogas, porque se ha convertido en un problema interno y ha crecido de forma alarmante el número de drogadictos en el país. Irán también tiene intereses históricos en Afganistán, especialmente en el oeste, que se remontan a miles de años. La estrategia iraní consistía en minar los esfuerzos de Estados Unidos en Irak y Afganistán. Pensaba que así Estados Unidos recularía a la hora de atacar las instalaciones nucleares iraníes.

Pero Irán, Pakistán, Arabia Saudí y los países del Golfo no son los únicos apoyos externos de la insurgencia. Hay informes de que China envía armas a los talibanes.

> Lo que había empezado en septiembre de 2001 como una guerra liderada por Estados Unidos en Afganistán había transitado gradualmente hacia una guerra regional en la que estaban envueltos Estados Unidos y todos los pa'ses importantes de la región. El dragón estaba vivo, y ¡cómo! (S. G. Jones, 2009: 312).

La historia de Afganistán es, en el fondo, una historia de revueltas contra el gobierno central, de resistencia a la penetración de la burocracia del estado en las zonas rurales y a las interferencias del exterior.

CAPITULO 8

Un futuro incierto

> Las drogas son un problema, pero el gran problema es la corrupción. Es endémica. Y no se ha hecho nada. A Afganistán no se puede venir y tratar sólo sobre la seguridad y la insurgencia y luego irse. El problema es que ni la comunidad internacional, ni Naciones Unidas, ni el gobierno afgano han desarrollado un programa que trate la gobernabilidad, las drogas, los derechos humanos y el imperio de la ley. Los diferentes países tienen diferentes funciones, todos trabajan individualmente, en sus propias cosas, sin coordinación con los demás. Hay que incidir también a nivel local, provincial y a nivel de distrito. Se trata de un proceso de 20 a 30 años. Es una gran cuestión, no es un problema sólo afgano, es regional e internacional (D. Wankel, 2009).

> Los demócratas son una minoría entre títeres. La gente ha perdido la esperanza. Estados Unidos debería ser llevado a la corte de justicia internacional. No queremos que nos olviden, pero tampoco que ocupen nuestro país. Al final, la primera víctima es la verdad (M. Joya, 2009).

> Lo más importante que hay que tener en cuenta es el apoyo de la comunidad internacional, porque no podemos enfrentarnos a los talibanes y a Al Qaeda, si no coordinamos nuestros actos. Y si Afganistán no está seguro, los demás países tampoco. Los derechos humanos y la justicia son esenciales (N. Naderi, 2009).

8.1. Promesas incumplidas

Las críticas han aumentado y se han hecho mucho más duras en los últimos años, a la vez que derrapaba la intervención internacional.

Son muchos los problemas a los que se enfrenta Afganistán para poder conseguir un futuro de paz y estabilidad. Los talibanes y la insurgencia, los señores de la guerra, la corrupción, y el tráfico de drogas son los principales y están interrelacionados. Existen importantes zonas controladas por señores de la guerra, sin ninguna presencia de la autoridad del gobierno central o ellos mismos constituyen esa presencia, viciada por tanto desde el principio. Muchos tienen su propia milicia, que muchas veces ejerce como policía o está envuelta en el narcotráfico. Ha habido, sin duda, avances en algunos campos, pero no se han cumplido las promesas de la construcción de un estado de derecho y la consecución de la seguridad, la estabilidad y la prosperidad. Los norteamericanos no han aportado ayuda suficiente y la guerra de Irak resultó nefasta para la intervención en Afganistán. Fueron desviados recursos urgentes y necesarios en el país asiático.

> No hay un sistema transparente. Y se ha fracasado en ganarse la confianza de la gente. El problema es el trato de la gente y ahí hay una gran brecha. Hay que hablar con la gente. Y si no quieren democracia occidental, no se les puede imponer. El país no está preparado todavía para una democracia occidental. Hay que respetar las *shuras* tradicionales. Los afganos quieren un régimen islámico, no uno occidental (A. Shah, 2010).

Para Estados Unidos, el objetivo fundamental era combatir a Al Qaeda. Mientras, Afganistán se iba convirtiendo en feudos de señores de la guerra apoyados por los millones de dólares del opio. No había Estado, ni sociedad civil. Los años de guerra habían arrasado todo. Los afganos esperaban ayuda urgente e infraestructuras, pero la comunidad internacional se centró en modernizar las instituciones, introducir principios como la participación, la igualdad de sexos o el buen gobierno. Como era lógico, en una población necesitada y harta de guerra, esto produjo mucha frustración. Lo que esperaban era bienestar, infraestructuras, sanidad, empleo, educación, etc.

> La población tenía, al principio, muchas expectativas sobre cosas tan elementales como disponer de luz y de agua, ver cubiertas sus necesidades básicas. Y no sólo no las ven ni se las han proporcionado, sino que, además, se encuentran con un problema mayor, el de la falta de seguridad. Así, la población no confía en el gobierno porque no le da los servicios básicos (R. L. Smith, 2009).

> Ha habido un pobre manejo de la situación, del postconflicto, lo que ha conducido a la frustración de la gente, porque las expectativas eran muy altas. Nadie entendió por completo la magnitud de la tarea, era demasiado ambiciosa. La palabra realismo fue reemplazada por la palabra

> ambición. Y fuimos rehenes de nuestra propia propaganda antes de tener un manejo de los objetivos, de las expectativas (E. F. Sequi, 2009).

Se prometió demasiado, más de lo que realmente se podía conseguir, y los afganos se crearon también demasiadas expectativas. Esto ha provocado frustración y fracaso por los dos lados. Nadie fue realmente realista o nadie quiso ser realista, además de las nefastas consecuencias de la invasión de Estados Unidos de Irak. Pero no fue sólo la actuación en su política exterior, sino también la forma de enfrentar la realidad afgana, la no consideración de las costumbres y de las formas de funcionamiento tradicionales afganas, especialmente en las zonas rurales, donde las necesidades eran urgentes y las esperanzas de la población muy altas.

> La comunidad internacional debería haber contado con los ancianos de la comunidad porque son los que tienen los lazos con ella. La comunidad internacional no implementó la estrategia adecuada para traer una paz real a este país. El gobierno no ha ido a los pueblos ni a las aldeas. Allí siguen faltando servicios, hospitales, colegios, empleo. Por eso, la gente se traslada a las ciudades, donde tampoco hay suficiente trabajo y suben los precios de la vivienda, aumentan los problemas sociales y la delincuencia (M. Yousef, 2009).

> El sistema tribal es el hueso duro y llevará tiempo superarlo. Al final, tampoco es un sistema tan malo y habría que haber prestado más atención desde el principio al sistema tribal y a los líderes tribales y haber dado más poder a las *shuras* locales (S. Ahmadzai, 2009).

Los norteamericanos, además, durante varios años bloquearon el despliegue de las tropas de la ISAF más allá de Kabul. Este despliegue habría hecho posible frenar a tiempo a los insurgentes.

> Extender la presencia del gobierno efectiva y legítima en las 40.020 aldeas de Afganistán es el reto principal. Mientras, la debilidad del gobierno, la corrupción, el mal gobierno y la falta percibida de legitimidad a nivel de aldeas y distritos permiten a las milicias, los señores de la guerra y a los criminales reafirmarse en sí mismos. El fracaso en ofrecer servicios, la corrupción, la pobre coordinación entre las autoridades centrales, provinciales y locales o la falta de la presencia del gobierno crean espacios para los grupos armados no estatales y las redes criminales (D. Kilcullen, 2009: 47).

Con el paso del tiempo y la comprobación del fracaso de la estrategia de intervención y ocupación, se hizo necesario un cambio para salir del callejón en el que se han visto atrapadas la comunidad internacional y la población afgana.

> Una encuesta de opinión en 2008 mostraba que el 40% de los afganos que simpatizaban con los talibanes estaban en parte motivados por el resentimiento sobre las víctimas civiles de bombardeos aéreos de la OTAN. En una guerra por los corazones y las mentes de los afganos, las víctimas civiles minaban los éxitos en infraestructura y otros proyectos y empujaban cada vez más a los locales hacia los talibanes y otros grupos insurgentes (S. G. Jones, 2009: 306).

> No hemos conseguido todo lo que queríamos pero los afganos también han de tener paciencia. Es necesario que haya una sola voz en la comunidad internacional, una sola dirección, repetir los errores es un crimen (S. Samar, 2009).

8.2. La nueva estrategia de Barack Obama

En su discurso inaugural, el 20 de enero de 2009, el presidente norteamericano, Barack Obama, se refirió a las dos guerras que había heredado: "Empezaremos a dejar Irak, de manera responsable, en manos de su pueblo, y a forjar una merecida paz en Afganistán".

El 27 de marzo desvelaba su estrategia para el país asiático. Aseguró que la región se había convertido en el lugar más peligroso del mundo y dejó claro que no se trataba sólo de una guerra contra los insurgentes, sino que el futuro de Afganistán estaba inextricablemente vinculado al de su vecino, Pakistán. "Para centrarnos en la amenaza más grande para nuestra gente, América ya no puede negar recursos a Afganistán a causa de la guerra en Irak. Para mejorar la capacidad militar, económica y de gobierno de Afganistán y Pakistán, tenemos que obtener apoyo internacional", dijo el presidente norteamericano. Y advirtió a Pakistán sobre la ayuda que le entregará para luchar contra Al Qaeda y los talibanes: "Ni vamos a, ni podemos entregar un cheque en blanco. Pakistán tiene que demostrar su compromiso de acabar con Al Qaeda y los extremistas violentos dentro de sus fronteras. E insistiremos en que se actúe -de un modo o de otro— cuando tengamos información sobre objetivos terroristas de alto nivel". Obama solicitó al Congreso autorización para una ayuda directa a la población de 1.500 millones de dólares al año para los siguientes cinco años y especificó que esos recursos eran para construir colegios, hospitales y carreteras y fortalecer la democracia pakistaní.

También reconoció que no se había enviado a Afganistán lo que necesitaba por culpa de la guerra de Irak: "Durante seis años, a Afganistán se le han negado los recursos que pedía debido a la guerra de Irak. Ahora, hemos de establecer un compromiso que cumpla con nuestros objetivos. Ya he ordenado el despliegue de 17.000 tropas que desde hace meses viene pidiendo el general McKiernan. Estos soldados

y marines lucharán contra los talibanes en el sur y el este, y así nos darán una mayor capacidad para juntarnos con las fuerzas de seguridad afganas e ir tras los insurgentes a lo largo de la frontera". A esta nueva estrategia se la conoce como AFPAK. Se centra en mejorar la capacidad militar y económica de los dos países, aunque, en realidad, se confía poco o nada en sus presidentes, el pakistaní Asif Ali Zardari y el afgano Hamid Karzai.

Los esfuerzos se centraron en el denominado "poder suave", que se traduce en una mayor atención a la reconstrucción y al desarrollo y menos al combate. En el corazón de esta estrategia está el reconocimiento de que los órganos locales son el centro de gravedad, un principio básico de la guerra contrainsurgente. Una condición para la victoria es el apoyo incondicional de la población.

En 2008, había pocas fuerzas norteamericanas y de la coalición —unas 56.000, en total— y poca experiencia civil. En Irak, en cambio, había más de tres veces más. Otro de los aspectos es la estrecha cooperación entre los programas civiles y militares, sobre todo el uso de los equipos de reconstrucción provincial. Pero había demasiado pocos y estaban en las ciudades, no en las áreas rurales. Para mejorar la integración entre los esfuerzos civiles y militares, Estados Unidos colocó representantes civiles de alto nivel, expertos en conflictos, junto a los comandantes de la ISAF en cada uno de los mandos regionales. Y nombró un enviado especial para "AFPAK", el veterano diplomático Richard Holbrooke. La nueva doctrina reconocía que estabilizar países destruidos por la guerra era tan importante como destrozar al enemigo militarmente.

Se trataba, en el fondo, de reforzar la misión en Afganistán y disminuir la presencia en Irak. La finalidad de la nueva estrategia era desorganizar, desmantelar y derrotar a Al Qaeda en Afganistán y Pakistán e impedir su reaparición en el futuro. Era, por tanto, preciso actuar en varios frentes simultáneamente para acabar con los santuarios talibanes y de Al Qaeda en Pakistán y, a la vez, promover la democracia y el buen gobierno, reforzar los efectivos militares y civiles en Afganistán, desarrollar sus fuerzas de seguridad, promover la reconciliación y la gobernanza y lograr apoyo internacional (F. Sánchez, 2010: 75).

Al periodista Bob Woodward, Obama le dijo en 2010: "Es muy fácil imaginarse una situación en la que, en ausencia de una estrategia clara, acabemos quedándonos en Afganistán otros cinco años, otros ocho años, otros 10 años. Y no lo haríamos con claras intenciones sino más bien por inercia. O por la falta de voluntad para hacer preguntas difíciles" (B. Woodward, 2010: 376). Se reafirmó en la decisión de comenzar a retirar las tropas en julio de 2011:

> En algún momento del próximo año habremos estado allí 10 años, una década. De lejos, nuestra guerra más larga. Y pienso que es parte de mi obligación como presidente mirar nuestros esfuerzos en Afganistán en el contexto de todas las demás cuestiones a las que se enfrenta este país y nuestra seguridad nacional a largo plazo (B. Woodward, 2010: 376).

8.2.1. La estrategia militar: McChrystal y Petraeus

Un elemento clave de la nueva estrategia es que se toma en consideración la enorme importancia de los dos lados de la frontera afgano-pakistaní y se contempla como un mismo teatro de operaciones.

El 1 de diciembre de 2009, Obama, en un discurso en la Academia Militar de West Point, desarrolló los puntos fundamentales de esa nueva estrategia militar. En cierta forma, se rectificaban las líneas generales anunciadas meses antes. La finalidad de la intervención continuaba siendo derrotar a Al Qaeda e impedir que pueda amenazar a Estados Unidos y sus aliados en el futuro. Otros objetivos eran detener el avance de los talibanes y ganar tiempo para adiestrar a las fuerzas militares y de seguridad afganas de forma que se hagan cargo de la seguridad lo antes posible. Esto permitirá a la OTAN empezar a retirarse. Por eso, Obama anunció el envío de 30.000 militares más y dejó abierta la posibilidad de aumentar esa cifra en hasta un 10%. En el verano de 2010, las fuerzas estadounidenses alcanzaron los 100.000 efectivos. La estrategia del presidente preveía empezar la retirada en julio de 2011. Entre los demás miembros de la ISAF también predominaba la idea de salir cuanto antes.

El 28 de enero de 2010, en la Conferencia de Londres, varios países se comprometieron a aumentar sus fuerzas hasta completar aproximadamente las 7.000 necesarias para llegar a la cifra de 40.000 solicitada por el general norteamericano, Stanley McChrystal, nombrado comandante en jefe de la ISAF, en junio de 2009. Se continuó con las misiones de reconstrucción y seguridad y se puso especial énfasis en la urgencia de minimizar a las víctimas civiles.

> Hay que minimizar los "daños colaterales", proteger a la población, trabajar conjuntamente con las fuerzas armadas afganas y ser conscientes del entorno cultural en el que nos movemos y respetar el papel de los ancianos (E. Tremblay, 2009).

En su directiva, McChrystal afirmó que el objetivo de las fuerzas de la ISAF era trabajar por la población. El primer fin no era combatir a los insurgentes. Según el general, la lucha directa contra los

talibanes, aun siendo importante, no era decisiva. Otro problema es que no se trataba de una zona pacificada sino de un espacio en el que había insurgencia. Los países de la OTAN se enfrentaban así a profundos retos, como el de consolidar las victorias militares junto al desarrollo. Además, las bajas civiles —los "daños colaterales"— de los bombardeos de la OTAN enervaban a los afganos, aun cuando los talibanes y otros grupos insurgentes asesinaban a un mayor número de civiles que la propia OTAN.

En 2008, los datos indicaban que el número de víctimas de los talibanes se había incrementado entre un 39% y un 54% respecto a 2007. Para complicar o empeorar las cosas todavía más, los talibanes y otros insurgentes disparaban a las tropas extranjeras y afganas desde casas y edificios. El objetivo era engañarlas para que matasen a civiles, una horrible táctica que había funcionado en anteriores insurgencias.

El general McChrystal fue relevado de sus funciones por unas declaraciones a la revista *Rolling Stone*, en las que criticaba a diversos miembros del gobierno norteamericano. Fue sustituido por el general David Petraeus, en julio de 2010. Éste se comprometió a reducir al mínimo las bajas civiles y dijo que pondría a disposición de las tropas toda la fuerza y medios a su alcance. Pretendía cuadrar el círculo: amparar a sus hombres y, al mismo tiempo, hacer todo lo humanamente posible para proteger a la población. Ya entonces advirtió que la situación empeoraría antes de mejorar y que seguiría con la estrategia puesta en marcha por McChrystal.

A) Guía de actuación

El general Stanley McChrystal, en agosto de 2009, había hecho pública la "Guía contra la Insurgencia del Comandante de la ISAF". En ella el lema era la protección de la población durante las misiones. El conflicto se ganará, decía, persuadiendo a la población, no destrozando al enemigo. ISAF sólo ganará si cuenta con su apoyo. Y se establecían una serie de puntos de actuación para las tropas y los comandantes de la OTAN, es decir de la ISAF. En realidad, son elementos que reflejan el reconocimiento de los errores que se habían cometido hasta entonces respecto a la población civil y los "daños colaterales" causados por las violaciones de los derechos humanos y también de la cultura afgana, algo muy importante en una población donde las tradiciones están muy arraigadas. La guía tiene varios puntos destacables, como el de reconocer que Afganistán es el país de los afganos y que las tropas internacionales son sus invitadas. "La seguridad no vendrá de una fuerza de poder de fuego superior y forzar la protección significaría más interacción personal con los afganos, no

menos".

Hay un apartado que se refiere a cómo operan los insurgentes, en el que destaca que no se trata de una amenaza militar convencional. Señala que hay que entender cómo actúan para poder combatirlos porque se adaptan a las condiciones locales y ejercen influencia en la población a través de la intimidación. En su propaganda claman proteger la cultura afgana y la religión. Hay que cambiar de mentalidad y actuar de forma muy diferente para poder tener éxito, el objetivo es la voluntad de la gente. Se trata de dinamitar el argumento de los insurgentes de que su alternativa es mejor. Además, no hay que olvidar que la cultura afgana está fundada en relaciones personales y que, por lo tanto, una gran parte de la misión será ganarse la confianza de la gente, construir relaciones con los líderes tribales, comunitarios y religiosos. El éxito requerirá comunicación, colaboración y cooperación. En el fondo, concluye McChrystal, hay que ser mejor cada día y actuar para mejorar la estabilidad en cada una de las áreas, aprender cómo adaptarse, cómo crear buen ambiente y ser más efectivos con los líderes de la comunidad, escuchar a los colegas afganos y hablar con la gente, hacer preguntas sobre cómo podemos mejorar y ayudarles para conseguir sus fines. Escuchar sus historias y lo que quieran contarnos. En el fondo, comunicar.

El 4 de agosto de 2010, es el nuevo comandante en jefe de la ISAF, el general Petreaus, quien actualiza la Directiva Táctica, que es la guía para el "uso disciplinado de la fuerza", en apoyo de las operaciones de la ISAF y de las fuerzas de EE UU y Afganistán. Esta nueva directiva reemplazaba a la de julio de 2009. Dejaba patente que, mientras se hacía hincapié en la importancia de sus esfuerzos para minimizar la pérdida de vidas civiles y en el derecho y la obligación de las tropas a defenderse a sí mismas y a las fuerzas de la coalición y a las afganas con las que sirven codo con codo: "Nosotros (ISAF) debemos continuar, más bien redoblar, nuestros esfuerzos para reducir la pérdida de vida civil inocente a un mínimo absoluto. Cada muerte de un civil afgano disminuye nuestra causa. Si usamos una fuerza excesiva u operamos contrariamente a los principios contrainsurgentes, las victorias tácticas se demostrarán contratiempos estratégicos. Si utilizamos una excesiva fuerza u operamos de forma contraria a nuestros principios de contrainsurgencia, las victorias tácticas se convertirán en reveses estratégicos".

> A nivel táctico, siempre se necesita estar al día, porque los insurgentes son muy resistentes, muy flexibles, así que tienes que estar igual de ajustado y también adaptarte rápidamente. Esto es un reto para una organización grande, pero es un reto que ha de tomarse para poder marcar la diferencia (E. Tremblay, 2009).

Las guías contrainsurgentes, las directivas tácticas y las numerosas declaraciones del comandante de ISAF dieron un cierto resultado y se produjo una reducción de los muertos y heridos civiles por parte de las tropas internacionales.

B) Las víctimas civiles

La guerra en Afganistán ha causado ya miles de muertos y decenas de miles de heridos entre la población civil, las tropas extranjeras y las fuerzas de seguridad afganas y los insurgentes, desde la caída de los talibanes. La cifra se ha disparado desde la aparición de la insurgencia, causante, según los informes de los últimos años, de la mayor parte de las víctimas civiles del conflicto. El Departamento de Derechos Humanos de UNAMA, de Naciones Unidas, documentó, entre el 1 de enero y el 30 de junio de 2010, es decir en el primer semestre, 3.268 víctimas civiles, 1.271 muertos y 1.997 heridos. Elementos antigubernamentales (un eufemismo para los insurgentes) fueron los responsables de las muertes y heridas de 2.477 civiles o lo que es lo mismo, del 76% del número total de víctimas civiles en este periodo. Los ataques suicidas y las explosiones por control remoto fueron los causantes de la mayor parte de las víctimas civiles, incluidas 557 muertes (61% de las muertes civiles atribuidas a los insurgentes).

Las víctimas civiles —varias decenas de miles desde 2001— aumentaron en la primera mitad de 2010. Las mujeres y los niños constituyeron la mayor proporción de los que fueron asesinados o heridos en 2009. Sufren una falta extrema de protección en áreas afectadas por el conflicto junto a una extendida violación de sus derechos humanos básicos.

> Hay que parar la estrategia de entrar en las casas, de matar civiles. Entrar en una casa es como una bomba, especialmente si, además, hay mujeres en ella. El pastún entonces te considera un enemigo. Esta estrategia tiene que detenerse. Hay que tratar de obtener el apoyo situando al afgano en primer lugar. Eso llevará tiempo. Pero hay que cambiar la situación (W. Rahmani, 2009).

Los civiles, aunque en cantidad algo menor, continúan siendo asesinados, heridos, detenidos de forma arbitraria y sus propiedades dañadas o destrozadas como resultado de algunas operaciones de las tropas internacionales y de las fuerzas de seguridad nacional afganas (ANSF). La población no hace distingos y echa la culpa de lo que sucede, de las víctimas del conflicto, a las tropas extranjeras.

8.2.2. La estrategia civil

En relación con la estrategia civil, complemento imprescindible de la estrategia militar, se pretende que los afganos rechacen la insurgencia. Para eso, es necesario aumentar la confianza en sus instituciones, mejorar la capacidad del gobierno, la eficacia y competencia y eliminar la corrupción. Estados Unidos envió en 2010 a Afganistán a varios centenares de funcionarios expertos en distintas áreas de la administración. La fase más comprometida es lograr que las propias autoridades afganas sean capaces de poner en funcionamiento un sistema de gobierno justo, imponer el imperio de la ley e impulsar el desarrollo económico y social en las áreas conquistadas a los talibanes. Conseguir mantener la seguridad y un gobierno en las zonas liberadas son los retos más difíciles de esta estrategia.

Es complicado, sin embargo, hacer frente a un grave problema: cuándo se emplean unidades militares convencionales. Hay que hacer compatible la exigencia de no causar víctimas ni daños a la población civil con el interés político de las naciones de que sus tropas no experimenten baja alguna.

> El problema estratégico esencial de la intervención occidental en Afganistán está, por lo tanto, menos relacionado directamente con la derrota de los talibanes y más con la construcción de un estado afgano que pueda tratar a los talibanes, entre otros muchos problemas, sin una asistencia internacional permanente a gran escala (D. Kilcullen, 2009: 46).

Sólo un estado y gobierno viables, con unas Fuerzas Armadas y de Seguridad que garanticen la estabilidad, pueden abrir la puerta al inicio de una retirada de aquellas zonas que lo permitan. Si se produce una retirada demasiado temprana de las áreas inestables e inseguras, la estrategia, puesta en marcha por Estados Unidos y aceptada y seguida por sus aliados en Afganistán, saltará por los aires.

> La corrupción es rampante y la hay también dentro de la comunidad internacional. No se han ofrecido alternativas viables para la erradicación de los cultivos del opio. Aún así, la estrategia de Obama va por buen camino pero hay que ver qué resultados se obtienen a través de ella. Todavía es pronto (N. McDonalds, 2009).

Y hay que tener muy en cuenta la situación en las zonas pastunes del sur y el este, donde la estrategia no ha de olvidar la vigencia del *pastunwali*, porque, de olvidarlo y no actuar de acuerdo con ese código pastún, puede tener consecuencias negativas y ralentizar todo el proceso.

> Lo más importante que hay que tener en mente es el *pastunwali*. El liderazgo tribal ahora está realmente muy débil. Hay pocos líderes en el sur con credibilidad. Nunca está fijado quién será el líder de la tribu; normalmente son los ancianos de una familia, pero no siempre. Tiene que proveer seguridad y recursos. Durante la yihad de los muyahidines todo cambió. Los principales códigos son el *pastunwali* y la *sharía*. Si no se trabaja con ellos, habrá un vacío en el sur, porque es un sistema que funciona así desde hace cientos de años. Además, los representantes del estado son corruptos y los talibanes prometen ley y orden. Y, así, los talibanes cubren el vacío del estado (C. Johnson, 2009).

8.3. Las elecciones presidenciales de 2009 y las legislativas de 2010

En las elecciones presidenciales y provinciales del 20 de agosto de 2009, los talibanes intensificaron sus ataques contra los 41 candidatos presidenciales, sus jefes de campaña y los consejos provinciales. El candidato mejor situado era el presidente Karzai y sus principales rivales, de cara a una segunda vuelta, eran el tayiko Abdullah Abdullah, exministro de Asuntos Exteriores, y el pastún Ashraf Ghani, exministro de Finanzas.

El ganador fue el presidente Karzai, que se había aliado con los señores de la guerra, como Dostum, que vivía en el autoexilio de Turquía. Él y otro señor de la guerra, Mohammad Mohaqeq, habían declarado su apoyo a Karzai. Los dos, como otros, están bajo sospecha de violaciones de los derechos humanos. Pero, además, Karzai eligió al poderoso comandante tayiko, Mohammad Qasim Fahim, como su segundo en la lista. Estos pactos fueron duramente criticados por las asociaciones pro derechos humanos. Fahim tiene reputación de brutalidad y de haber cometido serias violaciones de derechos humanos cuando era un líder muyahidín. Esto descorazonó a muchos afganos.

El diplomático español Francesc Vendrell, que pasó casi ocho años en el país, dijo a Radio Europa Libre que las alianzas de Karzai con los señores de la guerra eran deplorables. Pero también reconoció que el presidente había mostrado una gran destreza diplomática al establecer una gran coalición de apoyo, aunque fuese a costa de otros principios.

> Lo más importante es que haya un presidente limpio que crea en los derechos humanos, no en la corrupción, que crea en la igualdad de derechos, no en los criminales de guerra que están en el gobierno (R. Bashardost, 2009).

> Ha sido una equivocación dar tan rápido la responsabilidad política a

> los afganos. Es el camino equivocado y hay que decir de una vez la verdad, si hablamos de la organización de las elecciones presidenciales. Al callejón sin salida han conducido todas las equivocaciones que se han cometido (T. Ruttig, 2009).

Durante la campaña se produjeron muchos ataques y atentados en Kabul y en todas las provincias, sobre todo en el sur y el este. La aterrorizada población no fue a votar en la misma proporción de hacía cinco años, en las primeras elecciones presidenciales de 2004. Entonces, votó el 73% de los inscritos. Esta vez, casi la mitad. La Unión Europea envió una misión de observadores, al frente de la que estaba el exgeneral francés Philippe Morillon.

Las posibilidades de fraude masivo sobrevolaron los comicios, que contaron con todos los mecanismos para mitigarlo y detectarlo. Tuvieron como base lo realizado en las elecciones de 2004 y 2005 por la comunidad internacional. Hubo un sobrerregistro, lo que es muy difícil de controlar por las condiciones afganas: no había censo, había 12,5 millones de tarjetas de votante difíciles de comprobar y no había manera de marcar a la gente para que no se registrase dos veces. No había mecanismos ni para quitar a los muertos de las listas o proceder a registrar los cambios de residencia. Por eso, en este sentido, es necesario, de cara a futuras elecciones, proceder a la elaboración de un censo y un registro.

> Los mecanismos son correctos y válidos y mayores que los de hace cuatro y cinco años. Lo que hay que tener en cuenta también es la vulnerabilidad de los votantes por posibles presiones y amenazas de los talibanes. Otra nota característica es que la organización de las elecciones es afgana. Es difícil saber el porcentaje de participación porque no hay censo. Pero el número de votantes registrados es sospechosamente muy alto y tampoco salen las cuentas respecto al número total de la población. Hay muchos más registrados de los que es lógico matemáticamente. Hay sospechas de fraude desde el principio (M. Espinosa, 2009).

La OTAN, las Naciones Unidas, la Unión Europea y Estados Unidos se felicitaron por los comicios. Quisieron destacar que los talibanes habían fracasado en su intento de impedirlos. Las investigaciones posteriores dejaron patente su falta de limpieza y transparencia. El jefe de la Misión de la Observación Electoral de la UE, Philippe Morillon, denunció el 16 de septiembre de 2009 que había habido gran fraude y explicó que se llenaron urnas a gran escala, de forma masiva, con votos fraudulentos y después centenares de miles de sufragios se dieron por buenos en el recuento, a pesar de existir mecanismos para detectar que eran falsos. La inmensa mayoría de esos votos correspondían a Karzai. También los candidatos que

quedaron en segundo y tercer lugar, Abdullah Abdullah y Ramazan Bashardost, recibieron votos fraudulentos. El fraude nunca debería haberse producido. Se sabía lo que podía pasar pero los observadores extranjeros no fueron a las zonas rurales por falta de seguridad.

> No es creíble que en el registro de las elecciones haya más mujeres que hombres. Esto demuestra que la democracia no está consolidada. El gobierno ha de tener responsabilidad y disposición a rendir cuentas. Se ha fallado al no entender el fallo de la centralización. La Constitución fue el gran error, era necesario una reforma fundamental y un debate serio (S. Ahmed, 2009).

Quizás el mayor error fue que no fuese la ONU la encargada de organizarlas como en 2004 y 2005. Había pasado el relevo a una comisión electoral independiente, fiel a Karzai, que había nombrado a sus miembros. Estaba asistida por 130 técnicos internacionales. Pero esta comisión, encubridora del fraude, justificó sus fallos en que se trataba de la primera vez que los afganos organizaban unas elecciones. El sistema estuvo viciado desde la raíz.

> Estamos en un proceso de aprendizaje también en el terreno de la campaña electoral y la propia organización y celebración de los comicios. Los afganos tenemos que aprender todo este proceso con detalle y con el tiempo (A. Lodin, 2009).

A pesar de todo lo negativo, la campaña electoral estuvo animada y se produjeron avances significativos en su desarrollo.

> Es la primera vez que los afganos se han encargado de sus elecciones. El debate ha sido dignificante. Se han producido diversos aspectos positivos en la campaña: ha habido un debate real de los temas, se han presentado programas políticos, el debate se ha enfocado hacia diferentes soluciones, la opinión pública ha seguido la campaña, la audiencia del debate en televisión entre Abdullah Abdullah y Ashraf Ghani, segundo y tercer candidatos mejor situados en las encuestas, fue muy alta (10 millones de personas). Es toda una prueba de madurez (E. F. Sequi, 2009).

En octubre, en un artículo en *The Washington Post*, Peter W. Galbraith, que había sido el segundo del representante especial del secretario general de las Naciones Unidas, apuntó a éste como responsable también de lo ocurrido. Contó que al menos el 30% de los votos de Karzai era fraudulento y que se había cometido fraude aunque menor en el caso de los otros candidatos. En algunas provincias, incluida Kandahar, se contaron muchos más votos de los que habían emitido los votantes. Estados Unidos y otros países

occidentales pagaron más de 300 millones de dólares para la celebración de las elecciones. El equipo técnico de Naciones Unidas dirigió la organización de una gran parte del proceso, incluyendo la impresión de las papeletas de voto, la distribución de material electoral y el diseño de salvaguardas contra el fraude.

> En julio supe que al menos 1.500 centros de votación (de 7.000) iban a estar localizados en lugares tan inseguros que nadie de la Comisión Electoral Independiente y del Ejército Nacional Afgano ni de la Policía Nacional Afgana los había visitado. Claramente estos centros de votación no iban a abrir el día de las elecciones… Por otro lado, los miembros del equipo de la Comisión local no eran profesionales electorales experimentados; en muchas instancias eran simplemente agentes de los señores del poder local, usualmente alineados con Karzai (P. W. Galbraith, 2009).

En las elecciones legislativas del 18 de septiembre de 2010, la situación no fue mucho mejor. La campaña estuvo plagada asimismo de violencia y de atentados y amenazas de los insurgentes. La situación para las mujeres, como en otras elecciones, tampoco fue fácil.

> Las mujeres no podemos hacer realmente campaña en las provincias y los hombres no votan a las mujeres. Cuando estoy en mi distrito, el mulá y los comandantes muyahidines me amenazan (R. Nael, 2009).

Muchos de los que se presentaron a esos comicios eran señores de la guerra, de la droga, de la mafia o próximos a ellos o criminales. Se querían asegurar la inmunidad estando en el parlamento. Pero también había candidatos de la joven generación y era importante que estos jóvenes entrasen en la asamblea.
Es difícil que la gente más joven y preparada se implique en las instituciones, no quieren trabajar en el gobierno ni en la administración, porque los sueldos son más bajos que en la empresa privada y porque no quieren ver su nombre manchado por la mala prensa que tiene el gobierno. Shukria Barakzai, diputada en el primer y segundo parlamentos, veía con cierto escepticismo a los candidatos que se presentaban.

> El proceso electoral está manipulado. Habrá más señores de la guerra, mafia económica y grandes criminales de guerra. Y la joven generación estará manejada por control remoto, es demasiado frágil, procede de sus padres o de los grandes jefes (padrinos). No vemos apoyo de la comunidad internacional, ellos ya se han buscado a la mafia, a los señores de la guerra y al sector económico privado corrupto (mafia económica). La mente de los señores de la guerra no ha cambiado, no trabajan por

> Afganistán. Somos como el paciente en una sala de operaciones y están matando al paciente (S. Barakzai, 2010).

La Comisión Electoral Independiente, organizadora de los comicios, hizo públicos los resultados definitivos en noviembre. El presidente de la Comisión Electoral, Fazel Ahmad Manawi, informó que 27 de los 249 candidatos dados por ganadores habían sido descalificados y no tendrían escaño. Pero, además, más de 60 candidatos perdedores —la mayoría de la etnia pastún y cercanos a Karzai— llevaban desde las elecciones manifestándose en Kabul y otras localidades y habían presentado sus denuncias por fraude ante un tribunal electoral especial, designado por el presidente afgano.

Hubo también una agria disputa en torno a la apertura del nuevo parlamento entre los diputados electos y Karzai, que la aplazó en varias ocasiones hasta que cedió a finales de enero de 2011. El presidente puso como condición que los diputados acatasen las conclusiones de la investigación que el tribunal especial llevaba a cabo por compra de votos, falsificaciones y manipulaciones de todo tipo. Los diputados reclamaron la abolición del tribunal especial, que consideraban ilegal. Al final, el tribunal declaró ganadores a 62 candidatos perdedores y decretó que 62 diputados debían dejar sus escaños. Pero la Comisión Electoral Independiente decidió en agosto de 2011 reemplazar sólo a nueve.

8.4. El control del narcotráfico

Lo que resulta increíble casi 10 años después del 11-S es la incapacidad occidental para acabar con el flujo de dinero que permite que se mantengan a flote Al Qaeda y los talibanes. De hecho, el dinero del narcotráfico envenena Afganistán. Las conexiones entre el opio, el comercio de armas y la insurgencia forman una mezcla explosiva que amenaza con frenar cualquier intento de desarrollar el país y de asentar una débil estructura democrática.

> Hay 23 provincias libres de opio. Son las que están bajo control talibán las que tienen amapola y Helmand es la más problemática. Los talibanes ponen tres tasas: a los campesinos, a los transportes y a las fábricas. Hay tres corredores, Irán, Pakistán y, en un menor porcentaje, Tayikistán. Uno de los grandes problemas es que la agricultura fue arrasada y se necesita el apoyo de la comunidad internacional para ponerla a funcionar de nuevo (M. Daud Daud, 2010).

Los esfuerzos del gobierno afgano en la lucha contra esta lacra

quedaron reflejados en la Estrategia Nacional para el Control de las Drogas de 2010. Se renovó el compromiso de reforzar la cooperación internacional y regional para hacer frente a la producción ilegal, al tráfico y al consumo de estupefacientes. Y la comunidad internacional se comprometió a apoyar las iniciativas y políticas del gobierno afgano.

Pero la realidad es que el 70% de la construcción, especialmente en Kabul, está financiado por la droga. Los expertos estiman que unos 1.000 millones de dólares provenientes de la amapola financian el terrorismo. En el sur, los barones de la droga se han asociado con los talibanes para defender sus intereses. Es un círculo vicioso con el que hay que acabar, si se quiere conseguir solucionar a largo plazo el problema afgano. Aun así, no se ha hecho lo suficiente y se han ofrecido pocas alternativas a los campesinos para que planten otros cultivos. Además, los talibanes protegen los cultivos y amenazan a aquellos que no colaboran con ellos. Al final, es necesario tomar también en consideración el hecho de que los campesinos necesitan dinero para sobrevivir y obtienen más con el opio que con otro tipo de cultivos.

8.5. Negociaciones con los talibanes

Como vimos en el capítulo anterior, ante el aumento de la fuerza de los talibanes, Karzai pensó iniciar conversaciones con ellos. En 2005, nombró una Comisión para la Paz y la Reconciliación, encargada de convencer a sus comandantes y a los combatientes para que regresasen a casa. Les ofreció amnistía y ciertos incentivos políticos (A. Rashid, 2010: 228). Al programa se opusieron los líderes de la Alianza del Norte, presentes en el gobierno y en el parlamento, que habían echado del poder a los extremistas islámicos en 2001 junto con las fuerzas de Estados Unidos. Tampoco recibió apoyo de la administración norteamericana, que lo consideraba una política de apaciguamiento.

La propagación de los talibanes como un modelo en la región, como una fuerza militante para imponer la *sharía* y su interpretación del islam, prosiguió de forma imparable. Se convirtió en un grupo armado con el objetivo de acabar con las estructuras estatales locales. Fue posible por la falta de resolución y de políticas de los regímenes locales y de la comunidad internacional.

> Los talibanes seguirán siendo un peligro para el mundo hasta que los gobiernos locales musulmanes y Occidente se comprometan en el esfuerzo necesario para combatir el extremismo así como para tratar sobre los

> problemas actuales de pobreza, malestar económico, falta de educación y paro entre las poblaciones de la región. Se necesita un amplio programa de desarrollo social y económico, no sólo en Afganistán sino también en Pakistán y Asia Central, si se quiere que haya una respuesta a largo plazo a la amenaza que suponen los talibanes y Al Qaeda que emana de la región (A. Rashid, 2010: 246).

Todo cambió unos años después. En 2010, incluso Estados Unidos y la comunidad internacional hablaban ya de dialogar con los insurgentes. En la campaña electoral de 2009, Karzai prometió negociaciones con los talibanes aunque éstos rechazaron cualquier propuesta. Estados Unidos también pidió a Arabia Saudí que estableciese una línea indirecta con ellos. Se celebraron varias reuniones en Riad entre representantes del presidente afgano y de antiguos comandantes talibanes. Cada vez se hacían más intentos para atraer a los considerados talibanes moderados. Éstos incluían a comandantes y soldados que no estaban luchando por razones ideológicas sino por frustración u odio a los norteamericanos e incluso por miedo a los talibanes más duros. En los noventa, los talibanes eran esencialmente un ejército de agricultores más que una organización terrorista internacional. Es lo que todavía siguen siendo, a pesar de que en los escalones más altos se encuentra el núcleo duro que no desea ningún compromiso (A. Rashid, 2010: 236).

> Hay tres grupos de insurgentes: a) los ideologizados (10% de Al Qaeda, los del mulá Omar y los de Hekmatyar); b) los que buscan la justicia c) la generación de la guerra. En el caso de los primeros, en general, se trata de principios, son los talibanes en esencia, y los insurgentes. Los segundos buscan justicia, venganza. La generación de la guerra, finalmente, busca dinero y trabajo (A. Rafie, 2010).

> No hay sólo una salida. Es posible negociar con los talibanes que quieran dejarlo y estén dispuestos a aceptar la Constitución y a trabajar. Pero con los radicales conectados con Al Qaeda no es posible negociar. Y todo esto es un proceso dolorosamente lento (H. Hamidzai, 2009).

> Los americanos se están convenciendo a sí mismos de que los talibanes y Al Qaeda no son lo mismo. Todos los países extranjeros se quieren ir y los talibanes les están dando un calendario. Hablar con el enemigo es parte de la estrategia (S. Chayes, 2009).

Algunos de los antiguos talibanes reinsertados, como el mulá Rockiti, diputado en la primera legislatura, mantienen que podría negociarse con ellos, que estarían dispuestos a aceptar la Constitución afgana, los derechos de las mujeres y la igualdad de género. Cuando se les pregunta por las razones por las que durante el régimen talibán no

fue así, lo justifican en las condiciones de entonces.

> En aquel tiempo la situación era muy crítica, había guerra y luchas y los talibanes no podían preparar lugares para que las niñas y mujeres estudiasen y el islam dice que la educación es obligatoria para hombres y mujeres, pero entonces no era posible abrir los colegios ni las escuelas para las chicas (Mulá Rockiti, 2009).

> La cuestión de los derechos de la mujer se puede resolver. En el régimen de los talibanes el problema era que no teníamos dinero y por eso no había escuelas para ellas. Pero, en cualquier caso, la ley islámica es el único camino para resolver el problema de Afganistán. Durante los talibanes era necesaria una ley estricta por la situación. La gente no conocía ni respetaba ninguna ley ni moral (A. S. Zaeef, 2009).

Aseguran incluso que podrían aceptar la presencia de las tropas internacionales mientras sean necesarias para lograr paz, bienestar y desarrollo. Del 2 al 4 de junio de 2010 se celebró la *Jirga Consultiva de la Paz*, en Kabul. Sus resultados eran el reflejo de la fuerte voluntad de la sociedad afgana de acabar con sus diferencias políticamente y poner fin al conflicto. La *Jirga* pidió a todas las partes en conflicto que respetasen la necesidad de conseguir una paz duradera a través de la mutua comprensión y de las negociaciones, con un respeto total a los valores y derechos, incluyendo los de las mujeres afganas, reconocidos en la Constitución de Afganistán. Se creó un Consejo Superior para la Paz, con representantes políticos y de los distintos sectores sociales, bajo la presidencia de Burhanuddin Rabbani, el antiguo presidente de Afganistán. La intención era explorar las vías de contacto con los talibanes y los insurgentes y, de ser posible, llevar a cabo negociaciones. Cada vez eran más los que veían el diálogo con los talibanes como la única salida a la guerra.

> Por la fuerza no se va a conseguir nada en este país. Son necesarias negociaciones de paz y controlar el trabajo del gobierno. ¿Por qué los talibanes no pueden estar en el gobierno, si respetan la ley y la Constitución? No se puede pensar sólo en combatir. Si se aumenta el número de tropas, habrá más víctimas. Lo que la comunidad internacional tiene que hacer es trabajar por un mejor gobierno y por una democracia real y por la educación y los servicios básicos para la población. Si el gobierno no me asegura la seguridad y no me da servicios básicos, me iré con quien me los dé (M. Yousef, 2009).

Son muchos los obstáculos que podrían aparecer durante las negociaciones. Algunos talibanes tienen una buena relación con el Directorio Nacional de Seguridad de Afganistán (NDS), la agencia de inteligencia interior del gobierno de Kabul. Sin embargo, el NDS y el

ISI pakistaní se aborrecen y desconfían uno del otro. El NDS se mostraría extremadamente renuente a permitir que el ISI fuese una parte central en las negociaciones. Por otra parte, la aceptación crucial de una reconciliación con los talibanes tiene que venir de la población no pastún del norte y ésta es extremadamente hostil a los talibanes y al ISI. Los grupos étnicos del norte constituyen más del 50% de la población. Si no aceptan el plan de reconciliación, podría retornar la guerra civil.

El 30 de septiembre de 2011, Hamid Karzai suspendió las conversaciones de paz con los talibanes. Dijo que el factor clave era Pakistán, donde estaban los santuarios de los insurgentes afganos y de Al Qaeda, y que era con ese país directamente con quien había que hablar. Aseguraba que no podían encontrar al mulá Omar y que entonces, ¿con quién iban a negociar entre los talibanes? El presidente afgano tomó esta decisión días después del asesinato del expresidente Rabbani, mediador y encargado de las negociaciones con los insurgentes. El tayiko Rabbani murió en un atentado suicida en su casa de Kabul, el 20 de septiembre de 2011. Los servicios secretos afganos aseguraron tener evidencias de que la acción fue gestada y planificada por el consejo talibán en Quetta, Pakistán.

En la misma dirección de señalar a Pakistán y sus servicios secretos como claves en la solución del conflicto, iban también las declaraciones de esos días de diferentes fuentes norteamericanas. Estados Unidos no dio por concluidas las negociaciones con los talibanes, pero después aumentó también su presión sobre Pakistán, con el que mantenía unas tensas relaciones que se tensaron todavía más desde la operación en la que fuerzas norteamericanos mataron a Bin Laden.

Rabbani fue uno de los más destacados líderes muyahidines en la guerra contra los soviéticos en la década de los ochenta. Fue presidente entre 1992 y 1996, una de las etapas más negras de la historia afgana, en la que Kabul quedó completamente arrasada. Ostentó la presidencia de forma simbólica hasta la caída de los talibanes, contra los que luchó desde la Alianza del Norte. Algunas organizaciones de derechos humanos como Human Rights Watch aseguran que sus tropas habrían cometido crímenes de guerra. Su muerte podría hacer aumentar las tensiones étnicas en el país. Los tayikos no eran partidarios de las conversaciones con sus enemigos talibanes, en su mayor parte de la etnia pastún.

8.6. La afganización

El 20 de julio de 2010 se celebró en Kabul una nueva Conferencia Internacional que, como muchas de las anteriores, renovó el compromiso de la comunidad internacional y del gobierno afgano con el país asiático y su población y con la intervención en el mismo. Se reafirmaron los compromisos de la Conferencia de Londres de principios de año. De nuevo, se hicieron promesas, que, probablemente, en su mayoría, no se cumplirán. Entre las mismas, destacaban:

-Iniciar en seis meses una estrategia para una reforma electoral a largo plazo.
-Mejorar el acceso a la justicia en todo Afganistán.
-Tomar medidas para aumentar la transparencia y abordar la corrupción.
-Incrementar la eficiencia y efectividad del gobierno. Continuar poniendo en práctica una reforma política de amplia base, legal y estructural de la administración pública.
-En cooperación con la sociedad civil y la Comisión Afgana Independiente de Derechos Humanos (AIHRC), implementar el Programa Nacional Prioritario para los Derechos Humanos y las Responsabilidades Cívicas.

> No fue una pérdida de tiempo. Creo que todas estas conferencias son útiles para galvanizar la atención internacional sobre los problemas en Afganistán y hacerlo juntos, incluso aunque sea un ejercicio teatral en muchos sentidos, pero no hay que olvidar que se ha hecho por adelantado mucho trabajo. Pero tampoco hay que olvidar la cantidad de personas afganas que se han reunido en la conferencia de Kabul para hablar sobre diferentes cuestiones con los principales donantes. Y han establecido también la forma para seguir adelante (J. Dempsey, 2010).

> La política de 2001 estuvo equivocada. La alternativa es: parar a los señores de la guerra, no negociar con los talibanes, apoyar a los demócratas, apoyar la educación y presionar a los países vecinos. Nuestra gente odia a los talibanes y odia a los señores de la guerra. Es mejor que nos dejen y que nosotros hagamos el trabajo. Las conferencias de Kabul no fueron nada, se trató de que todos estuvieran contentos, fue mera propaganda. La salida es: ¡déjennos solos y pidan perdón a la población! (M. Joya, 2010).

La colaboración del gobierno es crucial. El compromiso, llamado *afganización*, contempla la asunción progresiva por el ejecutivo de Kabul de sus propias responsabilidades a todos los niveles (local, nacional, regional y global) y en todos los ámbitos (político, económico, de seguridad, social, jurídico, etc.). En relación con la seguridad, el objetivo será que el ejército afgano opere lo antes posible

autónomamente y se pueda reducir poco a poco la dependencia internacional.

En las conclusiones de la Conferencia de Londres de 2010 ya se recoge que el gobierno afgano necesita el apoyo internacional para extender su autoridad y capacidad de autogobierno a todo el país. En la capital británica, se acordó el desarrollo de un plan de transición para devolverle la responsabilidad. Este plan detalla las condiciones necesarias para esta transferencia provincia a provincia y contemplaba un horizonte de comienzo de la transferencia de responsabilidades en alguna o algunas de ellas para finales de 2010 o principios de 2011. La fecha fue después aplazada a julio de 2011.

Otro de los fines era que las Fuerzas Nacionales de Seguridad Afganas (ANSF) asumiesen el liderazgo y dirigiesen la mayoría de las operaciones en las áreas inseguras en tres años, es decir en 2013. También aquí, al final, habrá retraso. Así se decidió en noviembre de 2010, en la cumbre de la OTAN de Lisboa. Allí, en una reunión con el presidente afgano, Hamid Karzai, se dio el visto bueno al comienzo en 2011 de una transición en el país asiático que debe completarse en 2014. Se quiere que para entonces las fuerzas afganas asuman la seguridad en todo el país y se complete la retirada de las tropas internacionales. Pero el secretario general de la Alianza Atlántica, Anders Fogh Rasmussen, dejó también claro que no se trataba de un calendario inamovible, sino que dependería de la capacidad de los afganos para la asunción de sus responsabilidades.

El deseo del repliegue militar extranjero ya había sido expresado claramente por Karzai. La idea es que los 150.000 soldados extranjeros que había en ese momento queden reducidos a 50.000 en 2014 y éstos se limiten a misiones de segundo orden. Desde la OTAN se garantizó que no se irán hasta terminar el trabajo. Eso no será hasta que los afganos puedan valerse por sí mismos. Karzai y Rasmussen firmaron un acuerdo genérico de asociación a largo plazo entre la OTAN y Afganistán, para después de 2014. Este pacto dará cobertura a la permanencia de instructores y asesores de la OTAN después de la retirada.

> Las tropas internacionales tienen una responsabilidad que es la de cumplir las promesas. La retirada no es la solución. Ahora, Afganistán todavía no puede mantenerse sobre sus pies. Si se van las tropas, vendrán los talibanes y los problemas afganos se trasladarán a otros países. Si se retira, la ONU debería ser demolida. Retirarse es una atrocidad (F. Z. Naderi, 2010).

El plan es hacer esa transición provincia a provincia, distrito a distrito. No sólo se trata de transferir la competencia sobre la seguridad sino también las infraestructuras y los equipamientos

básicos que permitan el desarrollo económico.

8.7. La retirada de las tropas internacionales

La fecha anunciada por Obama para comenzar la retirada de las tropas norteamericanas era julio de 2011. Después, vendría el resto de soldados extranjeros. Este proceso es el denominado traspaso de mando a las fuerzas de seguridad y militares afganas, allí donde se reúnan las condiciones de estabilidad. De hecho, a mediados de ese mes, se empezaron a retirar las tropas de siete lugares, anunciados por Karzai unos meses antes y que incluyen la capital, Kabul, y la ciudad de Herat. Se cumple así la exigencia de los talibanes y de los insurgentes que ponen como condición previa para una negociación la salida de los soldados internacionales. También muchos afganos desean que se retiren. Tradicionalmente, al pueblo afgano nunca le han gustado los soldados extranjeros en su territorio y siempre los han acabado combatiendo.

De hecho, la actual intervención internacional fue la única que se inició no sólo con el beneplácito de los afganos, sino también con su petición de ayuda a la comunidad y a las tropas internacionales. Pero, aunque las declaraciones a favor de una retirada de los soldados extranjeros parecen mayoritarias, cuando se profundiza, muchos afganos no ocultan su temor y advierten que todavía no están preparados y que habrá una nueva guerra civil o los talibanes retornarán al poder, aunque una gran mayoría de la población los rechace. Por otro lado, los afganos tampoco ocultan su malestar e ira por la actuación de las tropas internacionales que han causado enormes "daños colaterales", en forma de víctimas civiles y violaciones de los derechos humanos y de las costumbres afganas. Y, debido a lo ocurrido estos años, se ve factible un posible regreso de los talibanes, cuando fue muy sencillo echarlos del país en 2001, debido al escaso apoyo con el que contaban entre una población que había vivido aterrorizada bajo el régimen del mulá Omar.

> ¿Cómo es posible que los talibanes tengan de nuevo capacidad para volver al poder, con una presencia semejante de las tropas internacionales? Es contrario a la lógica. ¿Cómo es posible que puedan tomar Kabul? Si las tropas internacionales se van, al día siguiente tendremos una guerra interna porque, además, los señores de la guerra y los grupos que tenían armas no han sido desarmados ni disueltos (M. Jalal, 2009).

La forma en que se desarrolló la operación Libertad Duradera alejó a

la población que esperaba seguridad y desarrollo, aunque la mayoría sigue apoyando a las tropas extranjeras. La brecha que se ha abierto entre la población afgana y las tropas ha sido por la muerte de civiles. Estos incidentes han provocado que la población haya ido perdiendo la confianza en las tropas extranjeras, al igual que debido a la detención de miles de personas inocentes (H. Karzai, 2009).

8.8. Los "secretos" de Wikileaks

La organización Wikileaks se reveló como una nueva "garganta profunda". Sacó a la superficie muchos asuntos que ya se sabían o sospechaban en relación con la guerra de Afganistán pero que, de repente, aparecieron negro sobre blanco. Se filtraron unos 90.000 documentos, la mayor parte clasificados como secretos, sobre la lucha contra los talibanes. Desvelaban la dimensión real de la intervención militar occidental: operaciones encubiertas, muertes de civiles de las que nunca se informó públicamente, la debilidad de la OTAN y la implicación de Pakistán con los insurgentes afganos. La base eran los cables diplomáticos entre las embajadas norteamericanas en Afganistán y Pakistán y el Departamento de Estado y abarcan de 2004 a 2010. Wikileaks los hizo públicos el 26 de julio de 2010.

Entre otras cosas, quedaba claro que grupos paramilitares relacionados con la CIA realizaron arriesgadas operaciones sin éxito, que aumentaron las bajas civiles, con un gran coste económico. Se dice también que una insurgencia resistente y astuta estaba consiguiendo desangrar a las fuerzas estadounidenses a través de una guerra de desgaste, una situación que minimizaban otros informes. Los talibanes habían multiplicado su poder letal especialmente con las bombas que dejan escondidas en las carreteras. Unos 2.000 civiles habían muerto por culpa de estos artefactos. Y más de 7.000 no combatientes afganos murieron o resultaron heridos en ataques de la insurgencia. Una clara evidencia que se extrae de los informes es que la guerra no va bien para los norteamericanos y las tropas internacionales y que Pakistán sería una especie de enemigo secreto de Washington por sus relaciones con los talibanes afganos.

Los documentos cuestionan de forma insistente la eficacia de la policía afgana. Se afirma que está amenazada o comprada por los talibanes o por los señores de la guerra de las zonas más conflictivas del país. También queda en evidencia que la corrupción causa graves efectos en la población. Los fondos destinados a orfanatos, escuelas u hospitales han desaparecido por esa lacra.

Los datos divulgados son de una crudeza extraordinaria, y confirman por activa y por pasiva lo que mucha gente daba por hecho

sobre esta guerra. Son más los civiles muertos que el número oficialmente reconocido por la OTAN. Otros datos importantes son que los talibanes disponen de misiles tierra-aire, que han derribado helicópteros occidentales y que Irán y Pakistán les ayudan. El empleo de nuevas armas tácticas y de minas terrestres por los talibanes ha tenido un efecto devastador para las fuerzas occidentales, pero sobre todo para los civiles. Los funcionarios norteamericanos critican abiertamente tanto a Karzai como al ISI, el servicio de espionaje pakistaní.

Es la historia secreta, la intrahistoria, de la guerra afgana. Destapa la ocultación de víctimas civiles y el poder de los talibanes. La administración Obama echa la culpa de la falta de recursos a Bush. Los mandos militares ocultaron decenas de incidentes que resultaron en la muerte o heridas de civiles afganos a causa de errores de los soldados estadounidenses. Los documentos filtrados revelan la existencia de 144 de estos incidentes, bautizados en la jerga militar como "azul en blanco", que habrían causado la muerte de 195 civiles y herido a otros 174. La cifra podría ser muy superior.

Todo esto ha estimulado el sentimiento antiamericano en la sociedad. Se suma, además, a hechos como las violaciones de derechos humanos en cárceles como Abu Ghraib, Bagram o Guantánamo, las detenciones arbitrarias, los vuelos secretos de la CIA, etc. Se confirmaba la existencia de comandos secretos y también de operaciones de tipo paramilitar de la CIA. Algunos informes expresan la frustración de las tropas por la falta de recursos humanos y materiales para hacer frente a la insurgencia que en diciembre de 2009 se había convertido en invencible, cuando Obama anunció una nueva estrategia con un incremento sustancial de los recursos y una mayor concentración en los santuarios de Al Qaeda y los talibanes en Pakistán, precisamente porque la situación se había deteriorado. Los papeles ponen en evidencia el doble juego de Pakistán, cuya relación con los talibanes afganos sería más estrecha de lo que se pensaba.

8.9. La muerte de Osama bin Laden

Estados Unidos acababa con la vida de Osama bin Laden, el 2 de mayo de 2011. El enemigo público número uno fue abatido en una casa de Abottabad, en Pakistán, por un miembro del grupo de las fuerzas especiales norteamericanas Seals. Después, según fuentes de Estados Unidos, fue enterrado en el mar Arábigo. Todavía hay muchas incógnitas sobre toda la operación, quizás nunca se conozcan todos los detalles. Nadie pensaba que Bin Laden pudiese estar en una ciudad, y

mucho menos en Abottabad, en una zona militar de alta seguridad, donde viven retirados miembros del ejército pakistaní y donde se encuentra Kakul, la Academia Militar más importante del país. La pregunta surgió de inmediato: ¿cómo era posible que hubiese vivido en ese lugar y los servicios secretos pakistaníes no lo supiesen? La cuestión adquirió todavía más relevancia si cabe después de conocerse que el terrorista más buscado llevaba más de cinco años allí.

Las relaciones entre Estados Unidos y Pakistán, frías y distantes desde hacía tiempo, se tensaron todavía más. Los pakistaníes dijeron no saber nada de la operación y acusaron a Estados Unidos de haber violado su espacio aéreo. El ISI negó haber dado protección a Bin Laden y aseguró que había sido un tremendo fallo de información. Toda una humillación para el todopoderoso ISI. Aun así, no resulta creíble que no supiera nada. Esto ha hecho aumentar las sospechas de connivencia con Al Qaeda y los talibanes por parte de un sector del ejército o de los servicios secretos pakistaníes. De hecho, Estados Unidos no habría informado de la operación a Pakistán por miedo a filtraciones, en una clara muestra de desconfianza hacia Islamabad.

Sin embargo, por otro lado, no era ningún secreto la colaboración entre los dos países. La gran mayoría de las informaciones sobre los talibanes pakistaníes en las áreas tribales de Pakistán provienen del ISI, que se las facilita a la CIA y ésta lanza ataques con *drones* (aviones no tripulados) en los lugares señalados. Un hecho que ha provocado un incremento constante del antiamericanismo en la sociedad pakistaní. La negativa del gobierno a reconocer una posible colaboración con Estados Unidos podría haberse debido también a una política intencionada para evitar posibles represalias y venganzas y manifestaciones antiamericanas y de apoyo a Bin Laden. Lo que es evidente es que este disponía de una red de apoyo local, algo nada extraño, si tenemos en cuenta que durante la guerra contra los soviéticos en los años ochenta, se movía por esta zona mientras luchaba y se encargaba del reclutamiento de nuevos muyahidines del extranjero. La cuestión es saber si esa estructura de apoyo estaba en el gobierno, el ejército o en la sociedad pakistaníes.

La muerte del líder de Al Qaeda es un enorme golpe contra la organización terrorista, pero, dada su naturaleza descentralizada, éste tiene el potencial de lanzar ataques contra numerosos objetivos. La red se ha transformado en estos años desde una jerarquía altamente centralizada —donde el reclutamiento, el entrenamiento y las órdenes eran supervisados por los líderes de la central (¿sus líderes?)— a algo mucho más amorfo. La filosofía es "un hombre, una bomba" y no necesita más 11-S para que la marca funcione y surjan nuevas franquicias.

La desaparición de Bin Laden puede conducir a que se rompan, o

al menos se debiliten, los lazos que unen a Al Qaeda y los talibanes. Éstos estaban más fundamentados en las relaciones personales y familiares entre los dos máximos dirigentes —el mulá Omar y Bin Laden casaron a sus hijos para unir a las familias— que en las de los miembros de los dos grupos. De hecho, desde hace años muchos talibanes han venido pidiendo una ruptura de esas relaciones que consideran perjudiciales a su causa, más local, y centrada en hacerse con el poder en Afganistán, que global.

8.10. Una mirada hacia el futuro

Para que la estrategia sea efectiva, resulta imprescindible mejorar la competencia y la legitimidad de las instituciones nacionales y locales afganas. El éxito dependerá, sin duda, del apoyo de la población.

> La salida debería pivotar sobre tres pilares: los afganos han de estar en primera línea. La comunidad internacional debe quedarse detrás. Y debe haber dos vías: una militar y otra civil. Mi única esperanza es que la nueva generación vaya más allá de la religión y la etnicidad (S. Barakzai, 2009).

El objetivo final es conseguir un Estado, en un territorio estable, en paz y seguro. Para alcanzarlo habrá que realizar los siguientes avances:

—Hacer frente a la corrupción masiva a nivel nacional y local. La corrupción ha provocado la alienación de la población y ha dado más apoyo a los grupos insurgentes. La endémica corrupción ha ayudado a la insurgencia, al tráfico de drogas, a los sobornos a los altos oficiales, a la extorsión a la policía y a los jueces.

—El gobierno central siempre fue débil, especialmente en las zonas rurales. Necesita que los afganos lo consideren legítimo y que lo respeten lo suficiente como para que no deseen derrocarlo.

—Estados Unidos y los otros países han de encontrar un mayor equilibrio entre los esfuerzos para construir un gobierno central viable y apoyar a los actores locales. Las dos cosas son fundamentales para la seguridad y los servicios públicos.

—Hay que comprobar si el número de los miembros del ejército y la policía previstos son suficientes para sustituir a las tropas internacionales. Es recomendable una ratio de 20 soldados

por cada 1.000 habitantes, considerada la densidad mínima para una efectiva contrainsurgencia.

— Las tribus y los clanes han desempeñado históricamente un papel importante en el mantenimiento del orden, especialmente en las áreas rurales. Habría que hacer un esfuerzo especial en relacionarse con los líderes tribales y con sus *shuras* y *jirgas*, más que con los individuos. El aumento de los señores de la guerra y sus milicias privadas han alienado a los afganos. Muchos han aterrorizado a la población y están implicados en actividades criminales.

—Hay que evitar fortalecer unas tribus sobre otras para no encender de forma innecesaria las rivalidades tribales. La seguridad de las zonas rurales ha de venir de instituciones locales. Los ejércitos extranjeros nunca han tenido éxito en establecer ley y orden.

—Es fundamental solucionar el problema del "santuario" en Pakistán. Estabilizar ese país requiere enfrentarse a la situación en las Áreas Tribales Administradas Federalmente (FATA), donde las instituciones gubernamentales son débiles y las condiciones económicas y sociales están entre las peores del mundo. Las opciones serán limitadas. Sería conveniente cambiar la actual asistencia a Pakistán y relacionar la cooperación con la consecución de determinados objetivos en la lucha contrainsurgente.

Son muchos los elementos interdependientes que pueden hacer fracasar a la comunidad internacional y al gobierno afgano. No se han cumplido los compromisos con la población afgana y las promesas que se le hicieron. Muchos países quieren abandonar el barco cuando la tormenta arrecia y retirar sus tropas demasiado pronto, sin tener garantizadas la seguridad y la estabilidad. Sólo es el reflejo de la incapacidad para hacer frente a los problemas y conflictos del mundo. Una retirada errónea puede abrir la puerta a una guerra civil o al regreso de los talibanes.

Hasta 2010, sólo Estados Unidos había invertido más de 300.000 millones de dólares en la guerra y la reconstrucción de Afganistán, pero los avances han quedado por detrás de lo que se esperaba. En ese momento, un tercio de la población vivía todavía en la pobreza absoluta, el país continuaba teniendo la segunda tasa más alta de mortalidad maternal en el mundo. Sólo uno de cada cinco afganos tenía acceso a agua limpia y tres de cada cuatro mayores de 15 años seguían sin saber leer ni escribir.

Al final, la intervención en Afganistán ha colocado al límite a la comunidad internacional que se ha visto obligada a devaluar los

conceptos morales e idealistas del orden mundial y hacer planes para una retirada. La OTAN tuvo éxito en preservar su seguridad en su propio hemisferio durante la Guerra Fría, pero Occidente siempre sufre un tremendo fracaso tras otro fuera de su propio territorio, en Argelia, Vietnam, Irak o Afganistán. Acaba introduciéndose en situaciones que no controla. Los afganos han terminado también aprendiendo a vivir de la guerra, no sólo con ella, después de años de guerras y conflictos, desde la ocupación soviética hasta esta última intervención internacional y el resurgimiento de los talibanes. Se calcula que, en 2010, había unos 1.800 grupos armados ilegales, con una fuerza total de alrededor de 130.000 combatientes. Dos tercios de los ministerios están corruptos, la composición del gabinete responde a un reparto de carteras de acuerdo las etnias y Karzai sólo puede gobernar con la ayuda de los señores de la guerra.

Los esfuerzos militares norteamericanos e internacionales han fracasado por todos los errores que se cometieron en los primeros años. De ser recibida como el maná caído del cielo por los afganos, la comunidad internacional y los soldados extranjeros han pasado a ser considerados por muchos de ellos una fuerza de ocupación. La nueva estrategia de la ISAF, tras la elección de Obama, tampoco había dado grandes resultados hasta mediados de 2011, porque, para proteger a la población afgana y al país, la OTAN debería haber contado con bastantes más soldados.

Hasta septiembre de 2011, la guerra en Afganistán había causado casi 2.700 muertos entre las tropas internacionales; el año 2010 había sido hasta entonces el más mortífero. Pero los que se han llevado la peor parte, como siempre, han sido los civiles. Más de 10.000 han muerto desde 2007 y el número sigue en aumento. La mayoría de estas muertes había sido causada por los talibanes. Desde mayo de 2011, los insurgentes aumentaron también sus ataques a altos cargos de la administración y del entorno de Karzai. A finales de ese mes, era asesinado el jefe de la policía en el norte del país, el general Daud Daud, que anteriormente había estado al frente de la unidad especial contra el narcotráfico. En julio, asesinaron a Ahmed Wali Karzai, hombre fuerte en el sur y hermanastro del presidente afgano. Dos semanas después, también en Kandahar, moría su alcalde, Ghulam Haider Hamidi, en un atentado suicida. Muchos le consideraban el político más honesto del país, implacable en su lucha contra la corrupción en Afganistán.

Diez años después del 11-S y del inicio de la guerra en Afganistán, la situación estaba lejos de ser estable y segura. Estados Unidos libraba ya la contienda más larga de su historia. No se habían alcanzado los objetivos perseguidos. La comunidad internacional estaba atrapada en el avispero afgano, había perdido la oportunidad

de reconstruir ese país como un bastión de democracia y modernidad en el centro del mundo musulmán. Afganistán se encontraba en una peligrosa encrucijada.

Dice un refrán afgano que siempre hay un camino a través de las montañas. Si los afganos y la comunidad internacional no lo encuentran, antes de que sea demasiado tarde, Afganistán estará condenado al abismo. El reto para Afganistán sigue siendo el de reconstruirse y posicionarse a nivel regional. Sería imprudente por parte de Estados Unidos abandonar Afganistán después del reciente conflicto tan precipitadamente como lo hizo en 1989, tras la retirada soviética. En realidad, en este mundo tan cambiante, sería incluso peligroso hacerlo. En Afganistán hemos visto cómo un simple mulá de mente medieval podía ser dominado por terroristas internacionales con efectos de cataclismo.

BIBLIOGRAFÍA

Amir Rana, M . y Bukhari, M . (2007): *Arabs in Afghan Jihad*. Pak Institute for Peace Studies. Lahore.

Bakhsh Rais, R. (2009): *Recovering the Frontier State*. Rasul Bakhsh Rais. Oxford University Press. Karachi.

Ballesteros, A. (2011). *Pakistán*. Síntesis. Madrid.

Batalla, X. (2006). *La Guerra del Siglo XXI, Afganistán*. Barcelona.

Barfield, T. (2010): *Afghanistan. A Cultural and Political History*. Princeton University Press. Princeton, Nueva Jersey.

Bellew, H . W. (1879): *Afghanistan and the Afghans*. BiblioBazaar. Londres.

Bergen, P. L. (2011): *The Longest War*. Free Press. Nueva York.

Blancarte, R. J. (2001): *Afganistán. La revolución islámica frente al mundo occidental*. El Colegio de México. México.

Burke, J. (2007): *On the Road to Kandahar*. Penguin Books. Londres.

Bhutto, B. (2008): *Daughter of the East*. Simon & Schuster. Londres.

Carew, T. (2001): *Jihad! The Secret War in Afghanistan*. Mainstream Publishing, Edimburgo.

Chayes, S. (2006): *The Punishment of Virtue*. Penguin Books. Nueva York.

Chiari, B. (Ed.) (2009): *Afghanistan (Wegweiser zur Geschichte)*. Ferdinand Schöningh. Paderborn.

Coll, S. (2005): *Ghost Wars*. Penguin Books. Nueva York.

Conte, C. (2006): *Treffpunkt Kabul*. HAV. Hamburgo,

Cooley, J. K. (2001): *Unholy Wars*. Vanguard Books. Lahore.

Crews, R. D . y Tarzi, A. (Ed.) (2009): *The Taliban and the Crisis of Afghanistan*. Harvard University Press. Cambridge.

Dupree, L. (1997): *Afghanistan*. Oxford University Press. Oxford.

Erös, R. (2008): *Unter Taliban, Warlords und Drogenbaronen*. Hoffmann und Campe Verlag. Hamburgo.

Ewans, M . (2002): *Afghanistan*. Perennial. Nueva York.

Filkins, D. (2008): *The forever war*. Knopf. Nueva York.

Fitzgerald, P. y Gould, E. (2009): *Afghanistan's Untold Story*. City Lights Books. San Francisco.

Galbraith, P W (2009): *What I saw at the Afghan Election*. Washington Post, 2/10/2009.
Gannon, K. (2005): *I is for Infidel, J is for Jihad, K is for Kalashnikov*. PublicAffairs. Nueva York.
Giustozzi, A. (2008): *Koran, Kalashnikov and Laptop*. Columbia University Press. Nueva York.
— (2009): *Decoding the New Taliban*. C. Hurst & Co. Londres.
Goodson, L. P. (2001): *Afghanistan's Endless War*. University of Washington Press. Seattle and London.
Griffin, M. (2001): *E l movimiento talibán en Afganistán*. Catarata. Madrid.
Hayat Khan, A. (2005): *The Durand Line*. PanGraphics, Islamabad.
Herold, M . W. (2007): *Afganistán como un espacio vacío*. Foca. Madrid.
Hopkirk, P. (1994): *The Great Game*. Kodansha International. Nueva York.
Hussain, I . (2005): *Some major pukhtoon tribes alongPak-Afghan border*. PanGraphics, Islamabad.
Ignatieff, M . (2008): *E l nuevo imperio Americano. La reconstrucción nacional en Bosnia, Kosovo y Afganistán*. Paidós. Barcelona.
Jalali, A. A. y Grau, L. W. (2001): *Afghan Guerrilla Warfare*. MBI Publishing Company. St. Paul.
Johnson, C. y Leslie, J. (2007): *Afghanistan. The Mirage of Peace*. Zed Books. Londres.
Jones, S. G. (2009): *In the Graveyard of Empires*. W. W Norton & Company. Nueva York.
Joya, M . (2009): *Raising my voice*. Rider. Londres.
Kleveman, L. (2003): *The New Great Game*. Atlantic Monthly Press, Nueva York.
Kaplan, R.D. (2001): *Soldiers of God*. Vintage Departures. Nueva York.
Koebl, S. e Ihlau, O. (2007): *Geliebtes, Dunkles Land*. Siedler. München.
Kolhatkar, S. e Ingalls, J. (2006): *Bleeding Afghanistan*. Seven Stories Press, Nueva York.
Korski, D. (2009): *Afghanistan*. Foreign Policy, Ed. Española. Diciembre/enero 2009, pp. 14-20.
Koschut, S. (2010): *Last Exit Kabul*. IP, Global Edition. Enero/febrero, 2010, vol.11, pp. 26-29.
Lobo, R. (2010): *Cuadernos de Kabul*. RBA Libros. Barcelona.
Malik, H . (2008): *US Relations with Afghanistan and Pakistan*. Oxford University Press. Nueva York.
Marsden, P. (2009): *Afghanistan. Aid, Armies & Empires*. I.B. Tauris. Londres.
Mehroze Chishti, N . (1998): *Constitutional Development in Afghanistan*. Royal Book Company. Karachi.
Merey, C. (2008): *Die afghanische Misere*. Wiley-VCH. Weinheim.
Meyer, K. E. (2010): *Las Cenizas de los Imperios*. Almed. Granada.
Mortenson, G. (2009): *Stones into Schools*. Viking. Nueva York.
Musharraf, P. (2006): *In the Line of Fire*. Free Press. Nueva York.
Nojumi, N . (2002): *The Rise of the Taliban in Afghanistan*. Palgrave. Nueva York.
Packer, G. (2009): *The last Mission. Richard Holbrooke in Afghanistan*. The New Yorker, 28/09/2009, pp. 38-56.
Pérez de Cuéllar, J. (1997): *Pilgrimage for Peace*. St. Martin's Press. Nueva York.
Peters, G. (2009): *Seeds of Terror*. Thomas Dunne Books. Nueva York.
Quentier, A. (2009): *Afghanistan: Au Coeur du Chaos*. Denoël Impacts. Mesnil-sur-l'Estrée.
Rasanayagam, A. (2005): *Afghanistan. A modern history*. I.B.Tauris. Londres.
Rashid, A. (2001): *Los Talibán*. Península. Madrid.
— (2003): *Yihad*. Península. Madrid.
— (2009): *Descenso al Caos*. Península. Madrid.

— (2010): *Taliban. Militant Islam, Oil and Fundamentalism in Central Asia*. Yale University Press. New Haven y Londres.
— (2010): *A Deal with the Taliban?* New York Review of Books, vol. 57, n°.3, 5/02/2010.
— (2010): *Divide Afghanistan at your peril*. Financial Times, 3/08/2010.
Riedel, B. (2011): *Deadly Embrace*. Brookings Institution Press. Washington.
Rotberg, R. I . (Ed.) (2007): *Building a New Afghanistan*. Vanguard Books. Lahore.
Roux, J.-P. (1997): *L'Asie Centrale*. Fayard. Paris.
Rubin, B. R. (1995): *The Search for Peace in Afghanistan*. Yale University Press. New Haven y Londres.
Saikal, A. (2006): *Modern Afghanistan*. I.B.Tauris. Londres.
Salam Zaeef, A. (2010): *My Life with the Taliban*. C. Hurst & Co. Londres.
Sánchez García, F. (2010): *Afganistán. Un conflicto olvidado*. Catalina Seco Editora. Astorga (León).
Schefter, K. (2004): *Weil es um die Menschen geht*. Karla Schefter. Ullstein. Munich.
— (2011): *Ich gebe die Menschen nicht auf*. Rowohlt. Reinbek bei Hamburg.
Schetter, C. (2007): *Kleine Geschichte Afghanistans*. Verlag C.H. Beck. Munich.
Schofield, V. (2010): *Afghan Frontier*. Tauris Parke Paperbacks. Nueva York.
Schroen, G. C. (2007): *First In*. Presidio Press. Nueva York.
Semple, M . (2009): *Reconciliation in Afghanistan*. United States Institute of Peace Press. Washington.
Senghass-Knobloch, E. (2010): *Afghanistan. Friede als Ernstfall*. Blätter für deutsche und internationale Politik, 3/2010, pp. 21-24.
Shah, S. (2003): *Die Tochter des Geschichtenerzählers.Wilhelm* Goldmann. Munich.
Schwittek, P. (2011): *In Afghanistan.Vdf* Hochschulverlag. Zurich.
Tanner, S. (2002): *Afghanistan*. Da Capo Press. Cambridge.
Their, J. A. (Ed.) (2009): *The future of Afghanistan*. United States Institute of Peace. Press. Washington.
Theisen, H . (2010): *Exit Strategy for a Culture War*. IP, Global Edition. Enero/ febrero, 2010, vol. 11, pp.19-24.
Thiel, S. (2007): *KulturSchock Afghanistan*. Verlag Peter Rump. Bielefeld.
VV. AA. (2010): *Afghan Culture*. Books LLC. Memphis.
VV. AA. (2009): *Afganistán, ¿elIraq de Obama?* Vanguardia Dossier. N°. 31, abril/ junio 2009.
Vinuesa, A. (2002): *E l puzzle afgano*. Editorial Fundamentos. Madrid.
Vogelsang, W. (2008): *The Afghans*. Wiley-Blackwel. West Sussex.
Woodward, B. (2010): *Obama's Wars*. Simon & Schuster. Nueva York.
Vendrell, F. (2009): *Afganistán: ¿cómo solucionar el problema?* Conferencia en Madrid, 28 de enero de 2009.
Von Sponeck, H . C. (2010): *Impastunischen Sumpf. Obama's "AFPak"Strategie*. Blätter für deutsche und internationale Politik. 2/2010, p. 45.

Entrevistas personales

[Los cargos que se especifican en relación con cada una de las personas entrevistadas corresponden a los que ocupaban o habían ocupado en el momento de la realización de la entrevista, cuya fecha se indica también. En algunos casos se realizaron dos entrevistas en dos años distintos.]

Abdullah, Abdullah: Entrevistas realizadas los días 3/08/09 y 8/08/10. [exministro

de Asuntos Exteriores, candidato a la presidencia del país en 2009, fue miembro de la Alianza del Norte. Lidera la oposición al presidente Karzai.]

Ahmad, Khaleeq: Entrevista realizada el día 10/08/10. [Antiguo portavoz del presidente, Hamid Karzai.]

Ahmedzai, Sarwari: Entrevista realizada el día 2/08/09. [Candidato a la presidencia del país en las elecciones de 2009.]

Amin, Rohullah: Entrevista realizada el día 24/08/09. [Experto del Instituto Americano de Estudios Afganos.]

Azim, Afifa: Entrevista realizada el día 29/07/09. [Fundadora y presidenta de AWN (Red Afgana de Mujeres).]

Barakzai, Shukria: Entrevistas realizadas los días 28/08/09 y 11/08/10. [Diputada.]

Bashardost, Ramazan: Entrevista realizada el día 24/08/09. [Diputado y candidato a la presidencia del país en 2009.]

Chayes, Sarah: Entrevista realizada el día 27/08/09. [Fundadora y directora de la Cooperativa Arghand en Kandahar. Antigua reportera de la Radio Nacional Pública de Estados Unidos.]

DaudDaud, Mohammed: Entrevista realizada el día 8/08/10. [General. Viceministro de Interior para la lucha contra el narcotráfico. Fue comandante de la Alianza del Norte. Murió el 28 de mayo de 2011 en un atentado, cuando era jefe de la Policía en el norte de Afganistán y comandante de una unidad de élite.]

Dempsey, John: Entrevista realizada el día 4/08/10. [Director en Afganistán del Instituto de Estados Unidos de la Paz.]

Espinosa, María: Entrevista realizada el día 18/08/09. [Experta electoral de la Misión de Observación de la Unión Europea en Afganistán en los comicios presidenciales de 2009.]

Gailani, Fatima: Entrevista realizada el día 5/08/10. [Presidenta de la Sociedad de la Media Luna Roja de Afganistán.]

Hallewood, Patrick: Entrevista realizada el día 18/08/09. [Coordinador internacional de Proyectos de la Oficina de las Naciones Unidas contra las Drogas y el Delito (ONUDD) en Afganistán.]

Hamidzai, Humayun: Entrevista realizada el día 27/08/09. [Portavoz del presidente afgano, Hamid Karzai.]

Jalal, Masuda: Entrevista realizada el día 26/07/09. [Exministra de Asuntos de la Mujer y candidata presidencial en las elecciones de 2004, activista por los derechos de la mujer.]

Johnson, Casey: Entrevista realizada el día 22/08/09. [Experto de la Oficina de Enlace Tribal (Tribal Liaison Office).]

Joya, Malalai: Entrevistas realizadas los días 23/08/09 y 12/08/10. [Exdiputada. Vive en la clandestinidad porque está amenazada de muerte por los señores de la guerra.]

Kantor, Paula: Entrevista realizada el día 4/08/09. [Presidenta de AREU (Unidad de Investigación y Evaluación de Afganistán).]

Karzai, Hekmat: Entrevista realizada el día 26/07/09. [Director de CAPS (Centro Afgano para la Paz y la Seguridad).]

Layek, Suleyman: Entrevista realizada el día 12/08/2010. [Fue ministro de Asuntos Tribales y ministro de Radio, Televisión y Cine durante el gobierno prosoviético y fundador de *Parcham*, la publicación de uno de los sectores del partido comunista. Escribió el himno nacional afgano.]

Lodin, Azizulá: Entrevista realizada el día 26/08/09. [Presidente de la Comisión Electoral Afgana Independiente en los comicios presidenciales de 2009.]

MacDonald, Norine: Entrevista realizada el día 22/08/09. [Fundadora y presidenta de ICOS (Consejo Internacional de Seguridad y Desarrollo).]

Masoud, Sayed: Entrevista realizada el día 6/08/10. [Profesor de Economía de la

Universidad de Kabul.]

Mohaqeq, Haji Mohammad: Entrevista realizada el día 7/08/10. [Diputado. Líder del grupo Hizbi Wahdat, la principal facción de la minoría étnica hazara. Fue ministro en el gobierno Karzai y comandante de su grupo durante la lucha de la guerra. Se le considera también un señor de la guerra.]

Mubin Shah, Said: Entrevista realizada el día 4/08/09. [Experto de AISA (Agencia de Apoyo a la Inversión de Afganistán).]

Naderi, Farkhunda Zahra: Entrevista realizada el día 9/08/10. [Diputada.]

Naderi, Nader: Entrevista realizada el día 24/08/09. [Investigador de la Comisión Independiente de Derechos Humanos de Afganistán.]

Nael, Ruqiq: Entrevista realizada el día 23/08/09. [Diputada.]

Nazari, Naim: Entrevista realizada el día 29/07/09. [Coordinador Ejecutivo de CSHRN (Red de la Sociedad Civil y los Derechos Humanos).]

Niakpei, Iam: Entrevista realizada el día 6/08/10. [Director de Publicaciones del Parlamento de Afganistán.]

Noyan, Abbas: Entrevista realizada el día 6/08/10. [Diputado.]

Perlika, Suraia: Entrevista realizada el día 10/08/10. [Directora general de AAWU (Unión de Todas las Mujeres Afganas).]

Porretti, Steffano: Entrevista realizada el día 24/08/09. [Responsable del Programa Mundial de Alimentos en Afganistán.]

Rafiee, Aziz: Entrevistas realizadas los días 29/07/09 y 10/08/10. [Director de ACSF (Foro de la Sociedad Civil Afgana).]

Rahmani, Waillulah: Entrevista realizada el día 22/08/09. [Fundador y presidente del Kabul Center (Centro de Kabul para Estudios Estratégicos).]

Rajabi, Zaman: Entrevista realizada el día 10/08/2010. [Director de una empresa de construcción.]

"Rocketi", mulá AbdulSalam: Entrevista realizada el día 29/07/09. [Diputado, antiguo comandante talibán, candidato a la presidencia en 2009.]

Royesh, Aziz: Entrevista realizada el día 12/08/10. [Director del instituto "Marefat High School".]

Ruttig, Thomas: Entrevista realizada el día 27/08/09. [Cofundador y codirector de Afghanistan Analysts Network (Red de Analistas sobre Afganistán).]

Safi,Wadir: Entrevista realizada el día 9/8/10. [Director ejecutivo del Centro Nacional de Formación Legal Independiente y profesor de Derecho Internacional Público en la Universidad de Kabul.]

Salam Zaeef, Abdul: Entrevista realizada el día 3/08/09. [Estuvo detenido varios años en Guantánamo y liberado, sin cargos, en 2005. Durante el régimen talibán fue embajador en Pakistán.]

Samar, Sima: Entrevista realizada el día 27/07/09. [Presidenta de la Comisión Independiente de Derechos Humanos de Afganistán. Fue candidata al Premio Nobel de la Paz.]

Schwittek, Peter: Entrevista realizada el día 28/08/09. [Coordinador de la ONG Ofarin, dedicada al desarrollo de la educación en Afganistán.]

Sequi, Ettore Francesco: Entrevista realizada el día 18/08/09. [Representante Especial de la Unión Europea para Afganistán.]

Shah, Ahmad: Entrevista realizada el día 9/08/10. [Experto de la ONG "Roots Of Peace" (Raíces de Paz).]

Shah, Amir: Entrevista realizada el día 6/08/10. [Periodista de la agencia AP (Associated Press).]

Sharifi, Omar: Entrevista realizada el día 25/08/09. [Director del Instituto Americano de Estudios Afganos.]

Smith, RichardL.: Entrevista realizada el día 30/07/09. [Director de Asia Foundation.]

Tremblay, Eric: Entrevista realizada el día 2/08/09. [General de Brigada del Ejército francés. Portavoz de ISAF.]
WahedHashimi, Mir Abdul: Entrevista realizada el día 4/08/09. [Director de NAI (En apoyo de los medios abiertos), organización de apoyo a los medios de comunicación y de defensa de la libertad de prensa y expresión.]
Wankel, Doug: Entrevista realizada el día 23/08/09. [Gerente de Spectre Group International en Afganistán, una empresa privada de expertos y consultores en narcotráfico. Fue director de la Oficina contra las Drogas en la Embajada de Estados Unidos en Kabul, desde 2004 a 2007.]
Yousef, Mohammad: Entrevistas realizadas los días 27/07/09 y 9/08/10. [Director de Aschiana, ONG dedicada a los niños de la calle.]
Yousida, Mir Ahmed: Entrevista realizada el día 8/8/2010. [Experto en historia y cultura ismaelíes.]

Informes y documentos

AIHRC (2005): *Peace, Reconciliation and Justice in Afghanistan. Action Plan of the Government of the Islamic Republic of Afghanistan*
— (2007): *Economic and Social Rights in Afghanistan*.
— (2008): *Economic and Social Rights Report in Afghanistan*.
— (2008): *Insurgent Abuses against Afghan Civilians*
AREU (2003): *Ending Impunity and Building Justice in Afghanistan*.
— (2004): *A Guide to Government in Afghanistan*.
— (2005): *Alternative Livelihoods: Substance or Slogan?*
— (2006): *Afghanistan's Health System since 2001: condition improved, prognosis cautiously optimistic*.
— (2007): *Aiding the State? International Assistance and the State Building Paradox in Afghanistan*.
— (2008): *Moving to the mainstream: Integrating Gender in Afghanistan's National Policy*.
— (2009): *Reflections on the Paris Declaration and Aid Effectiveness in Afghanistan*.
— (2009): *The A to Z Guide to Afghanistan Assistance 2009*.
ASDHA (2010): *Un grito contra la impunidad. Jornadas 2010*.
Casa Blanca (2009J: *Discurso Inaugural del Presidente Barack Obama, 20 de enero de 2009*. www.whitehouse.gov/video/President-Barack-Obamas-Inaugural-AddressJanuary-20-2009.
— (2009): *Declaraciones del Presidente de Estados Unidos en el discurso a la Nación sobre el camino a seguir en Afganistán y Pakistán, el 1 de diciembre de 2001. West Point*. www.whitehouse.gov/the-press-office/remarks-president-address-nationway-forward-afghanistan-and-pakistan.
— (2011): *Discurso del Presidente de Estados Unidos sobre Bin Laden, 2 de mayo de 2011*. www.whitehouse.gov/the-press-office/2011/05/02/remarks-president-osama-bin-laden.
— (2011): *Discurso del Presidente de Estados Unidos sobre el camino a seguir en Afganistán, 22 de junio de 2011*. www.whitehouse.gov/the-press-office/2011/06/22/remarks-president-way-forward-afghanistan.
Comisión 11/S (2004): *Informe Completo de la Comisión sobre el 11/S*. http://www.911commission.gov/.
EU Election Observation Mission to Afghanistan (2009): *Preliminary Statement Presidential and Provincial Council Elections 2009*.
FRIDE (Fundación para las Relaciones Internacionales y el Diálogo Exterior) (2008).

Afganistán, los límites de la contrainsurgencia y perspectivas de negociación. Seminario de Madrid, 26 marzo de 2008. Informe de conferencia.
Gobierno de Afganistán (2010): *Comunicado Final de la Conferencia Internacional de Kabul sobre Afganistán*. http://www.mfa.gov.af/docs-kk.asp.
Human Rights Watch (2004): *Human Rights Watch Report*.
— (2005): *Blood-Stained Hands. Past Atrocities in Kabul and Afghanistan's Legacy of Impunity*.
— (2009): *Afghanistan. We Have the Promises of the World. Women's Rights in Afghanistan*.
— (2009): *"We Have the Promises of the World". Women's Rights in Afghanistan*.
— (2010): *The "Ten-Dollar Talib" and Women's Rights. Afghan Women and the Risks of Reintegration and Reconciliation*.
ICOS (2011): *Afghanistan Transition . Dangers of a Summer Drawdown. A report by the International Council on Security and Development (ICOS)*.
International Crisis Group (2007): *Reforming Afghanistan's Police. Asia Report, n°. 138*.
— (2009): *Afghanistan's Election Challenges. Asia Report n°. 171*.
— (2010): *A Force in Fragments: Reconstituting the Afghan National Army. Asia Report, n°. 190*.
— (2010): *Reforming Afghanistan's Broken Judiciary. Asia Report n° 195*.
— (2011): *Afghanistan Transition. Dangers of a Summer Drawdown*.
ISAF (2009): *Counterinsurgency Guidance*. www.nato.int/isaf/docu/official_texts/counterinsurgency_guidance.pdf.
ONU (2001): *Agreement on Provisional Arrangements in Afghanistan Pending the Reestablishment of Permanent Government Institutions*. www.unric.org/html/german/afghanistan/talks/agreement.htm.
— (2001): *Resolución 1386 del Consejo de Seguridad, 2 de septiembre de 2001*. http://daccess-ods.un.org/TMP/1421635.89596748.html.
— (2001): *Resolución 1383 del Consejo de Seguridad, 6de diciembre de 2001*. http://daccess-ods.un.org/TMP/5529876.35135651.html.
— (2006): *Afghanistan Compact*.
OTAN (2010): *Declaration by the Heads of State and Government of the Nations contributing to the UN-mandated, NATO-led International Security Assistance Force (ISAF) in Afghanistan*, 20/11/10. http://www.nato.int/cps/en/natolive/news_68722.htm
The Asia Foundation (2004, 2006-2010): *A Survey of the Afghan People*.
— (2008): *State Building, Security, and Social Change in Afghanistan*.
UNAMA (2010): *Afghanistan. Mid Year Report 2010. Protection of Civilians in Armed Conflict*.

Páginas webs

www.aan-afghanistan.com/index.asp?id=20. Afghanistan Analysts Network (Red de Analistas de Afganistán) es una organización independiente de investigación, cuya finalidad es reunir a un amplio número de expertos para incrementar los conocimientos sobre Afganistán.

www.afgancat.org. ASDHA. Fundada en el año 2000, el objetivo de la Asociación por los Derechos Humanos en Afganistán es sensibilizar sobre la situación en ese país y promover su desarrollo, pacificación y democratización mediante proyectos de cooperación al desarrollo destinados a los sectores más vulnerables de la población afgana: mujeres y niños. ASDHA trabaja también

en proyectos educativos.

www.afghanistanjusticeproject.org. En The Afghanistan Justice Project (Proyecto de Justicia para Afganistán) trabajan fundamentalmente voluntarios afganos y expertos legales, hombres y mujeres de todos los grupos étnicos del país, y están en las diferentes regiones afganas.

www.afghanistannews center.com. Afghanistan News Center. Es una página web independiente y privada dedicada a ofrecer noticias de actualidad e información sobre Afganistán.

www.aihrc.org.af. Afghanistan Independent Human Rights Commission. La Comisión Independiente de Derechos Humanos de Afganistán es un órgano del Estado destinado a la protección de los derechos humanos y a denunciar su violación.

www.areu.org.af. AREU. Afghanistan Research and Evaluation Unit. Es un instituto independiente de investigación en Kabul. Realiza trabajos de investigación relacionados con la política y otros asuntos de interés para promover la democracia y el desarrollo en el país asiático.

www.asiafoundation.org. The Asia Foundation (Fundación Asia) es una organización no gubernamental para el desarrollo de una región Asia-Pacífico en paz, próspera, justa y abierta. Apoya iniciativas asiáticas para mejorar la gobernanza, las leyes, la sociedad civil, el fortalecimiento de las mujeres, la reforma económica y el desarrollo sostenible.

www.bu.edu/aias/index.html. The American Institute of Afghanistan Studies (el Instituto Americano de Estudios de Afganistán- AIAS) es una organización de académicos. Su fin es promover y fomentar el estudio sistemático de la cultura, la sociedad, la tierra, las lenguas, la salud, los pueblos y la historia de Afganistán.

www.caps.af/default.asp. CAPS —Center for Conflict and Peace Studies Afghanistan (Centro de Estudios sobre Conflicto y Paz de Afganistán)— es un centro independiente de investigación. Su objetivo es conseguir crear capacidad local suficiente para generar bienestar y seguridad en la población.

www.crisisgroup.org. The International Crisis Group (Grupo Internacional sobre Crisis) es una organización no gubernamental e independiente dedicada a prevenir y resolver conflictos. Fue fundada en 1995.

www.icosgroup.net/programs/afghanistan. ICOS -The International Council on Security and Development (Consejo Internacional sobre Seguridad y Desarrollo)-investiga sobre las relaciones entre desarrollo, seguridad, gobernanza y narcotráfico en Afganistán. Fue fundado por Norine MacDonald, que es actualmente su directora en el país asiático.

www.isaf.nato.int. International Security Assistance Force (Fuerza Internacional de Asistencia a la Seguridad).

www.kabulcenter.org. Kabul Center for Strategic Studies (Centro de Kabul para Estudios Estratégicos). Waliullah Rahmani, su director, fue uno de sus fundadores. Se dedica a construir la democracia en Afganistán y su objetivo es levantar un Estado que garantice los derechos y libertades de todos los ciudadanos afganos.

www.president.gov.af/en Oficina del Presidente de Afganistán, Hamid Karzai.

www.unama.unmissions.org/default.aspx?/ United Nations Assistance Mission in Afghanistan (Misión de Asistencia de las Naciones Unidas en Afganistán).